

HELEN RYTKÖNEN



**TRAS
LA
CALIMA**

HELEN RYTKÖNEN



**TRAS
LA
CALIMA**

Título: Tras la calima
© 2021 , Helen Rytönen

De la maquetación: 2021 , Romeo Ediciones
Del diseño de la cubierta: 2021 , Romeo Ediciones

Primera edición: noviembre 2021

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

- [1. VOLVER](#)
 - [2. CONOCER A ALGUIEN](#)
 - [3. RUBIAS Y MURCIÉLAGOS](#)
 - [4. LO QUE ELIGES Y LO QUE NO](#)
 - [5. UN INFIERNO DE ARENA Y UN CABALLERO INGLÉS](#)
 - [6. UNA CITA CASI A CIEGAS](#)
 - [7. CALENTANDO MOTORES](#)
 - [8. EL RETORNO DE NIGMA](#)
 - [9. LA VIDA ES UN CARNAVAL](#)
 - [10. DOS DÍAS FUERA DE CONCURSO](#)
 - [11. RECUERDOS Y SOSPECHAS](#)
 - [12. MI MADRE Y MI HERMANA](#)
 - [13. LA DIFICULTAD DE ENTENDERLO TODO](#)
 - [14. NI EN MIS PEORES PESADILLAS](#)
 - [15. PARAÍSO PERDIDO](#)
 - [16. UNA HISTORIA DE MUY ADENTRO](#)
 - [17. PLANES, DISTRACCIONES, AÑORAR](#)
 - [18. LAS REVELACIONES DE DEREK GRANT](#)
 - [19. LONDRES Y EL VISCERAL MIEDO DE PERDERLE](#)
 - [20. TOTTENHAM Y UNA SILLA](#)
 - [21. NO SERÍAMOS NOSOTROS SI NO...](#)
- [EPÍLOGO](#)
- [Notas de la autora](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Sobre mí](#)

Otros títulos de la autora:

A Jose, por dar brillo a mis alas
y acompañarme en esta aventura
tan bonita que es nuestra vida.

1. VOLVER

♪ *Valiente*, Vetusta Morla ♪

La tarde que aterricé en Los Rodeos la lluvia caía como si alguien hubiese abierto un grifo en el cielo. La cortina de agua era tan densa que no me dejó ver el paisaje que me sabía de memoria a pesar de que llevase muchos años viviendo fuera de la isla. Y al igual que la vez anterior, no experimenté la dulce y cálida sensación de volver a casa. No, esta había sido sustituida por una vibración extraña, como si de pronto ese no fuese mi lugar, como si no fuese bienvenida, y aquello me hacía sentir una inquietud inesperada.

De alguna forma intuía que los días en la isla no iban a ser una mera visita de cortesía. Que no se iba a tratar solo de quitarme de encima la herencia material de mi madre, algo a priori frío y sin complicaciones.

Ahora sonrío al pensar que si hubiera podido entrever que aquel viaje se iba a convertir en una voltereta del destino, de esas que te dejan descolocada, con el cabello revuelto y el corazón latiendo a mil por hora, me habría reído en voz alta. Con incredulidad, incluso con sarcasmo. La mujer que era yo en aquel entonces jamás hubiese vislumbrado que la vida me iba a poner en una encrucijada como la que estaba por venir.

Me sobresalté al notar cómo las ruedas del avión rebotaban dos veces en la pista y finalmente se estabilizaron, permitiéndome relajar los dedos de las manos y soltarlos del reposabrazos. Respiré hondo y me dije que lo que estaba sintiendo era una tontería. Que, aunque ahora fuese una ciudadana del mundo, el sitio donde había crecido y me había convertido en adulta siempre sería mi hogar, a pesar de que ya no quedase nadie, o casi nadie.

Me estremecí con suavidad. El recuerdo de mi anterior visita estaba allí, teñido de esa especie de desazón que siempre me

pasaba con cualquier cosa relacionada con mi madre. Sobre todo, con su muerte. Hacía unos meses había viajado a la isla a enterrarla, o al menos eso era lo que me había dicho mi tía tras aquella llamada que tuve que coger en medio de una negociación.

Ni siquiera ella supo lo que tenía pensado, mi madre jamás dijo nada ni lo dejó entrever. Resoplé: era muy típico de ella obviar que había decidido donar su cuerpo a la ciencia y que no la enterraríamos en Santa Lastenia, como a toda la familia. Aunque en el fondo era lógico: siempre pensé que, en vez de Margot, mi madre debería haberse llamado *scientia* o cualquier palabreja latina que tuviese que ver con la medicina.

El coche de alquiler que me habían adjudicado estaba aparcado al raso, por lo que me mojé entera antes de entrar al vehículo. Puse la calefacción para combatir el frío húmedo que reinaba dentro, y sonreí al pensar lo rápido que me había olvidado del tiempo que podía hacer en la isla en febrero. Para mí, Tenerife siempre reposaba al sol, refulgiendo el verde de sus montes y el azul profundo del mar. Sin embargo, por lo que estaba viendo, también me había olvidado de los microclimas, porque al rebasar la ciudad de La Laguna la lluvia había remitido, y la costa de Santa Cruz se veía despejada, con apenas nubes.

Conduje sin programar el GPS, con el piloto automático activado de quien tiene grabados los trayectos de toda la vida en lo más profundo de su memoria. Bajé por la autopista contemplando el mar salpicado de alguna que otra plataforma petrolífera, y, cerca del puerto, el ferry que navegaba desde Gran Canaria iba dejando su estela blanca entre los cruceros atracados en las proximidades de la dársena pesquera.

La entrada de las Ramblas me llamó la atención por su inusual colorido, y me di cuenta de que toda la zona de las piscinas municipales estaba engalanada con pancartas colgadas de las farolas y, sobre una zona cebreada, se alzaba un gigantesco tótem. «Claro», me dije sonriendo. No había caído en la cuenta de que aquella era la semana en la que empezaba el carnaval, y que la ciudad estaría latiendo fiesta desde ese lunes, que era cuando se decoraban las calles. Meneé la cabeza, preguntándome cómo no me había acordado de aquel hecho, lo cual supuso una agradable

distracción a mis pensamientos, algo mustios por la tarea que tenía por delante.

La suerte hizo que encontrase aparcamiento en la calle, en el barrio del Toscal, y arrastrando mi maleta me di un paseo hasta el hotel, que se encontraba en la zona de la plaza del Príncipe. A mi paso vi cómo ya se habían montado algunas casetas de metal de diferentes casas comerciales, las estructuras de los mesones tradicionales más grandes y algunos coloridos puestos de comida rápida, y me sorprendí con las colas de gente que serpenteaban por fuera de las mercerías y tiendas de chinos. Sonreí con nostalgia. Hacía muchos años que no asistía al carnaval, y todo aquello tocaba la tecla de mis recuerdos de juventud, esos que siempre parecían mejores de lo que realmente fueron.

«Podría quedarme un poco más y aprovechar...».

El pensamiento se deslizó en mi cerebro como la serpiente tentadora con la manzana en la boca. No, negué con la cabeza. Había venido para cerrar todos los flecos de la muerte de mi madre, y eso era lo que iba a hacer. Después me iría sin mirar atrás. Con carnaval y sin carnaval. Pero algo muy en el fondo, quizá cierto cosquilleo en la boca de mi estómago, me susurró que aquello no iba a ser tan fácil. Que llevaba de fábrica el gen del carnaval y que solo bastaría una canción de Celia Cruz para alborotar mi cuerpo y activar aquella chispeante jiribilla . Me reí por lo bajo y no pude evitar echar un vistazo a las boas de colores y los botes de purpurina que vendía un kiosco ambulante justo enfrente de mi alojamiento.

El hotel era un antiguo edificio reformado, moderno y limpio, y aproveché para darme una ducha antes de salir de nuevo a la calle. Esa noche no me había podido escapar de cenar con mi tía Arminda, la única hermana viva de las Acosta, aquella tríada de morenas amazonas que fueron famosas en su época por su belleza y su ferocidad. Cada una había destacado a su forma: mi madre como la consagrada investigadora médica, mi tía Manuela como reina de la moda y diosa de la farándula local, y Arminda, quien hizo de las artes su amante y relación más duradera. Había expuesto por toda Europa sus vibrantes cuadros, y siempre andaba metida en mil y un proyectos para impulsar la cultura y el arte en las islas.

Al llegar a la calle San José la divisé esperándome, alta y llamativa con su abrigo naranja y melena oscura veteada de anchos mechones de canas. Según mis cálculos ya tenía que haber pasado los setenta, aunque parecía diez años más joven. Tenía un carisma irresistible y una calidez abrumadora, como comprobé al hundirme en su abrazo. Siempre olía a especies orientales, y aspiré con felicidad su aroma familiar. Me cogió la barbilla con la mano, y noté cómo los ojos negros como el alquitrán me escudriñaban como si estuviesen dragando el fondo marino.

—Estás guapa, Zoe. Flaca, pero guapa. ¿O será que me gusta verte con tu color de pelo original?

Sonreí, encogiéndome de hombros. Armi estaba siendo muy benévola conmigo. Los últimos meses habían sido complicados, entre lo de mi madre y lo que había ocurrido en Singapur, y no habían contribuido precisamente a tener la mejor cara del mundo.

—Más bien es falta de tinte, Armi. Y que tú me ves con buenos ojos.

Sonrió y me dio un beso en la mejilla. Luego me pasó la mano por los hombros, estrujándome contra sí, y me llevó a una terraza rodeada de plantas frondosas y luces indirectas.

La observé dándole instrucciones al camarero y sonreí con disimulo. Armi solo tomaba bebidas de color rosa, así que con ella me veía abocada al vino o champán de dicho color. Algunas veces la había visto tomar refresco de fresa, sin embargo ahí no la secundaba: aquel líquido muy popular en las islas me sabía a jarabe de la tos.

En cuanto nos hubieron servido una copa de vino, me lanzó la primera pregunta:

—Cuéntame, ¿qué plan tienes para estos días? Porque conociéndote habrás venido con todo planificado y cuadrulado hasta el último detalle.

La miré, divertida, pero luego no pude evitar que la ironía tiñese mi voz.

—Está bastante claro, ¿no? Gracias a que el papeleo se hizo la otra vez, ahora solo me queda decidir qué voy a hacer con las casas de mamá.

—¿Y ya tienes alguna idea?

Jugueteé con la copa, admirando el líquido que por lo claro que era, parecía blanco.

—La casa de Los Cristianos es perfecta para seguirla alquilando. Está en buena zona y siempre habrá gente que necesite quedarse durante un tiempo más o menos largo. Eso sí, se lo daré a la inmobiliaria para que lo gestione. No quiero tener demasiada vinculación con ella.

No, por supuesto que no. Era mejor pensarla como una inversión que como el lugar donde había pasado mis veranos felices de la infancia. En esa casa se hallaban los jirones de los recuerdos de papá, mi hermana, los amigos en la playa del pueblo... De mamá no tanto, pero eso era lo habitual. El que no estuviera, claro.

Intenté no pensar en mi madre y centrarme en el apartamento. Al día siguiente tenía planificada una visita para verlo, debía hacerlo para cerciorarme de cuál era su estado real. No obstante, malditas las ganas que tenía de enfrentarme al momento de abrir la puerta.

Arminda me observó, sofocando un suspiro. De ella también conservaba muchos recuerdos allí: siempre se ponía un gigantesco delantal de propaganda para hacernos de comer, y recordaba sus gritos desde el balcón llamándonos para el almuerzo. En ese momento pensé que hizo mucho más de madre que Margot, y que mi padre se apoyaba mucho en ella. De hecho, pasaba gran parte de las vacaciones con nosotros.

Su voz suave me sacó de mis recuerdos.

—¿Quieres que vaya contigo?

Mis labios se abrieron para declinar su invitación, pero en el último momento me callé. Dirigí la mirada a mis dedos, largos y cuajados de anillos de plata, la única concesión que me daba dentro de mi estilo sobrio, y me entretuve con el brillo de una piedra azul. Armi esperó, paciente, hasta que me decidí a hablar sin quitar la vista del pequeño zafiro.

—¿Vendrías?

Puso sus manos sobre las mías y las apretó. Sus ojos se volvieron suaves, casi líquidos.

—Claro que sí. Sé que esa casa fue importante para ti, lo fue para todos. No quiero que te enfrentes a ella sola.

«Qué bueno era sentirse cuidada por alguien», pensé, inmersa en la calidez que Armi creaba solo con su presencia. Yo, que nunca necesitaba a nadie, que era la mujer más decidida y práctica del mundo, también anhelaba a veces el calor humano. No tener que ser fuerte y lista, solo dejarme mecer por los bonitos recuerdos que compartía con mi tía.

—Gracias —susurré con una sonrisa, y me dio unas palmaditas en la cara.

—No te arregostes, que mañana por la noche tengo una cita y si vas a ir también a la casa de Las Acacias, te las tendrás que arreglar tú sola.

Hizo un gesto divertido, difuminando la emoción del momento, y me reí. Así era ella, original y especial hasta decir basta.

—No te preocupes, la casa de Las Acacias será más fácil. No tengotantos recuerdos aparejados a ella. ¿Fuiste por allí cuando... cuando mamá vivía?

Frunció la boca en un gesto que no entendí demasiado, pero me distraje con el plato que el camarero depositaba en la mesa. Salivé ante la hojaldrada de verduras, bien especiada y bañada en salsa, y cogí el tenedor para cortar un trozo.

—Tu madre y yo no nos vimos demasiado en este último año.

Lo dijo en un tono de voz aparentemente normal, pero yo era experta en detectar cualquier cambio en el lenguaje corporal de las personas.

—¿Pasó algo?

Armi bebió de su copa, quizá buscando tiempo para encontrar una buena respuesta. Nuestros ojos se encontraron, azules contra negros, y no pudo engañarme.

—Nada que yo pueda decir que fuese un encontronazo. Solo que... ella se alejó. Siguió trabajando a su ritmo habitual, pero luego me sorprendió al querer mudarse a la casa de mamá y papá en Las Acacias. Una vez allí, desapareció del mapa. Ni siquiera fui a visitarla para ver cómo estaba. Las pocas veces que hablamos, parecía reacia a ello.

—¿Pero esa casa era tuya también, no?

Armi se encogió de hombros.

—Llegamos a un acuerdo y compró mi parte. Yo no tenía ninguna intención de vivir allí ni de hacer nada con ella, así que me pareció un buen negocio. Y con ese dinero tapé unos cuantos agujeritos.

A pesar del tema, tuve que sonreír. Armi no era de las que calentaba un duro, sobre todo porque pecaba de demasiado generosa. Y por eso entendía que aquel dinero le habría venido de perlas.

—Entonces la notaste diferente —dije, retomando el hilo de la conversación. No sé por qué, pero tuve la sensación de que mi tía no tenía demasiadas ganas de seguir hablando sobre aquello. Pero yo me ganaba la vida negociando, así que no me fue difícil sonsacarle que en ese último año mi madre se había mostrado más sosegada que nunca, como el que descansa después de una larga travesía a nado por un mar tormentoso.

—Era como si estuviese... iluminada —silabeó Armi con cierta reticencia. Enarqué las cejas sin poder creer lo que me estaba sugiriendo.

—No me vayas a decir ahora que se metió en alguna religión o creencia que...

—No. —Me interrumpió con un gesto abrupto de su mano—. No creo que fuera eso. Al contrario, la sensación que transmitía era de haber aplacado sus demonios, esos que siempre avivaron su ansia de destacar y de ser la primera.

Hizo un mohín travieso, rompiendo la seriedad del momento.

—También podría ser que se estuviera viendo con alguien, y que ese alguien la tuviera muy bien servida.

«Interesante», pensé. No le había conocido otra pareja desde la muerte de mi padre, así que podía ser una posibilidad. Recordé a mi madre tal y como estaba la última vez que la vi, hacía ya casi un año: alta y enjuta, con ese rictus en la cara del que siempre tiene prisa y no se puede detener por tonterías, luciendo esa belleza oscura y salvaje que siempre me hizo compararla con una pantera. Tenía cara de mujer difícil de domar, y eso a muchos hombres les parecía retador.

—Ojalá haya sido cualquiera de las dos opciones.

—Qué dices, yo hubiese preferido la del maromo.

Nos reímos las dos y terminamos el plato de verduras. El camarero, solícito, volvió a llenarnos las copas y se retiró, silencioso.

—Bueno, fuera lo que fuese, yo estoy aquí para cerrar todos los flecos y dejar esta parte de mi vida empaquetada.

Noté cómo me miraba con fijeza, y me sentí algo incómoda. Era como si viese en mí cosas que ni siquiera yo intuía.

—¿Estás segura? ¿Crees que va a ser tan fácil?

—¿Y por qué no? Llevo muchos años fuera de la isla, con una vida que nada tiene que ver con esto. Solo son unos días y luego vuelvo a Berlín más ligera de equipaje.

—¿Y esa es la vida que quieres seguir teniendo?

Resoplé, intentando contenerme, y ella aprovechó para seguir hablando:

—No quiero meterme donde no me llaman, Zoe, pero la verdad es que te pareces más a tu madre de lo que jamás querrías reconocer. Siempre te quejabas de su absoluta dedicación al trabajo, de ese tesón que la hacía ser la mejor en su especialidad, y cómo dejaba de vivir su vida familiar por hacer algún nuevo descubrimiento para la ciencia. Pero hija, tú eres igual. Llevas no sé cuántos años por esos mundos de Dios negociando acuerdos que ni te vienen ni te van, y sin pensar en un momento en ti como mujer.

—Ahórrame la parte donde me preguntas si no quiero ser madre, casarme y todo eso...

—Eso jamás te lo preguntaré, porque no puedo predicar con el ejemplo. Zoe, no te enfades, esto es solo porque me preocupo por ti. No quisiera tener a una segunda Margot que no sea capaz de disfrutar de la vida. O que lo haga demasiado tarde.

Me tragué mi disgusto y me obligué a tomar sus palabras como algo en lo que pensar más tarde. Esa era una buena estrategia, lo tenía comprobado. Pero supe que después de aquella cena con Armi, lo que me había dicho no sería tan fácil de sepultar bajo capas de excusas e indiferencia.

Sobre todo, porque era algo que yo misma me había empezado a preguntar con timidez en los últimos meses. Si esa iba a ser mi vida hasta que me retirase. El viajar a cualquier lado del mundo, la excitación ante un nuevo caso, la estrategia que se diseñaba en mi

mente como un mapa estelar, el cuerpo a cuerpo en las salas acristaladas del rascacielos de turno, y la soledad del hotel. Incluso de mi apartamento en Berlín.

Ea, ahí estaba. La papa caliente. Ahora a ver qué hacía con ella. Tomé un sorbo de vino y tragué el gigantesco nudo que se había formado en mi garganta.

«Gracias, Armi. Como siempre».

2. CONOCER A ALGUIEN

♪ *Depende*, Jarabe de Palo ♪

Al volver del sur con mi tía paramos en el barrio costero de Tajao para almorzar en uno de los típicos restaurantes de pescado. Y mientras elegíamos unas lapas bien hermosas, unos rejos de pulpo y unos trozos de morena para que los friesen bien crujientes, me dije que al final no había sido para tanto. Que el reencuentro con nuestro viejo apartamento había resultado menos removedor de lo que hubiese podido aventurar.

El centro de Los Cristianos bullía de vida cuando llegamos por la mañana. Las calles peatonales estaban llenas de turistas curioseando por los comercios, otros tantos ya apostados frente a su pinta de cerveza en las múltiples terrazas, algunos habitantes locales haciendo recados en las fruterías y pescaderías que se camuflaban tras cada esquina, y por todos lados se veía gente o que iba a la playa, o que venía de ella. Nosotras paseamos con tranquilidad disfrutando del buen clima, casi veraniego, y de mutuo acuerdo nos dirigimos hacia el paseo de la playa, recorriendo un camino que teníamos memorizado en lo más profundo de nuestro cerebro.

El barco que venía de La Gomera estaba atracando en el puerto justo cuando nos adentramos en el portal del edificio. Aspiré con cuidado el aire: no había atisbo de familiaridad en él. Ya no había aroma a tomates madurados al sol, a mezcla de fritangas, o al dulzor playero de las lociones solares. Solo un desagradable tufo a detergente del barato. Subimos las escaleras en silencio hasta el segundo piso, porque nunca usábamos el ascensor, y Armi, tras mirarme un segundo, introdujo la llave en la cerradura y se dispuso a abrir la puerta.

No tenía ni idea si mi madre había frecuentado aquel apartamento tras la muerte de mi padre, lo único que sabía era que se lo había alquilado intermitentemente a una pareja de jubilados británicos —antiguos médicos del St Thomas' Hospital de Londres y amigos personales de mamá— hasta que el marido falleció y la mujer decidió que no viajaría más para poder quedarse cerca de sus hijos.

Aun así, no me había preparado para aquel primer impacto.

Del apartamento ochentero con cocina de madera de pino, suelo de baldosas de terrazo, cortinas con foscurit blanco de fondo, manteles plagados de verduras de colores y anticuados juegos de cuarto con colchas de croché, no quedaba nada. El apartamento había sido reformado y ahora estaba teñido de una sencillez luminosa, decorado en colores blancos, con cortinas de lino airosas que reflejaban sus pequeños topes azules en los salvamanteles de la mesa. Entré con los ojos como platos, intentando casar mis recuerdos con aquellas estancias que parecían sacadas del catálogo de IKEA.

—Vaya... —suspiró Armi a mi lado—. Esto sí que se llama un buen lavado de cara. No tenía ni idea.

Seguí deambulando por la sala, por la cocina e incluso entré a uno de los cuartos, el que había sido el de mi hermana y mío.

—No lo reconozco —reconocí con cierta pesadumbre. Armi abrió la ventana y dejó entrar una bocanada de aire marino.

—En cierta forma es normal, Zoe. Rectifico: es normal del todo. El estilo de decoración de hoy no es el de los apartamentos de hace tres décadas. Y para poder alquilarlo tu madre hizo lo que debía hacer.

—Sí, sí, claro, si no digo que esté mal. Es lógico que mamá haya reformado el apartamento para que fuera alquilable. Pero ahora mismo mi sensación es que se ha convertido en algo absolutamente impersonal.

Armi se apoyó en la barra de la cocina y encogió los hombros.

—Ahora esto es una inversión. Antes era una segunda casa.

Asentí y seguí paseando por el pequeño piso, tocando con las yemas de mis dedos las paredes, donde el gotelé había sido sustituido por pintura blanca. Necesitaba un momento para

interiorizarlo, para entender que aquello era lo correcto. Para mí también sería más fácil enfrentarme a cualquier cosa relativa a esa casa si ya no tenía reminiscencia alguna de lo que había sido en el pasado: nuestro hogar playero lleno de risas, de arena, de toallas colgadas en el balcón, de batidos de fresa al atardecer y almuerzos de empanadillas de atún, de interminables partidas de cartas con la pandilla, de olor a las jugosas tortillas con cebolla y perejil que hacía mi padre, de recuerdos como mi primera regla y mi primer tampón, del radiocasete con las cintas de «varios» y los recopilatorios Boom...

No pude evitar sonreír ante la avalancha de recuerdos.

—Fuimos muy felices aquí, ¿verdad?

Armi asintió, y si no la hubiese conocido bien, habría jurado que se secó algo en la comisura del ojo. Carraspeó para sacudirse la emoción y tamborileó en la mesa con las uñas violetas.

—El de la inmobiliaria está al caer. ¿Lo tienes claro?

«Sí. No pensé que fuera a ser tan fácil».

Sonreí, aliviada, haciendo caso a mi instinto, ese que había adiestrado hasta hacerlo ganador en cualquier situación. Esa soterrada vibración me susurraba que sí, que allí no había nada que llorar. Que lo viese como era, una casa para sacarle rédito. Que los recuerdos era mejor que morasen en nuestra alma, donde siempre permanecerían dorados e intactos.

Con el agente inmobiliario la conversación fue directa y rápida, y no tardamos mucho en estar sentadas frente a nuestras delicias marinas, regándolas con unas cañas. Saboreé todo como hacía meses que no me pasaba: desde que había pisado la isla estaba recuperando el apetito, lo cual era bueno. Nunca había lucido un cuerpo de modelo de pasarela, pero en los últimos meses se me había cerrado el estómago de una forma preocupante, y eso había hecho que mis curvas se hubieran deshinchado como *soufflés* sacados demasiado pronto del horno. Pero ese día, después de aquel baño de recuerdos y nostalgia, cierto alivio interior hacía que no pudiese dejar de echar mojo de cilantro a unas papas bien arrugadas, de esas de consistencia amasada, y contrarrestar el suave picor del ajo con unos tragos helados de cerveza.

Armi me miraba como la madre cuya principal preocupación era alimentar a sus cachorros, y me fue dando conversación entretenida mientras iba pidiendo alguna cosita más para seguir cebándome. Al final salimos de allí casi rodando, y cuando llegué a Santa Cruz decidí hacer siesta, algo nada habitual en mí.

Me desperté a las seis de la tarde, despistada y con cierto malestar, pero sin haber tenido pesadillas. La hartada a mojo y las cuatro cervezas que me había tomado no le habían sentado muy bien a mi estómago, y decidí salir a comprar un remedio en la farmacia. Cuando salí, no pude dejar de notar que el tiempo había cambiado y que de pronto hacía un calor raro, poco habitual para esa época del año. La piel se me estiró, como pidiendo humedad y menos ropa de abrigo. Me masajeeé las mejillas y miré al cielo. Ya no tenía ese color azul fresco y limpio del invierno.

«Calima», pensé. «No la había visto desde que me fui. Me había olvidado de ella, incluso de cómo olía».

Me compré una caja de Almax y cuando estaba tomándome uno de los sobres, recibí un mensaje de mi tío Óscar.

«Mi amor, ¿te importa cambiar la cena de hoy por un almuerzo mañana? Me he liado un poco...».

Sonreí, meneando la cabeza. Aquello era habitual con mi querido tío, así que no me sorprendió en absoluto. Le dije que aceptaba si al día siguiente prometía no llevarme a su sitio de siempre, un restaurante al lado del aeropuerto. Su respuesta afirmativa me hizo reír, porque sabía que le había ocasionado un quebradero de cabeza. Mi tío Óscar, siempre tan metódico y previsible en sus gustos, y tan arriesgado y brillante para sus negocios. Mi amigo, mentor y el primero que creyó en mi talento.

Paseé un rato por la Plaza del Príncipe, admirando cómo iban decorando las columnas, el kiosco central y las balaustradas del frontal con motivos alusivos al tema del carnaval de aquel año. Mi malestar estomacal se fue disipando y me embebí del ambiente de la ciudad, expectante ante los días de fiestas multitudinarias que empezaban ese mismo viernes. Y quizá fue ese torrente de energía

el que me hizo decidirme ir a echar un primer vistazo a la casa de Las Acacias. Había previsto esa visita para el día siguiente, miércoles, pero ya que mi tío me había cancelado la cena, podría ir adelantando lo básico. Recibir la primera impresión, por lo menos. El comprobar si la esencia de mi madre seguía allí o no.

Ya se había hecho casi de noche cuando llegué a Las Acacias. La zona residencial estaba situada en la parte alta de Santa Cruz, alejada del centro, y allí se notaba un aire más limpio y menos agobiante, lo cual agradecí. Conduje por sus estrechas y poco cuidadas calles —la maldición de las urbanizaciones de cierto nivel adquisitivo, que parecía que no contaban para los ayuntamientos— hasta llegar a la bajada donde se encontraba la casa que había sido de mis abuelos.

Aparqué por fuera de la vivienda, pegada al garaje, y me bajé en silencio, sin ganas de romper la quietud que se respiraba en la zona. Había árboles por doquier: granados, flamboyanes, jacarandas y laureles de indias, todos anteriores a cualquiera que viviese allí, y que desparramaban su verde encanto por cada esquina. Dentro de la casa, en el jardín delantero, seguían plantados los grandes naranjos y limoneros, y el césped bien cuidado estaba bordeado por capas de la reina y calas primorosas. Pensé distraídamente que alguien debía ir a arreglar los jardines, porque estaban frondosos y sin una sola mala hierba. Abrí la puerta baja de hierro forjado y luego recordé que mamá había instalado una alarma. Me apresuré a sacar el mando y desactivé la instalación.

La casa tenía dos pisos: una que quedaba al nivel de la calle, donde estaban los dormitorios —cuatro en total, y dos baños—, y justo delante de la puerta de entrada se encontraban unas anchas escaleras que llevaban a la parte baja, donde se situaban la cocina, la sala y la amplia terraza. O al menos esa había sido la distribución cuando mis abuelos vivían allí. No esperaba otra cosa, ya que por fuera la casa parecía estar igual. Bueno, mamá la había pintado de blanco, eliminando el color amarillento típico de las construcciones de los setenta, pero no había cambiado los marcos de las ventanas, todavía de madera oscura y algo cascada.

La casa parecía mirarme, y noté cierta reticencia en mí misma para entrar. Vacilé un poco, parada en las escaleras que subían a la

puerta, pero entonces escuché voces masculinas en la vivienda de al lado, cerca de una de las ventanas. No tenía demasiadas ganas de alternar con ningún vecino, así que no me quedó otra sino huir: abrí la puerta y entré en la casa.

Quizá por la experiencia en el apartamento de Los Cristianos, me había preparado a que los recuerdos que tenía aparejados al chalet de mis abuelos se verían suplantados por una nueva identidad, o apariencia, o como fuera que se llamase el borrar casi en su totalidad el espíritu de un lugar. Y como lo intuía, me había mentalizado a absorber sin reservas la indudable impronta de mi madre.

El problema era que yo había vivido en la misma casa con mi madre y con mi padre, y jamás percibí allí esa luz, libertad y femineidad que sentí con todos los poros de mi piel en cuanto puse un pie en la entrada. Era como si la persona que tenían en común ambos hogares fuera alguien diferente, dos personas distintas.

Como hipnotizada, bajé las escaleras mientras el olor a cerrado empezaba a agobiarme. Me acerqué a la gran puerta de cristal que daba al jardín y la abrí, dejando que el calor empezase a entibiar la sala. No había demasiados muebles, todos eran grandes y armoniosos, conjugados en tonos grises y blancos, con algunos detalles en rosa palo. La cocina estaba integrada en la sala, todo un despropósito para una mujer que nunca hizo de comer por voluntad propia, por lo que me pareció extraño lo equipada que estaba. Las plantas eran grandes y turgentes; palmeras y diferentes macetones de hojas verdes, como helechos de la era terciaria, creaban todavía más sensación de ligereza, aunque al tocarlas me di cuenta de que eran liofilizadas.

Me sentía como en un programa de esos de reformas integrales, cuando llevan a la agraciada pareja a contemplar el resultado final del trabajo de los decoradores. El mundo de maderas oscuras, sofás de terciopelo verde y cuadros de punto cruz de mis abuelos había dado paso a otro, donde me imaginaba a mi madre flotando por las estancias vestida con un *kaftán* y una taza de té en la mano. Por Dios, si parecía que había comprado acciones en Zara Home.

¿Quién había sido ella realmente? ¿La madre que yo conocía, severa y exigente, la que solo admitía su versión de la historia? ¿O

la mujer liberada que sugería aquella casa? ¿Era posible cambiar tanto en tan poco tiempo? ¿O solo eran las diferentes caras de alguien que en realidad fue una desconocida para mí?

Salí a la terraza y si el interior me había sorprendido, el exterior lo hizo aún más. Por lo que vi, mamá había comprado parte del terreno de debajo y había ampliado la superficie del jardín, quedando al mismo nivel que el de la casa de al lado. Y se había dado el gusto de construir una pequeña piscina *infinity* con vistas al mar y a la ciudad, con una coqueta palapa a un lado y un *jacuzzi* al otro.

«Vaya con mamá. Estuvo bien ocupada en el último año, y todo para acabar muriendo en medio de una operación en su quirófano favorito. Aunque quizá esa fuese la muerte que siempre deseó. Pero lo de esta casa me intriga... No va con la Margot Acosta que yo conocí».

Paseé por el césped, admirando la simpleza y elegancia de todo aquel jardín trasero. Quizá fuese posible que yo nunca llegara a conocerla, me dije. ¿Quién conoce del todo a sus padres? ¿O a cualquiera?

Unas luces tenues se encendieron, activadas por un sensor, y me senté en una de las hamacas. No podía negármelo a mí misma: me sentía extrañamente bien en aquel lugar. Todo lo que se respiraba en esa casa me calmaba. Sacudí la cabeza, desconcertada. Aquello era lo último que hubiese esperado.

Al cabo de un rato me obligué a levantarme y entré de nuevo en la casa, cerrando la puerta de la terraza tras mí. Contemplé la sala y la cocina, y de pronto decidí que la noche siguiente me quedaría allí. Algo en mí necesitaba estar en las mismas habitaciones donde mi madre había pasado su último año, intentar entender por qué con ella todo siempre había sido complicado, y si eso no era posible, por lo menos reconciliarme de alguna forma con su recuerdo. No pude evitar sonreír con ironía ante ese último pensamiento.

Subí las escaleras sin intención de entrar en los dormitorios, pero justo cuando iba a salir, escuché de nuevo dos voces masculinas fuera, en la calle, y un coche en marcha. Me quedé esperando a que se fuesen, por lo que no pude evitar escuchar la conversación.

—*Are you coming or not?*

A pesar de sonar impaciente, era una voz bonita, de esas con un timbre acariciador que te dan ganas de que te susurren cosas picantes al oído. La curiosidad me pudo y me asomé entre las cortinas, pero solo vi la silueta de un coche con la puerta del copiloto abierta.

—Ya voy —le contestó en inglés otra voz que me dio la impresión de que correspondía a alguien de más edad. Lo corroboré en cuanto vi a un hombre alto de cabello plateado salir por la puerta con un gran bolso al hombro. Lo introdujo en el coche con una asombrosa agilidad, mientras dejaba escuchar una suave risa:

—Siempre te pones gruñón cuando hay que ir al aeropuerto. Tranquilo, ese avión no se va a ir a ningún lado sin mí.

—Sabes que odio ir con prisas, y la autopista es siempre una incógnita, nunca sabes si va a haber una cola de cojones o si llegas en dos minutos.

—Joder, Jackson, ¿no sabes mirar por las cámaras de tráfico? Parece mentira que te lo tenga que decir yo...

No alcancé a escuchar la contestación del más joven, pero el del pelo gris volvió a reírse y se subió al coche. En dos segundos ya habían dado la vuelta y dejé de escucharles. Entonces salí, todavía con la sonrisa en los labios tras aquella improvisada conversación. No sabía qué relación tendrían aquellos dos hombres, pero estaba claro que debajo de aquellas pullas había amor del bonito.

Esa noche decidí que no iba a pensar más ni en mi madre ni en lo que podría descubrir en su casa al día siguiente. Me fui en coche hasta la playa de las Teresitas y me senté en una de las terrazas hasta que terminé el libro que me había traído, disfrutando de la quietud de la noche y del sonido del mar. Aquel rato de desconexión me sentó a las mil maravillas y me hizo dormir bien hasta las cinco de la mañana.

A partir de ahí, no pegué ojo.

3. RUBIAS Y MURCIÉLAGOS

♪ *Shake it off*, Taylor Swift ♪

Aquel miércoles desayuné temprano en uno de los típicos bares de lo que popularmente se conocía la Plaza del Chicharro. Después de un zumo de naranja, un cortado leche y leche y una pulguita de pollo con todo, conseguí disipar la inquietud que llevaba sintiendo desde que me desperté. Con el estómago lleno todo se veía diferente, incluso el calor seco con el que se había levantado la mañana y que amenazaba con cubrir de polvo sahariano la isla. Había mirado las previsiones, y decían que ese día incluso podría hacer bastante viento. Me encogí de hombros. Qué más me daba, no sería la primera calima que vivía.

Llegué a Las Acacias con una pequeña mochila al hombro, dispuesta a trabajar duro. Mi idea era vaciar los armarios y catalogar lo que allí encontrase, y luego pasar a la planta de abajo. No sabía cuánto tardaría en todo eso, y no quería perder el tiempo. A las ocho y media de la mañana ya estaba entrando en la casa, con la mente puesta en todo lo que tenía que hacer. Abrí todas las ventanas de la parte baja para contrarrestar el frío húmedo que se había metido después de tantas semanas cerrada, y subí las escaleras al piso superior.

En las épocas de mis abuelos, aquellas cuatro habitaciones habían pertenecido al matrimonio y a sus tres hijas. Ahora, descubrí que mi madre había unido su habitación con la de sus padres, y se había hecho una suite con vistas y un vestidor que no me casaba para nada con su imagen de madre práctica y sin demasiadas florituras. Las otras dos habitaciones estaban cerradas: la primera la pude abrir sin problemas, y allí me encontré con el despacho de mi madre, lo cual hizo que cerrase la puerta con cierto escalofrío; la segunda no hubo forma de abrirla, lo cual me extrañó un poco.

«Tendré que estar atenta a encontrar la llave. En algún lado la habrá puesto, y con lo que voy a revolver aquí, seguro que aparecerá».

Entré en el dormitorio de mi madre, decorado en tonos turquesas y blancos y con ese halo de que quien lo habitó, nunca pensó en que no volvería. Había unas leves arrugas sobre la colcha blanca, y pasé la mano sobre ellas con suavidad. Quizá fuese el rastro de mi madre antes de salir a su última jornada laboral y de su existencia. Quizá se sentase ahí para ponerse los zapatos, o para mirar el móvil, o simplemente para contemplar la vista que se abría de los amplios ventanales.

Se había traído su tocador, el que mi hermana y yo asaltábamos cuando ella no estaba, ese cofre del tesoro cotidiano que nos dio muchas alegrías y cholazos, si mi madre hubiese sido la madre canaria al uso. No, ella nos miraba con aquellos ojos negros penetrantes, y eso hacía mucho más que una nalgada. Bajábamos la cabeza y nos achicábamos, pero eso sí, luego nos íbamos a nuestro cuarto a idear la estrategia para que la siguiente vez no nos pillase.

Había decapado el mueble y ahora se mimetizaba con el resto del entorno sin estridencias. Allí estaba su perfume de siempre, *L'Air du Temps*, y algunos complementos que no miré con demasiada atención. Ya tendría tiempo de revisarlo, quizá la llave del cuarto misterioso estuviese allí.

Pasé la mañana vaciando el vestidor, desechando sin dudarlo todas las ropas prácticas y de diario que describían a esa mujer que creía conocer. Eran conjuntos como los que recordaba de la infancia —pantalones rectos, camisetas básicas, vaqueros, jerséis de colores neutros y blazers—, y olían a ella. O a lo que mi memoria retenía de ella.

Quizá fuese por ese olor que un nudo se me instaló en la garganta durante toda la mañana. Aquella tarea era como su entierro de verdad, ese que no pudimos hacer en la vida real. Estaba barriendo los últimos vestigios de la existencia de una persona, después de aquello solo quedarían los recuerdos en la mente de quienes la hubiesen conocido.

Entre percha y percha me dio tiempo de pensar muchas cosas, algunas de ellas bastante poco bienvenidas. Intenté obviarlas todo lo que pude, centrando mi atención en la tarea mecánica que estaba haciendo, pero era complicado. Rebuscar entre las cosas de mi madre estaba empezando a abrir compuertas que habían estado cerradas muchos años, y no quería. Me había propuesto a mí misma que esa visita no se convertiría en un duelo a posteriori, aunque ver todo aquello me estaba removiendo más de lo que pensaba. Sobre todo, cuando saqué las cajas del altillo donde mi madre guardaba ropa vieja, y reconocí varios conjuntos ochenteros de los que hacía gala en festividades como Navidad.

Me estaba agobiando y bajé a la cocina a ver si por algún milagro había agua en la casa, y aunque la nevera estaba vacía, encontré un *pack* de botellas sin abrir al lado del horno. Bebí varios tragos largos, y me tranquilicé. Hice un par de respiraciones profundas y me dije que tenía que ser fuerte, solo serían unos días y podría olvidarme de todo.

Abrí la última lama del armario sin demasiada energía, y ahí me encontré con un paisaje muy diferente al del resto del vestidor: toda una hilera de ropa envuelta en forros de marcas internacionalmente conocidas, de esas que jamás hubiese pensado que mi madre poseía, colgaba de la barra como deseando ser probada. Empecé a sacar perchas y mis ojos maravillados se encontraron con vestidos de *Victorio & Lucchino*, un vestido de cóctel de *Prada*, un abrigo fabuloso de *YSL*, un conjunto de traje y chaqueta de *Valentino*... Clásicos, atemporales, carísimos: con toda probabilidad adquiridos durante la época en la que estuvo recorriendo congresos y simposios en lugares como Nueva York, París, Estambul o Sidney.

Esa era la otra vida que yo sabía que tenía, pero de la que nunca supe nada porque mis padres nunca hablaban de ella. Mi madre se iba durante unas semanas y luego volvía con toda normalidad; varias veces incluso llegó a ausentarse meses enteros para participar en no sé qué proyecto de su rama, invitada como una de las grandes de la neurocirugía por algún hospital de renombre.

«Pues se ve que no todo era bisturíes y suturas. Vaya con la doctora Acosta».

Eché para un lado toda la ropa anterior y empecé a desplegar ante mí todas aquellas maravillas. Colores llamativos, telas con una caída magnífica... La antítesis del estilo de Margot Acosta en Tenerife. Sonreí, y lo siguiente fue quitarme los pantalones, la camiseta de manga corta y cuello alto que llevaba y empezar a probarme cada una de las prendas.

Yo era igual de alta que mamá, ambas rebasábamos el metro setenta y cinco, pero ella era más delgada que yo, y con un cuerpo más recto. Aun así, todo me quedaba de fábula, y me regodeé mirándome en el espejo.

«Oh, el traje rojo de Valentino no puede ser más increíble. Mira qué corte, cómo envuelve el cuerpo. Dios mío, me siento como en *Pretty woman*. Solo falta un poco de música».

Mi cuerpo se estremeció de emoción. Había visto un altavoz *bluetooth* en la mesilla de noche de mamá, y en un periquete lo vinculé a mi móvil. Puse la primera canción de mi lista de reproducción favorita, y dejé que la música entrase en mis venas, como siempre hacía.

Yo bailaba desde que tenía uso de razón. Donde mi hermana no entendía lo que era el ritmo, aunque sí lo que era lanzar triples casi desde la línea de medio campo, yo me sabía todos los bailes que aparecían en los videoclips de *Del cuarenta al uno* o en la MTV. Mi padre fue el que me apuntó en la academia de baile, y ese fue el comienzo de mi gran afición. Hoy en día la seguía manteniendo, y tenía fichadas varias profesoras en las ciudades más habituales donde trabajaba. Intentaba bailar varias veces en semana, alternando estilos porque todos me gustaban, y si no podía ir a clase, lo hacía en casa.

Lo cierto era que desde lo de Singapur, no había bailado.

Sacudí la cabeza para ahuyentar el recuerdo de un rostro oriental que cogía un móvil, y luego un sonido que dejó el mundo sin color ni aire.

Así que con un Givenchy negro de manga larga y flecos bailarines, volví a invitar a la música a mi vida. Abrí la puerta del balcón y al ritmo de *Shake it off* de Taylor Swift, seguí sacando ropa del armario y meneando el culo con el estribillo.

Mi humor había mejorado ostensiblemente y a las doce había terminado con el vestidor. Hice un recuento mental de cuántas cajas necesitaría para donar lo que iba a desechar, y le escribí a Armi para ver si ella sabía de alguien que me las pudiese proveer. Mientras mi tía tejía su tela de araña de contactos, yo decidí asomarme al balcón, sin poder dejar de mover el cuerpo con las canciones que iban sonando.

Desde allí se veía el jardín y la piscina de la casa de al lado, algo diferentes a las de mi madre. Me entretuve tarareando la canción y justo cuando iba a entrar, diciéndome que tenía que seguir con mi tarea, percibí algo que se movía en la propiedad vecina. Me retiré un poco hasta que estuve media oculta por las cortinas, y eché una mirada con todo el descaro del mundo al hombre que acababa de salir a su terraza.

Se desperezó, como queriendo desentumecer los músculos, y con ese movimiento su camiseta blanca se levantó y dejó ver el inicio de una espalda bien formada. Su piel era bronceada, y aunque parecía muy alto, se movía con elegancia. Dio unos pasos hacia una especie de estructura de metal sencilla, y se quitó la camiseta para colgarse de la barra más alta.

Tragué saliva. Todavía no había visto su cara, pero todo el resto me estaba pareciendo de lo más apetecible. Hizo unas dominadas sin esfuerzo aparente, levantó las piernas para hacer unas abdominales, pero me dio la sensación de que aquello era solo un estiramiento. Que aquel hombre estaba acostumbrado a entrenamientos más duros, y que aquellos movimientos solo los estaba haciendo por costumbre.

Sin quererlo me había aproximado de nuevo al balcón, saliendo de mi escondite, como la vecina mirona de las películas. Entonces se colgó boca abajo como los murciélagos, con el rostro vuelto hacia mí. Tenía los ojos cerrados mientras se balanceaba con tranquilidad, pero cuando los abrió, supe que me había visto. Era demasiado experta en lenguaje no verbal para no darme cuenta del ligero cambio en su postura, la tensión repentina de sus músculos y el destello de sus ojos, aunque estuviese lejos.

Si aquello hubiese sido una negociación, ese habría sido un momento clave, un punto de inflexión. De esos en los que el

acuerdo puede irse hacia un lado o hacia otro.

Yo no me moví, hubiese sido ridículo esconderme. Eso lo hacían las quinceañeras, y yo tenía suficiente aplomo para quedarme apoyada a la barandilla sin desviar la vista. Hubiese jurado que sus labios se curvaron con la mínima expresión de una sonrisa, y con un movimiento controlado bajó de la barra y puso los pies en el suelo. Levantó una mano para saludarme, y a mí se me descontroló el pulso cuando le correspondí.

Se puso la camiseta y sin prisas se acercó al muro que separaba las dos propiedades. Era un muro alto, pero en cierta zona bajaba para sortear un desnivel del terreno, y fue hacia allí donde se dirigió. Quería verme de cerca, y para qué mentirme, yo también a él.

Entonces fue cuando lo noté: ese pequeño movimiento descontrolado, esa repentina impasibilidad de su gesto, como si quisiera mantener sujetas todas sus emociones.

Si no hubiese pensado que era imposible, habría dicho que ese hombre me conocía.

Entonces sonrió encantadoramente y me perdí por un momento en su boca de labios llenos.

—¿La nueva vecina?

Sonreí y le contesté en su idioma.

—Por unos días.

Asintió, apoyando los antebrazos en el muro. No pude evitar admirarlos: fornidos, morenos, de piel suave, y sobre los cuales brillaban unos fantásticos ojos color avellana clara. Menos mal que estábamos a distancia, porque sentí que me ponía roja. Hacía años que no conocía a alguien tan atractivo, y me estaba poniendo nerviosa.

«Por Dios, contrólate, Zoe, esta situación no puede sobrepasarte. Es solo un tío, aunque sea el más guapo que hayas visto en tu vida».

—Conocí a la anterior dueña, Margot. ¿Eres familia de ella?

Me miró, buscando algún parecido con mi madre. Vi que lo había encontrado, pero antes de que lo hiciese notar, le respondí:

—Soy su hija, Zoe.

Tuve la sensación de que aquella información no le había sorprendido.

—Hola, Zoe. Yo soy Jackson Grant.

Aprecié que había pronunciado mi nombre como se hacía en castellano, no como lo hacían los ingleses, que no me gustaba nada. Aquel «soui» me recordaba a Joey, el de *Friends*, y no es que tuviese nada en su contra, pero yo siempre fui mucho más de Chandler.

Nos quedamos mirándonos unos segundos eternos, con esa conexión que se da a veces entre dos personas y que tiene como efecto secundario una respiración más rápida, como buscando ese aire que de pronto falta en los pulmones. Vi que sus ojos no se despegaban de mí, y que la sonrisa afable se había congelado en sus labios.

Creo que nunca había sentido mi corazón latir tan fuerte.

Me erguí en el balcón, ahuyentando el repentino agobio, y desplegué una sonrisa bien ensayada.

—Me alegro de conocerte, Jackson.

Imprimí a mis palabras un tono de despedida que él captó al momento.

—Para lo que necesites, estoy aquí al lado.

La frase, a priori sugerente, se despojó de todo erotismo ante su franca y amable sonrisa. Yo mantuve la mía, y no pude evitar hacerle un guiño cómplice ante su estudiado rostro de niño bueno.

«Qué bien lo haces, Jackson Grant. Creo que juegas estupendamente a este juego».

Se dio la vuelta, pero antes de que pudiese entrar, me llamó a media voz.

—Eh, Zoe.

—¿Sí?

—No dejes de poner música. Me pone de buen humor. Ah —la sonrisa se hizo pícaro—, y tampoco dejes de bailar.

Enrojecí del todo, y no pude evitar una carcajada mientras le veía alejarse hacia su terraza. No había sido la única mirona y eso me complació más de lo que habría podido reconocer.

No me imaginaba cómo se daría, pero sabía que volveríamos a jugar.

Volví al dormitorio de mi madre y me ordené a seguir trabajando. Así que hice la clasificación final de la ropa y luego decidí darme

una ducha antes de ir a almorzar con mi tío Óscar.

Mientras me relajaba bajo el agua caliente, pensé que nunca habría imaginado sentirme tan cómoda deambulando por la casa de mi madre. Usar su champú abierto, sus toallas color lavanda, secarme el pelo con su secador. No me sentía una intrusa. Al revés, era como si la casa me acogiese. Sacudí mi cabeza, incrédula ante mis pensamientos. Solo me faltaba decir que el espíritu de mi madre, afligido y arrepentido, estaba haciendo lo imposible para retener a su única y díscola hija. La que quedaba de todos los que habíamos sido la familia Wagener Acosta.

Y fue entonces cuando permití que las palabras aflorasen en mi cabeza.

«Iria, deberías estar aquí. No quiero hacer esto sola».

La llegada del coche de mi tío impidió la espiral de autocompasión.

4. LO QUE ELIGES Y LO QUE NO

♪ *Fly away*, Lenny Kravitz ♪

Antes de subir de nuevo a Las Acacias, pasé por el hotel a buscar más ropa. Pensaba quedarme allí esa noche para aprovechar el tiempo, y también porque, aunque no quería admitirlo, me sentía más cómoda que en el hotel. Sí, llamadme flipada, pero en esa casa había algo que me hacía recordarlos a todos, a los que ya no estaban, a pesar de que nunca habíamos vivido allí como familia.

Llevaba toda la tarde con mi padre más presente que nunca. Quizá porque mi tío Óscar era la prueba viviente de lo que habría sido su hermano si no nos hubiera dejado tan pronto. Juan y Óscar Wagener habían sido gemelos, así que al ver a mi tío podía imaginarme por unos segundos que tenía a mi padre delante. Hasta que abría la boca, porque ahí se acababa el parecido: mientras mi padre había sido un hombre tranquilo, de voz calmada y una mirada amable, Óscar hablaba en voz alta, gesticulaba mucho con las manos y tenía más energía que el demonio de Tasmania.

Sin embargo, todo eso era un personaje: detrás de aquel torbellino agotador, Óscar Wagener era el empresario con más cabeza fría que conocía. Siempre estaba al tanto de las tendencias mundiales, las cuales implementaba con éxito en las islas; especializado en el sector de la hostelería, tenía una estructura financiera perfectamente balanceada en un entorno tan volátil; y aunque nunca había podido ver el alcance de su imperio, me olía a que tenía inversiones en activos sólidos en el extranjero que mantendrían en pie su compleja red si algo grave pasase.

Él fue el que vio mi talento, le dio alas y el empujón para que echara a volar.

Por eso mi madre no podía ni verlo. Y eso dividió aún más a la familia.

Empecé a trabajar para Óscar al principio de mi vida universitaria, al comenzar la carrera de medicina que tanto mi hermana como yo habíamos tenido que elegir a instancias de mi madre. Ella no veía otra salida posible para alguna de sus hijas, nos veía como las herederas del gran legado que ella iba a dejar a la humanidad. Tanto Iria como yo nos adaptamos sin grandes trifulcas, conscientes de que era mejor seguirle la corriente y luego ver qué haríamos en realidad. La cosa fue que Iria sí se enamoró de la carrera, pero yo no.

Yo servía copas en uno de los bares de La Laguna que Óscar tenía en propiedad, siempre en horas que no enturbiasen mis estudios. Ese fue el acuerdo que consiguió mi padre con mi madre una de las pocas veces en la que se enfrentó a su adorada mujer.

—Tienes que dejar que se busque la vida, Margot. Que quiera hacerlo significa que no se le caen los anillos por trabajar. Que vea que en la vida no todo es tan fácil.

—No tiene ninguna necesidad, si es por dinero en casa le podemos dar lo que le haga falta...

—No lo has entendido, amor. —Recuerdo a mi padre meneando la cabeza—. No se trata de dinero, sino de independencia.

Esa conversación fue la más recordada en mi casa cuando se descubrió el pastel. Más bien, la que mi madre echó en cara a mi padre por defenderme. Curiosamente papá se mantuvo en sus trece y no se doblegó ante el fuerte carácter de su mujer.

—Tiene que poder hacer lo que ella quiera, Margot. Zoe muestra un gran talento para el tema de los negocios, Óscar la lleva observando tiempo y es capaz de venderle arena a un beduino. Es lista, sagaz, observadora y con una mente capaz de elaborar estrategias complejas. Y, además, lo disfruta. ¿Por qué va a estudiar medicina cuando con claridad va a ser más feliz con otra cosa?

—Esto es culpa del jodido Óscar —bufó mi madre con la cara roja—. Le dije que solo de camarera, nada más, que fuera un medio para ganarse unas pesetas para sus caprichos. ¡No para que se la llevase a negociaciones sin decirnos nada! Me puedo imaginar esos acuerdos hechos en bares de putas o en sótanos de mala muerte, y mi hija ahí, absorbiendo toda esa...

Entonces mi padre empezó a reír a carcajadas, haciendo que mi madre se enfureciese aún más.

—Por Dios, Margot, ni que esto fuera el Bronx. Te lo estás tomando a la tremenda...

—¡Es el futuro de nuestra hija, Juan!

Mi padre se cruzó de brazos y le lanzó una de esas miradas que significaban peligro. Que el mar en calma también podía alzarse en tormenta.

—No, es el futuro que tú quieres para nuestra hija. ¿Le has preguntado lo que quiere ella? No, ¿verdad? Tú crees que debe seguir tu senda, ¿y eso quién lo ha ordenado? De la misma forma podría estar yo cabreado porque nadie va a heredar mi negocio, el de mi familia, ¿y acaso digo algo? ¡No! Porque para mí es más importante que ellas sean felices con lo que eligen. Y si se equivocan, rectificarán, todavía son jóvenes y pueden permitírselo.

Iria y yo, que estábamos escuchando detrás de la puerta, nos miramos estupefactas. Jamás habíamos oído a papá hablar en ese tono y en esos términos. Y creo que mamá tampoco, porque ya no se la oyó decir nada más.

Tampoco me habló a mí en bastante tiempo, solo lo imprescindible. Su orgullo y su cabezonería le decían que una persona como yo, que estaba sacando la carrera de medicina sin problema alguno, iba a desperdiciar ruinosamente su vida en el frívolo y despiadado mundo empresarial.

Unos pensarían que mi madre era una persona altruista que quería que su hija se dedicase a salvar vidas, como ella.

Otras, como yo, sabrían que no era así, que el salvar vidas lo que le ayudaba era a construir su propio mito y apuntalar su gran ego. No era la humanidad, era su persona la que importaba.

Después de eso, fueron mi padre y Óscar los que me ayudaron. Me pagaron los estudios y cuando fui admitida en el programa de posgrado más exigente y elitista del mundo occidental, se fueron conmigo a ayudarme a instalarme y lo celebramos por todo lo alto. El resto, todo aquello que les llenó siempre de orgullo, lo hice yo.

Y por tonterías como esta, se rompen las familias. Por orgullo, egocentrismo, estrechez de miras.

Óscar siempre estuvo de mi lado, y tenía la personalidad y la fortaleza de carácter de decírselo a mi madre a la cara. Se lo decía entre risas y pullitas, de una forma que mi madre no sabía cómo responderle, y eso más le molestaba. Pero era incapaz de ganar una guerra dialéctica con mi tío.

Tras morir mi padre de un infarto prematuro, era a él quien llamaba para contarle las cosas relativas a mi trabajo, o lo que podía contar. Aunque yo ya era una negociadora de gran fama, el sexto sentido del viejo zorro siempre me ayudaba a ver el caso de otra manera y muchas veces me iluminaba para dar con la estrategia adecuada para llevarme el acuerdo para la parte que me había contratado.

En esta oportunidad no me preguntó mucho por mi trabajo, lo cual agradecí. Por primera vez le ocultaba algo, y no quería debatirlo con él. No hasta que yo misma desentrañara el lío mental que tenía tras lo ocurrido en Singapur. En cambio, me estuvo sonsacando sobre mis relaciones y me echó la bronca por su sonada inexistencia.

—Zoe, ¿de verdad crees que a la larga ese trabajo será lo que te satisfaga? Sé que es tu gran pasión, pero chica, tener a alguien cuando llegas a casa no está sobrevalorado en absoluto.

Me había llevado a un nuevo restaurante céntrico al que estaba echando el ojo para comprarlo. Era un sitio de taperío, donde todo estaba elaborado con tanta creatividad y sabor que estaba causando furor en los alrededores.

—¿Y si en vez de comprar el local te llevas al cocinero? —le pregunté, intentando desviar su atención. Me miró, haciéndome saber que no le engañaba, y claudiqué. Esa era una pregunta de novata: estaba claro que el local en sí y su ubicación eran una de las claves de su éxito.

—No te hagas la loca conmigo. Coño, que al final te vas a parecer a tu madre y todo.

Ya iban dos con la misma cantinela. Me envaré y le lancé una de mis miradas fulminantes.

—Ni se te ocurra comparar. No tienen nada que ver mi madre con sus ansias de gloria y reconocimiento y lo que yo disfruto con cada entresijo de las negociaciones que hago, los lugares que

conozco, las culturas que tengo que estudiar muy bien de antemano, la localización de la negociación y lo que eso influye...

Era verdad. A veces era más importante toda la puesta en escena que la negociación en sí.

—Sí, no me vengas con todo eso que ya me lo sé de memoria. Pero hija, es que me da pena que no estés aprovechando ese cuerpo serrano y esa cara de picarueta que tienes. Por experiencia te digo que la vida es mejor cuando tienes a alguien...

Le interrumpí entre risas y me recosté hacia atrás en el sillón.

—Habló el señor «me he casado tres veces y si puedo, lo volveré a hacer».

Mi tío andaba liado con una abogada que lo tenía loco perdido, y mucho me temía que iba a tener que comprarme un traje para su cuarta boda.

—Pues no te digo que no, si a Lourdes le hace ilusión, ¿qué más me da a mí? Ya sabes que me encantan las lunas de miel.

Y me guiñó el ojo con un meneíto de su cuerpo que dejó todo muy claro.

—¿Cómo se llamaban aquellos dos? —prosiguió, y enseguida supe por quién me iba a preguntar—. ¿Ryan y...?

—Lauren.

—Sí, esa. Una chica estupenda, la verdad. ¿Cómo están? ¿Sabes algo de ellos?

Con fingido aburrimiento le dije que Ryan estaba casado y tenía dos hijos pequeños, y que Lauren había vuelto a Nueva York. Hacía tiempo que no tenía contacto con ellos, pero supongo que era normal: las parejas se separan y por muy buena que haya sido la ruptura, al final cada uno coge su camino y busca una nueva felicidad. Así fue con Ryan, que fue mi novio durante el posgrado y los primeros años de trabajo, luego con Lauren, con quien viví unos años muy felices en Berlín, hasta que mis pocas ganas de dar un paso más hicieron que ella, unos cuantos años mayor que yo, tomara la decisión de irse.

Desde entonces había tenido relaciones esporádicas, aunque nada que hubiese querido que se prolongase más allá de unas cuantas citas. Era feliz así, viajando sin tener que dar cuentas a nadie, disfrutando de mi soledad que rompía cuando me apetecía,

viendo a viejos amigos con los que una noche de vinos me daba mucho más que unos revolcones sudorosos con alguien a quien luego no volvería a ver. Sí, solo me faltaba sacar las agujas y hacer calceta, pero no tenía ningún problema con mi vida.

—Joder, sobrina, ¿desde cuándo no tienes ganas de sacarle a alguien la ropa a dentelladas?

Me reí a carcajadas ante las preguntas de mi tío, cuyas pintas no denotaban todo lo que escondía: con algo de sobrepeso, cabello rubio que cada vez se veía menos, los ojos azules de los Wagener rodeados de pestañas y cejas claras, y una tez bronceada con la que se salía de la herencia genética extranjera de la familia, Óscar parecía el típico constructor del boom turístico o un terrateniente pachorrudo de la zona norte de la isla, no el seductor que conseguía a quien se proponía.

—Pues no sé... —Y en ese momento me vino a la cabeza el vecino de ojos leoninos y humor chispeante. Mmmm, ronroneé en mi mente y mi tío se dio cuenta, con lo que tuvo tema para rato, intentando averiguar el motivo de «mi cara de pervertida», según él.

Óscar me acompañó al hotel a buscar la ropa y luego a un pequeño supermercado para abastecerme de algunas cosas que necesitaría si me quedaba a dormir. El viento se estaba alzando con bastante fuerza, y las copas de los árboles se cimbreaban con ruido, chocando unas contra otras y dejando caer un sinfín de hojas y flores al suelo. El calor se había vuelto muy evidente, y yo estaba sudando con el suéter de cuello vuelto que llevaba.

Cuando llegué a casa de mi madre me descalcé y me puse algo más ligero, unos pantalones cortos y una camiseta que había metido en la maleta por si iba a la playa. Me asomé hacia el jardín delantero, pero los frutales estaban azocados por las casas colindantes, por lo que no estaban a merced del viento. La zona posterior era otro cantar: aunque no hubiese árboles altos, sí que había macetones, y cuando me acerqué a la pequeña palapa observé con preocupación las sujeciones del techo de hojas de palma. El viento la hacía crepitar, y recé para que no saliese volando.

Intenté bajar al suelo todo lo que estuviese en alto y echándole un último vistazo a la palapa, me metí para dentro. En la casa de al

lado no vi señales de vida y decidí no dedicarle más energía. Tenía bastante con ocuparme de las cosas de mi madre.

Pasé lo que quedaba de tarde revisando el resto de los muebles del dormitorio, donde encontré poca cosa: objetos fútiles, algún libro y artículos de cosmética. ¿Dónde habría puesto mi madre su joyero? Ese que a Iria y a mí nos parecía un pequeño tesoro y que nos moríamos de ganas de revolver, pero que mamá nos dejaba ver en contadas ocasiones.

Rebusqué por todos lados, pero nada. Me pregunté si mi madre habría tenido una caja fuerte y revisé en los lugares típicos que salen en las películas: detrás de los cuadros, en los armarios y detrás del cabecero de la cama, mas no encontré nada. Le envié un mensaje a Armi por si sabía su paradero, pero no supo darme ninguna indicación. Quizá estuviese en la habitación cerrada. Me encogí de hombros y seguí con mis tareas. Ya lo encontraría, la casa era grande y había infinidad de lugares donde buscarlo.

A las nueve de la noche decidí parar y dejar para el día siguiente el despacho de mi madre. Bajé a la cocina y encendí todas las luces para crear una sensación de seguridad en aquel lugar en el que había estado miles de veces, pero no con ese aspecto. Recordé a mi abuela haciendo guisos en aquella misma cocina, a mi abuelo leyendo el periódico en el sillón y a nosotros corriendo por el césped esquivando los rosales que tanto florecían bajo los cuidados de mi abuela. Ahora todo era diferente, pero de una extraña forma también era igual. Me escalofrié con suavidad: era como si las energías de los diferentes moradores de esa casa se estuviesen poniendo de acuerdo para que me sintiese cómoda.

«Otra vez te crees la bruja Lola, Zoe. Eso no te pega nada».

Me reí ante mis pensamientos y encendí la tele para hacerme compañía. Hice un *zapping* perezoso y con la otra mano cogí una bolsa de ensalada, un queso fresco de cabra y varios ingredientes más para elaborar algo ligero. Tosté un poco de pan y con todo aquello me senté en el mullido sofá, una verdadera delicia y muy diferente también del sofá de mi infancia.

El viento aullaba cada vez más alto en el exterior, y las grandes cristaleras se quejaban con pequeñas vibraciones. Intenté aislarme de aquello subiendo el volumen de la tele, y al masticar el primer

bocado vi algo que me hizo sonreír de oreja a oreja: en la Televisión Canaria estaban dando la gala de elección de la Reina del Carnaval, el gran pistoletazo de salida de las fiestas. Hacía muchos años que no veía una gala, y no se me antojaba mejor plan para esa noche que dejar que el espíritu del carnaval invadiese la casa y expulsase cualquier otro que por allí vagase.

Disfruté del ágil festival, donde se iban sucediendo las actuaciones de las comparsas, las agrupaciones musicales y las rondallas, con la actuación estelar de la murga ganadora de ese año —con una fantástica canción crítica que me hizo reír en voz alta— y, por supuesto, el desfile de candidatas, el más esperado de la noche.

Eché de menos a mi hermana con toda la fuerza de mi anquilosado corazón.

Recordé cómo Iria y yo nos sentábamos frente a la tele y hacíamos un *ranking* por escrito de las candidatas, con su puntuación del uno al diez, y nuestras cábalas de quién sería la reina de ese año. Lo hacíamos incluso cuando yo ya me había ido a estudiar fuera, y me conectaba a través de internet para ver la gala y no faltar a la tradición. Así que, como homenaje, me levanté y escribí mis puntuaciones en una hoja de papel que encontré en la estantería.

Eso dio pie a que entrase en el *chat* que tenía con mis amigas Gara y Violeta, las cuales se pusieron como locas al saber que estaba en la isla, y que me pidieron encarecidamente que me quedase al carnaval.

Viola: Hace tropecientos años que no vienes, amiga, y justo este año que he podido encasquetar a los niños, no me digas que no vas a quedarte y salir, aunque sea una noche.

Gara: Eso, eso, nos juntamos el viernes y salimos como en los viejos tiempos. Nos disfrazamos aquí, en mi casa, cenamos, nos tomamos las primeras copas y luego bajamos caminando al centro.

Les dije que todavía no sabía, que las avisaría porque no sabía cuánto tiempo tardaría en terminar en casa de mi madre, pero me amenazaron en venirme a buscar con más refuerzos, así que tuve que claudicar y les hice una vaga promesa de unirme a ese *revival* carnavalero que mis amigas estaban deseosas de protagonizar.

Y así, ya a medianoche y tras ese emocionante momento en el que los presentadores dicen eso de «Santa Cruz ya tiene reina», dando el pistoletazo de salida definitivo a la fiesta, me quedé dormida en el amplio sofá, tapada con una manta y casi sin darme cuenta de la tormenta que se desataba afuera.

Hasta entonces, nada hacía presagiar el cariz que iba a tomar la noche.

5. UN INFIERNO DE ARENA Y UN CABALLERO INGLÉS

♪ *Sandstorm*, Darude ♪

Me desperté al escuchar algo extraño. No fue un ruido estruendoso, sino un sonido más leve e insistente: parecía que alguien estaba barriendo con una escoba gigante y dando golpes con ella. Por un momento no supe dónde estaba, pero como me había dormido con las luces encendidas enseguida me di cuenta de que aquello era la casa de mi madre, que eran las dos de la mañana y que algo grave estaba pasando afuera.

Cuando miré por las cristaleras, un infierno de viento se había adueñado del habitualmente sereno paisaje. El vendaval había tirado algunas macetas, a pesar de que estuviesen en el suelo, pero eso no explicaba el ruido tan raro que me había despertado. Deslicé la mirada por todo el jardín, y entonces me di cuenta de que la cubierta de la palapa se había roto. Una parte de la estructura estaba suelta, en el aire, y se mecía con claro peligro. A la vez, algo a mi izquierda se movió sin esperarlo, y al girar la cabeza vi que la cubierta de hojas de palma estaba pegada a las cristaleras, empujada por el viento y crepitando con insistencia. Ahí tenía la respuesta al sonido misterioso. Cerré los ojos por un momento, activé el modo resolutivo, ese que tenía bien ensayado para los momentos en los que una negociación se enquistaba, y cogí aire.

Debía salir y evaluar los daños, no me quedaba otra. Eso significaba varias cosas, entre ellas apuntalar la puerta para que cuando la abriese no se incrustara en el mueble que tenía detrás. Busqué con la mirada y cogí algo mediano que me sirviese de ayuda. Me acerqué a la puerta, que temblaba con el viento que le venía de frente, y tensé los músculos para abrirla. Me situé detrás de ella para amortiguar el impacto, y mi cuerpo rebotó al notar el

golpe violento del pesado cristal. Logré zafarme y con el peso de mi cuerpo aguantándola, acerqué la butaca que había escogido como peso e hice el cambio para asegurarla. El ventarrón entró por la puerta como un huracán y tiró varias cosas que había en la isla de la cocina, pero ni lo miré. La prioridad era ver qué estaba pasando fuera y si tenía arreglo.

Me fui a recoger la cubierta de la palapa, absolutamente pegada a los cristales, y tuve que hacer verdaderos esfuerzos para poder juntarla toda y empujarla hacia la esquina. Si la memoria no me fallaba, allí podría haber una zona de menor viento, justo debajo de las escaleras que conectaban el jardín de atrás con el de delante. Empujé y empujé el amasijo de hojas de palma mientras el viento me metía el pelo en la cara y me llenaba los ojos de fina arena. Me concentré en el esfuerzo y conseguí llegar al hueco de la escalera. Allí el viento pasaba de largo, solo rozaba los peldaños, así que pude meter toda aquella tela engarzada de hojas en el escondrijo. Me quedé un rato observando, por si se movía o por si necesitaba ponerle algo encima para que no se volase, pero parecía estar a salvo.

Cogí una goma que tenía en la muñeca para sujetarme el cabello en una coleta mal hecha y miré hacia la palapa. Se movía angustiosamente hacia los lados, y una parte de la estructura del techo se había soltado, por lo que estaba en serio peligro de salir volando. Intenté pensar una solución, pero no se me ocurría ninguna. Necesitaba verlo más de cerca. Apreté los dientes y salí a la tormenta.

Tuve que entrecerrar los ojos porque se me llenaron de polvo al instante. El aire era como si me pusieran un secador gigante en la cara, y noté cómo las mucosas de la nariz y de la boca se me quedaban como el esparto en solo unos segundos. Caminé con dificultad hacia la palapa, mojándome con el agua de la piscina que el viento levantaba hacia mí, y me puse en contra del viento para intentar ver algo.

Mierda. El techo tenía toda la pinta de que no iba a aguantar sujeta a la estructura y por el sentido del viento, se estrellaría o contra la casa del vecino, si una ráfaga la alzaba, o si iba en línea recta, contra las cristaleras de la terraza. Me empecé a poner

nerviosa y me situé de tal forma que pude ver el conjunto en su totalidad. Joder, ¿cómo lo podría solucionar? Con ese viento era imposible ponerme a atornillar la estructura, y se necesitarían más manos que las mías para hacerlo. Recordé que mi abuelo tenía una caseta de resina donde guardaba todas las herramientas, la cortadora de césped y demás artilugios de jardín; ese era el lugar propicio para encontrar algo para solucionar el problema.

Me di la vuelta para hacerlo y casi me muero del susto al tropezarme con una figura junto a mí. Noté que me cogían del brazo para evitar que me cayese y que unos ojos color avellana me miraban desde arriba, preocupados.

—¿Pero cómo...? —empecé, pero meneó la cabeza y me interrumpió.

—Da igual ahora. Dime, ¿tienes cuerda o algo que se le parezca?

—Justo iba a comprobarlo.

Me siguió hasta el cuartito de las herramientas, que seguía en su lugar de siempre, y le sujeté la puerta mientras rebuscaba. Encontré algo que puso entre mis manos, una especie de cable, y me pidió que le esperase allí. Por supuesto que no le hice caso, y fui detrás de él. Se detuvo ante la palapa y vi que estaba haciéndose una composición de lugar con todo lo que hubiese a un par de metros a la redonda.

Después se volvió hacia mí, como si en todo momento hubiese sabido que estaba detrás de él, y se acercó para hablarme al oído.

—Voy a intentar atarlo a esa roca, pero tendrás que ayudarme.

Asentí. Era una roca que hacía de tope para un parterre de flores, y parecía bastante pesada, pero eso iba a nuestro favor.

—Voy a pasar el cable por el techo de la palapa y cuando levante la roca vas a tener que meter uno de los extremos por debajo.

Levanté el pulgar intentando vencer la tentación de rascarme los ojos, la cara y el cuello. La arena picaba y era de lo más incómoda, pero sabía que tenía que acostumbrarme porque nos quedaba un buen rato allí fuera. Observé cómo Jackson pasaba un extremo del cable por las maderas de la palapa y tiraba de ambos para ver si podíamos llegar a sujetarlas. No lo vi muy convencido, mas no

teníamos otra opción. Me dio los dos extremos de los cables para que no se volaran y se puso al lado de la roca.

—A la de tres, intentaré levantarla. Tú desliza el extremo de la derecha por debajo y deja un trozo por fuera que quede recto hacia la palapa.

«Señor, sí, señor», me dieron ganas de decirle. Había algo en él que me sugería que estaba acostumbrado a resolver situaciones como esas. Tenía pinta de ser de esos hombres tipo MacGyver, que con un chicle y un bolígrafo salvaba a un autobús lleno de colegiales de caer en un precipicio.

Le escuché decir «uno» y vi de refilón cómo se hincharon todos sus músculos bajo la camiseta gris que llevaba. En una milésima de segundo me reprimí a mí misma y me concentré en mi tarea. No sé cómo lo hicimos, pero lo logramos a la primera, y cuando dejó caer la pesada piedra, cogí el otro extremo del cable para anudarlo con el que había quedado por fuera de la roca.

Él me echó una mano y logramos tensar el cable. El nudo que hizo fue muy sencillo y efectivo, me recordó a esos que hacen los marineros. Lo escuché jadear del esfuerzo, y cuando le miré vi que seguía alerta. Sí, el cable estaba sujetando la parte del techo que se había zafado de la estructura, aunque no sabíamos por cuánto tiempo. Como para certificar mis pensamientos, él se acercó al kiosco de madera y meneó la cabeza.

—Creo que el viento va a hacer que el cable se parta. No creo que aguante la fricción con la madera.

Me mordí la mejilla. Aquello no tenía buena pinta. Di la vuelta a la palapa sin encontrar ninguna solución, y entonces mis ojos se encontraron con la cristalera. El lugar donde con toda probabilidad se estrellaría la estructura. Noté cómo mi mente cambió de perspectiva.

—¿Y si en vez de salvar la estructura, que parece bastante imposible, aseguramos que haya el mínimo destrozo cuando vuele?

Me miró con interés y nuestros cerebros se conectaron.

—La cristalera —dijo—. Es lo más obvio. Tenemos que intentar que los cristales no se rompan.

—¡Colchones! —exclamamos a la vez, y a pesar de la situación, sonreímos. Fuimos corriendo al piso de arriba, y vimos que los

colchones de dos metros de largo nos servían a la perfección a nuestros propósitos. En la cama de mamá había un colchón de dos por dos, y en el despacho había un sillón cama de un metro veinte. También cogimos el colchón de un sofá cama adicional que había en la sala, y con gran esfuerzo empezamos a colocarlos en las cristaleras. El viento iba hacia ellas, por lo que no teníamos miedo de que se volasen, pero se movían con cada racha con peligro de que cayesen hacia delante. Jackson cogió cinta americana y empezó a pegarlas contra el cristal, formando una extensa tela de araña de cinta. Yo aproveché para sacar incluso los módulos de los sofás, que eran gordos y anchos, y así reforzamos todo el frontal, trabajando con la rapidez y desesperación de quien sabe que no tiene tiempo. Lo único que nos quedó sin cubrir fue la puerta, porque no podíamos hacerlo si íbamos a entrar por ella, pero al final decidimos que era un riesgo.

—Tendremos que quedarnos aquí fuera esperando —suspiró, y por primera vez vi que su camiseta estaba mojada. No sabía si era de sudor o de agua de la piscina, pero al ver la forma en la que se le pegaba por la espalda y el pecho hubiera apostado que era lo primero. Le cogí por el brazo y le metí en el hueco de la escalera, donde podíamos oírnos y estábamos más refugiados. El mayor problema era que allí también estaba la cubierta de la palapa y eso no nos dejaba demasiado espacio. Intenté obviar su cuerpo cálido muy cerca del mío, y me fue imposible. La sensación de intimidad, resguardados de la tormenta, fue enorme.

—¿Estás bien? —me preguntó, mirándome con preocupación. Moví la cabeza con energía y sin mirarle demasiado. Me imponía todo en él, el muy hijo de la Gran Bretaña. Su cuerpo entrenado, su voz que parecía acariciar las palabras, la increíble expresividad de sus ojos leoninos... Tragué saliva con esfuerzo y logré decir algo medianamente coherente.

—Sí, gracias, estoy bien. No sé cómo agradecerte...

Me cortó con un gesto que le quitaba importancia a lo que le estaba diciendo.

—No podía dormir por el viento y estaba mirando por la ventana cuando vi volar el techado de la palapa. Luego saliste y supuse que te vendría bien algo de ayuda.

—No tenías por qué hacer nada de esto, y no quisiera abusar más de tu generosidad...

Su boca se contrajo en una sonrisa traviesa.

—¿Quieres que me vaya?

«Uh, ¿por qué me lo estaba haciendo tan difícil?».

—No es eso, es que...

—¿Y si el techo vuela? ¿Qué vas a hacer con él cuando rebote contra los colchones?

Pensé con rapidez.

—Arrastrarlo y tirarlo a la piscina para que se hunda.

Rio y me fascinó escucharle. Era de esas risas íntimas, graves, que quisieras solo para ti y no compartir con nadie más.

—Me encanta que lo tengas tan claro, pero ¿no crees que hacen falta dos para arrastrar esa estructura? ¿Y si la madera flota en la piscina? No sabemos qué madera es, y dudo mucho que tenga una densidad que la haga irse al fondo como una piedra.

—¿Y si la tiramos al terreno de abajo? Es un descampado, y si cae pegado a nuestro muro, lo máximo que hará será destrozarse contra él.

Ladeó la cabeza y vi que le había convencido. Y él a mí. Era cierto: yo sola no iba a poder con la estructura. Iba a tener que sacrificarme y aceptar su ayuda. Así que en cómodo silencio nos quedamos vigilando la escena. Al cable no le quedaba mucho para romperse, hasta desde allí podíamos ver cómo se iba desgastando debido a los bandazos que daba el techo por las rachas de viento.

—Nunca había visto una calima como esta. O quizá de pequeña sí, ahora que lo pienso.

Me llegó el recuerdo de mi padre lamentándose por las pérdidas en la finca.

—Decían que el viento podría llegar a cien kilómetros por hora.

No me extrañaba, aquel vendaval era espeluznante. Tenía los ojos como si les hubieran pasado papel de lija, pero no quería tocármelos hasta poder lavarlos bien. Eso me hacía parpadear sin parar, y él se dio cuenta.

—Necesitas ir a mirarte esos ojos, te vas a hacer daño.

Le sonreí, y de pronto me di cuenta de lo irreal de esa situación. Estaba en la casa de mi madre, a la que no había visto desde hacía

un año y que llevaba muerta ya unos meses, en medio de un violento siroco, acompañada de un hombre desconocido cuyas máximas referencias eran que había conocido a mi madre y que vivía en la casa de al lado. Y todo esto mientras esperaba la colisión de una estructura de madera contra la fachada de la casa. Sin querer me entró la risa, y me miró con cierta sorpresa. No podía parar de reírme, y tuve que ponerme de cuclillas.

—Perdona —le dije a la vez que intentaba serenarme—. Es que esto es un poco surrealista.

Su sonrisa se intensificó y vi que estaba luchando contra las ganas de reír.

—Estos son el tipo de situaciones a los que nos enfrentamos habitualmente los caballeros ingleses, *milady*.

Resoplé, divertida.

—Más bien esto es lo que hacen...

En ese momento, un fuerte crujido nos hizo separarnos. Un distraído pensamiento me alertó de lo cerca que nos encontrábamos, casi pegados, aunque al notar que salía corriendo le seguí sin vacilar. El techo de la palapa voló en picado hacia el suelo, luego el viento la empezó a empujar con rapidez hacia las cristaleras. Respiré al ver que nuestros cálculos no habían fallado y que se estampaba contra uno de los colchones de las camas.

Lo que no habíamos contemplado era otra cosa: lo difícil que iba a ser arrastrar la estructura en contra del viento hasta el borde del jardín y lanzarlo hacia el descampado. De hecho, fue imposible. Tuvimos que volver a los colchones y replantear la situación.

Pensamos en romperla en trozos más pequeños, en intentar encajarla en el hueco de la escalera, en empezar a vaciar la piscina para meterla allí y que sus paredes la aguantasen dentro; se nos ocurrieron mil historias hasta que decidí que estaba exhausta y que no tenía más neuronas útiles.

—Vamos adentro, Jackson —le pedí con cansancio—. La dejamos aquí fuera y que pase lo que Dios quiera. Ya no va a romper las cristaleras, como mucho se pondrá a dar bandazos en el jardín y destrozará alguna cosa, pero nada más. No creo que venga una racha de viento tan fuerte que la levante del suelo.

Él calibró la situación y asintió, también con cara de cansancio. Abrimos la puerta como pudimos, intentando no despegar los acolchamientos que le habíamos puesto, y nos deslizamos dentro de la casa.

Fui directamente a la nevera y saqué dos cervezas de las que había comprado por la tarde. Estaban heladas, y el primer trago me supo a gloria. Cerré los ojos y noté la arena bajo los párpados. Ahora que estábamos a cubierto era más evidente, y anhelé echarme agua en la cara.

Él paladeaba su cerveza a unos centímetros de mí, y noté que no me quitaba la vista de encima. Su aspecto era mucho mejor que el mío, y suspiré en mi interior. Era la primera vez en meses que estaba a solas con un hombre atractivo, y estaba hecha unos zorros.

Me recompuse, diciéndome que en peores plazas había toreado, y me acerqué un poco más a él.

—Creo que voy a seguir dándote las gracias durante bastante tiempo —dije con una media sonrisa—. Podrías ganar el premio al mejor vecino.

Rio con suavidad y no pude evitar que todo su encanto me inundase.

—De nada, tú también hubieras hecho lo mismo. Y ya que estamos, quiero seguir ganando medallas. ¿Por qué no coges una muda y te vienes a mi casa?

Volvió a reír al ver mi cara y me dio una palmadita en el brazo.

—No seas tonta. Lo digo porque primero, aquí no hay nada sobre lo que dormir, a no ser que me digas que eres una especialista en supervivencia y puedes dormir hasta sobre un hormiguero, y segundo, si aceptas venir a mi habitación de invitados, es mejor que te duches en mi casa porque para ir de una casa a otra tenemos que salir y te vas a llenar de arena de nuevo...

—Sí, sí, lo entiendo —le interrumpí, fascinada por la facilidad que tenía de embaucarme. La verdad es que la idea de dormir en una cama de verdad me llamaba mucho más la atención que hacerme una cama de cojines. Y, por otro lado, Jackson Grant parecía de fiar. E interesante. Y sexi. Como para conocerlo.

«Y para comérselo, también».

Sacudí la cabeza mientras él asistía divertido a mi debate interno, y acabé la cerveza. Luego cogí mi mochila y enarqué las cejas.

—¿Nos vamos?

—*Milady*... —Me hizo un gesto para que fuera por delante. Eché un último vistazo al jardín trasero, donde la estructura de la palapa bailaba de un lado a otro, y subí las escaleras.

Acababa de tomar una decisión que daría la vuelta a mi vida tal y como la conocía hasta entonces.

6. UNA CITA CASI A CIEGAS

♪ Juliana, DLG ♪

Me desperté con el sonido del viento aún en mis oídos, aunque su intensidad había bajado un poco. Abrí los ojos y aunque estaba bastante acostumbrada a levantarme en lugares distintos de mi casa, aquella mañana tuve una sensación diferente.

La habitación en la que estaba era alegre y colorida, muy diferente al ambiente sereno de la casa de mi madre. La colcha era de *patchwork* en distintos tonos de naranja, las alfombras eran blancas y mullidas, los muebles de una madera clara elegante, y había varias sillas tipo Luis XVI tapizadas en tonos marrones y terracotas. Me sentí como en casa desde el primer segundo.

Me desperecé y miré el móvil: eran las once de la mañana. Claro, nos habíamos acostado cerca de las cuatro, exhaustos. Mi estómago dio señales de que era hora de ir a buscar algo para aplacarlo; sin embargo, antes tenía que saber en qué estado estaba mi casa. Bueno, la casa de mi madre. No le quise hacer caso al lapsus mental y me asomé a la ventana. Abrirla no tenía sentido, porque el viento seguía silbando con furia, pero por lo menos pude vislumbrar el estado del jardín.

La palapa había acabado en la piscina, y allí se mecía de lado a lado, cada vez más desconchada y rota, aunque a salvo. El resto era territorio comanche. Los cuatro palos que sostenían la palapa se habían aguantado milagrosamente en pie, pero se les había enrollado todo tipo de basura que de Dios sabe de dónde. Los colchones seguían fijos en las cristaleras, y suspiré pensando en la cantidad de fina arena que tenían que albergar las fibras del textil. Me tocaría dejarlos boca abajo unas buenas horas, luego aspirarlos y rezar a los siete elementos para que se pudieran seguir usando.

Me esperaba un día bastante entretenido, pero antes necesitaba comer algo y encontrar a mi anfitrión. Era consciente de que iba en camisón, uno azul marino con dragones chinos que enseñaban la lengua, y que se me pegaba al cuerpo sin dejar demasiado a la imaginación. «Bueno, tengo tablas para eso y para más», afirmé intentando convencerme.

Le encontré en la cocina, la cual estaba en el primer piso, al revés que en la casa de mi madre. Jackson estaba de espaldas, y por el movimiento de sus músculos bajo la camiseta blanca supe que estaba cortando algo. Llevaba unos pantalones de pijama grises, de esos que se ponen los guapos en las películas, y para mi desgracia estaba igual de comestible que ellos.

Se dio la vuelta, como si me hubiese sentido, y me puse nerviosa solo con la sonrisa tan bonita que me dedicó.

—*Good morning, Zoe. Wish you had a good sleep.*

Ouuh yeah, gritaron todas mis hormonas, aunque supe controlar mi rostro.

—Gracias, he dormido como un tronco.

Se rio mientras ponía encima de la isla una jarra con zumo de naranja.

—No era para menos. Lo de anoche fue intenso.

Casi me atraganté con el zumo. ¿Qué me pasaba que cada cosa que aquel hombre decía me sonaba a sexo sucio?

Ajeno a mis húmedos pensamientos, desplegó ante mí un desayuno sencillo pero apetecible. Salivé al ver las tostadas, un queso fresco entero, rodajas de tomate en rama, fruta cortada de todos colores, una cafetera humeante y unas tarrinas de mantequilla y mermelada que tenían toda la pinta de ser inglesas. Se sentó en uno de los taburetes y me invitó a hacer lo mismo, pero le paré con la mano.

—Antes que nada, quiero volver a darte las gracias por todo lo de anoche. No tenías por qué hacerlo, y sin tu ayuda habría sido muchísimo más complicado.

Sonrió, como ocultando un pensamiento divertido, y luego clavó sus ojos claros en mí.

—Creo en las buenas relaciones vecinales, eso es todo.

Me reí ante el gesto inocente de su rostro, y luego quité la mirada. Por Dios, qué guapo era. No eran solo sus rasgos, sino también sus expresiones. Impregnaban de viveza y encanto sus facciones, llenándolas de picardía. Daban ganas de raptarlo solo para poder comértelo a besos cuando se te antojase.

«*Holy shit*, Zoe, ¿qué estás pensando?».

Me metí una tostada en la boca solo para romper el flujo de mis pensamientos, y comenzamos a hablar de cosas sin demasiada trascendencia, como cuál era mi plan para ese día, cuál era el suyo —trabajar en casa— y si aquel viento lleno de arena iba a durar mucho. Palabras educadas, corteses, que ocultaban mucho más de lo que mostraban y que eran parte del juego que hacía rato que había comenzado.

Cuando ya no quedaba nada en la mesa, no tuve más excusas para quedarme y me levanté sin demasiadas ganas.

—Muchas gracias por todo, Jackson, pero es hora de que me vaya a ver qué puedo hacer con todo el desastre que hay en esa casa.

Él se levantó también y me ayudó a recoger los restos del desayuno. Lo hacía deliberadamente cerca de mí, porque nuestros brazos se rozaban cada dos por tres, y yo sentía chispazos en todo mi cuerpo, como si fuera a convertirme en una antorcha humana. Aquello no me había pasado en siglos, y su intensidad me estaba dando miedo. ¿Le estaría pasando también a él?

De pronto oí su voz muy cerca y casi pude sentir su respiración en mi piel.

—Si no estás muy cansada esta noche, ¿te apetecería venir a cenar aquí? Siempre es mejor pasar una tormenta en compañía.

Lanzó la pregunta despreocupadamente, en plan «esto va de pizzas y cerveza entre recién conocidos», pero yo tenía suficiente experiencia para saber que aquello era un paso más. No sabía hacia dónde, pero tenía claro que me apetecía darlo, y mucho.

—Solo si me dejas traer algo.

Le guiñé el ojo, y asintió con una sonrisa ladeada que tenía toda la pinta de estar conteniendo borbotones de palabras.

Fui a recoger mis cosas, hice la cama y me cambié. Cuando me fui a despedir de él, estaba hablando por teléfono en un inglés

rápido y chasqueante. Como si estuviese enfadado. Su rostro no lo denotaba, pero su postura era como un gigantesco signo de exclamación. Levanté la mano para despedirme y tapó el teléfono unos segundos para un breve *bye*.

Me dediqué a trabajar duro todo el día para no darme ni un solo momento en el que mi mente pudiese evadirse hacia Jackson Grant. No, apreté los dientes y me dije que la cena sería la recompensa a todo el zafarrancho. Así que hice lo que tenía pensado con los colchones, y al final de la tarde los pude aspirar con el utensilio para limpieza de textiles que tenía la *Kobold* de mi madre, para luego intentar poner cada uno en su sitio. A duras penas logré llevar el colchón de mi madre, me costó lo suyo subirlo yo sola por las escaleras, por lo que decidí mover el resto al día siguiente.

Antes de eso, volví a subir al piso de arriba y revisé el despacho. Como había previsto, había decenas de libros, y me entretuve buscando un contacto en la facultad de Medicina para poder donarlos a la biblioteca. También encontré montañas de folios garabateados con su enérgica letra, de los cuales no entendí nada, y pensé en que quizá tuviese algún colega con el que se llevase bien y al que poder entregar todo aquello. Conociendo a mi madre y sus proyectos, no podía desdeñar nada de lo que pudiese contener toda esa información.

En un maletín encontré su ordenador, que por supuesto tenía contraseña. Ya lo miraría con calma en otro momento, yo ni era informática ni tenía la paciencia de ponerme a pensar en posibles contraseñas. Lo puse aparte y me dije que poco más podía hacer en esa habitación. En cuanto donase los libros y los papeles, no quedaría mucho más allí para recoger. Solo unos cuantos utensilios de papelería, el sofá cama y los cuadros en la pared. Todo muy aburrido, la verdad, porque lo que tenía colgado en el despacho eran su orla y mil títulos de cursos que había hecho. Nada que sugiriese su absoluta pasión por su trabajo. Parecía la consulta de mi ginecólogo.

A las cinco sonó el portero y cuando me asomé, vi que un chico había aparcado un furgón en la puerta. Era un amigo de Armi que venía a traerme cajas de cartón. Sonreí: mi tía era única. Le ayudé a meter las cajas en casa, dándonos de bruces con el viento que

amenazaba con arrebatarnos los cartones de las manos, e insistí en pagarle algo por su ayuda. Armi se enfadaría, pero yo siempre valoraba un trabajo bien hecho.

Llené de ropa un par de cajas y luego me dije que era hora de empezar a prepararme para la cena. No habíamos quedado a ninguna hora, pero entendía que las ocho era un horario correcto, ni muy temprano ni muy tarde. En media hora elaboré una jugosa tortilla de papas y la dejé templar en lo que me duchaba y me arreglaba.

Me sequé el pelo dejándome la media melena suelta y el fleco bien domado, me hice la raya negra en los ojos y me pinté los labios de un color fresa intenso. Hasta ahí bien, el problema venía a la hora de elegir la ropa. Todo era muy invernal para el calor que hacía. Ni siquiera me apetecía ponerme un vaquero.

Al final no me quedó otra sino que ponerme un pantalón blanco tobillero, que era el más fino que tenía, y una camiseta negra de cuello desbocado y mangas tres cuartos. Me coloqué unos pendientes pequeños y unas sandalias planas con piedritas, y me puse el móvil en el bolsillo de atrás. Decidí dejarme las cadenas de plata al cuello y los anillos que adornaban mis manos, y me sequé las palmas en los pantalones. Estaba nerviosa, no podía negarlo.

Sorteé el vendaval de fuera con unas largas zancadas de mi puerta a la suya, donde toqué el timbre deseando que no me hiciese esperar mucho. Mi pelo estaba empezando a parecerse a un nido de pájaros cuando se abrió la puerta y pude refugiarme en la calma de su casa.

Entré directamente en la cocina, desde donde oía música, y vino a recibirme con una cálida sonrisa y limpiándose las manos en un paño de cocina.

«Oh-ohhh, Zoe, vas a tener que contenerte mucho para que las babas no inunden la casa».

Con sus bermudas verde militar y una sencilla camiseta negra, parecía sacado de una película llena de tíos cañón como *Magic Mike*.

Cogió el plato con la tortilla de mis manos y se la llevó a la nariz.

—Maravilloso, nunca podría resistirme a una buena tortilla. Gracias.

—Gracias a ti por invitarme —contesté, ya más resuelta. Por lo que estaba viendo, aquella cena no iba a ser *Telepizza* y cerveza. Sobre la isla de la cocina había una tabla de madera con distintas variedades de queso, dátiles y uvas, y una bandeja con jamón ibérico color rubí. Se me hizo la boca agua: no había comido nada desde el desayuno, y así se lo dije.

—Creo que hoy voy a perder los modales comiendo, te lo aviso.
Se rio.

—Me encanta la gente a la que le gusta comer, no te preocupes. Me ofreció una cerveza, que acepté encantada. Vi que tenía el horno encendido, y olfateé el ambiente. Fuera lo que fuese, olía muy bien.

Chocamos las botellas y me apoyé en la isla. Era una cocina bonita, de madera oscura y líneas sencillas. No la que suele haber en una casa en la que se está de paso.

—¿Vives aquí de alquiler o la casa es tuya?

Lancé la pregunta sin filtro alguno, y solo mi mucha práctica en hacer preguntas incómodas evitó que me sonrojase. Él, al contrario, habló con la soltura del que está con un amigo.

—En un principio fue un alquiler, pero luego mi padre la compró. De eso hace ya unos cuantos años. Él viene de vez en cuando, y desde hace unos meses estoy aquí, aprovechándome de su buena voluntad.

¿Sería el hombre de cabello gris que había visto salir de la casa el martes? Jackson me lo confirmó sin pedírselo, y me quedé pensando unos segundos.

—Entonces tu padre habrá conocido a mi madre.

—Claro, mi padre lleva años viniendo aquí. Cuando yo llegué, lo primero que hizo fue presentármela.

Enarqué las cejas. Aquello no sonaba mucho a Margot Acosta ni a su forma de gestionar las relaciones humanas. Jackson sonrió, pícaro.

—Digamos que... se entendían. No creo que fuera nada serio, pero lo pasaban bien juntos. Tuve la suerte de compartir algunas cenas a tres, y se les veía felices. Ambos tenían un sentido del humor parecido, así que...

Desconecté. ¿Mi madre tenía sentido del humor? ¿Y un amante bandido? Eso sí que era nuevo. Jackson tuvo que darse cuenta de mi cara de desconcierto porque dejó de hablar.

—Lo siento, Zoe, seguramente no te es fácil escuchar esto. A veces me olvido de que todavía debes de estar en pleno duelo.

Me acabé la cerveza de un trago y le dirigí una mirada intensa. Sabía el efecto que podía tener, no en vano la usaba mucho en el trabajo. No obstante, Jackson Grant no se amilanó, y en cambio me observó con interés, esperando mi contestación.

—Mi madre y yo no teníamos una relación demasiado cercana. De hecho, no nos veíamos desde un año antes de su muerte. Así que cualquier cosa que me cuentes de ella me parecerá nuevo, no te preocupes.

Noté que quería preguntarme más cosas, indagar en lo que le había dicho, pero también intuí que era paciente. Un buen cazador, de los que sabe esperar a que su presa baje la guardia y entonces arrinconarla.

Y entonces me sorprendió, porque derivó la conversación hacia un lado que no esperaba. Me ofreció jamón serrano y en lo que me metía en la boca el exquisito bocado, lanzó su pregunta:

—¿Y cómo te sientes al estar ahora en su casa? ¿Saber que ella estuvo allí, recoger sus cosas, enfrentarte a...?

Joder, aquel hombre disparaba a matar, y mostraba una sensibilidad emocional fuera de lo común. Tuve que cortarle porque su pregunta me estaba afectando demasiado.

—Es raro, muy raro. Estoy llena de sentimientos y sensaciones que no logro identificar ni controlar.

Dios, ¿por qué le estaba diciendo todo aquello a alguien que acababa de conocer? ¿Cómo era posible que sacase todo aquello de mi interior, a mí, que me jactaba de ser todo lo opaca que se podía ser ante cualquier desconocido?

Me había desestabilizado, no sabía qué más decirle. Incluso noté que mis ojos se humedecían. Entonces él se acercó con preocupación invadiendo mi espacio vital.

—Perdona. —Su mano subió poco a poco a tocar un mechón de mi cabello—. No sé por qué, pero me importa cómo te puedas sentir.

Algo se retorció dentro de mí con dulzura dolorosa. Le miré a los ojos y vi que lo que decía era verdad. En ese instante mis entrañas se contrajeron aún más y se me hizo difícil coger aire.

El horno pitó rompiendo la burbuja, y nos alejamos con cierta renuencia. Él se volvió para apagarlo, dejando la puerta un poco abierta.

—Creo que ya lo tenemos todo, así que podemos empezar a cenar —pronunció e hizo un gesto hacia la sala. Cogí las bandejas que estaban sobre la isla y me adentré en la diáfana habitación, desde donde se veía una maravillosa panorámica nocturna de Santa Cruz. Había puesto la mesa con unos bonitos salvamanteles y una vajilla blanca, todo muy en línea con él: sencillo, limpio y acogedor.

Sirvió unas copas de vino blanco y dispuso las bandejas de *pizza* entre nosotros. Sonreí sin poder evitarlo: pues sí que había *pizza* de menú, pero no de las típicas. Ambas eran cuadradas, de masa muy fina y crujiente: una con queso, rúcula, jamón serrano y tomates cherry; la otra con diferentes verduras, queso de cabra y hierbas provenzales. Nada que ver con lo que normalmente proveían las pizzerías. Me guiñó un ojo y me dijo que le había enseñado a prepararlas un amigo italiano, o más bien su abuela, la *nonna* de la familia.

Además, había preparado una pequeña ensalada con aguacate, tomate y semillas de calabaza como contrapunto fresco al resto de comida. Yo no pude hacer otra cosa sino aplaudir con una sonrisa.

—Vas a tener que hablar tú, yo me ocupo de comer —exclamé, y nos reímos: yo de pura dicha, y él de verme tan emocionada.

—No tengo ningún problema —dijo, entre risas, y me sirvió ensalada.

Noté que quiso desviar la conversación de temas complicados, así que me estuvo contando que era informático especializado en telecomunicaciones, que había estudiado en Inglaterra y que trabajaba para una gran empresa londinense. Me lo contó con un gesto que me hizo dudar de la veracidad de lo que me describía. Le intuía una velada peligrosidad que se daba de bruces con lo que me estaba contando. Pero ya me encargaría de averiguar si había algún matiz en todo aquello, no me costaría mucho si me empleaba a fondo.

—Puedo trabajar donde sea, y ahora mismo me apetece hacerlo aquí —confesó tras comerse el enésimo trozo de tortilla. Yo ya estaba llena, pero decidí seguir bebiendo vino.

—Te confieso que me cuesta creerlo. Esta es una urbanización casi geriátrica, no es que haya mucha diversión. Y en general en Santa Cruz, en la isla... no es que esto tenga millones de posibilidades, como pueda haber en Londres.

Sonrió y se encogió de hombros.

—Aquí vivo con la tranquilidad que necesito. Todo está cerca, puedo disfrutar de la naturaleza y del deporte... Tengo un grupo de amiguetes con los que entreno para triatlón, también un colega con el que juego al pádel un par de veces por semana, y a través de mis aficiones se me han abierto sus círculos sociales. Después de los años que llevo...

Se calló una milésima de segundo y luego siguió:

—Es una vida ideal para quien lleva muchos años sin estabilidad alguna.

Interesante. Ahí había mucho más de lo que parecía a simple vista. Le miré y supo que me había dado cuenta.

«Ya te lo sonsacaré, señor misterioso. Es mi especialidad».

—¿Y tú? ¿Cómo es tu vida?

—¿Cómo crees que es? —le reté. Sonrió de nuevo como si atendiese a una broma secreta consigo mismo, y me sirvió vino.

—No soy muy bueno adivinando, pero diría que no tienes un trabajo convencional, de esos de ocho a tres. Creo que es un trabajo creativo y que estás acostumbrado a ser la líder, aunque a la vez sabes cómo hacer para pasar desapercibida y de esa manera conseguir más información.

Guau, estaba impresionada, y se lo dije. Se echó hacia atrás, riendo.

—Podría haber dicho cualquier otra cosa, tenlo por seguro. Los informáticos no somos grandes concededores de personas.

«Eso te lo creerás tú», me dije. Jackson Grant tendría la formación en informática, pero no me engañaba con esa imagen de rata de ordenador que estaba intentando venderme. Tamborileé con los dedos en la mesa, mirándole con fijeza. Lograría adivinar su secreto, estaba segura. Sus ojos brillaron, jubilosos.

—Deja ya de darle vueltas a la cabeza, *milady*, y haz hueco para el postre.

Se levantó diciéndome que no esperase nada sofisticado, pero que tenía una tarrina del mejor helado que había probado en su vida. Rogué a todos los dioses que el helado fuera de chocolate, y mis ruegos fueron escuchados parcialmente. Me trajo un bol con dos bolas de un frío sorbete de menta y chocolate, tan delicioso que tuve que contenerme para no lamer el recipiente.

Mientras nos tomábamos el postre y luego una copa, tuve que respirar varias veces hondo porque me estaba enfrentando a algo a lo que no estaba acostumbrada. El estar con Jackson era tan fácil, tan acogedor, tan cálido, que me sentía fluir con toda la naturalidad del mundo. Yo, Zoe Wagener, la artista de la contención, del artificio y de la construcción de personajes ganadores, estaba absolutamente relajada y abierta al encanto de un hombre que no conocía de nada. Solo sabía de él que me había ayudado en un momento complicado, que tenía un agudo sentido del humor, que ocultaba su gran inteligencia bajo su pose encantadora, que cocinaba sencillo, pero sabroso, y que había iniciado un juego conmigo que me moría de ganas de continuar.

¿Cómo encajaba esto en lo que había venido a hacer a la isla?

En nada, aunque hacía tiempo que en mi vida las cosas no se ajustaban del todo, así que no debía estar sorprendida. Era ese tipo de desencaje que dejaba una pequeña hendidura por donde se colaba el aire: la caja cerraba, pero no a la perfección. Además, era ese pequeño resquicio de aire saturado de nuevas esperanzas y caminos el que me estaba desequilibrando desde hacía meses.

Por eso cerré los ojos y me dejé llevar. Yo no creía en Dios, aunque sí en que la vida nos hablaba. Muchas veces no la escuchamos, o no tenemos los oídos preparados para atender, sin embargo, esos susurros pueden convertirse en gritos apagados, de esos que se hacen a media voz para no asustarte. Y desde que había pisado la isla, lo notaba. Estaban pasando cosas. ¿Quién era yo para detenerlas?

Jackson había puesto música, y el cuerpo se me despertó al ritmo de Bruno Mars. Me apoyé en la cristalera y me dije que aquella

velada, si seguíamos así, terminaría en la cama de Jackson. ¿Era lo que quería?

Claro. Pero no tan pronto. Aquello se merecía una estrategia de seducción de esas que reventaban en un sexo estratosférico.

Me distraje de mis pensamientos libidinosos al llegarme un mensaje al móvil. Eran las chicas, que me ponían al día del parte meteorológico y que por eso el ayuntamiento de Santa Cruz había tenido que suspender la cabalgata anunciadora del viernes y, por consiguiente, los bailes. Me emplazaban a cambiar nuestra salida al sábado, que se preveía mejor tiempo, y sonreí. Sin quererlo me estaba empezando a apetecer muchísimo una noche de carnaval, y les dije que sí. Miré de reojo a Jackson, y me pregunté si le gustaría venir conmigo. El vino habló por mí:

—¿Has estado en los carnavales? Es decir, ¿has tenido la oportunidad de vivir una noche de carnaval como Dios manda?

Negó con la cabeza mientras se sentaba en el sofá. Le seguí y me pidió que le contase cómo era eso, la noche perfecta de carnaval para un chicharrero. Me reí, meneando la cabeza.

—Eso no se puede contar, tienes que vivirlo. —Me callé un momento y le miré entrecerrando los ojos—. Yo voy a salir con mis amigas y sus parejas el sábado. ¿Serías capaz de aguantarnos el ritmo?

Fingió ofenderse y me dijo que no sabía a quién tenía delante de mí, que era el alma de la fiesta y la mejor compañía que una chica podía desear. Le miré con fingida incredulidad, muerta de ganas de besar aquellos labios traviosos que me sonreían con todas las ganas del mundo, morder aquella sombra de barba sexi y lamer su ancha mandíbula. No sabía ni lo que me estaba diciendo, así que me cogió por sorpresa cuando me levantó del sofá tirándome de la mano.

—Déjame convencerte de que no tendrás que avergonzarte de mí.

«No puede ser. El jodido inglés me va a sacar a bailar».

Los primeros compases de *Juliana*, de DLG, sonaron en todos los altavoces y Jackson tiró de mí para pegarme a él con ese control de movimientos que delata a quien sabe bailar de verdad. Empezó a moverse con pasos perfectos, pelvis contra pelvis, pecho contra

pecho, y de pronto sentí que me faltaba el aire. Mi cuerpo se fundió con su sentido del ritmo perfecto, con la excitante música que mezclaba la salsa y el rap, y con la energía arrolladora que desprendían sus pasos mientras me daba vueltas a su alrededor.

*No eras nadie al conocerte,
te di nombre y apellido,
belleza que no tenía,
me sacrificué por ti,
porque por ti estaba ciego
y mira cómo me pagas.
Juliana qué mala eres,
qué mala eres, Juliana...*

Aquella forma de bailar lo tenía todo de callejera y sucia, de horas de bailes calientes en *clubs* de salsa clandestinos. Desbordaba arte, sexo, pertenencia, dos voluntades que intentaban someterse a través de figuras complicadas y manos que se regodeaban en toda la piel. Yo le retaba con toda la sensualidad que desprendían mis caderas, él me hacía caer hacia detrás y luego me levantaba muy pegada contra sí, notando golosamente todas las durezas de su trabajado cuerpo, y con cada quiebro sonreíamos disfrutando sin límites, sin contención alguna, como lo hacen dos personas a las que les apasiona bailar y que lo hacen con una canción que levantaría a un muerto.

Con el último «¡Juliana!» nos quedamos juntos, muy pegados, en una postura en la que todo nos conjuraba a besarnos como bestias, intercambiando saliva como si fuera lo último que fuéramos a hacer en nuestras vidas. Pero nos soltamos con cuidado, sin dejar de mirarnos, como si más allá de aquel despliegue de adrenalina ese hubiese sido un momento importante, delicado, de los que pueden ser un punto de inflexión. Los dos respirábamos rápido, acalorados, y me pasé la mano por el cuello. Su mirada siguió el movimiento y fue el primero en romper el silencio:

—¿Te convencí o no?

Los nervios hicieron que riese en voz más alta de la que tenía intención.

—Creo que sí. Pero ya te darás cuenta de que en carnavales no todo el mundo baila así. Nuestra forma de bailar es más... de andar por casa.

—Bueno, pues seremos la atracción. No creo que nos suponga ningún problema.

Asentí con una sonrisa cómplice y di unos pasos hacia detrás. Tenía que alejarme con urgencia, ya solo por salud mental, y ese era el momento perfecto de comenzar la retirada. Después de aquello, me sería imposible sentarme con él en el sofá y hablar de nuestras vidas como si no hubiera pasado nada.

—Es hora de irme, Jackson. Mañana quisiera terminar con el inventario de la casa.

No me miró y dejó su copa encima de la mesa. Puse la mía al lado de la suya y levanté la vista:

—Me gustaría corresponderte mañana. ¿Tienes plan o te apetece venir a cenar a mi casa?

Sonrió y sus ojos reían sin disfraz alguno.

—Creo que sabes muy bien que lo que me apetece es verte de nuevo.

«Dios, que deje de decir esas cosas o no respondo».

—A las ocho, sé puntual.

Y con eso y un estudiado movimiento de cadera, le dejé en su sala. Solo el violento aire cálido hizo que mis pensamientos se desviasen del hombre que se quedaba solo en su casa, inmensamente excitado como lo estaba también yo.

7. CALENTANDO MOTORES

♪ *Sweet like chocolate*, Shanks & Bigfoot ♪

La mañana del viernes amaneció extraña, con el viento más débil y una rara humedad en el aire. Aun así, hacía calor y tuve que volver a vestirme de verano para bajar al centro. Quería dejar el hotel, ya que no tenía ningún sentido estar pagando la habitación si me iba a quedar en Las Acacias, y de paso también hacer la compra para la cena con Jackson.

En hora y media ya estaba de vuelta, y aprovechando que el viento había aflojado bastante, intenté sacar la palapa de la piscina donde se había quedado atrapada. Lo logré con bastante esfuerzo, y la arrastré hasta el hueco de la escalera, donde molestaba menos. Le eché un vistazo, contrariada, y me dije que probablemente me había quedado sin palapa.

«Bueno, lo correcto sería decir que la casa de mi madre se ha quedado sin palapa, no yo».

La piscina estaba llena de basura así que me entretuve limpiándola, deseando poder utilizarla antes de irme. La cubierta del *jacuzzi* había resistido, no sabía ni cómo, pero al acercarme vi que estaba bien fijada. Aquello tenía que ser una delicia, lo de estar rodeada de burbujas calientes con aquellas vistas sobre la ciudad.

Entré a la casa a regañadientes. No tenía demasiadas ganas de seguir con el inventario, y menos sabiendo que no podía abrir la habitación de arriba. Me intrigaba: ¿qué habría allí dentro? No había encontrado la llave, pero también era cierto que me faltaba toda la planta de abajo.

Me dije que no revisaría la cocina. Me daba igual lo que pudiese contener, a fin de cuentas, lo que habría eran utensilios para hacer de comer, algo común y sin sorpresas. Pero luego mi vista se fijó en

algunos botes en las baldas superiores, y me obligué a empezar el trabajo: quizá hallase la famosa llave.

A las tres paré para comer algo. Frente a la costa, en el mar, unas densas cortinas de lluvia se movían con parsimonia hacia la ciudad, y el aire traía un olor diferente. Dejé que el cuerpo se me relajase y respiré con calma; aun así, mi mente estaba activa y no me dejó desconectar.

Desde antes de venir sabía que aquel viaje sería removedor. No se parecía en nada al del fallido entierro de mi madre, donde la mezcla del *shock* por su muerte repentina y el enfado por aquella última voluntad de no reunirla con mi padre me hicieron cubrir todos mis sentimientos de frialdad extrema. Incluso en el improvisado homenaje que se le hizo la semana siguiente a su muerte, fui capaz de leer un discurso como si aquello no fuera conmigo.

Pero ahora todo estaba siendo diferente. El descubrir a una Margot distinta en muchos aspectos me estaba horadando el alma de una forma que nunca hubiese llegado a imaginar. Joder, es que *me gustaba* lo que estaba viendo de ella: una mujer con luz, moderna, capaz de tener un lío desenfadado con alguien e incluirle en su día a día, una mujer que parecía haber disfrutado de la vida en sus últimos años. Algo que jamás vi en ella, en esa madre que todo lo medía por su propio rasero y que nunca nos dejó acercarnos a ella como mujer.

Lo cierto era que me estaba arrepintiendo de no haberlo intentado más, de haber buscado la oportunidad de ver aquel cambio. Me pasé la mano por la cara, agobiada. ¿Por qué no lo había hecho?

La respuesta era cruda en toda su simpleza: yo no había querido, y ella tampoco. Sí, yo no había sido la hija más detallista del mundo, eso lo podía reconocer. Pasaban meses y no me surgía la necesidad de hablar con ella. Pero eso era lo que mi madre había sembrado. ¿Para qué llamarla, para fingir? ¿Para intentar sentirme bien con lo que se suponía que era el rol de una hija?

«No puedo empezar a culparme ahora de algo que no tiene sentido. Quizá ella necesitó esta nueva forma de vida sin mí. Sin nada que la atase al pasado».

¿Y si no se me volvió a acercar porque sabía que no le iba a hacer caso? ¿Que ella, con su extraña forma de querernos, había quemado todos los puentes, hasta los más altos?

Me levanté, enfadada conmigo misma. «Ya basta, Zoe», me dije. No tenía ningún sentido darle vueltas a ese tema. Mamá ya no estaba, y como hija debía alegrarme de que parecía que en sus últimos meses había disfrutado de la vida.

«Igual que ella se había alegrado de lo mucho que yo disfrutaba de mi trabajo y de la vida que había creado de una forma diferente a sus estándares. Igualito».

Oh, joder, no había forma de callar aquella voz en mi interior. Me levanté, enfadada de nuevo, y en ese momento sonó el teléfono. Era mi primo Jonathan, y se lo cogí, deseosa de desviar mis pensamientos hacia otro lado. En este caso, hacia el de las flores.

Habían sido mis primos Jonathan y Jorge los que se habían quedado trabajando en la empresa de mi padre. Su madre, mi tía Deborah, la mayor de los Wagener y fallecida hacía unos años, nunca había participado activamente en la antaño empresa familiar, pero sí sus hijos, ambos ingenieros agrónomos y unos enamorados de las plantas y de las flores. Para mi padre habían sido como hijos y por eso fueron ellos los que continuaron con la empresa cuando él murió.

Acordé pasar por la finca a la semana siguiente, con la certeza de que mis primos querrían hablarme algo relacionado con la propiedad de la empresa. No me extrañaba: eran ellos los que se dejaban los cuernos en ella, y yo tenía la participación mayoritaria. Desde hacía tiempo tenía claro que les vendería mi parte cuando la quisiesen, no iba a ponerles problemas. Bastante habían hecho con cuidar y mimar el trabajo de toda una vida de Juan Wagener.

Sonreí al recordar cómo paseaba entre las plantaciones tocando con sus manos las hojas llenas de gotas de rocío. Mi padre había sido un verdadero artesano de las flores, y bajo sus cuidados la empresa había pasado a un nivel en el que se la conocía y operaba a nivel regional. Y aunque era el dueño, siempre llegaba a casa lleno de tierra y dejando todo perdido de piedritas y polvo. Incluso se traía alguna inesperada visita en forma de oruga o escarabajo.

Como siempre, al recordar a mi padre, me invadía una nube cálida de felicidad. Había sido el mejor padre que una chica hubiese podido desear, y mi gran apoyo junto al tío Óscar. Yo tenía mucho más de Wagener que de Acosta, y quizá por eso congeniábamos tanto. Aunque con la edad, empezaba a ver muchas Acostadas en mi carácter, y sé que mi padre se habría reído mucho de mí. Bueno, ya lo hacía mi tío por él.

Decidí ahuyentar toda aquella maraña de pensamientos con un poco de música. Era la fórmula que siempre funcionaba. Busqué en las listas de reproducción de Gara, y encontré lo que necesitaba en ese momento: un poco de bailoteo y carnaval. Al ritmo de la Billo's Caracas Boys, Juan Luis Guerra y Roberto Antonio, seguí revisando la cocina y la sala, sin dejar de bailar esa salsa y merengue que llevaba en las venas desde pequeña.

*«¿Qué hiciste, abusadora?
¿Qué hiciste, abusadora?
Abusadoora, abusadoora...».*

Estaba segura de que aquello le estaba resonando a Jackson en los oídos, pero no podía bajar el volumen. Para mí la música se escuchaba así, alta, con los bajos haciendo temblar el cuerpo y con la voz de Wilfrido Vargas camuflando la mía, mucho más desafinada pero igual de entusiasta.

Con el alma llena de música estuve revisando la sala, bastante impersonal. No había ni una foto encima de las estanterías ni de las mesas auxiliares, algo raro, como si aquello fuese una casa de paso, cuando justamente todo lo que había visto en el resto de las estancias me sugería lo contrario. Fruncí el ceño y me dediqué a rebuscar por todas las cajoneras a ver si encontraba algo.

Al final, en una pequeña caja en la que, si no mirabas del todo, solo se veían servilletas de papel, encontré una foto. Estaba puesta en un portarretratos de madera plateada, y en ella aparecían mi madre y el que, con toda seguridad, era el padre de Jackson. Aquella sonrisa no podía ser de nadie más.

La foto había sido sacada en el mirador que se encuentra bajando a los acantilados de los Gigantes, en Santiago del Teide. Se

notaba que había sido en plan *selfi*, porque estaban posando algo descuadrados, pero la sonrisa que ambos lucían mientras se abrazaban, transmitía pura felicidad.

«Vaya, vaya, mamá. Esa cara no te la había visto nunca. Tan pletórica, llena de ganas, como si no fueras tú».

Puse el portarretrato en mi regazo y miré al frente. ¿Era cierto lo que estaba pensando? ¿Que nunca la había visto sonreír así con nosotros, con su familia? Aquello me causó una desazón extraña que no pude ahuyentar al no tener nada con qué rebatirlo.

¿Dónde leches estaban los álbumes de fotos? Recordaba que había pilas de ellos porque, aunque mi madre no era una madre al uso, era una fiel hija de su tiempo y la confección de álbumes de familia era sagrada. No los había visto por ningún lado. Necesitaba verlos y comprobar si lo que estaba pensando era cierto. ¿No habría ni una foto en la que Margot Acosta luciese esa sonrisa que la hacía brillar? Me devané los sesos, pero cada vez más me asaltaba la idea de que estaban en el cuarto cerrado.

Y la llave que no aparecía.

Me levanté, intentando aclarar mis pensamientos. Los álbumes no podían haber desaparecido, estarían en algún sitio. Todavía no había mirado en el trastero ni en el garaje, podían estar allí. Pero ese no era el problema principal. Mi gran preocupación era que no recordaba haber visto nunca a mi madre así.

¿Era posible que no tuviese ni un solo recuerdo de verla sonreír como en la foto, relajada, feliz, sin tener siempre algo que hacer?

Oh, sí. Claro que sí. Solo había una persona con la que había visto a mi madre sonreír de esa forma tan joven y despreocupada. Recordé cuando Iria y yo espiábamos de pequeñas a mis padres durante las veladas con amigos, escondidas tras la puerta porque a nosotras nos mandaban a acostar. Ahí veíamos a una mamá diferente: una que reía, besaba a papá, le miraba con cara de enamorada, que hacía bromas al resto...

La sensación de insuficiencia me asoló como cuando era pequeña. Porque fue después de ver aquello cuando Iria y yo entendimos que nosotras no éramos importantes. Que no la hacíamos feliz. Que habíamos nacido porque ella como médico

nunca habría acabado con un ser vivo. Y que hubiera estado totalmente satisfecha solo con papá.

«Por eso necesitabas que fuésemos como tú. Para poder sentir algo por nosotras, y como yo no te hice caso, decidiste que no ibas a emplear más energía en mí. Y con Iria....

No pienses ahora en Iria. Ahora no».

Me bebí un gran vaso de agua intentando serenarme. No era momento para ponerme a cavar tan hondo. A las ocho vendría Jackson y yo no había comenzado a preparar nada.

«Ya lo pensarás en otro momento, Zoe. Tienes tiempo. Ahora céntrate en lo otro, en lo que te hace sonreír».

La lluvia me acompañó el resto de la tarde, limpiando la atmósfera de arena y dejando todas las superficies exteriores vestidas de grandes manchas de polvo. A mí me llenó de tranquilidad y pude dejar atrás la bola de pensamientos y emociones inquietantes de las horas anteriores. Puse a Rosalía y dejé que su sensual música me llevase al ambiente que quería crear en la cena con Jackson. Abrí una cerveza y me dediqué a cocinar sin prisa. Yo no era una cocinera virtuosa, pero lo que sabía hacer era sabroso. Aquella tarde había apostado a caballo ganador, y ya tenía todo preparado para cuando él llegase, solo tendría que poner la pasta en la paellera donde se haría la fideuá.

Dejé los aperitivos en la nevera y subí a ducharme. Esa noche, al estar en casa, iría más desenfadada con pantalones de talle alto de un rosa muy suave, una blusa de profundo escote en pico que sugería más que enseñaba, y descalza, tal y como había estado él la noche anterior. Sexi pero informal. Me pinté los labios con un rosa encendido mate que me daban ganas de besarme a mí misma, y reí por lo bajo.

Llegó puntual, como me había imaginado, y con unos dulces como postre. Cuando abrí la bolsa, me encontré con unos rosquetes riquísimos de una pastelería famosa y se me hizo la boca agua.

—¿Sabes cuánto tiempo hace que no me como uno de estos?

—Me lo recomendó mi compañero de pádel —confesó con una traviesa sonrisa—. Aunque como no sabía si te gustaban, traje un

plan B.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

Río en voz alta y meneó la cabeza.

—Si te portas bien, quizá te deje saber de qué se trata.

Le guiñé un ojo.

—Entonces no lo sabré nunca.

Nos reímos y le tendí una cerveza. No lo podía evitar: se me secaba la boca en su presencia y necesitaba refrescarme como fuese. Aquella noche iba con unos vaqueros desgastados y una camiseta gris oscura donde un pez pequeño se comía a un pez grande. Dejaba al descubierto los brazos musculosos, los torneados antebrazos y unas largas y bonitas manos. De esas que quieres que te toquen, que te aprieten, que te dejen marcada, pero también que te acaricien la mejilla.

Me sofoqué: no había podido evitar humedecerme al contemplarle, como si una marea me hubiese inundado sin aviso previo. Apreté los muslos y un escalofrío de placer contenido me recorrió entera. Aquello no le pasó desapercibido, y antes de encontrarme con su mirada pícara, me di la vuelta para disimular y saqué el guacamole de la nevera.

«Frío, necesito mucho frío para quitarme de encima esta calentura de quinceañera».

La lluvia seguía cayendo en la oscuridad, y yo había puesto la mesa en el comedor, ambientada con luces indirectas y con la voz sensual de la solista de Pink Martini cantando en francés. Vi que se fijaba en todos los detalles con disimulo, y sonreí para mí misma.

«Lo de rata de ordenador se lo cuentas a otra. La forma que tienes de observar, de recorrer los lugares como si tuvieses que hacerte un mapa mental de ellos, calibrando sus riesgos y peligros, no es de criar culo delante de una pantalla».

—Esta foto también la tiene mi padre en casa —exclamó, cogiendo el marco en sus manos. Levantó la vista hacia mí. Yo estaba vigilando la pasta para ver cómo iba de líquido, y no le hice mucho caso.

—Sí, la encontré esta tarde. Me llamó mucho la atención que mi madre no tuviese ni una foto en la sala, así que me puse a rebuscar.

—Tienes razón. No es lo habitual en una casa que significa un hogar para alguien.

Su mirada recorrió los muebles de la sala y de la cocina con un barrido interesado.

—Bueno, mi madre era un poco peculiar, por decirlo con suavidad.

Notó algo raro en mi voz, porque se acercó con un nacho untado de guacamole y me lo metió en la boca. El tacto de sus dedos en mis labios me cosquilleó, y supe que a él le había pasado lo mismo. Se detuvo por unos segundos en mi rostro y luego miró hacia otro lado.

—Es curioso, porque a mí me pareció una mujer muy normal, sin estridencias.

Abrí el vino: era un estupendo rosado de Navarra que había probado alguna vez con Armi y que se había convertido en mi favorito. Estaba a la temperatura perfecta y brindamos.

—Por lo que se considera normal —propuse yo, y sonrió sin poder evitarlo.

—Entonces no podemos brindar por nosotros.

—¿Nos estás llamando anormales?

Me reí mientras olía el vino. Su voz sonó grave, aunque intentó imprimirle algo de humor:

—Creo que somos todo lo opuesto a la normalidad.

—Eso suena muy presuntuoso.

Se encogió de hombros, sonriendo, y chocó su copa con la mía.

—Entonces brindaré por lo que nos ha traído la calima.

—Por eso brindo yo también.

Tomé un sorbo del vino y hui hacia la paellera. Aquello se estaba poniendo intenso desde demasiado pronto, y yo quería racionar esa intensidad. No quería quemarme tan temprano, así que tendría que dejar de soplar a las llamas al menos por un rato.

Fiel a mi improvisado plan le pregunté sobre dónde había ido a jugar al pádel, y nos entretuvimos hablando de la gente que teníamos en común. Era curioso cómo en los pequeños círculos de la isla sacabas conocidos hasta de debajo de las piedras. Por ejemplo, su compañero de pádel era primo de un compañero mío del instituto, al que también Jackson conocía, y me sorprendió lo

bien que se había relacionado con todos ellos. En la isla los grupos sociales eran bastante cerrados, y no era tan fácil entrar en ellos, sobre todo si eras extranjero. Le observé contándome anécdotas sobre toda aquella gente, y me fascinó su seguridad, su naturalidad al hablar. Era como si le hubiese conocido de toda la vida.

—Esto ya está —declaré y le quité la tapa a la paellera. La fideuá había reposado y estaba perfecta. La había elaborado con *fumet* y caldo hecho esa misma tarde, y la había enriquecido con calamares y langostinos. Cogí la paellera y la dejé en la mesa sobre dos placas de madera.

—Hoy soy yo el que va a devorar —dijo, frotándose las manos y con cara de no poder esperar ni un segundo más.

—Coge directamente de la paellera —contesté, riéndome—. No vas a aguantar a servirte en el plato. Pero ten cuidado, que está caliente.

Cogió por un lado y se lo llevó a la boca. Un sonido gutural, como un ronroneo, acarició mi cuerpo de arriba abajo, y me ericé. Tenía los ojos cerrados y cara de absoluto éxtasis.

—Esto está increíble, Zoe, nunca había probado una fideuá igual.

—O quizás es el hambre el que habla por ti —le contesté, divertida, aunque al probar la fideuá me dije que sí que estaba buena: perfecta de sal, de sabor a mar, de untuosidad y del punto de la pasta. Me pidió que le contase cómo la había hecho, y le tuve que explicar todo el proceso de cabo a rabo, al igual que el de las paellas.

—Mi madre hacía una *jambalaya* buenísima. Por eso me encanta el arroz en todas sus formas de cocción, me recuerda a ella.

—¿Ella... vive? —pregunté con tiento. Negó con la cabeza y vi un destello en sus ojos.

—No, murió cuando yo era adolescente. Mi padre y yo nos quedamos... a la deriva, por decirlo de alguna forma. Ella era especial, luminosa, con carácter, una madre fantástica.

Vi que su mirada se tornaba melancólica y le dejé hablar.

—Se llamaba Adriana y era brasileña. Conoció a mi padre por trabajo y al final se quedó con él en Londres. Ella trajo vida y colores a esa vida casi militar que llevaba mi padre, y fueron felices hasta

que murió. Un hijo de puta la atropelló en Elephant and Castle, justo al salir de su trabajo.

El recuerdo hizo que sus dedos se tensasen suavemente alrededor de la copa, pero la costumbre le hizo mirar hacia otro lado.

—A ella le encantaba la música, siempre estaba bailando y por eso para mí bailar es parte de lo que soy. Cocinaba guisos sabrosos, muy alejados de la comida que me daban en el colegio o que probaba en casa de mis amigos, y reía mucho, con la boca bien abierta, lejos de la contención británica. De ella heredé el tono de piel y el color de los ojos, y mi padre dice que también el sentido del humor y el don social. Pero nada de eso me sirvió cuando murió. Lo hizo más adelante, porque en plena adolescencia todo fue bastante... difícil.

Me miró a los ojos y por un momento vi a alguien real, doliente, lleno de emociones. Cuando desvió la vista, supe que se había dado cuenta de que se había mostrado.

—No suelo hablar de esto...

Su voz pareció sorprendida. Apoyé la cara en mis manos y curvé los labios hacia abajo.

—Yo tampoco suelo contar cosas como las que te he contado en el tiempo que nos conocemos.

Nos quedamos callados, en calma.

—Quizás la calma nos haya unido por algo especial.

Hablé sin pensar, en un tono de voz bajo. Por un momento pensé que no me había oído, pero le vi asentir. No dijo nada más y nos quedamos otra vez en silencio, esta vez teñido de expectación. Sentí retumbar mi corazón y me arrepentí de haber hablado de algo que todavía podía ser un espejismo.

Antes de que el silencio se prolongase demasiado, Jackson resolvió la situación con elegancia. Repartió lo que quedaba de la botella de vino y luego me preguntó si tenía espacio en mi estómago para el postre. Agradecí el cambio de tema y de ambiente, y con la bolsa de rosquetes entre nosotros nos sentamos en el sofá.

—¿Quieres una copa? —le pregunté, pero se negó.

—Mañana ya me voy a pasar, así que hoy prefiero quedarme con el buen sabor del vino.

—¿Y tienes disfraz? —le pregunté, curiosa. Puso cara de interesante y sonrió.

—Ya lo verás.

—Te aviso que aquí a los hombres les encanta disfrazarse de mujeres, es lo más socorrido. Creo que Javi y Rafa estaban preparando algo en ese sentido.

—Pero yo no soy ni Javi ni Rafa.

Me reí ante su tono intrigante.

—Me muero de ganas de verlo. ¿No me vas a dar ninguna pista?

—No... —Se acercó mucho a mi cara—. Solo te diré que es verde.

«¿Verde? ¿De qué iba a ir, de la rana Gustavo? ¿De Hulk?».

—¿Y tú? ¿Ya tienes el tuyo?

—Casi, mañana por la mañana tengo que bajar un rato a casa de Gara para acabar de terminarlo. Sí, esto es así —le dije ante su mirada incrédula—. Los mejores trajes de carnaval son los que se hacen a última hora.

—¿Tampoco me vas a decir de qué irás disfrazada?

Negué con una sonrisa.

—Ya lo verás. Además, iremos las tres iguales, va a ser divertido.

—¿Y los maridos no van disfrazados a juego con las mujeres?

—No, estos no. Algunos sí lo hacen así, pero en carnavales lo divertido es disfrazarte entre amigos, aunque luego salgas también junto a tu pareja.

—¿Algún último consejo que necesite saber?

Hice como que pensaba, disfrutando de su mirada sobre mí.

—Bueno... lleva las zapatillas más viejas que tengas, porque probablemente cuando vuelvas las tengas que tirar de lo cochinas que se te van a quedar. También es importante llevar una riñonera o un bolsillo donde poner el dinero. Te recomiendo que no lleves el móvil, más de uno lo ha extraviado.

—¿Y si me pierdo? ¿Cómo te encuentro? —Ahora sonreía, divertido ante mi exposición.

—En carnavales siempre se queda en algún sitio por si uno se pierde. Ya lo pactaremos cuando llegemos al centro. Y por la bebida no te preocupes, la compro yo mañana. Por cierto, ¿qué beberás?

—¿La bebida la llevamos nosotros? —preguntó sorprendido.

—También puedes consumir en las barras de los chiringuitos, pero te expones a que la bebida sea de esa que al día siguiente te arrepentirás de haber bebido. Lo normal es que nos llevemos el alcohol en plan botellón.

Se llevó la mano a la cara con fingido escándalo.

—Voy a hacer botellón por primera vez en veinte años. Quién me lo iba a decir.

—La resaca del día siguiente te lo agradecerá.

Miró hacia fuera, donde la lluvia se iba alejando.

—El mejor remedio para la resaca es un baño en el mar, comprobado.

—No sé si estaré en condiciones de ir a la playa el domingo, así que ojalá podamos usar la piscina.

No me di cuenta de que le estaba incluyendo también en los planes del domingo hasta que dije la frase entera. Él no dijo ni «mu» al respecto y cogió el móvil.

—Aquí pone que el domingo va a hacer sol y la temperatura será de veintitrés grados.

Me sonrojé al darme cuenta de que sí que estaba haciendo planes conmigo, y no pude filtrar:

—Y si no, ponemos el *jacuzzi*.

¡Oh, oh! Aquello creaba imágenes que no debería haber conjurado en el ambiente en el que estábamos. Me moví, buscando algo que hacer, pero no encontré nada. Hasta el vino se había acabado. Le noté observándome, como llevaba haciendo desde que nos conocimos. Parecía no aburrirse de mirarme.

—Creo que te has portado muy bien y vas a ser merecedora del plan B.

Se levantó, disolviendo de nuevo la tensión del ambiente. Vi que cogía otra bolsa más pequeña, una que yo no había visto, y sacó una cajita de cartón. Me la dio, y cuando la abrí vi que estaba llena de gominolas y regalices de variados colores y sabores.

Me reí como una niña.

—Esto sí que hace años que no lo como, ¡y me encanta!
¡Gracias!

—¡Eh!, que son para los dos —exclamó con fingido enfado, y volvimos a caer en el sofá para dar cuenta de la cajita con rapidez.

Otro suplicio más para mi recalentado cuerpo. Me tuve que contener para no lamerle el azúcar que se le quedaba impregnado en los labios y que creo que no se limpiaba adrede.

«Eres un maestro de este juego, Jackson Grant. Pero no sabes hasta dónde puedo llegar para ganar la partida».

Cogí un ladrillo de pica pica y me lo metí entre los labios, chupándolo como si estuviese distraída, pero con plena consciencia de que no me quitaba los ojos de encima. Paseé la lengua con lentitud por las comisuras de los labios, llevándome todo el azúcar, y sin mirarle ni una sola vez.

Vi que se removía en el sofá y sin mirar supe que tenía una erección descomunal, de esas que quieren reventar el pantalón.

«Toma esa, Jackson Grant. Ahora estamos empatados».

Con toda consciencia de su incomodidad y de que el escote de mi camiseta era de lo más indiscreto, me eché para delante.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Me huelo a que voy a estar en apuros si te digo que sí. Así que... sí.

Nos reímos y mis pies subieron al sofá, a su lado. Las ganas de sentirle cerca eran tales que ni pensé en mis movimientos.

—¿A qué te dedicas realmente? Si es que puedes decírmelo, claro.

Una sutil sombra pasó por delante de sus ojos y esperé a que su expresión se cerrase, pero no fue así. Me miró con cierto reparo y luego suspiró:

—Me imaginaba que no te habías creído lo que te conté. Bueno, tampoco está tan alejado de lo que hago en realidad.

Hizo crujir sus nudillos, como preparándose.

—Siento no poder contarte todo, pero sí te daré la visión general. Esto es algo que no he podido hacer nunca con nadie y que no debería hacer ahora tampoco, pero cada vez me da más igual.

Me miró de soslayo.

—Incluso perdí la gran oportunidad de mi vida con una mujer por mi trabajo.

—¿Y eso? —La curiosidad pudo más que mi temple habitual.

—En aquel momento no hacía exactamente lo que hago ahora. Era... más complicado. No podía meter a nadie en aquello, era peligroso. Pero conocí a una chica en una fiesta de disfraces, Vera. Era divertida, lista y muy sexi. Me atrajo desde el primer segundo. Solo tuvimos dos oportunidades, y en la segunda me tuve que ir. Me llamaron, era urgente y casi la cago por tardar. La vi en una fiesta tras unas semanas y supe que ya estaba en otra cosa. La observé sin que me viese y había algo muy poderoso entre ella y un hombre que la contemplaba como quien ve agua en el desierto. He visto el amor verdadero, Zoe, lo vi entre mis padres. Y entre Vera y ese tío lo había. Supuse que entre ellos habría una historia anterior. Así que me retiré. Sin embargo, nunca podré dejar de preguntarme qué habría pasado si en nuestra segunda cita no me hubiese tenido que ir. Aunque supongo que, si fue así, es porque no era nuestro momento.

Lo había contado todo con tranquilidad, como quien cuenta una anécdota pasada. Eso me reveló mucho de él.

—Entonces antes tenías un trabajo peligroso que no te permitía tener a nadie en tu vida. ¿Tampoco a tu padre? ¿No estaba él también en peligro?

—Estuve mucho tiempo sin poder estar en contacto con él por eso mismo. Además, mi padre tampoco tiene un trabajo cualquiera. Para él era mejor no estar expuesto.

A pesar de todo lo que había visto en mi trabajo, todavía me sorprendían cosas como esta. La mayoría de la gente vivía su vida de falsa seguridad sin saber la cantidad de cosas extrañas y situaciones peligrosas que podían rozarles sin tener ni idea de ellas. Y era mejor que no lo supiesen. Yo hubiera preferido vivir en la ignorancia, pero desde hacía meses que no era así.

Suspiré, intentando obviar el pánico que sentía cada vez que me acordaba de los sucesos de Singapur, y le miré.

—¿Y ahora qué haces? ¿Es menos peligroso?

—En teoría, sí. Es verdad que trabajo como informático, pero lo de la empresa de Londres no es del todo cierto. En realidad, trabajo para la Metropolitan Police. ¿Sabes lo que es?

Claro que lo sabía. Aunque en las películas siempre lo llamaban Scotland Yard.

—Como necesito estar un tiempo... desaparecido, echo una mano desde aquí para determinados servicios.

Asentí, un poco alucinada. Entonces era poli, o agente, o lo que fuese. Ahora me encajaba todo.

—Solo dos preguntas.

—Vale. —Sonrió con timidez.

—¿Tu padre también trabaja... allí?

Asintió. No sé por qué, pero me lo imaginaba en Buckingham Palace. Eso, o que mis épocas de leer el Hola habían hecho más mella en mí de lo que imaginaba.

—¿Y la segunda?

No me sonrojé en absoluto cuando le pregunté si tenía uniforme. Se echó a reír con ganas, tanto que le salieron las lágrimas.

—A ver, yo te cuento que mi vida laboral es un lío de cojones, peligrosa como poco, ¿y tú piensas en si llevo uniforme?

Sonreí: siempre se me había dado bien resolver situaciones tensas. Y por cómo estaba viendo variar sus expresiones, supe que tenía que sacarle de dondequiera que se estaba adentrando.

—¿No sabes que a las chicas nos pirran los hombres con uniforme?

Empezamos a reír y la conversación fluyó por otros caminos más seguros. No volvimos a tocar el tema, bastante tenía que digerir yo con lo que me había contado, y supongo que él también por el hecho de haberme confiado todo aquello. Esa noche no bailamos, pero nos despedimos con un abrazo apretado. De esos que prometen mucho, y de los que susurraban que se había abierto otra compuerta más entre Jackson y yo.

8. EL RETORNO DE NIGMA

♪ *Stop the rock*, Apolo 440 ♪

Pasé la mañana siguiente entre pistolas de silicona, purpurina, cordones dorados y la esperanza de que al final el disfraz se pareciese al atuendo de Xena, la princesa guerrera. Gara nos dirigía con precisión, siempre fue la gran sacerdotisa de los disfraces y una esclavista despiadada cuando veía que bajábamos el ritmo. Acabamos con la lengua fuera, y cuando terminamos, ya bien pasado el mediodía, dejamos las diferentes partes secándose en la terraza.

—No creo que lleguemos a casa con nada de lo que hemos pegado —se rio Violeta, y la secundé.

—Como siempre, ¿de qué te sorprendes?

—¿Y tú te acuerdas de esos detalles? Porque por mis cálculos, creo que la última vez que apareciste por aquí en carnavales fue en dos mil trece.

¿Hacía tanto? Hice memoria y vi que tenía razón.

—Esto nunca se olvida, amiga, se lleva en la sangre. Aunque seguro que estoy desfasada en otras cosas. ¿Todavía se sigue yendo a la zona de El Águila?

Violeta se encogió de hombros.

—Mucha gente sí, pero nosotros vamos ahora más arriba, entre el Platillo Volante y el Orche. Y a la plaza de España hace siglos que no bajamos, porque allí está todo el chiquillerío.

Empecé a recoger mis cosas y les dije que me iba a Carrefour a comprar la bebida. Entonces solté la bomba.

—Por cierto, esta noche vendré acompañada. Espero que no les importe.

Gara levantó la vista y las cejas le llegaron al nacimiento del pelo. Violeta se rio, intrigada.

—¿Y eso nos lo cuentas ahora? Venga, desembucha, que ahí veo tema que te quemas.

Tuve que reírme. No podía engañarlas. Gara y Viole habían sido mis mejores amigas en mis años de juventud: íbamos a todos lados juntas, y a pesar de haber dejado la isla desde hacía tantos años, seguíamos hablando con asiduidad en un grupo de WhatsApp que echaba fuego cada vez que a alguna le pasaba algo importante. Sabía que a ellas podía contarles cualquier cosa, y que también sabrían sonsacarme hasta el más mínimo detalle que con otras personas hubiera preferido obviar.

Les conté todo mi episodio de la palapa y de las cenas, y Viole silbó.

—¡Ay, ay, ay!, vas a caer, amiga. Tienes ese brillo en los ojos que hacía años que no te veía.

Le di un manotazo juguetón.

—No digas tonterías. Es verdad que me atrae mucho, pero más allá no sé si...

—No es normal lo que ha pasado entre ustedes dos, tan a saco desde el primer momento. Como si se conociesen de otra vida. Tú no eres de las que dejan que alguien se acerque a ti así, tan fácil. Eso ya dice mucho —concluyó Gara, recostándose hacia detrás y con cara de querer enterarse de todos los detalles. Me encogí de hombros.

—Tampoco sé si es producto de todo lo que estoy teniendo que vivir con lo de mi madre. El haber visto de nuevo la casa de Los Cristianos, tener que descubrir que la mujer que vivió en casa de mis abuelos no se parecía demasiado a la madre que yo conocí, lidiar con muchos sentimientos que tenía escondidos y bien atados en algún lugar de mi corazón... Todo eso puede que haga que mi respuesta a Jackson sea como la que tiene el que sabe que va a morir: intensa, rápida y sin querer perder el tiempo.

—Pero tú no vas a morir, Zoe —me recordó Violeta—, así que esa comparación no me vale. ¿No será que por primera vez estás tan a gusto con alguien que te dejas ver como eres de verdad? ¿Sin la frialdad y suspicacia que te ha dado tu trabajo?

—¿Tú crees que soy fría y suspicaz? —pregunté, algo molesta. Gara sonrió y me acarició el cabello.

—Has cambiado, pero supongo que es normal, todos lo hacemos con la edad. Y tú no venías con un buen punto de partida. Todo lo que arrastras de tu familia, y encima ese trabajo en el que tienes que ser totalmente objetiva y fría para alcanzar los mejores acuerdos, te han convertido en alguien un poco distante. No con nosotras, porque eso no te lo permitiríamos —resonó una carcajada general y alguna que otra colleja cariñosa—, pero sí con el resto.

—Recuerdo que cuando Rafa te conoció, me preguntó después si te había hecho algo en una vida pasada —soltó Viole, y me tapé los ojos, en parte avergonzada y en parte asumiendo que sí, que el haber vivido tanto tiempo fuera de la isla me había desprovisto de la calidez tan propia de su forma de vida. Eso, y que para sobrevivir en los ambientes donde yo me movía, había que ser dura como el acero. Al final esa impasibilidad con un punto borde se iba instalando en tu ser como una capa plateada y difícil de atravesar.

—Pero no nos desviemos —apuntó Gara—. Y este pollo, ¿habla español? Porque ya sabes que por aquí el inglés no es nuestro segundo idioma oficial.

Me reí, y entonces me di cuenta de que nunca había hablado con Jackson en castellano.

—Supongo que sí, porque tiene amigos canarios, pero lo cierto es que entre nosotros siempre hemos hablado en inglés.

—Bueno, si no usaremos el idioma internacional de las señas, que ese lo conocemos todos —gorjeó Gara, frotándose las manos—. Espero que sea carnívoro, porque esta noche Javi quiere encender la barbacoa, ya que el tiempo sigue acompañando.

Era cierto. Tras la lluvia del día anterior, el cielo lucía azul lavado, aunque el calor persistía de una forma poco habitual para un mes de febrero en la isla. Me asomé a la calle, llena de árboles y con una quietud especial a pesar de encontrarnos en el centro de Santa Cruz. Gara y Javi vivían en la zona de la plaza de los Patos, en un maravilloso ático que había sido propiedad de la familia de Javi y que su hermano, un reputado arquitecto, les había reformado.

Sonreí, aspirando el cálido aire. En ese momento, el mundo no parecía poder ser mejor. Tenía ante mí una noche de carnaval, rodeada de mis amigas, de música, risas, y la presencia de Jackson.

Alguien que, por primera vez en mucho tiempo, me hacía vibrar en perfecta armonía conmigo misma.

Durante el día intenté no darle demasiadas vueltas a lo que me había contado la noche anterior. En los últimos años, había conocido a gente con los oficios más variopintos, así que estaba curada de espanto. Lo que me intrigaba era el único cabo suelto que había dejado: aquella expresión de «estar un tiempo desaparecido» significaba muchas cosas, entre ellas que quizás ese peligro del que hablaba no había pasado del todo. ¿Tendría que ver con el trabajo que hacía actualmente para la Met? Decidí no pensar más en todo eso, pero sabía que en algún momento lo resolvería. Yo era así, como un perro de caza. Elegante, despiadada, con malas artes, y perseverante como la que más.

Jackson llegó a mi casa con una gran bolsa que guardaba con celo. Intenté ver lo que había dentro, y él se escurrió con destreza ante mis acercamientos.

—Ya lo verás, no seas impaciente.

Suspiré con sonoridad y me agaché a coger mi bolso. El taxi estaba a punto de llegar, y durante el viaje aproveché para ponerle al tanto de la gente que iba a conocer.

—Gara y Violeta son amigas mías desde el instituto, y lo siguen siendo, así que vas a enfrentarte a muchas preguntas y...

Me callé, roja como un tomate. Me sentí como una adolescente que no quiere que el chico que le gusta sepa que habla de él con sus amigas. Así que seguí parlotando de otros detalles no tan comprometedores, intentando desviar su atención de aquel primer desliz que le había hecho sonreír sin mirarme.

—Gara es fisioterapeuta y Violeta maestra de educación infantil. Son listas, divertidas y con mucho carácter, la compañía perfecta para una noche como esta. Y sus maridos, Javi y Rafa, las complementan a la perfección. Javi y Gara son pareja desde la adolescencia, y Rafa es de Logroño, pero lleva muchos años aquí. Ya verás que te caen bien.

Me sonrió de lado y la cercanía de su cuerpo me impactó de lleno. Dios, me sentía como una hormona con patas, puras burbujas calientes envueltas en piel que amenazaban con salirse en cuanto abría la boca. Notaba su calor, su olor limpio, con ciertos tintes a

fruta apetitosa. Me habría encantado acercarme a olerle el cuello y dilucidar si aquel aroma era a maracuyá o a melocotón, pero me contuve, tensándome por un momento. Me echó una mirada de soslayo y hubiera jurado que contuvo un movimiento encaminado a tocar los interminables anillos de mi mano izquierda.

Nos bajamos del taxi y subimos en un silencio cómodo hasta el ático de Gara y Javi. La anfitriona nos abrió con una sonrisa radiante que yo me conocía como la palma de mano.

«Pobre Jackson, la que le va a caer».

Lo que no me esperaba, era cómo hablaba castellano. Su voz se hacía un poco más grave de lo que ya era habitualmente, y tenía un acento parecido al nuestro, al canario, pero con algunas diferencias. Le miré, sorprendida, y me sonrió, travieso.

—Pasé unos meses recorriendo Sudamérica cuando era estudiante, y el hablar portugués con mi madre tuvo sus ventajas.

Me reí sin poder evitarlo.

—Es que me resulta rarísimo. Ahora no voy a saber en qué idioma hablarte.

Gara hizo un gesto inequívoco con las cejas y le di un codazo.

—Compórtate, que ahora ya no tenemos la baza del guiri que no se entera de nada.

Nos reímos todos, incluido Javi que había venido a saludar a Jackson con una amigable palmada en la espalda. Este se ofreció a echarle una mano con la barbacoa, y en un periquete les perdimos de camino a la terraza.

Gara me encaró con rapidez.

—Cabrona, no nos habías dicho que era... así. Por Dios, Zoe, es el hombre más sexi que he visto en años.

Me reí.

—Dice la que duerme con el bombero que está de calendario.

—Casi se me cayó la baba con ese acento y la voz de bajabragas. ¡Y qué estilazo tiene el jodido!

—Cállate ya, que todo eso lo sé y se me van los ojos sin querer... ¡Los ojos y todo lo demás!

Gara me dio un rápido abrazo y bajó la voz:

—Vívelo, amiga. A ese hombre le gustas mucho, se le nota en todo, y tú necesitas un poco de calor; a ver si dejas de ser un polo y

vuelves a ser ese gofre calentito que sé que todavía habita en tu interior.

Meneé la cabeza y le di otro abrazo. Gara y sus comparaciones con la comida. Dejamos la bolsa de hielo en un arcón que tenía en la solana y salimos a la terraza donde había dispuesta una mesa con varias ensaladas, rebanadas de pan y bandejas vacías a la espera de las viandas. Me acerqué a la barbacoa, donde Jackson y Javi estaban echando un vistazo al fuego, y se me hizo la boca agua al ver la cantidad de chorizos, chistorras y relucientes trozos de carne que nos esperaban.

—¡Esto es una chuletada en toda regla! —dije, aplaudiendo de la emoción. Gara se mofó de mí, diciendo que esto era una chuletada pija, y Javi empezó a explicarle a Jackson las características de una de verdad, de las que se hacen en el monte en zonas recreativas. En eso sonó el portero, y en breve ya nos habíamos reunido todos.

La noche estaba estrellada y cálida, pero yo la sentía diferente, especial. No sé si era porque a unas calles de allí sabía que latía el corazón del carnaval, con sus escenarios todavía vacíos porque era temprano, o por la compañía. Hacía muchos años que no estaba con mis amigas así, de celebración, y menos acompañada por alguien como Jackson. Porque sí, había traído a Lauren un año, pero en ese momento ya era mi pareja, teníamos una relación afianzada. Con Jackson no había nada, pero a la vez vislumbraba que podría haber un todo.

«Paso a paso, Zoe. Baila, ríe, bésale si se da. Que se dará. Y luego veremos».

—Bueno, ya tenemos el estómago recubierto de grasita para aguantar el alcohol —declaró Javi, dándose unas palmadas en la barriga—. Creo que es hora de empezar a disfrazarnos y pasarnos a las copas.

Jackson me miró y tuve que traducir.

—Es que lo de disfrazarse es todo un ritual. Se va haciendo con calma, prestando atención a los detalles, al maquillaje, y siempre con la copita al lado. ¿Tu disfraz lleva mucho maquillaje?

—Tengo que pintarme el pelo de rojo, y quizá me haga algún símbolo en la cara.

Hmmm. Qué intriga, no me imaginaba para nada de qué iba a ir disfrazado. Viole cogió las riendas.

—Vale, si quieres yo te pinto el pelo aquí, en la terraza. ¿Y ustedes? ¿Van a necesitar el maquillaje habitual? —preguntó a los dos hombres, que asintieron.

—Bien, entonces Zoe y yo les maquillamos aquí también, así estamos todos juntos —resolvió Gara, y entró en la casa para sacar un gigantesco neceser lleno de pinturas baratas. Javi y Rafa se quitaron la camiseta y Jackson les secundó. Nos miramos entre nosotras y no hizo falta decir nada. Vaya un espectáculo teníamos en aquella terraza. Las risas no tardaron en llegar, sobre todo con las caras concentradas de Javi y Rafa al pintarles los labios. Sacaban los morros con estilo, y sabía que en cuanto se pusieran la peluca les habríamos perdido para el resto de la noche.

Les dejamos conversando en la terraza mientras nos íbamos a maquillar nosotras. Yo llevaba una peluca oscura y larga, que estaba tan bien hecha que podría haber sido mi cabello.

—¿De dónde has sacado esta peluca? No tiene que ver con las típicas pelucas del chino —le pregunté a Viole, y puso los ojos en blanco. Entendí que era mejor no preguntar, a saber en qué contexto se la ponía.

Cuando nos vimos vestidas y maquilladas en el espejo, no pudimos sino aplaudir. Dentro de lo casero del disfraz, había quedado más allá de lo digno. Teníamos mucha piel al aire, pero la noche acompañaba, así que la breve capa que nos habíamos confeccionado era más que suficiente para no pasar frío. Me di la vuelta y meneé el culo, con lo que las láminas de falso cuero se movieron sugerentes. Teníamos incluso las armas características de Xena, que habíamos colgado del cinto. Yo empuñé el látigo, Viole la espada y Gara el chakram circular, y nos sacamos una foto entre risas.

Se hizo el silencio cuando salimos a la terraza, y eso que sonaba Juan Luis Guerra. Sí, estábamos guapas, lo sabíamos, pero quizá había algo más: unas estrellas que bailaban en los ojos, una picardía especial en los labios, el saber que un disfraz siempre eliminaba tapujos y, sobre todo, que en carnaval todo relucía más,

brillaba, reflejaba las luces y las ganas contenidas durante todo el año.

—Vaya mujerones —dijo Rafa mientras Javi silbaba. Parecían haber vuelto a la adolescencia, y no pude hacer otra cosa sino reír e ir a rellenarme la copa, que había vaciado mientras nos maquillábamos.

—Ahora vamos nosotros, esperen aquí que lo van a flipar —prometió Javi y tiró de Rafa y Jackson hacia dentro. Mejor así, porque no podía quitarme de la cabeza la mirada oscura y caliente que me había dedicado. Dios, si con eso ya estaba excitada, ¿cómo iba a aguantar toda la noche?

—Bebe, amiga —me dijo Violeta—. Que te vas a deshidratar.

Gara se atragantó de la risa y me quejé de que se estaban cobrando juntas todas las trastadas que les había hecho durante nuestra amistad. Al cabo de un rato aparecieron Javi y Rafa disfrazados de la Pamela Anderson vigilante de la playa, con una malla color piel y encima de ella un bañador rojo que se hinchaba en la zona del pecho gracias a unas tetas inflables, con el consabido flotador en mano y como extra alrededor de la cintura llevaban un cinturón del que colgaban pescados, bolsas, zapatos, de todo lo que se podría encontrar en el fondo del mar. Hasta que me fijé que también habían colgado un consolador, y no pude sino reírme. Lucían unas pelucas rubias frondosas, cuyos mechones se les metían en la cara y que ellos se sacudían hacia detrás con ademanes femeninos, mimetizados con su personaje desde el primer segundo.

Estaba tan divertida con su teatrillo que solo me fijé en Jackson cuando noté que alguien alto se movió a su lado. Fue en ese momento cuando le descubrí, con su cuerpo envuelto en una malla verde llena de signos de interrogación. El amplio pecho, los fornidos brazos, el vientre plano, los muslos poderosos... La malla no era pegada del todo y aun así parecía un gladiador, un jugador de rugby macizo y esculpido. Levanté la vista hacia el cabello rojo y el antifaz violeta, a través del cual sus ojos avellana me observaban, divertidos.

—Mr. E. Nigma, ¿supongo? —dije a la vez que cogía aire.

Algo fulguró en su mirada, una especie de sorpresa llena de regocijo, y me apuntó con el bastón dorado del villano de Batman.

—Para servirlos, *milady*.

Me acerqué a él, con los dedos cosquilleándome de las ganas de tocarle, y le pregunté lo primero que se me vino a la mente.

—¿Sabes lo incómodo que va a ser esto para ir a hacer pis?

Se rio, liberando la tensión que se había creado entre nosotros.

—No te preocupes, ya tus amigos me han dado un máster al respecto.

«Y para lo otro también, querido. Si te empalmas va a ser más que evidente con ese disfraz».

Mis ojos se fueron sin permiso hasta su entrepierna, y noté que una risa le subía desde el pecho.

—Cuando eso pase, vas a tener que taparme —susurró en mi oído y tiró de mí hacia él, envolviéndome con su olor y su calor. Cerré los ojos y me dije que sí, que claro que lo haría. Eso y mucho más. Y también me dije que aquella noche tenía toda la pinta de que iba a ser memorable.

Poco sabía en aquel entonces de lo que iba a ocurrir.

9. LA VIDA ES UN CARNAVAL

♪ *Yo traigo boogaloo*, La Sra. Tomasa ♪

A las dos de la mañana decidimos salir de la casa, ya con unas cuantas copas encima, y con los ánimos por las nubes. Nos rociamos con *spray* de purpurina plateada en la calle y con las bolsas en las manos comenzamos a caminar hacia el centro. La música hacía tiempo que se escuchaba como un batiburrillo de diferentes ritmos e instrumentos: la de la zona del Orche, que era lo que más cerca nos quedaba, se mezclaba con supremacía con la de otros altavoces más pequeños, camuflados en carritos preparados por grupos de amigos, y a medida que nos acercábamos, también era posible escuchar los lejanos latidos de la plaza del Príncipe y de toda la zona centro que se desparramaba hasta la plaza de España.

En nuestro recorrido fuimos encontrándonos con todo tipo de estampas características del carnaval: un grupo de chicos disfrazados de gimnastas que iban haciendo piruetas y tirándose el aro unos a otros, una pareja de amigos que iban disfrazados de señoras de la limpieza y paraban a todos los coches para limpiarles las lunetas con unos enormes paños, grupetes de chicas ataviadas de Alaska haciendo botellón en un portal, algún carnalero perdido con su bolsa de botellas y hielo buscando llegar cuanto antes adonde estaban sus amigos, y varios baños improvisados entre coches donde las chicas se tapaban unas a otras y los chicos se apretaban contra los muros de los edificios, dejando su impronta de urea que al final de la noche formaría una nube apestosa, característica también de las fiestas callejeras.

—Si les parece, vamos a bajar un poquito para buscar una zona donde estar más sueltos —propuso Javi—. Vamos viendo qué encontramos, y donde nos guste, nos ponemos.

Todos estuvimos de acuerdo, yo la primera. Hacía muchos años que no venía y no tenía ni idea de cuáles eran los mejores lugares donde comenzar la noche. Todavía no apetecía meterse en el meollo a bailar, sino lo ideal era encontrar un lugar donde poder tomarnos unas copas y tener música cerca.

Nos situamos en un banco que milagrosamente había quedado vacío justo por debajo del Platillo Volante, que era un bar que llevaba años poniéndose de moda durante las noches de carnaval. En la calle sonaba música y nos podíamos mover sin problema, pero a la vez nos encontrábamos inmersos en la marea de los carnavaleros, esos que tenían ganas de reír y buscar conversaciones improvisadas. No le había dicho nada a Jackson sobre aquello, sobre ese espíritu del carnaval que hace que hables con un desconocido como si te hubieras levantado con él esa misma mañana, que te inspira a hacer teatrillos tontos con disfraces que tengan que ver con el tuyo, y que en momentos de soltería son la mejor arma para el coqueteo y las risas previas al «te meto mano en cualquier esquina».

Me volví hacia él y vi que no hacía falta. Un Batman con un pene de plástico por fuera de la bragueta ya se le había acercado y estaban riendo mientras Jackson le apuntaba con su bastón dorado.

«Con este no voy a tener que preocuparme de que si encaja o no. Debe de ser la sangre brasileña... Sea lo que sea, mejor así».

Recordé a Lauren y su cara de agobio el año que vinimos juntas. No entendió el espíritu de la fiesta y sé que aguantó hasta el final solo por complacerme. A mí aquello me aguyó la noche y no pude disfrutarla como hubiese querido. Así que el ver a Jackson con una sonrisa en el rostro y moviendo el cuerpo al ritmo de la música me tranquilizó más de lo que había imaginado.

Y cómo le miraban. Desde que entramos en la marea humana, no había podido dejar de fijarme en cómo atraía los ojos de las mujeres y también de algunos hombres. No iba desnudo como alguno que habíamos visto por el camino, sin camiseta y con los músculos brillantes por la acción de algún aceite. No, él solo sugería como pueden insinuar unas costuras algo tirantes en la zona pectoral y de la espalda. Pero no era solo eso: era también su altura, que le hacía destacar en medio de la multitud, y esa sonrisa

que te daban ganas de aplastar su boca con la tuya. Todo su ser destilaba buen humor, diversión, amabilidad, pero algún detalle travieso de su sonrisa o un sinuoso movimiento de su cadera hacían aparecer de repente un destello peligroso, de malote, de esos que le hacían doblemente atractivo.

Dios mío. Le conocía desde hacía solo cuatro días, unas horas mal contadas en las que habíamos compartido meras pinceladas de nuestras vidas, pero cuando le miraba, sabía que aquello era algo más. Que sus *miladys* no eran fruto de la casualidad. Y que había algo entre nosotros que era más profundo que lo que se veía a simple vista. Sentí un escalofrío y en ese momento, como si él también lo hubiese sentido, me miró.

Sus ojos me atravesaron y conectamos con fuerza, intensos, como el primer día, haciendo que mi corazón retumbase más fuerte que los bajos de la música que nos rodeaba. Mi interior se abrió, se desplegó como una flor de pétalos de fuego que quemaba y arrasaba todo lo que se encontraba a su paso: miedo, dudas, incredulidad. Solo quedó mi yo palpitante, lleno de deseo, despojado del artificio y de la frialdad. Ese que estaba muy hondo y que había enterrado desde muy joven.

Vi que tragaba saliva, y esa fue la señal para entender que él se sentía igual que yo. Empecé a sonreír de pura dicha, con toda la boca y todo el cuerpo, y sus labios se sumaron a los míos. No podíamos despegarnos, las miradas parecían devorarse del placer de saber que estábamos allí, los dos juntos, solo porque ambos lo deseábamos.

—Por Dios, Zoe, váyanse a un hotel —bufó Gara en mi oído, rompiendo el momento estrepitosamente. La fusilé con la mirada y se rio como la Bruja Avería.

—Eres única para...

Siguió riéndose y me abrazó.

—Es que me encanta verte así.

Le di un codazo y entonces llegó Violeta, ajena a lo que estábamos hablando, con la mano en alto para hacernos escuchar la música.

«... si tú quieres bailar,

sopa de caracol, ¡eh!».

Empezamos a bailar moviendo las caderas, con ese paso facilongo que aprendíamos todos en carnaval, que no era ni salsa, ni merengue, ni bachata, ni cumbia, sino un pasito-pasito-eh-eh que pegaba con todo. Las Xenas nos empezamos a menear con sonrisas radiantes, y en breve tuvimos a las Pamelas y al de verde haciéndonos de murete disimulado. Solo les faltaba levantar la pata y orinar como los perros. No pudimos sino reírnos a carcajadas, y les metimos a bailar con nosotras.

Estuvimos un rato largo allí, bailando todo lo que salía por los altavoces, desde Oscar D'León hasta las K-Narias, tomando copas que se desbordaban cada dos por tres, saludando a gente que hacía muchos años que no veíamos, viendo por el rabillo del ojo cómo las mujeres venían a hablar con Jackson, pero se iban con las manos vacías, y riendo con gente desconocida a la que daba con mi látigo de mentira y a la que castigaba si veía que se iba a pasar de lista. Rodeada de brillos, de antenas, de pelucas y toneladas de purpurina, eso era la esencia del carnaval.

La noche nos llevó a la zona del Orche, donde un DJ pinchaba y hacía vibrar a los cientos de personas que allí se congregaban. Intentamos deslizarnos entre la gente, pero aquello estaba tan apretado que me agobié. Entonces vimos que en los alrededores del Orche, cerca del bar Coral, se había formado una fiesta alternativa con un carro vestido de nave espacial y capitaneado por un grupo de alienígenas de Mars Attacks. Nos acoplamos sin problemas, eufóricos por la noche tan increíble que estábamos viviendo.

Entonces sonó Lalo Rodríguez y su *Ven, devórame otra vez*, y todo se precipitó.

Jackson y yo nos pegamos como un imán, como si llevásemos toda la noche esperando por aquella señal. Dejamos a un lado cualquier tipo de tapujo y bailamos juntos, sonriendo, con toda la sensualidad de la salsa y las ganas que nos teníamos, con una compenetración que pocas veces se consigue con alguien casi desconocido. En mi memoria aquel baile siempre irradiará luz, como si hubiésemos estado bajo un foco lleno de purpurina dorada,

protagonistas de una película romántica donde la piel se incendia bajo cada roce y cada caricia soslayada entre paso y paso.

Cuando la canción se terminó supe que necesitábamos más, que aquello nos había sabido a poco.

—Viole, ¿dónde se baila de esto? ¿En la plaza del Príncipe? ¿O hay que ir hasta la plaza de la Candelaria?

Mis amigas, todavía con la boca abierta ante nuestro despliegue, asintieron sin hacerme demasiado caso.

—Tú baja que seguro que por el camino encontrarás algún sitio donde puedan seguir con... eso.

Les sonreí con picardía y me volví hacia Jackson:

—¿Vamos?

Deslizó sus dedos entre los míos y me siguió. Sorteamos a la gente por las calles, bailando con cada nota que escuchábamos, riendo por cualquier cosa y buscando la cercanía sin vergüenza alguna. Deambulamos hasta encontrar una orquesta que estaba tocando buena salsa, y de pronto nos vimos rodeados de gente que bailaba con esa pasión que nos sobraba a nosotros. Las dos horas que pasamos bailando en ese rincón de la ciudad, con luces y banderitas festivas sobre nuestras cabezas, pudiendo dar rienda suelta a todas las ganas que teníamos dentro, actuaron potenciando aún más la euforia de aquella noche. Ya ni siquiera estábamos tomando copas, no nos hacía falta: lo teníamos todo allí, a la música y a nosotros.

Fue un *impasse* mágico, un momento robado en el que sentí transportarme a un club de salsa de esos de película, pero esta vez bailaba bajo las estrellas y con la pareja más perfecta que jamás habría podido desear. Y eso mismo veía en sus ojos, anclados a los míos desde que su mano se posó por primera vez en mi cintura.

«No quiero que esto se acabe nunca. Es demasiado increíble para ser verdad».

Cuando el cielo empezó a perder su oscuridad, con una claridad tenue desde el este, me di cuenta de que iba a amanecer y que, como siempre en carnavales, me moría de hambre. Se lo dije a Jackson y me echó una sonrisa cómplice.

—Yo también tengo hambre. ¿Comemos algo para coger fuerzas para la subida?

Con solo pensar en lo que teníamos que caminar hasta llegar a casa me estaba dando una fatiga. Lo de encontrar taxi libre en carnaval era misión imposible, así que nos tocaría patear hasta Las Acacias. Eso significaba una media hora de cuesta arriba bastante pronunciada. Sin demasiadas prisas nos comimos un perrito caliente y empezamos a recorrer el camino, cogidos de la mano y con una sonrisa de oreja a oreja. Nos fuimos tropezando con más carnavaleros como nosotros, que ya estaban de retirada, pero también con fiestas improvisadas que sabía que se prolongarían hasta bien entrada la mañana, como la del kiosco Numancia.

Nunca me creería la suerte que tuvimos cuando ya en las Ramblas encontramos un taxi con luz verde. Casi me planté en medio de la calle para pararlo, y menos mal que nos vio, porque había más gente un poco más allá con las mismas intenciones que nosotros.

—No me lo puedo creer —suspiré, sentándome con placer en el asiento de atrás, y nos miramos con una sonrisa.

—Esta noche no podía ser de otra forma —dijo, quitándose el antifaz de la cara—. Todo ha sido perfecto. Hacía muchísimo que no me divertía tanto.

—Ni yo —le confesé. Era cierto: y no era solo porque había resultado ser una muy afortunada noche de carnaval, sino porque estaba él. Gracias a Nigma, aquellas horas habían sido las mejores en mucho tiempo.

Nos bajamos del taxi frente a nuestras casas: todo estaba en silencio, solo cantaban los pájaros en los árboles cercanos. Cuando el sonido del coche se alejó, no hubo demasiado que decirnos. Él me cogió de la mano y juntos entramos a su casa.

La mañana estaba conquistando la sala con su fulgor, llenando de luz todo, incluso a nosotros. En toda aquella pureza me sentí pegajosa, con esa sensación de amanecida de la que me había olvidado por completo. No era como para sentirse sexi y sensual, sonreí para mí misma. Me entretuve en quitarme la peluca y me solté el pelo, feliz de notar el aire en mi cabeza. Noté que se me acercaba por detrás, y con mucha suavidad me habló al oído.

—¿Una última canción?

Moví la cabeza afirmativamente, era incapaz de decirle que no. No en aquella mañana llena de promesas.

De nuevo DLG. Esta vez, *La quiero a morir*.

*Y yo que hasta ayer era un holgazán,
y hoy soy el guardián de sus sueños de amor.
La quiero a morir...*

Esta vez la bailamos lenta, sin florituras, sin giros imposibles, sino sintiéndonos, tocándonos, sin apartar la mirada. Como deberían haber sido todos los bailes en el mundo. No sé de dónde estaba brotando todo aquello, nunca había creído en poder sentir algo así en tan poco tiempo. Me reía de los *instalove* y de las películas que se montaban mis amigas por momentos como este.

Pero yo me creía lo que estaba pasando, y sé que él también.

No apartaba la mirada de mi boca, y cuando sonó la última nota de la canción, supe que no había excusas.

—*Milady...*

El susurro fue casi inaudible y me tensó, me hizo latir, me inundó de calor. Cogió mi mano y la deslizó por su cuerpo.

—Mira cómo me tienes.

El tocar su polla dura como una roca por encima de las mallas casi me hizo gemir y cerré los ojos un momento. Bajó la cabeza y me mordió los labios con suavidad.

—Pero no es solo eso.

Abrí los ojos a la vez que iba subiendo mi mano hasta colocarla en la parte superior de su pecho.

—¿Lo notas? ¿Notas cómo me alteras? ¿Cómo mi corazón se vuelve loco si te tiene cerca?

Sus ojos, tan parecidos a los de un león, no me soltaban.

—Y aquí —murmuró al poner mi mano en el centro de su pecho—, me falta el aire cuando te veo moverte, cuando meneas el culo y pones esa cara de pícara de la que eres absolutamente inconsciente.

Entonces me pegó a su cuerpo y sus labios quedaron a escasos milímetros de los míos.

—No sabes lo mucho que me gustas, *milady*, no tienes la menor idea.

Dios, me estaba desintegrando de la excitación y de aquello que palpitaba en mi pecho. Dolía de una forma dulce e insoportable.

—¿Vienes? —me preguntó, pero no hizo un solo movimiento. Sonreí casi sin querer. Yo también sabía jugar.

—No me moveré hasta que me des ese beso que llevamos conteniendo desde la primera vez que nos vimos.

Un gruñido satisfecho brotó de su garganta y no dudó ni un ápice. Se apoderó de mi boca para devorarla, caliente, juguetón, intenso, con el beso que llevaba ansiando toda la vida porque ninguno antes me había devastado así. Algo poderoso empezó a gestarse en mi interior, tanto que me dio miedo.

—Ahora sí —dije contra su boca y noté que sonreía. Me cogió de la mano y le seguí, muerta de ganas de seguir besándole. Había descubierto una nueva adicción, aquellos labios eran pura dinamita y yo una chispa demasiado ansiosa por hacernos arder hasta explotar.

Entramos en un amplio baño donde el plato de ducha ocupaba toda una pared. Sonreí, divertida: era la hora de perder todo el glamur, ya me estaba imaginando en plan oso panda con los chorretones de rímel corriendo por mis mejillas. Jackson abrió los dos grifos y se volvió enseguida hacia mí, soltándome las trabas que mantenían mi capa anclada a los hombros. Esta cayó limpiamente al suelo, pero sus ojos ya estaban buscando otra presa.

—Este disfraz me ha torturado toda la noche —susurró, acariciándome el cuello, los brazos y el comienzo del pecho—. Lo voy a quemar, te aviso.

Me reí a pesar de la excitación.

—Ni de coña.

Contuve la respiración al notar que estaba desatando mi corpiño. Lo hacía con paciencia, presilla a presilla, hasta que se soltó del todo y me quedé desnuda de cintura para arriba. Sus ojos se oscurecieron y lo único que hizo fue deslizar sus dedos por mi escote para abajo, hasta encontrarse con la cinturilla de la falda. Vi que iba a tirar de ella para romperla, y le paré con la mirada. Yo también quería verle.

Le rodeé para bajarle la cremallera y desde atrás fui bajándole las mangas. Ya le había visto sin camisa, pero no era lo mismo. El calor de su piel y el vello erizado me hacían asemejarlo a un gran animal en tensión, con su potencia controlada para no destrozarme. Pasé mis manos por su pecho, emulando el movimiento que él mismo había trazado por mi cuerpo, y empecé a deslizar las mallas verdes hacia abajo. Como había esperado, él tiró de mi falda hasta romper sus endebles costuras y pegotes de silicona, y me quedé ante él solo con mi *culotte* color chocolate.

Tuve que cerrar los ojos ante su mirada: creo que jamás un hombre me había deseado así. Sentí una corriente de aire y al abrir los ojos vi que se había puesto de rodillas para bajarme el *culotte*. Lo hizo lento, regodeándose en la piel que iba descubriendo, y cuando me las quitó pensé que no podría resistir el detenerse en el vértice entre mis piernas. Pero no hizo nada, solo levantarse y tras quitarse él mismo su bóxer negro, tiró de mí para meternos en la ducha.

El agua cayó como una cascada sobre mi cabeza, llevándose todo el sudor, la purpurina y el callejeo. Levanté los brazos, estirándome, y eché la cabeza hacia detrás. A la mierda el momento panda.

Unas manos resbaladizas comenzaron a enjabonarme con destreza, imprimiendo una suerte de masaje a sus movimientos que, si mi cuerpo hubiese estado cansado, habría agradecido en el alma. Pero yo me sentía muy viva bajo aquella agua templada, así que puse mis manos sobre su pecho y empecé a bajarlas hacia su enorme desnudez, muy consciente de su boca a pocos centímetros de la mía. Aquellos labios eran como un imán, algo caliente que me llamaba como la llama a la polilla.

Bajó la cabeza y me besó esta vez con delicadeza, como pidiendo permiso. Y yo le abrí todas las puertas a que me saborease con ferocidad, como necesitaba desde que le había visto por primera vez. El agua se tornó fría contra el calor de nuestros cuerpos, y noté que cerraba el grifo mientras no dejaba de besarme con los dedos metidos en mi pelo mojado, devorando mi boca como un animal sediento.

Puso las manos en mi trasero, amasándolo y pegándome a él hasta que me enganché a su cintura para que me llevase hasta lo que supuse que era su dormitorio. Grande, cálido, masculino, con aroma a su perfume y a esa fruta que todavía no había descubierto cuál era. Me dejó caer frente a él, y me cogió la cara con su enorme mano:

—Joder, Zoe, había imaginado mil cosas que hacerte cuando por fin te tuviese aquí. Y ahora estoy a punto de reventar solo con dos besos que nos hemos dado.

Jadeé contra su boca y saqué la lengua para lamerle los labios.

—Quiero morir de placer contigo todas las veces que haga falta. Hasta que nos destrocemos.

Casi pude escuchar el ronroneo felino que hizo vibrar su cuerpo.

—¿Estás segura?

A pesar de mi excitación, me reí.

—El que no sabe dónde se mete, eres tú.

Sus manos bajaron a mis pechos y noté cómo tiró de mis pezones para dejarlos duros y anhelantes. Los miró, tragando saliva, y luego se alejó unos pasos. Su erección era brutal y alargué la mano para acariciarla, pero se había vuelto para coger algo. Al mirarme, descubrí que tenía en su mano un bastón dorado de Nigma, no igual al que había llevado aquella noche, sino más flexible, como forrado de algún material suave.

Me rodeó con el bastón en la mano y empezó a acariciarme el cuello con él, las clavículas, el escote, los hombros, con círculos que iban evitando conscientemente la sensible piel de mis pechos. Empecé a respirar con agitación, porque no hay mejor forma de excitar a alguien que no tocarle donde en realidad quiere. El bastón iba jugando sobre mi piel mojada, bajando por mis brazos, acariciando mis labios, a la vez que él no perdía de vista mis reacciones. Mi cuerpo reaccionaba temblando, como si la piel quisiese estallar de la expectación, y me pasé la lengua por los labios, reseco y anhelantes. Y cuando sin aviso previo el bastón dio un golpe seco a uno de mis pezones, creí morir. Jadeé cerrando los ojos, solo para provocar un golpe en el otro pezón. Gemí sin poder contenerme: nunca había experimentado algo así. Sentí cómo algo oscuro y nuevo se formaba en mi interior, una espiral de placer tan

aniquiladora que sabía que me iba a matar por el camino, una fuerza devastadora que necesitaría liberar como una reacción nuclear en el mismo centro de mi placer.

El bastón siguió bailando sobre mi cuerpo, acariciándome el vientre, las caderas, las nalgas, y de pronto se metió entre mis muslos, dándoles un ligero toque para que los separase. Obedecí sin pensar, era como si el bastón hubiese doblegado mi voluntad. Sentí mi vulva tan congestionada y pesada que temí estar goteando humedad al suelo, pero no pude tocarme, porque el bastón no dejó que mi mano se aproximara. Con una caricia casi imperceptible exploró mis labios, que vibraron bajo su tacto duro, y casi se me doblaron las rodillas cuando dio un certero golpe justo en mi clítoris.

—Por Dios, Jackson... —susurré, muerta de ganas de tocarme, sin embargo el bastón no me dejaba. Parecía tener vida propia y conocer una melodía que me hacía bailar a su merced, provocándome un placer tan diferente del que había conocido hasta entonces y al que no me estaba pudiendo resistir.

—Me inspiras, *milady* —dijo entrecortadamente en mi oído, y por primera vez en todos aquellos minutos en los que solo me tocó con el bastón, sentí su cuerpo pegado al mío. Estaba hirviendo, y su excitación parecía querer atravesarme. Me moví contra él, subiendo y bajando, haciendo presión contra su erección, disfrutando al escuchar cómo empezaba a jadear.

El bastón me dio un último y certero toque en la entrepierna, y mientras yo me recuperaba de aquella sensación tan extrema, que había incendiado mi cuerpo para ponerlo al borde del abismo, escuché que caía al suelo y que Jackson me envolvía con su cuerpo.

—No puedo resistirme más a tocarte —murmuró a la vez que besaba mi cuello con bocados de labios y dientes—. Me encantaría seguir jugando, pero me estás dejando sin opciones.

Su piel sabía a Jackson puro, esa mezcla que fui capaz de percibir hasta en plena tormenta de calima. Oh, qué delicia era besarle, morderle, lamerle, sentir el dibujo de su tatuaje bajo la lengua, ese que empezaba en su hombro y se desparramaba con elegancia por su pectoral.

Su boca había llegado a mis pechos y los juntó con las manos, pasando la lengua por ambos pezones mientras clavaba la vista en mí. Oscura, caliente, rendida ante lo que nos estaba pasando. Aquello me encendió aún más y no pude evitar acercar mi pelvis a su cuerpo para intentar frotarme. Bajó una mano y me metió dos dedos dentro, muy profundo, provocándome un gemido ronco al moverlos con maestría, para luego sacarlos y darme un azote seco en el clítoris. Casi me doblo del placer y de la necesidad de sentirle dentro.

—Quiero que...

Me cogió el labio con los dientes, haciéndome callar, y me apresó las manos detrás de la espalda. Pegó su macizo pecho al mío, y comenzó a untar su polla en mis fluidos, sacándome un siseo de placer. Tenerle tan cerca y a la vez tan lejos me estaba volviendo loca. Quería agarrarle y meterle dentro, hondo, llenarme con su rotundidad, porque no quería correrme en los preliminares. Sabía que cuando lo hiciese, iba a ser devastador, como nunca, y quería hacerlo con él.

Nuestros ojos se engancharon, desesperados, y supimos que no íbamos a aguantar más. Jackson me cogió en peso y me puso encima del respaldo del Chester que había en un lado de la habitación. Se puso un condón y sin dejar de mirarme a los ojos me penetró en un solo delicioso movimiento, llenándome de tal forma que tuve que gemir fuerte, porque eso era lo que llevaba deseando horas. Me agarré con una mano a su espalda y con la otra al respaldo del sofá, sin dejar de admirar el espectáculo que tenía ante mí: un hombre que como un animal me horadaba de la forma más erótica del mundo, mordiéndome los pezones y devorándome la boca con besos jugosos y sucios que en el fondo lo que hacían era venerarme como mujer.

Todo aquello estaba haciendo que esa amenaza de placer que había vislumbrado minutos antes fuera una realidad que se me venía encima como un maremoto. No pude evitarlo: empecé a gemir descontroladamente, sin apartar la vista de sus ojos felinos, escuchando también sus gruñidos que iban aumentando de volumen a medida que aquel orgasmo nos iba llevando a otra

dimensión, a la del placer más explosivo y de entrañas que jamás había sentido.

Y sabía con toda certeza que aquello no había hecho sino empezar.

10. DOS DÍAS FUERA DE CONCURSO

♪ *A fuego lento*, Rosana ♪

El momento de despertar junto a alguien no demasiado conocido tras haber compartido fluidos la noche anterior, no era precisamente de mis favoritos. Por eso, cuando abrí un ojo tras sentir que un rayo de sol lo había elegido para regodearse, me extrañé de que esa incomodidad no existiese. Que mi reacción fuese ponerme boca arriba y estirarme, como si estuviese en mi propia cama.

El brazo caliente que descansaba sobre mi vientre se movió recorriendo mi costado, sin prisa, haciéndome cosquillas. Bajé los brazos, ahogando una carcajada, y enseguida me vi envuelta en su abrazo. Mmmmm, aquello era demasiado bueno para ser verdad. Me asusté de lo mucho que me gustaba estar ahí, envuelta en él, en su olor y en la calidez de su cuerpo enorme. Entonces me levantó la barbilla y me besó con toda la boca, saboreándome de nuevo sin prisas, y me miró con ojos chispeantes.

—El mejor despertar de mi vida —dijo, dejando ensanchar su sonrisa. Mi interior se retorció de placer, tanto por sus palabras como por la maravillosa sensación de estar en sus brazos, pero enarqué las cejas con picardía.

—Bueno, no sé si puedo decir lo mismo. —Y puse los ojos en blanco. La risa retumbó en su pecho y se puso sobre mí, aprisionándome las manos contra el colchón. Removí las piernas entre las sábanas color miel y metió sus rodillas entre ellas.

—¿Estoy percibiendo algún tipo de queja o reclamo por aquí? —silabeó, degustando mi oreja y la sensible piel bajo ella. Yo me retorcí, ya excitada, pero fui capaz de contestar.

—Solo estoy diciendo que para que pueda catalogar lo de ahora como el mejor despertar de mi vida, me falta una parte fundamental...

—Sabía que ibas a ser una mujer exigente.

—Y hedonista —jadeé, porque su boca estaba bajando por mi cuello y, sin pedir permiso, se lanzó a devorar uno de mis pechos. Mi temperatura subió como si estuviese ardiendo, y cuando pasó su dedo por mis labios, le escuché contener la respiración al notar cómo se deslizaba por mi humedad.

—Dios, Zoe, no puedes estar tan mojada —murmuró mientras su boca siguió el movimiento de sus dedos. Me quedé rígida, expectante, hasta que toda mi tensión se resolvió al sentir un gran bocado en la entrepierna, uno de lengua, dientes y dedos. Se me olvidó respirar al sentir cómo me devoraba, cómo le notaba disfrutar a la par que lo hacía yo. Subió una mano y tiró de mi pezón hasta conectar ese dolor con el placer tan sublime que me estaba dando entre las piernas. Yo no podía dejar de moverme contra él, y por primera vez entendí qué era eso de que te follasen con la boca. Probablemente acuñarían aquel término por Jackson Grant... Me hubiera reído, pero todo se me olvidó al notar cómo el primer orgasmo empezaba a gestarse sin permiso, y entonces tiré de su cabeza hacia atrás, para desengancharle. Quería correrme con él, que el primer estallido fuese sintiendo que él lo compartía conmigo, no hacerlo yo sola.

Subí mis piernas alrededor de su cintura, sin poder esperar más, y le acerqué a mis fluidos como una desesperada. Noté cómo su cuerpo se tensaba, y de un movimiento me levantó, poniéndome a horcajadas sobre sus rodillas. Maniobró con rapidez para ponerse un condón, y apoyé las manos en la pared, detrás de mi cabeza, para arquearme. Su mano me sujetaba por la espalda y la otra me acariciaba un pecho a la vez que se introducía en mí, sacándome un gemido de tenso alivio. Empezamos a movernos, acompasando nuestro ritmo a aquella postura que me causaba una fricción casi insoportable.

No podía dejar de mirarle; con aquel enorme cuerpo moreno de agilidad insospechada, Jackson era como una gran bestia que follaba como los animales: duro, salvaje y sin ningún tapujo. Su mirada, fija en la mía, no se despegaba de mi cara que anticipaba otro orgasmo celestial, pero antes de dármele, me pegó a sí mismo para besarme con labios jugosos y con una ternura que rompía

aquella fiereza. Nos corrimos sin dejar de besarnos, como si fuera imposible saciarnos, y no dejamos de hacerlo hasta bastante después, una vez que logramos respirar con normalidad.

—¿Entonces? —preguntó con una sonrisilla. Le puse la mano en la cara y se la empujé hacia el otro lado, riéndome.

—Vale, sí, ahora sí es el mejor despertar de toda mi vida.

Puso sus dedos en mis labios y se los mordí.

—Pero si no como algo, va a perder ese calificativo así de rapidito.

Y chasquéé los dedos delante de su cara. Volvió a reír, divertido, y miró hacia un lado, hacia la mesilla donde vislumbré un despertador.

—Es normal que tengas hambre. Son las cuatro de la tarde.

Vaya. No podía acordarme de la última vez que me había levantado con el día tan avanzado. Claro, no nos dormimos hasta bien entrada la mañana. Al asalto del bastoncito le había seguido otro, igual de intenso o incluso más.

Le vi pensando, estirándose el labio de abajo, y luego me miró. Joder, cómo me fascinaban aquellos ojos. No solo por su color, sino también por lo largas y rizadas que tenía las pestañas. Tenía amigas que hubiesen matado por eso.

—¿Te apetece una hamburguesa? Tengo de todo para hacerlas.

Esbocé una sonrisa de felicidad.

—Es precisamente lo que mi cuerpo necesita ahora mismo. Comida calórica para reponer lo de anoche.

Al levantarme noté cierta sombra de lo que podría haber sido una buena resaca, y di gracias por estar bien. Con toda seguridad, el perrito caliente y el ejercicio mañanero habían ayudado. Jackson me tendió una camiseta suya con una sonrisa y se quedó mirando cómo me la ponía.

—Te diría de darte unos calzoncillos míos, pero me parece que necesitarías un cinto para que no se te cayesen.

—Mejor no —contesté con una sonrisa, sacando los brazos por las mangas y aspirando el aroma que era característico de Jackson, el de esa fruta que me hacía salivar.

Con un ágil movimiento me rodeó con sus brazos y me besó.

—Hasta con esa camiseta vieja estás preciosa.

Había olvidado lo que cuesta hacer que las mariposas no se te salgan por la boca ni por las orejas. Las contuve bien dentro, cerrando los ojos, y el revoloteo se hizo mayor, tanto que fue un suplicio ignorarlas.

—Deja de regalarme los oídos y vamos a hacer de comer, anda, que el hambre de resaca me puede poner de muy mal humor.

¿Por qué sería que cada vez me costaba más mantener esa actitud socarrona y lo que me apetecía era corresponder a todas esas cosas bonitas que me decía? Le miré entornando los ojos, y supe que no le engañaba. Que veía a través de mí, y que sabía que deseaba rendirme, al igual que lo estaba haciendo él. Pero como había entendido desde hacía varios días, Jackson era un hombre paciente. Esperaría a que bajara voluntariamente los brazos y me dejase convencer de que aquello no era algo pasajero o fortuito. Que lo que había entre nosotros iba a alterar mi vida de todas las formas posibles. Como si hubiese escuchado mis pensamientos, entrelazó sus dedos con los míos y me sonrió, con ese gesto que habría podido iluminar Piccadilly Circus sin necesidad de electricidad.

Fuimos a la cocina y en un rato habíamos preparado unas ricas hamburguesas con queso cheddar, aguacate y tomate. Jackson había metido en el horno unas papas gajo de esas «prefabricadas», como las llamaba yo, pero que resultaron estar sabrosas. Nos sentamos a comer en la sala, admirando el día tan bonito que se desplegaba sobre la ciudad.

—¿Y si ponemos a funcionar el *jacuzzi*? —le dije, con ganas de disfrutar la tarde.

—Me parece un gran plan. En lo que se llena, nos refrescamos en la piscina.

Nos trasladamos de casa y abrí todas las puertas para que entrase aire. Las zonas exteriores estaban llenas de fina arena condensadas en huellas de gotas de agua, y nos entretuvimos limpiando con la manguera. Aquello se convirtió en un juego y acabamos cayendo a la piscina, bastante fría a pesar del calor de los días anteriores. Casi nos habíamos olvidado de que estábamos en febrero.

Jackson se centró en hacer funcionar el *jacuzzi* y mientras se llenaba me tumbé en una hamaca. Vi que trasteaba con su móvil y al cabo de un rato, cuando ya pudimos sumergirnos entre las cálidas burbujas, me preguntó si tenía algo que hacer los próximos dos días.

—Me debían unos días libres, y ya que estás aquí...

Movió su rostro hacia mí y vi un destello en sus ojos. Me estaba haciendo adicta a ellos, no iba a poder negarles nada. Y menos dos días de Jackson al cien por cien. Con Nigma o sin Nigma.

—No me importaría disfrutar de la isla contigo.

—Gracias, *milady*. —Intentó emular una reverencia y acabó salpicándome de agua—. ¿Qué te apetece? ¿Playa, montaña, carnaval, tranquilidad?

—Creo que de carnaval ya me quedé servida. —Suspiré, sonriendo, y noté cómo su mano rozaba mi pezón con toda la intención. Me removí solo para acercarme más a él. Era superior a mis fuerzas.

—Cuéntame entonces, ¿adónde quieres que te lleve?

Me reí en su cara.

—Perdona, que la isleña soy yo. Tendrás que acostumbrarte a que sea yo la que te lleve a lugares que no conozcas.

Puso cara de remedarme con un *mimimimimi* bajito y atrapó el puño que volaba hasta su hombro.

—Ya, pero ¿el que vive aquí ahora quién es? Estoy seguro de que te podré sorprender, ponle el cuño.

¿Estaba intentando negociar conmigo? Las llevaba claras. Enarqué las cejas con fingida superioridad y entonces se me adelantó.

—A ver qué te parece esta propuesta: el lunes lo planificas tú y el martes lo haré yo.

Intenté que mi cara no delatase que me gustaba esa opción, aunque tuve que claudicar ante su mirada divertida. Tiró de mi mano y metiéndonos en la zona más profunda, me enganchó a su cintura.

—Y como plan no vale pasarnos todo el día en la cama, que ya te estoy viendo las intenciones.

Aspiré con fingido enfado y como respuesta me apretó contra sí. Oh, de nuevo su pecho duro contra mis pezones ansiosos de roce.

Me estaba intentando despistar, lo sabía.

—No te preocupes, no seré tan obvia.

Atrapó mi labio inferior con los dientes y luego me pasó la lengua con lentitud, haciendo que mi cuerpo se encendiese.

—Siempre he pensado que las obviedades tienen mala prensa. ¿Qué problema hay con lo obvio?

—Ninguno —confesé contra su boca—. Pero no hace falta que nos quedemos en casa para...

—Definitivamente no. —Alcancé a escucharle decir antes de que nos hundiésemos el uno en el otro una vez más, convirtiéndome en ese animal salvaje que habitaba en mí y que pocas veces mostraba su verdadera cara.

Cuando el lunes despuntó soleado y con calima en el ambiente, supe que nos iríamos al norte. Me apetecía conducir hasta la otra punta de la isla y disfrutar de los paisajes maravillosos de la costa escarpada y salvaje. Nos preparamos sin demasiada ceremonia; yo hice lo que pude con mi vestuario invernal, componiendo un atuendo que mereció una divertida sonrisa por parte de Jackson, y así empezamos nuestra excursión.

Mientras íbamos pasando por parajes tan bonitos como el Valle de La Orotava, donde paramos en un conocido bar para tomarnos un cortado, o curioseamos por el encantador sendero de la Rambla de Castro, la sensación en mi pecho iba creciendo. Esa que transformaba el aire entre nosotros en algo denso y brillante, como estuviésemos en una película. Nuestros cuerpos se acercaban con naturalidad, pareciendo siempre querer estar en contacto, y por alguna tonta razón no podíamos dejar de sonreírnos. Hasta la cosa más estúpida hacía que nos desternillásemos de risa, y cuando nos hicimos algún *selfi*, tuve que tragar saliva al ver las estrellas que bailaban en nuestros ojos.

Llegamos a la punta de Teno, el punto más occidental de la isla, al mediodía. La carretera estaba abierta después de haber estado mucho tiempo con acceso restringido, y vi que Jackson miraba con preocupación las paredes de piedra a medida que íbamos acercándonos a nuestro destino.

—Deberías estar mirando hacia el otro lado, hacia el mar —le dije, haciendo un gesto hacia la sobrecogedora caída que se abría a solo unos centímetros de nuestras ruedas. Jackson echó un vistazo hacia la izquierda y meneó la cabeza.

—No sé qué es peor, la verdad. No es una carretera muy... tranquilizadora.

Sonreí, aunque tenía razón; menos mal que ya estábamos llegando al túnel de piedra, y al final del corto trayecto en oscuridad ya comenzamos a bajar hacia nuestro destino, la punta rocosa donde un faro blanco y rojo vigilaba la batalla entre el mar del norte y el mar del sur: uno, siempre picado, con espuma blanca; el otro, traicioneramente tranquilo.

Nos bajamos del coche despacio, impresionados por el paisaje ante nuestros ojos. Hacia el sur, reflejándose en un mar quieto y tan celeste como el cielo, emergían una ristra de poderosos acantilados que parecían irreales en aquella quietud que solo enturbiaba alguna pardela con su aletear calmado. Bajo nosotros, una pequeña playa con su embarcadero, y a la derecha, el promontorio del faro recortándose contra la silueta de la isla de La Palma.

—Esto es...

Escuché a Jackson suspirar a mi lado, poniéndose la mano de visera ante el radiante sol. Solo pude asentir: Teno tenía algo de magia ancestral, esa que se respira en lugares antiguos, con una energía diferente que impregna el aire y la vista.

—Hacía muchísimo que no venía, y no sé por qué algo me dijo que me hacía falta volver.

—Yo no había estado aquí —dijo, pasándome un dedo por el brazo de forma distraída—, y no entiendo por qué nadie me habló de este lugar.

Sonreí sin poder despegar la vista del paisaje.

—Eso es que estabas esperando a que fuera yo quien te trajese. Su mano me cogió la cara y me dio un beso jugoso.

—Entonces vamos a recorrerlo.

Nos dimos un baño en una de las calas escondidas que por suerte recordaba, solos en el lecho de piedras y agua cristalina que oscilaba entre un turquesa claro y un profundo azul índigo. El agua estaba fría y energizante, puro Atlántico invernal, por lo que al cabo

de un rato empezamos a tener hambre. Hicimos el camino de vuelta en un silencio lleno de paz, como si aquel lugar, uno de los más antiguos de la isla, nos hubiese transferido algo de su ambiente de quietud, y almorzamos en un bar de pescado fresco muy conocido en la zona.

Después paramos en Garachico, antaño el principal puerto de la isla y que tuvo que resurgir de sus cenizas tras ser sepultado por una erupción volcánica. Resultaba un entorno mágico y más para nosotros: Jackson no había estado nunca, y yo hacía veinte años que no pisaba la coqueta villa. Paseamos por el centro, admirando las casas coloniales, y luego le enseñé el castillo de San Miguel, antigua fortaleza defensiva ante piratas y corsarios. Nos dimos un chapuzón en las piscinas naturales del Caletón, con apenas bañistas, y al final nos apoyamos en la barandilla del paseo marítimo, ese que el mar se llevaba cada dos por tres, y desde el cual teníamos la mejor vista hasta el inmenso roque que se anclaba en el mar a unos cientos de metros de la costa. Sin darnos cuenta se nos fue pasando el tiempo, inmersos en conversaciones interminables, y llegamos a casa de noche cerrada.

Santa Cruz refulgía con las luces de los focos de la plaza de España que se proyectaban en el cielo, como si fueran la llamada a lo Batman del carnaval. Contemplé la ciudad y me dije que, ya que estaba en la isla, era una pena no bajar un rato, aunque fuera a dar una vuelta para llenarnos de purpurina y música. Se lo propuse a Jackson y se rio con ganas.

—Eres muy previsible, *milady*.

Fingí ofenderme.

—Oye, que solo me apetece ir a cenar y pasear para ver el ambiente.

—Mañana tenemos plan, de ti depende si quieres ver mi sorpresa o si, en cambio, prefieres sacrificarte a los dioses del carnaval.

Mi mirada pícara le dijo todo. Al final conseguí salir con él de casa ambos vestidos de negro, y de camino al centro compramos en un kiosco callejero unos tutús, unas antenas y unas boas de plumas multicolores. Nos embadurnamos de purpurina, Jackson se compró

una peluca roja y de esa guisa, de carnavaleros improvisados, buscamos un sitio para cenar cualquier cosa.

Después de picar algo en una tasca del centro, nos fuimos en busca de música. No duramos demasiado, con unos cuantos bailes ya estábamos devorándonos, demasiado excitados después de todo aquel día en el que nos habíamos contenido de forma tácita. Yo me fundía, me derretía contra aquel poderoso cuerpo, sin voluntad alguna ante sus manos, y no me opuse cuando tironeó de mí para llevarme a casa. Solo quería quitarme toda aquella ropa y dejar que mi piel encendida se fusionase con la suya, ávida de ver qué juego iniciaba esa noche. Y como era un hombre de recursos, las siguientes horas las pasó torturándome con las plumas de la boa, por lo que a la mañana siguiente me levanté en medio de una marea roja y violeta, sacándome plumas hasta de la boca.

Al día siguiente, oculta tras mis gafas de sol y con una pequeña resaca, me vi subida en su coche rumbo al sur. Cuando vi que entraba en Puerto Colón, en pleno corazón turístico de Playa de las Américas, empecé a entender cuál iba a ser el plan del día, y mi sonrisa se ensanchó al ver que me llevaba a uno de los pantalanes. Allí alguien le estaba saludando de lejos, y cuando llegamos me presentó a su amigo Dani.

—Hoy nos confía a su princesa, lo cual no suele hacer con cualquiera.

Hizo un gesto hacia una bonita lancha en cuyo costado rezaba un nombre, «Guacimara». Le eché un vistazo sorprendido y me sonrió, ufano.

—¿Sabes pilotar esto?

—Me saqué el título al poco de llegar aquí, así que estás a salvo conmigo.

Fruncí los labios, divertida, pensando en lo poco que sabíamos el uno del otro. Él no tenía ni idea de que yo llevaba toda mi juventud montada en embarcaciones de recreo: mi tío Óscar era un gran lobo de mar y nos lo transmitió a mi hermana y a mí.

El plan era perfecto para después de una noche de carnaval: el viento en la cara bordeando la costa, la adrenalina de la velocidad al remontar las espumosas olas, el sabor de unos sencillos bocadillos de tortilla francesa, el mar meciendo la lancha con suavidad

mientras nos dábamos un chapuzón, los besos con sabor a sal y el sexo en cubierta con la sensación de que no teníamos suficiente piel para sentirnos, la tarde recostados en proa compartiendo unas cervezas y el sonido de nuestras respiraciones...

El sol caía tras las montañas y así también caía yo, en picado y sin frenos. Tras aquel día, ya no había vuelta atrás para mí.

Al mirar el reloj y saber que teníamos que retornar, me apropié del timón y tuvo que contener sus comentarios al ver la suavidad y perfección de mis movimientos. Notaba cómo me observaba con una sonrisa, con esa mirada que sabes que no se despegaba de ti, que va más allá de la piel, de esas células que parece que se expanden, que laten, porque cuando todo es tan intenso tu cuerpo parece otro, un desconocido que burbujea, que se entrega, que se conquista a sí mismo para rendirse con la bandera blanca bien en alto.

Nos fuimos a casa relajados, felices y con ganas de saborear las últimas horas de aquellas improvisadas vacaciones. Y por primera vez en todo aquel tiempo, me permití pensar de verdad en todo lo que había ocurrido, reconocirme a mí misma que aquello no era una aventura pasajera, que se trataba de algo más, de algo que traería consecuencias a mi bien organizada vida.

«Fue la calima la que desbarató todos mis planes: la que trajo a Jackson a mi jardín, la que además de arena me llenó los ojos de purpurina, la que hizo que se parasen todos los relojes para hacerme olvidar por unos días lo que he venido a hacer aquí».

Estaba vendida y lo sabía. Había bajado los brazos ante aquel hombre que parecía hecho para mí.

Aquella noche no hablamos demasiado, quizá callamos más cosas de las que nos dijimos. Sabíamos que el interludio se había terminado y que él tenía que seguir trabajando, y yo terminar con el inventario de la casa de mi madre. Volver a la realidad y ver si lo que había entre nosotros lo aguantaba.

Conforme iban pasando las horas, y a pesar de estar con él, empecé a sentirme intranquila.

Sabía que era por dos cosas muy definidas.

La primera tenía que ver con todo lo que rodeaba a mi madre y a mí. Entendía que todavía no había hecho el trabajo duro y que me

iba a tocar en breve. No tenía ni idea de qué iba a pasar, qué terminaría descubriendo, pero la intuición me decía que sería complicado. Y siendo honesta conmigo misma, no me apetecía lo más mínimo.

La segunda incumbía a Jackson y a lo que estaba surgiendo entre nosotros, eso intenso, devastador y que podía cambiarme la vida; por ello necesitaba estar totalmente segura de que era real.

Porque había algo, muy en el fondo, que no me dejaba entregarme del todo. Eran esos momentos en los que él no se daba cuenta de que le estaba mirando, y en los que su rostro cambiaba de expresión. Fruncía el ceño y en sus ojos se instalaba una preocupación extraña, casi dolorosa. Parecía otra persona.

Y yo conocía demasiado bien el mundo de las expresiones humanas como para no alarmarme, y mucho.

11.

RECUERDOS Y SOSPECHAS

♪ *Ya nada volverá a ser como antes, El canto del loco* ♪

A la mañana siguiente, cuando me desperté, él ya se había ido. No me sorprendió, porque sabía que tenía alguna reunión en las primeras horas del día, así que me desperté y salí de la cama directa a la ducha, intentando ignorar ese latigazo en el estómago y en mi sexo cada vez que me acordaba de Jackson y su sonrisa.

Tomé café en la terraza, al sol, intentando no agobiarme por todo lo que me faltaba por hacer: arreglar la palapa, echar un vistazo a las grietas que habían salido en los azulejos de la piscina tras los embates de la estructura de madera, reponer las macetas rotas, y todo eso solo en el jardín. Luego me tocaría meterme con el garaje y el trastero, quedar con la persona que se encargaría de recoger todos los libros y papeles de mi madre, y también debía enfrentarme al dilema de la habitación cerrada.

Sin embargo, todo eso se me antojaba fácil si lo comparaba con la gran decisión que sabía que tendría que tomar antes o después: la de si me quedaba con la casa o no. Aunque había llegado a la isla con la firme idea de venderla, ya no lo tenía tan claro. Fuera por lo que fuese, mi cuerpo cosquilleaba con la visión de poder desayunar con aquellas vistas, de disfrutar de la luz y el aire que entraba a raudales por las ventanas, de la tranquilidad que se respiraba en el jardín y, sobre todo, de poder llamarlo hogar. Porque era la primera vez, después de irme de la isla, que un lugar me inspiraba ese sentimiento de pertenencia. No lo había logrado crear en mi vivienda de Berlín, ni en ninguno de los pisos provisionales que había habitado durante todos aquellos años.

Aquella casa me había hecho sentir bienvenida desde el principio.

Eso hacía que todo lo que me gustaba del piso de Berlín palideciese: su situación perfecta en un barrio de moda, su estructura de *loft* moderno a pesar de estar en un edificio antiguo, la vida que bullía en cuanto bajaba a la calle... Todo eso bajaba de posiciones en el *ranking* al compararlo con lo que sentía en Las Acacias, o quizá fuese que estaba siendo muy probable que mi ciclo como *Berlinerin* había terminado, como estaba ocurriendo en otras facetas de mi vida que no había querido afrontar hasta ahora.

Terminé el café y decidí no ponerme nerviosa.

«Céntrate, Zoe, paso a paso. Primero hazte con todos los datos y luego siéntate a analizar. Eso siempre te ha funcionado, no tiene por qué dejar de hacerlo ahora. Piensa que estás negociando contigo misma».

Qué bonito era el autoengaño.

Para no seguir dándole vueltas a la cabeza, me puse manos a la obra. Hice un par de llamadas para dejar zanjado el tema del jardín y conseguí que al día siguiente viniesen a revisar los diferentes desperfectos. Concerté la cita con Esteban, el compañero de mi madre, para ese mismo mediodía, y con ese objetivo claro me metí a guardar en cajas todo lo que le iba a entregar. Lo dejé todo listo para cuando apareció con una Berlingo que llenamos casi en su totalidad, y cuando le vi marchar sentí esa satisfacción que se tiene al acabar una tarea y poder borrarla del listado de temas pendientes.

No tenía comida en casa y como no tenía ningunas ganas de ir al supermercado, pedí *poke* y con eso cogí energía para seguir con mi cometido. El siguiente punto era el garaje, que se encontraba en la parte exterior de la casa, a un lado de la entrada. El coche de mi madre ya no estaba, mi tía se había encargado de venderlo, pero al encender la luz me encontré con una vieja Lambretta color turquesa que me pareció preciosa. Otra sorpresa más de esa Margot Acosta que no conocía, jamás pensé que le gustasen las motos. No podía imaginármela bajar la cuesta con aquel casco retro que reposaba sobre el asiento, aunque por otro lado sí. A la madre que vislumbraba en esos momentos robados, con mi padre y sus amigos, quizá sí le hubiese pegado circular airosamente con un fular en vivos colores ondeando al viento.

Las llaves estaban puestas, y reprimí el impulso de ver si funcionaba. A mí me encantaban las motos, y más las de ese estilo. No habían sido pocas las veces que, durante un viaje, alquilaba una Vespa y recorría la ciudad con ella. Luego, me prometí a mí misma. Como recompensa cuando terminase de revisar, la sacaría a la calle y vería si arrancaba.

En el garaje había poca cosa más, así que me dirigí al pequeño trastero. Intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Solté un bufido.

«Qué manía la de estar cerrando todo y esconder las llaves».

Di unos pasos hacia atrás y entonces recordé que en el llavero que colgaba de la moto no solo estaba la llave de la Lambretta. Me acerqué y sí, del llavero colgaban dos llaves más. ¿Quizá fuesen de las dos puertas cerradas?

Primero decidí probar en la del trastero, y mi intuición no me falló. Una de las llaves entró con suavidad en la cerradura, y con un clic me reveló un puzle casi geométrico de estanterías que llegaban hasta el techo, llenas de cajas transparentes con tapas de colores.

Saqué con dificultad la primera caja, que contenía ropa, y me di cuenta de que estaba llena de cosas de mis abuelos. Mi madre había guardado todo aquello que tuviese valor, ya fuese económico o sentimental, porque en esa primera caja encontré un maravilloso mantón de Manila de mi abuela, envuelto en papel de seda, pero también los pañuelos de tela de mi abuelo, gastados por el tiempo, pero limpios y perfectamente almidonados, como siempre los llevaba.

Empecé a abrir cajas y me encontré con la vida de Tomás Acosta y Elvira Baute, esos abuelos que tanto cuidaron de Iria y de mí durante nuestros años de la infancia. Por unas horas volví a la niñez, a sus olores, sus texturas, sus palabras, porque mi madre había conservado muchas cosas de ellos que prendieron mil recuerdos en mi memoria: las maravillosas tazas de cristal de Bohemia que mi abuela solo utilizaba para el caldo de Nochebuena y Nochevieja, el mantel amarillo con pájaros azules en punto de cruz que era nuestro acompañante en todos los cumpleaños, el chal que abuela Elvira se colocaba sobre los hombros cuando se sentaba en la terraza en invierno, los tirantes de colores de mi abuelo que solo

se ponía en casa y que le había traído su hermano de algún viaje al continente, viejos diarios y cartas de hojas amarillentas y suave tacto que no quise mirar por preservar la intimidad de mis abuelos, libros de recortes de mi abuela sobre la moda de aquellos años para poder dar instrucciones a las costureras que vestían a la familia, libros de recetas de cocina que había visto infinidad de veces hojear a mi abuela, y fotos. Muchas fotos de los abuelos con sus tres hijas, en cumpleaños, en viajes a otras islas, incluso estaban las de aquel viaje a la Península donde mi tía Manuela se enamoró de un cordobés y hubo que terminar el *tour* antes de tiempo, en cenas de fin de año, fiestas en el Casino y en el Club Náutico... Era como trasladarse a otro tiempo, a redescubrir sensaciones antiguas, a reír con las fotos de mi madre con Armi y Manuela en carnavales, tan guapas y llamativas, esas tres hermanas Acosta que dieron mucho que hablar en la pequeña y pueblerina sociedad de Santa Cruz.

Tan absorta estuve buceando entre mis recuerdos que no escuché a Jackson hasta que me habló en voz baja para no asustarme.

—Vine a rescatarte. Creo que vas a acabar siendo engullida por alguna de esas cajas.

Me sobresalté: estaba viendo una vieja colección de revistas femeninas de mi abuela, que fueron importantes para ella ya que las guardaba desde hacía décadas. Empecé con una y ya no pude parar, porque la forma de redactar, las fotos, los titulares, todo era tan delicioso como sumergirte en una película de Carmen Sevilla o Sara Montiel.

Me di la vuelta y no pude hacer otra cosa sino sonreír. Parecía recién sacado de la ducha, con ese frescor en la piel que era capaz de paladear en mi boca, y acentuaba aquel limpio atractivo con la simplicidad de un vaquero desgastado y una camiseta blanca. Apoyado al marco de la puerta parecía un enorme animal contemplando a su presa, pero todo aquel aire intimidante se desvanecía con la sonriente expresión de su rostro.

Me tendió la mano y me levanté, dejando la pila de revistas a un lado. Estaba llena de polvo y con olor a recuerdos, así que le mantuve alejado de mí con una mano apoyada en su pecho.

—Deja que me duche, he pasado la tarde metida en el túnel del tiempo.

Miró el trastero con curiosidad.

—¿Qué has encontrado aquí? Está todo dispuesto de forma milimétrica.

—Son las cosas de mis abuelos. Mi madre debió ponerlas aquí cuando se mudó a la casa.

Me miró, curioso. Mi voz se había quebrado con mucha suavidad, pero lo había notado. Me encogí de hombros, sin querer ahondar demasiado en el asunto.

—Yo viví muchos veranos en esta casa con mis abuelos. Fueron siempre muy cercanos para mí, y ver todo esto... me ha removido un poco.

Un poco no, para ser exactos. Me había dado de bruces con mi infancia, con aquella que había sepultado con una nueva vida en la que había obviado deliberadamente todo aquello. Un tiempo dorado lleno de risas y abrazos, de seguridad, de tradiciones, de familia.

Miré hacia un lado, tragando saliva. Jackson me observó en silencio y sin importarle mis guisas, me abrazó.

—Eso es bonito, Zoe. Hay mucha gente que no ha podido vivir algo así. Yo, por ejemplo.

Le miré, animándole a continuar. Cogió mi mano y en lo que entramos de nuevo en la casa, me contó la historia de su familia.

—Mi madre estaba muy apegada a sus padres, pero no podía verles con mucha asiduidad. En aquella época no se viajaba así como así a otro continente. Recuerdo ir a Olinda, el pueblo donde vivían, cada dos veranos hasta que ellos murieron. Y los padres de mi padre... nunca actuaron de abuelos. Para mí era una tortura ir a visitarles en Greenwich. Tenía que estar sentado en mi sitio derecho como una vela, tomando el té con pastas que era lo que siempre había en la mesa, y lo único por lo que me preguntaban era por mis notas y a qué universidad iría después.

Por eso siempre envidié a mis primos brasileños, con esa cultura latina de familias grandes que se reúnen entre risas y fiestas en casa de unos y otros, y por poder disfrutar de mi abuela, la verdadera abeja reina que todo lo manejaba y que siempre tenía un caramelo en su bolsillo para sus nietos. Yo solo viví unas migajas de

aquello, pero tenía a mi madre, que siempre intentó hacer de nuestra familia de tres el núcleo más importante de nuestras vidas. Realmente creo que el que añores a esa familia que tuviste es maravilloso, Zoe. Siéntete afortunada.

Asentí, con los ojos húmedos. Era curioso cómo me había olvidado de todo eso. Me había ido hacía mucho tiempo, casi sin echar la vista atrás, y ahora me estaba encontrando con todo aquello que había sido valioso, un verdadero tesoro familiar, una mezcla de sensaciones que acrecentaba el sentimiento de pertenencia a aquel sitio.

Jackson me apretó la mano con una sonrisa cálida, y entonces me di cuenta de que seguía teniendo las llaves de la Lambretta en mi puño.

—Espera —le pedí. Me paré frente al cuarto cerrado e intenté abrir la puerta. Aquella no cedió tan fácil, pero con un empujón seco de Jackson escuché cómo se desencasquillaba la cerradura. Sonreí, emocionada, y me contuve.

«Hoy no. Ya tengo bastante con los recuerdos de mis abuelos. Mañana me ocuparé de ese cuarto, contenga lo que contenga».

Me fui a dar la vuelta para preguntarle a Jackson si quería cenar, pero detuvo mi movimiento pegándome hacia él, apretándome la espalda contra el pecho. Noté sus grandes manos recorrerme la cintura y cogirme los pechos debajo de la camiseta. No me había puesto sujetador, y la reacción fue inmediata: los pezones se endurecieron ante su tacto y gemí, pegando mi culo a su entrepierna. La energía sexual que había logrado contener durante el día se alzó en llamaradas al notar cómo empezaba a besarme el cuello mientras una de sus manos tiraba con brutalidad de mis pezones y la otra se adentraba por la cinturilla de mi pantalón.

—Oh, joder —atiné a decir al notar que me metía dos dedos y que con el resto de la mano me excitaba sin piedad. Palpé con mi mano su entrepierna, dura como una roca, y le desabroché el botón del vaquero. Tragué saliva al notarle caliente, a punto de reventar, con una excitación tan brutal que solo se podía equiparar a la mía.

Me dio la vuelta, consciente de que si no paraba iba a estallar, y me subió a su cintura asolando mi boca. Me besó muy sucio, con dientes, labios y lengua, con una soterrada desesperación que

encontró eco en mis ganas locas de sentirle dentro. Entramos al baño a trompicones y me puso encima de un mueble auxiliar. Me retorcí como una anguila para bajarme el pantalón y dejarlo en el suelo, viendo cómo él se bajaba el suyo y se colocaba un condón.

«Dios, no sabía cuánto necesitaba esto».

Me quité la camiseta y cogiendo mis pechos con las dos manos, pasé mis pezones por el suave vello de sus pectorales. Gemí, y él aprovechó para penetrarme de forma dura, hasta el fondo, tanto que me quedé sin aire. Nos miramos, consternados por la intensidad de aquel movimiento, y nos besamos con toda la boca, mientras nuestras entrepiernas comenzaban a chocar primero lento y luego con urgencia.

Sé que le arañé la espalda, que él me mordió los pechos dejándome marcas, que mi cara se enrojeció por la sombra de barba que le había salido en estos días, pero nada me pudo preparar para la bomba atómica que se gestó en la parte baja de mi cuerpo y que hizo expandir su ola de placer por todas mis células. A él se le doblaron las rodillas y apoyó su enorme cuerpo en el mueble, haciéndolo crujir, lo cual hizo que nos invadiese la risa.

—Vas a destrozarme la casa —murmuré contra sus labios—, y si seguimos así, también me destrozará a mí.

Una especie de ronroneo gutural salió de su garganta a la vez que me abrazaba como solo él sabía hacerlo: con todo su cuerpo, como si sirviese de protección contra cualquier amenaza exterior, como si fuera suya.

—Llevo todo el día esperando a verte para hacerte esto —susurró, atrapándose el labio con los dientes—. Me vuelves totalmente loco, *milady*.

Mi corazón saltó al escucharle y nuestros ojos conectaron sondeándose, haciéndose preguntas, hundiéndose en el sentimiento que los inundaba como una marea de septiembre. Sentí que mi piel se erizaba y que nuestro tacto se volvía menos terrenal y más cuidadoso, como si de pronto nos hubiésemos vuelto frágiles. Empezó a faltarme el aire; de repente una pregunta se dibujó en mi mente como si las mariposas hubiesen escapado de mi pecho transformándose en palabras.

«¿Me estoy enamorando?».

Aquello me hizo jadear, y él tuvo que notar el cambio en mis ojos porque sacudió la cabeza como para librarse de un embrujo.

—En realidad venía a preguntarte si te apetecía pasar conmigo por casa de un amigo para recoger una pala de pádel que le encargué.

Asentí, intentando volver a la normalidad, pero por mucho que hablásemos de cosas banales, nuestros ojos nos traicionaban. Puse las manos en su pecho y le empujé con suavidad.

—Va a ser difícil si sigo aquí sentada.

Rio en voz baja y se retiró. Puse los pies en el suelo y con todas las malas artes del mundo le eché una sonrisita y le di la espalda.

—Me voy a duchar...

No tardó ni medio segundo en seguirme.

Y sí, fuimos a casa de su amigo, nos quedamos a cenar y seguimos compartiendo momentos juntos entre risas y manos entrelazadas, una aromática barbacoa y un firmamento tan limpio que no parecían caber más estrellas en él. La noche habría sido perfecta, exquisita, si no hubiese sido por un detalle.

Ese repentino endurecimiento de sus facciones en un microsegundo, justo cuando creía que nadie le estaba mirando. Como si al observarme algo le contrariase mucho, algo, que era una mezcla entre pena y dolor.

Y ese pequeño detalle me molestaba muchísimo, tanto, que iba a hacer lo posible para averiguar qué lo originaba.

Me lo había prometido a mí misma como Zoe que me llamaba.

12. MI MADRE Y MI HERMANA

♪ *Frozen*, Madonna ♪

El desayuno no me sentó bien aquella mañana. Dejé el café con leche a un lado y no fui capaz de dar sino unas cuantas mordidas a la tostada con mermelada. Tenía el estómago cerrado y sabía por lo que era. Me apreté la barriga: los nervios campaban a sus anchas, fieles alarmas que nunca me fallaban. Cuando iba a ocurrir un cataclismo en mi vida, ahí estaban ellos. Animando la fiesta horas antes para tenerme sobre aviso.

Me lavé los dientes y me eché agua en la cara. El rostro de piel iluminada no se correspondía con el baile maldito de mi interior. Resoplé y me dije que no tenía ningún sentido seguir retrasando el momento. Tenía que entrar en la habitación cerrada y enfrentar lo que hubiese dentro.

No sabía por qué tenía ese presentimiento funesto con respecto a aquel cuarto. Quizá fuese una soberana tontería y al final me encontrase con un gimnasio casero o con una biblioteca. Pero ¿entonces por qué estaba cerrado con llave? Conociendo a mi madre me parecía de todo menos normal.

Me situé delante de la puerta, cogiendo aire, cuando de pronto me enfadé conmigo misma.

«Pareces idiota, Zoe. Has estado en situaciones peores miles de veces, así que déjate de tonterías».

La puerta se abrió con un sonido rasposo y percibí que dentro estaba todo en una amable penumbra. Claro, la persiana estaba bajada. Metí la mano hacia la derecha, palpando en la pared para buscar el interruptor, y cuando lo pulsé mis ojos se abrieron, atónitos. Aquel botón no encendía la lámpara del techo, sino miles de lucecitas que colgaban por las paredes. Entré sorprendida y con esa sensación de las películas de terror en la que esperas que algo

te salte de la pared y te muerda el cuello. Pero allí todo era muy normal, no había monstruos mutantes ni vampiros sedientos de sangre, así que fui hacia la persiana y la levanté.

Me di la vuelta y me llevé tal impacto que sentí que se me paraba el corazón. Levanté la mano hacia el pecho e intenté coger aire.

Toda la pared que se alzaba a mi derecha estaba llena de caras conocidas, de ojos de cristal, de plásticos ajados por el tiempo y telas que habían pasado más tiempo en la boca de una niña que fuera de ella. Mi infancia y la de Iria me contemplaban con mirada nostálgica a través de todos aquellos que compartieron cuarto con nosotras. Allí estaba mi muñeca Laura, que lloraba, hacía pis y a la que le había cortado el pelo para pintárselo con témperas; también estaba Sara, la muñeca de Iria, con su gorrito de flores y cara de puchero eterno; Gusiluz, Tristán, un Baby Feber por el que nos peleábamos un día sí y el otro también; la legión de Barriguitas tan bien vestidas que sonreí, porque normalmente andaban desnudas para todos lados; un sinfín de peluches, entre los cuales vi a Oso y a Foxie, nuestros compañeros de sueños favoritos; y luego las pocas Barbies que teníamos, con el Ken de sonrisa blanca y la Barbie Hawaiana a la que habíamos rapado para que actuase de un improvisado Ken. Todos estaban bien puestos sobre estanterías de colores pastel, como si se tratase de una juguetería, no obstante noté que existía un cierto orden: mis juguetes estaban a la derecha y los de Iria a la izquierda, e iban de menor a mayor edad. Tuve que dar un paso hacia atrás cuando me di cuenta de que arriba del todo conservaba incluso mi mordedor, un pajarito amarillo que me había traído Armi de Suiza.

«¿Pero qué leches es esto?».

El corazón me latía a mil por hora. ¿Por qué había guardado todo aquello? ¿Y qué era aquello, una especie de santuario? Bajé la vista y lo siguiente que encontré fueron varias cajas de cartón forradas en bonitos papeles *vintage*.

Me arrodillé con un ligero temblor en las rodillas y vi que estaban marcadas con pulcritud. «Notas y trabajos de Zoe», «fotos de Iria», «disfraces de carnaval», «trabajos de fin de curso de Iria», «documentos oficiales» ...

Abrí la primera caja, sin poder creer que mi madre hubiese guardado todas las notas de EGB, aquellas con positivos y negativos y el famoso Progresá Adecuadamente o Necesita Mejorar; también estaba el graduado escolar, las notas del instituto, incluso la noticia en prensa de cuando fui la estudiante que sacó mayor nota en la selectividad de aquel año. Tenía las manos llenas de mí, de mis logros de niña, de orgullo de madre. Mi pecho empezó a cargarse como las nubes de tormenta sobre el mar, oscureciéndose a cada caja que abría.

Allí encontré los disfraces de hawaianas que nos hizo Armi con las preciosas telas que fuimos las tres a elegir a El Kilo; el oso de peluche cabezón que Iria tuvo que hacer en la clase de trabajos manuales y del que yo me salvé porque por portarme mal me pusieron a bordar un mantel de punto diablo; las mallas rosadas y el tutú lleno de purpurina que nos pusimos en la función de tercero para el baile de *Tempo d'Italia* de Luis Cobos; las primeras fotos de la cámara de Iria que llevamos a un viaje en séptimo de EGB a Las Palmas; las cartillas de vacunación de ambas, amarilleadas por el tiempo, pero aún legibles...

Todo aquello que jamás creí que fuera importante para mi madre; todo lo que en el fondo sí lo fue.

Intenté no romperme, aunque sabía que era cuestión de tiempo. Fui sacando el contenido de las cajas con el corazón desgarrado, y no solo por mi madre. También porque por primera vez en muchos años, me estaba permitiendo pensar en mi hermana, en mi otra mitad, la que ya no estaba.

Llevaba diez años raspando una y otra vez la úlcera que tenía en la boca de tanto morderme el carrillo para no llorar, para no caer, para no ceder.

Porque cuando quien compartió brazos, saliva, letras y todo lo que te enseña la vida no está para seguir haciéndolo, es como caer en un pozo lleno de lodo maloliente y encima no querer salir.

Me apreté el esternón para intentar que el aire circulase hasta mi garganta. Me levanté, buscando la ventana, pero entonces vi la otra parte de la habitación.

Mi madre había forrado toda aquella pared con un panel de corcho blanco para llenarlo de recortes de periódico, de fotos y de

diferentes documentos. Allí estábamos, Iria y yo, cada una con su trozo de pared, como altares paganos de unas deidades filiales que nunca se sintieron adoradas.

El trozo de Iria, cómo no, era más pequeño que el mío. Allí había exámenes de la carrera, fotos con el resto de los médicos, una foto conmigo con las mochilas al hombro por fuera del hospital, y luego lo feo.

Docenas de recortes de prensa donde se hablaba de la muerte en accidente de tráfico de una médica española en Sierra Leona, una «gran estudiante que tras terminar la carrera quiso ir a ayudar a los más desfavorecidos, dejando de lado las altas puntuaciones que había obtenido en el MIR». «Joven sanitaria tinerfeña fallece...», «se repatría el cuerpo de la doctora canaria fallecida en Sierra Leona», «dolor y consternación en la comunidad médica canaria tras el fallecimiento en accidente de tráfico de Iria Wagener Acosta, hija de la reputada neurocirujana Margot Acosta Baute...».

Como un fogonazo recordé la discusión entre mi madre e Iria justo antes de que ella se fuese, cuando mi madre le dijo que con esas ideas en la cabeza iba a ser una fracasada, que la medicina se ejercía para buscar soluciones para la humanidad y no para unos cuantos zarrapastrosos que en cuanto curabas a uno, salían cincuenta más. No olvidaré la cara de mi hermana, tan parecida a la mía y a la vez tan distinta. Aquella vez sus ojos azules gatunos se convirtieron en puro acero, dejando de lado su habitual expresión amable, y le dijo a mi madre que le daba asco. Que tiraba la toalla con ella, que era una persona que no se merecía que la quisiese nadie. Jamás había visto a mi hermana así, ella era la conciliadora y yo era el volcán, pero aquella vez todo lo que llevaba acumulando en su noble alma explotó con la furia de un tifón. Mi madre reuló, y hubiese jurado que sus ojos fríos se humedecieron.

Nunca más volvieron a verse. Esas fueron las últimas palabras que quedaron entre ellas. Siempre pensé que a mi madre le dio igual, porque cuando Iria murió no vi que soltase una sola lágrima, aunque con esto estaba claro que no había sido así. No, con este santuario lleno de fotos y de pequeños objetos que habían pertenecido a mi hermana. Collares, pulseras, de todo había colgado en el corcho.

«Dios, mamá, ¿qué piedra tan pesada llevabas por dentro? ¿Cómo pudiste vivir así?».

Me abracé a mí misma, intentando darme calor, pero un profundo frío me estaba corriendo por las venas y erizándome de pies a cabeza. Todo aquello era irreal, inverosímil, inesperado, pero sobre todo aterrador. En aquel cuarto se me estaban tambaleando todos los cimientos de mi vida familiar y de la presa que mantenía a salvo mis emociones desde hacía años.

Hice un esfuerzo por no llorar y volví la vista hacia el que sabía que era mi lado. Grandes fotos de diferentes revistas daban color a aquel corcho blanco, tan diferente del de Iria. Las entrevistas en *Expansión*, en el *Financial Times*, en revistas femeninas como *Vogue*, *Vanity Fair* o *Elle*, todas ellas enfocadas a ese gastado tópico de mujer exitosa en un mundo de hombres. Hojas de periódico donde se me veía en el extremo de una mesa de negociación en el parlamento europeo, subida al estrado recibiendo un premio en una universidad alemana, discretamente a un lado de un presidente de un pequeño país asiático donde había conseguido un acuerdo ventajoso para sus exportaciones de cereales. Ahí vi mi vida, esa sucesión de proyectos que fueron de menos a más y que ahora, después de llegar muy alto, prefería enfocar en acuerdos sobre sostenibilidad o desarrollo de países pobres. En esa pared estaban todos mis triunfos, esos en los que mi madre nunca creyó y que para mí suponían una muesca más para demostrarle que era la mejor en lo mío, aunque no fuera médico.

Entendí que lo había sabido. Si no, aquella exposición de méritos no tenía sentido alguno.

Entonces ocurrió. Fue como una ola gigante que surgió de algún lugar en mi interior y que me arrolló, dejándome con la boca llena de agua y tosiendo. Me preparé para la debacle y cerré los ojos.

Yo no había llorado desde hacía muchos años. Ahora tenía el alma rota y por las grietas afiladas se colaba el agua.

«Mamá, oh, mamá, ¿por qué nunca dijiste nada? ¿Por qué no quisiste tenderme la mano? ¿Por qué te lo callaste?»

¿Por qué no me dijiste que sí que me querías?

¿Qué te sentías orgullosa de mí?».

La tristeza se convirtió en lágrimas que me hicieron llorar en voz alta, como no hacía desde pequeña, sin poder parar. Me acosté en el suelo apenas sintiendo mi cuerpo, como si solo fuese una coraza que albergaba demasiado dolor para poder contenerlo. Lloré, grité, di puñetazos al suelo, nada hacía mejorar la sensación de rabia y angustia por ver cómo toda una familia se había roto por el estúpido orgullo, por no saber decir las palabras correctas y honestas en su debido momento.

¡Era tan ridículo!

Iria y yo, sintiendo que mamá nunca nos quiso.

Mi madre, sin saber cómo querernos.

Iria, muerta.

Yo, viviendo como una máquina letal de triunfos, una yonqui del reconocimiento.

Mi madre, entendiéndose por fin. Sin decir nada.

Hasta en eso fue egoísta.

Ahora, yo me había quedado sola. Sabiendo que podría haber sido diferente.

Y hala, a vivir con ello.

El dolor me partió por la mitad y me quedé en posición fetal, desintegrándome en miles de pequeños pedazos. Mi cabeza era un huracán de pensamientos y de emociones, mi habitual temple y frialdad habían huido por la puerta de atrás como quien se resguarda de un *tsunami*. Me dolía todo: el alma, el cuerpo, incluso la ropa me molestaba.

No había forma de entenderlo. Iria y yo nunca tuvimos la menor idea de que esa madre que lo llevaba todo a rajatabla, no fallaba nunca en lo práctico y nos preguntaba la lección todos los días, podía albergar ternura y amor en su interior. Por eso siempre andábamos pegadas a papá, porque él sí tenía tiempo para hacernos cosquillas, besarnos y jugar a todo lo que a nosotras se nos ocurriese. Pero mamá... quemó las naves primero conmigo y luego con Iria. Con mi hermana no hubo posibilidad de enmienda, ¿pero conmigo?

Me abracé las rodillas, intentando dejar de llorar. Dolía mucho saber que quizá hubiésemos podido acercarnos y no fue así. Aunque siendo honesta, ¿yo hubiese estado abierta a ello? Suspiré

entre sollozos. Probablemente no. Pero me habría encantado ver en los ojos de mi madre algo parecido a calidez.

Poco a poco me fui serenando, aunque sabía que aquel proceso no había hecho sino comenzar. Me levanté con los ojos hinchados y me fui a lavar la cara, con la sensación de que el cuerpo me pesaba toneladas, pero consciente de que en un rato estarían ahí los de la piscina y los de la palapa, y necesitaba tranquilizarme para poder atenderles de una forma razonable.

Por la tarde volví a entrar en la habitación. Todavía me era imposible creer que mi madre hubiese montado todo aquello para recordarnos, para expiar su falta de interés en ser nuestra madre. Cuanto más lo pensaba, menos me cuadraba con lo que sabía de ella.

¿Qué ganaba mi madre con montar todo aquel tinglado *in memoriam* de sus hijas? ¿Qué era lo que hacía, venir a flagelarse delante de los paneles, a apretarse más el cilicio? ¿Para qué coño había hecho todo aquello?

Porque sus intenciones se habían quedado dentro de aquella habitación. Nunca levantó el teléfono para hablar conmigo y pedirme que nos viésemos. Me habría encantado haber podido sentarme frente a mi madre y hacerle unas cuantas preguntas incómodas. Al final, yo me había acostumbrado a vivir sin madre, pero eso no significaba que alguna vez anhelase el haber tenido esa figura como el resto del mundo.

Y lo que más me dolía era lo de mi hermana. Nunca le podría perdonar cómo le habló en esa última conversación y lo triste que se fue mi hermana a África. Recuerdo la cara de Iria cuando me despedí de ella en el aeropuerto —porque yo sí que me había venido desde Londres para decirle adiós, sin saber que sería el definitivo— y cómo la luz en sus ojos se apagó cuando se dio cuenta de que mamá no iba a ir. Papá tampoco estaba, nos había dejado tan solo hacía unos meses, y solo por eso mi madre debería haber ido.

Apreté los puños y la antigua ira me recorrió de pies a cabeza. No sé qué pretendió mi madre construyendo ese altar en aquella habitación cuando en vida lo hizo todo tremendamente mal.

«Hipócrita, eres una vulgar hipócrita, Margot Acosta. Esto solo lo hiciste para redimirte ante ti misma y ante nadie más. Hasta en eso fuiste egoísta».

Pero una tímida curiosidad empezó a sembrar dudas en mi corazón. Me enfrenté a mi pedazo de panel y comencé a revisar los recortes. Eran de fechas dispares y algunos se remontaban a mis primeros proyectos. Si la memoria no me fallaba, mi madre llevaba coleccionando aquellos retazos de mi historia profesional durante más de una década. De repente una vocecita angelical me dijo al oído que eso era una buena señal, que denotaba que sí le había importado lo que me pasase, y que había celebrado mis logros en silencio.

Entonces, la voz demoníaca se reía en el otro oído y me susurraba que lo que a mi madre le había importado era que fuese una triunfadora, nada más. Si hubiese sido mediocre, no habría coleccionado nada.

«En este último año, tu madre parecía... iluminada».

Las palabras de Armi reverberaron en mi cabeza. Nos habíamos reído con las conjeturas sobre un maromo en su vida, y no estuvimos desencaminadas. ¿Pero hubo algo más?

Me levanté de un salto y fui a tocar a la puerta de Jackson. Me abrió, desentumeciendo sus músculos, y su mirada se puso alerta al ver mi cara.

—¿Crees que podría hablar con tu padre? —le pregunté a bocajarro.

Tuvo que contener una sonrisa.

—¿Le vas a pedir mi mano? No me cabe duda de que llegaremos a ese punto, pero ¿no crees que es un poco pronto?

No pude evitar sonreír y me apoyé en el marco de la puerta.

—Perdona, no sé ni lo que digo.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado. Hice una mueca y fue a abrazarme, pero levanté la mano para pararle.

—No lo hagas, ahora no. Me desmoronaría y no puedo.

—¿Qué ha pasado?

Solté el aire que tenía comprimido en mis pulmones y meneé la cabeza.

—Tiene que ver con el cuarto cerrado y con la relación que tuve con mi madre. Te lo contaré, no te preocupes, pero ahora no.

Asintió con lentitud, estudiando con cuidado mis ojos.

—Puedo dejarte el número de teléfono de mi padre, pero quizá sea menos violento si le tienes delante. Puedo organizarlo, si quieres.

Al ver lo rápido que resolvió la situación, me relajé.

—No te preocupes, estoy un poco descolocada y realmente no sé qué es lo que necesito hacer.

Extendió la mano y entrelazó sus dedos con los míos.

—Lo sabes, eres demasiado lista para no saberlo.

Su mirada me insufló la fuerza y la determinación que necesitaba. Le sonreí y noté que sus ojos se deshacían en un torrente cálido de sentimientos.

«No me mires así, Jackson Grant, que bastantes cosas tengo que pensar hoy como para que tú me des más».

Entonces lo entendí. Necesitaba de nuevo a Armi y su clarividencia.

13. LA DIFICULTAD DE ENTENDERLO TODO

♪ *Pena, penita, pena*, Lola Flores ♪

Mi tía entró en la casa como un torbellino verde, pero se quedó clavada en el sitio al inicio de la escalera.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó, mirando a su alrededor. Claro, yo llevaba allí ya unos días; para Armi darse de bruces con la transformación de su casa de la infancia era todo un *shock*.

La dejé a su aire para que recorriese las diferentes estancias. Su rostro estaba desencajado: para alguien que había vivido allí muchos años de su vida, el lavado de cara que le había hecho mi madre quizá pudiese parecer un sacrilegio. Esperé, algo nerviosa por su reacción, y al ver que no volvía, me la encontré sentada afuera, en una de las hamacas. Se había liado un cigarro y se lo estaba fumando con fruición.

La acompañé en silencio y, al cabo de un rato, me miró de reojo.

—Perdóname, Zoe. Como habrás notado, no tenía ni idea de todo lo que Margot hizo aquí. Me ha costado un poco... aceptarlo.

Asentí y apoyé la cabeza en su hombro. La noche estaba cayendo con rapidez, una noche fresca y más típica de febrero. En breve empezaríamos a ver luces de colores y a escuchar el suave eco de la música: era miércoles de ceniza y el Entierro de la Sardina se celebraba en el centro de la ciudad.

—Tenía mejor gusto del que parecía —le dije, y Armi prorrumpió en una risotada. Le di un codazo.

—Luego te enseñé lo que me he encontrado en su armario. No te lo vas a creer.

—¿Y qué más has encontrado? Porque no me habrás llamado por unos cuantos trapos.

Giró su cuerpo para quedarse frente a mí, y noté cómo los ojos se me llenaban de lágrimas viejas.

—Lo que nunca pensé encontrar aquí. Por eso te he pedido que vengas, Armi, te necesito para entenderlo.

Me cogió la cara con las manos y me sonrió con toda la ternura del mundo, esa que siempre tuvo para nosotras.

—No, tú ya lo entiendes. Solo me necesitas para darte cuenta de ello.

Aun así, la cara de Armi fue un poema cuando le enseñé la habitación. Se viró hacia mí con estupor:

—Joder, ni teniendo aquí un cuarto rojo del placer me habría sorprendido tanto.

No pude hacer otra cosa sino reír a pesar de la aprensión que sentía entre esas cuatro paredes. Armi era única para destensar situaciones complicadas.

Recorrió cada rincón sin decir nada, y luego me miró.

—Ella sabía que era un fracaso como madre, pero montar toda esta parafernalia me parece excesivo. ¿Para quién lo hizo, para ella misma o para quien lo descubriese?

—Eres más malpensada que yo —respondí con una mueca—. ¿Crees que llegaría hasta ese punto de teatro? Yo creo que no, ella no tenía que demostrar nada a nadie. Lo haría por ella, no sé con qué objetivo,

Armi se apoyó en el marco de la puerta, dándose toques pensativos en la boca con uno de sus largos dedos.

—No lo tengo tan claro. Necesito pensarlo bien.

Volvió a pasar por todas las estanterías, abrió las tapas de las cajas y se detuvo largo rato ante los paneles. Levantó la mano y acarició con los dedos una foto. Me puse a su lado y nos abrazamos en silencio.

Ahí estábamos Iria y yo, posando en primer plano con las cabezas juntas. Los mismos ojos azules de gata, la cara triangular, la picardía que desbordaba nuestra sonrisa, pero ella en versión morena y yo en rubia. Tendríamos dieciocho y diecinueve años, llenas de juventud efervescente y con esa inocencia de quien todavía tiene la vida por delante.

Suspiré con tristeza, el cuerpo se me estaba llenando de demasiados recuerdos y no sabía dónde meterlos. Mi tía tuvo que

notar el estremecimiento que me recorrió y me dio un último achuchón.

—Venga, vámonos de aquí. Metí una botella de vino en el congelador y creo que nos vendrá muy bien tomarnos unas cuantas copas.

Esa era Armi y su *kit* de primeros auxilios. Bajamos a la cocina y en un periquete había sacado el vino, las copas y se puso a calentar algo en el microondas.

—Como sabía que estarías sin comida, traje unas *samosas*, una ensaladilla de gambas y un trozo de queso palmero que está de muerte.

Le sonreí, agradecida. Lo de que las penas se soportaban mejor con el estómago lleno era totalmente cierto.

En lo que Armi dispuso todo en la mesa, salí al jardín y vi que las luces de la casa de al lado estaban apagándose una a una. Jackson se iba a entrenar, me lo había dicho el día anterior. Entonces escuché el timbre y no me dio tiempo de ir a abrir.

El tono de voz de mi tía sonó muy sospechoso cuando me gritó que un amigo quería hablar conmigo. Ahogué una risa, podía imaginarme los ojos de Armi saliéndose de las cuencas.

Lo cierto fue que a mí también se me salieron al ver a Jackson equipado para hacer deporte. Sus ojos se iluminaron al verme y sin decir una sola palabra me estampó un beso que se prolongó un poco más de lo debido.

—Solo venía a ver si estabas bien —explicó, y pude escuchar cómo a Armi se le caían las bragas al suelo—. Y de paso he conocido a tu tía.

Arminda Acosta hizo aletear sus pestañas y me miró como diciendo «te salvas porque tengo una edad, porque si no, este era para mí».

—Gracias —le dije—, estoy mejor. Ahora cenaremos y seguiremos... debatiendo.

Asintió y no preguntó nada más. Solo me dijo que si teníamos cualquier problema, estaría al lado.

Nos quedamos como tontas mirando cómo se subía al coche y sin haber cerrado la puerta Armi me dio un codazo certero en las costillas.

—Sobrina, ¡esto se avisa! Que casi me da un síncope de la impresión al abrir la puerta y ver a semejante hombre. ¡Pensé que me había muerto y había llegado al cielo por la vía rápida!

Me dio un ataque de risa y acabamos las dos dobladas, con esa risa que es mano de santo para disolver nervios.

—No me ha dado tiempo de contarte nada, cotilla. Ya te daré la exclusiva. Pero lo más jugoso es que ese tío es el hijo del amante de mamá.

Le conté lo que sabía del lío Derek Grant-Margot Acosta, y riendo entre nosotras nos sentamos a cenar. Relaté por encima lo ocurrido con Jackson, y sé que se guardó su opinión para dármela luego, cuando realmente la necesitase. Pero conocía a mi tía, y esa pequeña arruga en la comisura de la boca era de alegría.

Nos bajamos la botella de vino con calma, hablando de todo un poco, hasta que el silencio hizo que el tema candente nos invadiese como si tuviese personalidad propia.

—La ecuación Margot arrepentida más amante impetuoso suena bien para una película. De esas en las que el argumento es «mujer fría y calculadora que al final de su vida se da cuenta de sus errores y que, como sabe que no la van a perdonar, alcanza la espiritualidad rezando por sus malas acciones...».

Tuve que reírme.

—¿En serio te ves a mamá sentada en el jardín orando a los árboles? ¿Ella, que solo creía en el poder de los cromosomas y del bisturí?

Armi se encogió de hombros.

—Es muy triste que no pueda decir que conocía a mi hermana. Siempre fue la más distante, la que iba a lo suyo. Con Manuela tuvimos una relación mucho más cercana, de hablar a diario, de compartir bromas que solo entendíamos nosotras. Margot nunca fue parte de ello. Quizá porque Manuela y yo nos llevábamos meses, éramos casi como gemelas, y ella llegó años después.

—Lo que nunca comprendí fue cómo se casó con papá: eran como el día y la noche, sus intereses no tenían nada que ver.

Armi sonrió, ensimismada en sus recuerdos.

—Ellos se complementaban. Y Juan era el único que sabía manejarla. Con su calma, su mirada limpia, esa sonrisa tranquila.

Margot solo le hacía caso a él. Recuerdo que se enamoró de tu padre como una loca, y fueron muy felices juntos. Él respetaba su espacio, sus rarezas, su necesidad de libertad, y ella se refugiaba en su calma cuando la vida se le hacía muy intensa.

Nunca había oído hablar a Armi de mis padres, y menos así. Intenté verles de esa forma, como personas y no como padres, pero a un hijo eso siempre le resulta difícil.

—¿Recuerdas las semanas tras la muerte de tu padre? —me preguntó Armi con tiento. Aquello había sido algo tan horrible que jamás dejaría de dolerme hablar de ello; aun así, asentí—. Iria y tú se tenían la una a la otra para consolarse, y ella no contaba con nadie. Recuerdo que vino a mi casa una noche, totalmente ida, como si no pudiese hallarse a sí misma. «¿Y ahora qué hago, Armi? He perdido al que era mi norte, el amor de mi vida, con quien creí envejecer, el que daba sentido a todo. ¿Cómo sigo ahora?». Nunca la había visto así, ella no solía mostrar sus sentimientos. Pero tu padre era el centro de su existencia. Yo le dije que tenía dos hijas que necesitaban a su madre más que nunca, y vi que no le había dado la respuesta que le hubiese gustado. «Ellas se valen bien por sí mismas, siempre han hecho lo que les ha dado la gana», me dijo, y le reprendí el dar cosas por sentadas. Que en aquel duelo se necesitaban las unas a las otras. Me miró, arrugando el ceño, y se fue. Entonces pensé que quizá les hubiese tenido envidia por esa maravillosa relación que existió entre los tres.

Eso me dio en qué pensar. ¿Había sido mi madre tan infantil y simple que tuvo celos del amor que mi padre nos profesaba? ¿De ese cordón umbilical que existía con él a pesar de que no nos hubiese parido? Mis ojos se agrandaron y cuando miré a Armi, vi que le había pasado lo mismo.

—¿Tú crees que esa era la razón por la que nunca pudo querernos como se quiere a unos hijos?

Nos quedamos en silencio. Al final, meneé la cabeza.

—No sé, Armi, mi sensación con todo esto es que la mente de mi madre era igual de compleja que todos aquellos proyectos científicos en los que andaba metida. No tengo muy claro si algún día llegaremos al quid de la cuestión. No sé si eran celos o que en realidad nunca quiso tenernos.

—¿Pero entonces por qué presionaba tanto para que fuesen las mejores? Si no quieres a alguien, te da igual lo que haga con su vida.

—No, si puede perjudicarte. Para ella su reputación y su imagen era lo primero. Y en esa faceta de su vida, nosotras teníamos que ser la prolongación de su ego: triunfadoras, las dignas sucesoras de la doctora Acosta.

Armi apoyó la cabeza en sus manos, derrotada.

—Dios mío, qué vida más horrible, qué tensión constante, qué oscuridad en el alma.

La miré, esbozando un gesto compasivo. Armi no podía ser más distinta de mi madre, y por eso se alejó de ella. Entendía la culpa que embargaba sus ojos, esa que le decía que por qué no había intentado ayudarla.

—Ni se te ocurra, Armi. Mamá era así y no la habrías podido cambiar. No entiendo de psicología, pero estoy segura de que hay alguna explicación a su forma de procesar la vida.

Nos quedamos calladas, pensando cada una por nuestro lado. La mano de Armi apretó la mía, y cuando la miré supe que iba a darme en toda la línea de flotación.

—¿Sabes lo que significa todo esto, no? No te hagas la loca porque eres demasiado lista para eso.

—Ya estás con la teoría de siempre...

—No es ninguna teoría. Zoe, ¿no te das cuenta de que te acabas de liberar de todo aquello que te ataba? ¿De esa estúpida idea de ser la mejor para demostrárselo a tu madre? Ya no tienes que hacerlo por ella; ahora, si quieres hacerlo, lo harás por ti.

Me levanté. Sabía que iba a tirarme por ese lado, y lo peor era que tenía razón. El ver todos aquellos recortes en el panel me hicieron darme cuenta de que había logrado mi objetivo con ella.

Lo que debía entender ahora era si ese objetivo seguía teniendo sentido para mí.

¿Aceptar más Singapures? ¿Esa propuesta de un organismo internacional que tenía en mi *e-mail* desde hacía una semana?

¿Era eso lo que quería seguir haciendo en la vida hasta jubilarme?

«Vaya viajecito. Si lo sé no vengo».

Me masajeeé la cabeza con las puntas de los dedos, agobiada, y Armi se apiadó de mí.

—No tienes que decidir eso ahora. Date tiempo, aprovecha la casa y deja que tu mente sea libre. En algún momento encontrarás la respuesta.

Esas fueron las palabras mágicas. Oculté toda aquella desazón en algún confín de mi ser y me dije que ya lo pensaría en otro momento. Cuando tuviese más fuerzas y ganas de enfrentarme a otra gran decisión.

Sin embargo, notaba que algo había cambiado en mí. Una especie de ligereza en el pecho se estaba desplegando con alas cálidas. ¿Realmente el demostrar a mi madre había tenido unas raíces tan fuertes en todo lo que rodeaba a mi trabajo?

—Yo no hubiera seguido con lo de las negociaciones si no me hubiese gustado. Ya lo sabes, Armi, lo habría dejado como hice con la medicina. Es un trabajo que me apasiona, me hace exigirme cosas a las que no llegaría de otra forma. Tienes que estar atenta, saber abstraerte, intentar imaginar qué está pensando la otra parte: es un estímulo constante para alguien inquieto como yo. Y sí, he querido ser la mejor porque es lo que me inculcaron en casa, pero sabes que en los últimos tiempos he empezado a elegir: a no aceptar cualquier encargo, a intentar ayudar en la medida en la que pueda.

—Entonces tu cambio de ciclo ya ha comenzado.

Jodida Armi. Siempre me dejaba caer las cosas así, directas, para que las masticase casi sin tragar.

—Puede ser.

Se puso frente a mí y me cogió por los hombros.

—Eres la persona más valiente que conozco, Zoe. Siempre has luchado por lo que quieres. Ahora es el momento de escucharte, de ver cómo te apetece seguir tu vida. El quitarte de encima todo ese peso de tu madre te va a ayudar a dar tus siguientes pasos. Si quieres quedarte a vivir aquí, hazlo; si no deseas seguir aceptando encargos, pruébalo, seguro que hay otra cosa que te plazca más; si decides volver a Berlín y seguir unos años con tu trabajo tal y como es hoy en día, también estará bien. Tienes la suerte de poder elegir, por lo menos por un tiempo. Económicamente estás tranquila,

puedes dedicarte a ti misma un par de años. ¿Por qué no hacerlo? Al fin de cuentas, nunca has parado. ¿Sabes lo valioso que es poder tener un momento para reflexionar?

Y luego su mirada divertida se dirigió hacia la casa de Jackson.

—Además, a ese hombre le gustas mucho. Disfrútalo todo lo que puedas, vívelo con ganas, y ya se verá lo que sale de ahí. Y a mí me tendrás contigo hasta que las musas decidan llevarme con ellas.

Su abrazo me reconfortó, ese aroma picante y cálido siempre me hacía relajarme. Me sostuvo un rato y luego me dijo que era hora de irse. Le dije que ni hablar, que habíamos bebido y que era mejor que se quedase, pero no quiso escucharme. Aunque no vivía muy lejos de Las Acacias, ya no era una niña y me daba miedo que le pasase algo. Bufó al verme la cara y me dijo que como mucho me mandaría un mensaje cuando llegase a casa.

—Y tú deberías ir a tocarle la puerta al hombretón ese que tienes por vecino. Seguro que prefieres dormir con él que con tu vieja tía.

Me reí, era incorregible. La abracé de nuevo, dándole las gracias por enésima vez. Armi siempre me abría la mente, me hacía ver cosas que yo sola no podía, porque tenía una inteligencia emocional muy desarrollada, de esa que a mí me faltaba.

Así que le hice caso y fui a la puerta de Jackson. Me abrió sin decir nada, solo me abrazó, y tras ducharme con toda la dedicación del mundo me metió en su cama.

—Duerme, *milady*. Mañana será otro día.

Lo que no sabíamos era que también sería un día complicado, de esos que remueven el mundo que has creado, y, de paso, el que deseas crear.

14.

NI EN MIS PEORES PESADILLAS

♪ *Secret*, The Pierces ♪

El descubrimiento del santuario había hecho que algo cambiase muy profundamente en mi interior. Algo que sabía que iba a incidir en la vida que llevaría a partir de aquel momento.

De pronto, mi cuerpo me aseguraba con mucha fuerza que quería quedarme en aquella casa. Que todo lo que había estado sintiendo, desembocaba en la certeza absoluta de querer vivir allí. Deseaba poder levantarme por las mañanas y otear si el horizonte estaba cargado de nubes de lluvia o si, por el contrario, la isla de Gran Canaria se veía con tanta claridad que hasta se podían divisar los invernaderos de la costa. Quería coger la Lambretta y bajar a comprar el pan al barrio de Salamanca, pasear por el parque García Sanabria y escuchar el canto de las ranas en los estanques, bañarme en las piscinas naturales de Bajamar y Punta del Hidalgo en pleno invierno, ir de tascas por La Laguna y comprar dulces en La Princesa, volver a bucear y encontrar el pecio de Tabaiba...

Tenía suficiente experiencia vital para saber que cuando el cuerpo pide algo, no te va a dejar tranquilo hasta que se lo des. Pensé en mi coqueto apartamento en Berlín, en el que no había pasado demasiadas noches, y me dije que para tenerlo muerto de risa mejor vivir en un sitio en el que sí quería establecer mi base.

Además, lo del teletrabajo era una realidad asentada, y como yo no tenía oficina ni jefe, podía establecerme donde quisiese mientras tuviese datos o hubiese *wifi*. Las conexiones aéreas no eran malas, aunque normalmente había que hacer escala en Madrid, pero sobre todo en invierno había vuelos directos desde el aeropuerto del Sur hacia todos lados del mundo.

Y si no me gustaba, con irme tenía. Yo era nómada, no tenía ningún problema en cambiar de sitio si el cuerpo me lo ordenaba. No era de esas personas que tenían apego material a sus cosas, si algo no me gustaba o no me convenía en ese momento, la cambiaba por otra.

Solo tenía que poner a alquilar la casa de Berlín y ya está. Con eso me aseguraba una renta que me vendría muy bien para mi tranquilidad financiera.

Mientras yo barruntaba todo aquello durante el desayuno, Jackson me observaba con disimulo. Estaba sumida en un silencio poco habitual en mí, y sé que estaba esperando a que le dijese algo. Aun así, no había rastro de incomodidad entre nosotros. Disfrutábamos de aquel momento envueltos en la magia de unos sentimientos tan bonitos que no éramos capaces de ponerles nombre todavía.

—Esta tarde me la voy a tomar libre —me dijo, revolviendo su café con leche—. ¿Quieres que te ayude con algo?

Me sobresalté y le sonreí con disculpa.

—Perdona, estoy en otro mundo. La mañana ya la tengo planificada: pensaba ir un momento al supermercado, porque no tengo nada en la nevera, y luego quiero... desmontar el cuarto que mi madre llenó con las cosas de mi hermana y mías. No tiene sentido tener una habitación ocupada con todo eso. Me quedaré con lo que más me guste y el resto irá a cajas o a la basura.

Sus ojos no perdían detalle de mis expresiones. Yo no le había contado nada, pero sabía que él se estaba haciendo sus propias cábalas. Acaricié su mano, notando las chispas que saltaban entre nosotros.

—No tengo plan para por la tarde, pensaba descansar. Y contarte... lo que ha pasado.

—No hay prisa. Hazlo cuando te apetezca. Si esta tarde lo que quieres es relajarte, no hablemos de cosas dolorosas.

Tiró de mí y me sentó en sus rodillas.

—¿Qué te parece si encendemos la barbacoa y nos pasamos la tarde bañándonos en la piscina? El día va a estar precioso de nuevo, y sería una lástima desaprovecharlo.

Si eso te lo dicen en el oído, con un susurro grave y olisqueándote el cuello, no hay forma de negarse. Tampoco puedes hacerlo a un beso húmedo, de esos que lanzan escalofríos por todo el cuerpo, y que hacen que la ropa sea un obstáculo urgente de eliminar para poder fusionar nuestras pieles. Gemí sin poder controlarme, y al ver su mirada de animal salvaje supe que por lo menos el día empezaría bien.

Después de un rápido paseo por el supermercado del barrio, dediqué la mañana a desmantelar el santuario. Toda la pared de nuestra infancia la metí directamente en cajas, menos algunos papeles que no tenía ningún sentido seguir guardando y que tiré sin pena a la basura. La pared del panel era otra cosa, sobre todo la zona de Iria. Guardé todo lo suyo en una carpeta y dejé la foto en la que aparecíamos las dos por fuera para ponerla en un marco.

De alguna forma, después de tantos años, había superado el último paso en el duelo de su muerte. Las lágrimas vertidas el día anterior habían supuesto una suerte de aceptación de que mi hermana volviese a mi vida como el precioso recuerdo que siempre tuvo que ser. De pronto podía pensar en ella y reír con las anécdotas que borboteaban en mi memoria, como queriendo salir, después de tantos años ser ignoradas. Acaricié con los dedos su cara sonriente y puse la foto a mi lado.

Decidí quitar los paneles de la pared, aquel corcho ya no tenía ningún sentido. No fue difícil, porque estaban encajados en unos marcos y estos colgados de una alcayata en la pared, pero al quitar mi panel me di cuenta de que detrás había algo. Un recuadro más oscuro se hallaba en una de las esquinas, y entonces entendí que había encontrado la caja fuerte de mi madre.

Me senté en el suelo, intrigada, y mi cabeza se puso a trabajar. Probé varias combinaciones hasta que di con la ganadora: la fecha de la boda de mis padres. «Obvio», pensé con un ligero escalofrío. Abrí la pequeña puerta y me encontré con lo que me imaginaba: los estuches de las joyas de mi madre, algo de dinero en efectivo y unos relojes que habían pertenecido a mi padre. Abrí los estuches y me sumergí en los recuerdos que me traían cada una de las joyas, pero al cabo de un rato, tras tenerlas en mis manos, sentí que no eran para mí. Esos anillos, collares y brazaletes habían pertenecido

a su vida, no a la mía. Me dije que los vendería, y con el dinero que sacase, ayudaría a alguien. Probablemente lo destinaría a iniciativas que a ella nunca le habrían gustado, así hacía un poco de justicia poética a Iria y a sus «zarrapastrosos».

Dejé el cuarto vacío, saqué las cajas que iba a guardar para llevarlas al garaje y el resto de cosas las llevé al dormitorio. Las dejé en una esquina y contemplé el resto de la estancia.

«Si este va a ser el lugar donde voy a dormir, lo primero que haré será comprar un colchón nuevo, luego sábanas, toallas, todo a estrenar, para dar una nueva energía a esta casa: la mía».

Cogí el marco donde estaba la foto de mi madre y el padre de Jackson y la cambié por la de Iria y mía. Puse el marco en la sala, encima de la mesita auxiliar, y me sentí inexplicablemente bien. Luego salí a ver en qué condiciones estaba la barbacoa y me entretuve en limpiarla un rato.

Me asusté cuando dos manos me taparon los ojos y un duro cuerpo me apretó contra sí.

—Estabas tan concentrada que ni te enteraste de que salté el muro.

Me reí y me zafé de sus manos para darme la vuelta con las manos en alto.

—Mejor no te toco que estoy toda sucia.

Sus ojos brillaron con peligro y sin decir nada me cogió en brazos. Empecé a luchar para bajarme, sabía que me iba a tirar a la piscina, y al final me soltó muy cerca del borde.

—No te tiro porque no quiero que llenes el agua de grasa.

Le di un puñetazo en medio del pecho y simuló que se doblaba en dos. Reímos sin poder despegar la mirada el uno del otro.

«Por Dios, cómo me gusta. Porque es solo eso, ¿no?».

Se puso a encender el fuego y yo no pude evitar curiosear en las bolsas que traía. Pimientos rojos y verdes, cebolla y una montaña de entrecots, además de unas papas de gran tamaño, papel de aluminio y una cuña de queso majorero untado con pimentón.

—Nos vamos a pasar comiendo toda la tarde y parte de la noche —exclamé con una sonrisa—. ¿O es que va a venir alguien más y no lo sé?

Sus ojos claros brillaron con humor.

—No sé si eres consciente de lo que cuesta llenar un cuerpo como este.

Se dio unas palmadas en el estómago plano.

—Pues nunca te he visto comer desmesuradamente.

—Es que intento no devorar. Me gusta demasiado la comida y tengo que controlarme.

Le pregunté si quería una cerveza y al volver de la cocina traje unos cuantos cuchillos afilados y unas tablas de cortar. Estuvimos lavando y cortando la verdura para ponerla a asar en primera instancia y envolviendo las papas en papel aluminio para ponerlas en las brasas. La barbacoa cogió fuerza enseguida y ambienté nuestra tarde con música variada, con canciones que iban desde Willie Colón hasta Jarabe de Palo.

Nos bañamos hasta que el sol se ocultó tras las montañas, fuimos comiendo poco a poco, saboreando la sencilla comida y nuestra compañía, hablando de nosotros, nuestros recuerdos, de lo que nos hacía volar y de lo que nos hacía huir, dando pistas como migajas de pan en el camino hacia nuestros corazones.

Era todo tan maravilloso que no entiendo cómo no supe prever que se rompería.

En este caso lo provocó un ruido: un sonido de explosión que reverberó en todo el cielo nocturno, y que, si yo no me hubiese paralizado, me habría dado cuenta de que era precursor de muchos fuegos de colores festivos y brillantes.

En cambio, a mí se me llenó el cuerpo de un terror frío, y cuando ya estaba corriendo para ponerme a salvo fue cuando me pregunté por qué una onda expansiva no me estaba tirando lejos como a una muñeca de trapo, o por qué el cielo no estaba lleno de cosas que caían y que herían.

No sé hacia dónde corrí, pero perdí la consciencia del lugar donde me había refugiado hasta que, al cabo de un buen rato, percibí que estaba cubierta por el cálido cuerpo de Jackson. Me acunaba con toda la calma del mundo, acariciándome la espalda como a un animal asustado, intentando que mi respiración dejase de estar tan agitada como si hubiese estado corriendo una maratón. Gracias a esa tranquilidad hipnótica, sentí que volvía a enfocar la mirada, que el pecho se me expandía y que mi cuerpo poco a poco

empezaba a destensarse. Él también lo notó, porque me apretó con suavidad, y sin decir nada me sacó del hueco de la escalera donde me había metido.

«En sus brazos la vida es mejor», atiné a pensar hasta que me depositó en uno de los sillones de la terraza, muy pegada a él y cerca del fuego.

No me había dado cuenta de que mis manos seguían temblando. Jackson las cogió entre las suyas y las amasó para darles calor. Poco a poco me fui relajando y, con ello, vino la vergüenza.

«Él no tendría que haber visto esto. Qué pensará de mí».

Moví el rostro hacia otro lado y su mano tocó mi mejilla para hacer que le mirase.

—¿Estás un poco mejor? ¿Quieres agua?

Negué con la cabeza. Me arrimé un poco más a él, necesitaba su calidez y el sonido de su respiración para encontrar un ancla que me trajese de vuelta a la realidad. Me abrazó y de alguna forma logré que mi largo cuerpo se acomodase en su costado. Sonaba Lenny Kravitz cantando sobre pertenecer a alguien, y como siempre la música se me metió en el alma, dejando que lo malo empezase a recular y a dejarme tranquila.

Sin embargo, estaba muy preocupada. Aquella reacción denotaba que no todo estaba tan bien como creía. Que todo se me había acumulado y que no era ninguna superheroína.

—Perdona por el susto, no tiene que haber sido agradable. Gracias por estar y ayudarme.

Juntó su cabeza con la mía y un sonido de su pecho me tranquilizó. Su mano jugueteó con mi pelo un rato y luego preguntó con tiento:

—Lo que te ha pasado se lo he visto a personas que han pasado un episodio traumático.

No me preguntó directamente, pero la duda estaba implícita en la frase. Suspiré con aprensión. No había hablado de aquello con nadie, ¿debía hacerlo con él?

Clavé la mirada en sus ojos leoninos y tragué saliva. Era ahora o nunca.

—Esto tiene que ver con lo que me ocurrió durante una negociación. Estaba en Singapur y...

—¿En Singapur? —Me extrañó el tono de su voz, pero yo ya me había apartado un poco de él. Necesitaba espacio para poder narrar todo lo que llevaba ocultando dentro de mí meses. Nadie había sabido lo mucho que me afectó aquello hasta esa noche.

—Acepté un trabajo muy gordo, una negociación complicada que me apetecía muchísimo. Era entre dos partes, una gubernamental y otra particular, una occidental y la otra oriental. Todo un reto para mí, porque lo que más me motiva es descifrar los códigos de lenguajes no verbales diferentes a los nuestros, pero esta vez yo iba con los orientales. Coreanos, para más señas. Las negociaciones tendrían lugar en Singapur, y como tampoco había estado antes, era otro aliciente más.

Cogí aire sin mirarle. No dijo nada, y seguí hablando.

—Estuve allí unos días antes para hacer turismo y para preparar bien toda mi investigación y estrategia. Uno de los que me contrataron me estaba esperando, y fue con él con el que tuve las primeras sentadas para entender cuál era el resultado que querían y, de paso, tener todos los datos que me importaban. La tarea sobre los occidentales ya la tenía hecha: conocía a su negociador, y también quiénes estaban detrás de él.

Le miré por un momento.

—Entiende que no puedo decirte nombres ni cargos, todo esto es muy confidencial.

La expresión de su rostro me pareció rara; aun así, al darse cuenta de que le estaba mirando, mutó a esa impassibilidad que había vislumbrado alguna que otra vez. Fruncí el ceño, extrañada, pero seguí hablando:

—Estas negociaciones suelen ser varias rondas y en ellas puede haber cambios drásticos de un momento a otro. Hay recesos, hay convocatorias urgentes, reuniones sin avisar: todo muy exigente y extenuante. Yo acabo derrotada después de una de estas así, de las grandes.

Empezamos con la fiesta y comencé a divertirme: era de esas que me gustaba liderar. Aunque ya no podía hacer el truco de mis inicios, que era ir a las primeras rondas camuflada para que no me tuviesen en cuenta, me estaba resultando muy estimulante. Y sabía que íbamos a llevarnos el contrato: todo me lo decía.

Por eso una tarde, cuando regresé del comedor del hotel, supe que alguien había estado rebuscando en mi habitación. El trabajo me ha hecho muy observadora, o quizá siempre haya tenido mucha intuición. El caso fue que supe que alguien había estado husmeando entre mis cosas a pesar de que todo parecía estar perfectamente dispuesto, como lo había dejado. Pero un levísimo detalle me hizo entender que sí, que la negociación estaba en peligro, porque, aunque yo nunca dejaba nada trascendental en la habitación, solo el hecho de que alguien entrase a buscar pistas significaba que no se andaba con chiquitas.

Fue ese leve detalle el que hizo que mirase a mi alrededor y sintiese que había cámaras observándome. Llámame paranoica, pero aquella sensación no me gustó nada y sin pensarlo cogí mi bolso, el ordenador, las carpetas y me fui. Pensaba enviar a alguien por mi ropa más tarde, en cuanto me instalase en otro hotel. Bajé en el ascensor con el corazón en la garganta, sintiendo por primera vez que aquel trabajo podría ser peligroso.

Me callé un momento y busqué en mi memoria lo que aquella tarde inundó mi cuerpo: un miedo primitivo, ese que activa el instinto de supervivencia. Ese mismo miedo tiñó mis palabras cuando proseguí:

—Nunca había experimentado algo así. No me considero una miedica, tampoco una mujer de acero, pero debo reconocer que esa tarde me asusté. No me gustó nada imaginar que alguien había estado merodeando por la habitación, tocando mis cosas, buscando cualquier resquicio que le diese información sobre la negociación. Y menos me gustó advertir que estaba metida en un juego más grande de lo que pensaba, donde tenía que haber intereses muy poderosos para estar preocupados por lo que yo pudiera conseguir para los coreanos.

Recogí mis piernas y las abracé, apoyando la barbilla sobre las rodillas.

—He revivido esos minutos miles de veces, intentando entender si pude hacer algo para evitar lo que sucedió después. Pero no, lo tengo claro. Yo solo crucé el *hall* del hotel a toda prisa y me subí a un taxi, a pesar de que la reunión se reanudaba en diez minutos.

Mi cuerpo se escalofrió con violencia y seguí sin mirarle.

—Todo lo que ocurrió después lo recuerdo a cámara lenta. Cómo me subí al taxi y le pedí al conductor que me llevase a otro hotel, daba igual cuál; cómo noté que un coche oscuro se deslizaba a nuestro lado y vi por la ventanilla, dentro del coche, a uno de los coreanos que me había contratado; cómo nuestros ojos se encontraron por un extraño momento y sin venir a cuento me dije que iba a pasar algo malo; cómo me quedé mirando por la ventana de atrás cuando nos alejábamos; cómo cerré los ojos cuando le vi salir del coche y sacar el móvil; y cómo de pronto la luz fue cegadora y el ruido tan ensordecedor que me quedé sin habla, y la sensación de velocidad que cogió al coche al azotarle la onda expansiva que nos hizo volcar.

Mi voz sonó estrangulada al hablar de nuevo.

—¿Has visto una película de Lars von Trier que se llama «Melancolía»? La primera escena de la película muestra a Kirsten Dunst con decenas de pájaros muertos cayendo del cielo a su alrededor. Así me sentí yo cuando salí del coche: del cielo no paraban de caer cosas, probablemente muchas de ellas restos calcinados de los coreanos que iban en el coche.

Volví a parar, me estaba costando horrores poner las palabras para describir aquello. Significaba vivirlo de nuevo, como si colorease otra vez las imágenes que estaba intentando exterminar de mi memoria.

—No me pasó nada, pero de todas formas me llevaron al hospital para hacerme un chequeo. Luego vino la policía a hablar conmigo, y se interesaron mucho por el hecho de que habían entrado en mi habitación. A posteriori supe que aquella bomba la había puesto un conglomerado de interesados en que el acuerdo no saliese hacia delante. Supongo que serían los mismos que rebuscaron en mi habitación.

De ahí volví a Berlín y pasé una semana encerrada en mi piso, muerta del miedo. Pensaba que los que habían orquestado el atentado querrían eliminarme, después entendí que yo ya no era peligrosa para sus intereses. La negociación se había roto, los coreanos se habían retirado después de aquel acto de violencia y a mí nadie me molestó nunca más.

Pero yo nunca estaré igual después de eso. Toda aquella sordidez creó una brecha en mí, un trauma o como quieras llamarlo, que aparece de vez en cuando. Ya sé que debería ir a tratarme, aunque bastante tengo con contarte esto hoy. No lo había hecho con nadie antes. No quería que mis tíos supiesen que había estado en peligro, o las pocas amigas que tengo, que de vez en cuando salgo corriendo si oigo ruidos como el de un volador , al igual que hoy.

Seguro que me dirás que necesito ir a hablar con un profesional, así que ahórratelo porque ya lo sé. Lo haré en cuanto me instale aquí. No quiero seguir teniendo miedo, Jackson, es una sensación muy jodida.

No le había escuchado moverse ni un milímetro de su sitio, y me aventuré a mirarle. Estaba con la cabeza gacha, con los codos apoyados en las rodillas y toqueteándose los dedos de una mano con los de la otra.

Ese hombre estaba nervioso y no entendía por qué.

Puse la mano sobre su rodilla y paré el repiqueteo que hacía la suela de su zapato contra el piso.

—¿Qué te pasa? —inquirí, extrañada. Se levantó como un resorte y comenzó a caminar delante de mí, pasándose la mano por la cara como queriendo quitarse algo de los ojos.

«Quiere decirme algo importante y no sabe cómo».

Me senté con las piernas cruzadas y le miré, expectante. Al final se paró ante mí y bajó los brazos, en signo de clara derrota.

—No sabía que habías estado involucrada en lo de la bomba. Si hubiera imaginado que ibas a irte, que ibas a salir a la calle, habría hecho algo...

Mis oídos resonaban con eco, como lo hicieron después del atentado.

—¿Qué? —Mi voz subió unos cuantos decibelios, y su cara fue la de un hombre tremendamente culpable.

—Yo estaba en Singapur, Zoe. Yo fui el que entró en tu habitación para robarte los documentos.

Me levanté, negando con la cabeza. Aquello era absurdo. ¿Y por qué...?

Entonces recordé aquellos esclarecedores detalles que no había querido ver: nuestro primer encuentro, donde él no pudo disimular que me conocía; las veces que le había pillado serio y con cara de casi enfadado sin razón aparente, o por qué él nunca me preguntó por mi trabajo como yo sí hice con el suyo.

Claro, él lo sabía todo de mí, menos lo que le acababa de contar. «Tremendo hijo de puta».

El enfado empezó a bullir en mi interior con peligro. Me acerqué a él como una serpiente a punto de atacar y le señalé en el pecho.

—¿Y has estado conmigo todos estos días sin decirme nada? ¿Follando conmigo, diciéndome cosas bonitas, haciéndome creer que...?

Me callé en el momento justo antes de cometer una estupidez.

—Y no me digas que no has tenido un momento para contarme esto. Los has tenido a manos llenas. Es que ya hasta me pregunto si esto también forma parte de un plan. —Apenas me llegaba el aire a los pulmones, y creo que nunca había estado tan furiosa—. Fuera de aquí. No te quiero cerca. Eres un puto farsante y un mentiroso.

Estaban siendo demasiadas emociones para mi cuerpo y noté que la voz comenzaba a temblarme. Él se acercó a mí, con los ojos claros inundados de preocupación.

—Por favor, déjame que te lo explique. No sabía cómo empezar, y luego todo fue convirtiéndose en lo que ahora tenemos, y cada vez era más difícil porque no quería romper...

—Pues lo acabas de romper tú solito hace un instante.

Mi voz fría le hizo recomponerse y me miró a los ojos. Era muy difícil no creerle, pero no podía dejarle salirse con la suya. Me había roto por dentro con sus mentiras, y eso no se lo iba a perdonar así como así.

—Quiero explicarte todo desde el principio, por favor, solo déjame eso: que te cuente mi versión de todo esto.

—No.

Me situé delante de él con los brazos cruzados y aguantando las ganas de llorar.

—No. Ahora quiero que te vayas. No puedo...

Mi voz se quebró justo cuando no quería.

«Eres una llorona de mierda, Zoe Wagener».

Vi que él estaba luchando por no acercarse y agradecí que no lo hiciera. No hubiese soportado que me tocase. No quería ni que me rozase con su aliento.

—De acuerdo, me iré. Pero mañana temprano vendré y te contaré mi parte de la historia.

—No quiero saber nada de ti si has estado metido en lo del atentado —le dije con toda la serenidad que pude. Vi que suspiraba con cansancio y que se pasaba las manos por la nuca.

—Nada es blanco o negro, Zoe. Por eso te pido que me escuches. Por todo lo que hay entre nosotros, te lo ruego. Déjame contártelo.

Joder.

No me pude resistir a aquellos relucientes ojos color avellana. Me habían prometido tanto que en el fondo no podía creer que me hubiese mentido. No del todo.

—De acuerdo. Mañana tienes una hora para contarme lo que creas conveniente, pero ahora te vas. No te quiero cerca.

Asintió y bajando la vista se fue. Yo me abracé a mí misma y, de pronto, me sentí muy sola. Y eso me gustaba menos que la traición de Jackson.

15. PARAÍSO PERDIDO

♪ *De las dudas infinitas, Supersubmarina* ♪

Supongo que aquella noche debería haber sido de las toledanas, de esas cuya consecuencia directa habrían sido unas ojeras profundas y violáceas y la palidez de un rostro demacrado. Tenía todas las papeletas para que lo hubiera sido. Una noche en la que las horas se habrían pasado lentas, llenas de ansiedad e inquietud, de pasos agitados por la casa, deseando que saliese el sol y no seguir pensando en todo aquello.

En Jackson y la gran mentira que había protagonizado. En imaginármelo allí, en Singapur, al mando de un ordenador con el que accedía a las cámaras y a mi vida dentro de aquella habitación de hotel. Observándome para ver si encontraba algún dato clave para la negociación, mientras yo me lavaba los dientes, hacía pis, me cambiaba de ropa o simplemente me rascaba el culo cuando me picaba. Violando mi intimidad para rebuscar entre mis cosas y encima hacerlo de forma pésima, porque hasta yo, que no era una experta en el tema, había percibido que alguien había movido los papeles de sitio. Metido de lleno en aquel complot para eliminar a los coreanos de la ecuación a través de la violencia más pura y cobarde. Preparando meses antes todo aquel operativo donde le había tocado una misión de lo más aburrida: actuar de *voyeur* de una chica sosa que... Oh Dios, de sosa nada, recordé. La ciudad y su atmósfera llena de gente y colores me había inspirado para bailar como vía de escape de la tensa negociación. La de coreografías que se habría gozado ese cabrón.

Esa noche habría pensado también en lo que me hacía sentir. En ese violento estallido de colores y sensaciones que contenía una sola mirada que compartíamos. No podía resistirme a la esencia de su piel, era el hechizo más poderoso del mundo, y me había cazado

desde el primer momento, desde aquellas frases compartidas en mi balcón y su murete. Estaba hecho para mí, con su humor chispeante, su sexto sentido, esa resolución decidida que tenía ante los problemas, cómo fluía en cualquier entorno, su —supuesta— franqueza, la boca tan sucia y traviesa que sacaba a pasear siempre que quería picarme, ese cuerpo de gladiador y su sensibilidad, con la que parecía adivinar cualquier cosa que se me pasaba por la mente.

Habría tenido que sincerarme conmigo misma y decirme que me había enamorado como nunca. Que aquello no era una tontería. Que, por eso mismo, el haber descubierto su mentira me dolía el doble.

No lo entendía. No podía encontrar la razón por la que no había sido capaz de decírmelo. Que a pesar de que nuestros sentimientos se estaban enredando cada vez más a medida que pasaban las horas, no se había decidido a ser franco y a no esperar que fuese yo la que lo descubriese. Porque al final lo habría hecho: un par de gestos contritos más y le hubiera sonsacado qué le pasaba. Solo que mi estrés postraumático había elegido manifestarse antes de tiempo.

Encima eso. Sí, claro que sabía que no estaba bien. No era tonta y no hacía falta hacer un máster para diagnosticar que las pesadillas que tenía recurrentemente se debían a aquella vivencia tan aterradora. Pero lo de aquella noche era la primera vez que me ocurría así, de esa forma tan brutal, y con turbación me dije que tenía que buscar ayuda. Debía tratar aquello que anidaba en mi interior como un ser oscuro que se manifestaba de vez en cuando con duras consecuencias para mi mente y mi cuerpo. No podía dejar que fuese a más y que el resto de mi vida lo pasase sobresaltada y con miedo de no poder controlar mis reacciones.

Con todo esto, estaba claro clarinete que habría estado toda la noche llorando y pensando en si podría volver a confiar en él, en si todo lo que habíamos vivido también era parte de un plan, otro en el que quizá la violencia fuese de nuevo protagonista, o en por qué todo se había liado tanto cuando por primera vez en mucho tiempo me entregaba tan de verdad. Me costaba creer que nuestra historia estuviese basada en una mentira, ya que no podía encontrar una

sola razón por la que le interesase estar conmigo más allá de lo que creía que teníamos, pero la duda anidaría siempre en mi interior a no ser que él la eliminase siendo sincero y honesto de verdad.

Así debería haber sido mi noche, unas horas en vela para seguir desgastando mi cabeza todavía aturullada tras haber revivido las horas de terror de Singapur. No obstante, mi cuerpo me sorprendió con una exigencia mayor: no sé cuándo ni cómo pasó, pero me dormí en el sofá, allí donde había establecido mi cama improvisada, con los brazos abrazando un cojín y tan exhausta que no me enteré de nada hasta que el sol comenzó a salir y me despertó con una claridad deslumbrante.

Lo que sí pasó cuando me abrí los ojos, fue sentir que me faltaba el aire. Me levanté, apretándome el pecho, y salí corriendo a la ventana a intentar encontrar alguna ráfaga de viento que barriese la angustia de mi interior.

No hubo suerte. En Las Acacias no se movía una rama.

Miré hacia el mar y al verlo picado, lleno de pequeñas crestas de espuma, supe adónde ir. Necesitaba atragantarme del aire marino, el único que podía abrir mi garganta agarrotada y el pecho bloqueado. Me vestí con rapidez y me subí en la Lambretta, que arrancó a la primera, ronroneando con alegría.

La carretera serpenteante me hizo dejar atrás la playa de Las Teresitas y en nada comencé a bajar hacia la costa, hacia Las Gaviotas. Aquella playita de arena negra y limpia nos había acogido muchas veces de jóvenes, al principio por la tontería de ir a la zona nudista a reírnos de los alemanes puretillas y los *hippies* añejos, luego porque realmente nos encantaba el ambiente y la libertad de las olas, que no estaban prisioneras por un dique, como en Las Teresitas.

A esa hora allí no había nadie, y menos un día de febrero. Aparqué en la misma entrada de la playa y me descalcé para hundir los dedos en la oscura arena volcánica. La marea estaba baja, así que la playa estaba más grande de lo normal, y me dirigí hacia la orilla. Necesitaba sentir cómo el agua me lamía los pies a la vez que el sol me cegaba al salir de su lecho marino. Allí no se escuchaba nada, solo el mar y el suave viento, ni siquiera las aves habían despertado aún.

Inspiré el aire marino y lo dejé salir fuerte, como si quisiera expulsar también mis miedos y mis inseguridades. Volví a saborear una bocanada y a devolverla cargada de todo lo tóxico que no quería en mi interior.

Aire dentro, aire fuera; aire dentro, aire fuera.

Singapur, mi madre, Jackson... Tenía que ventilar todo aquello, limpiarlo, transformarlo, porque después de todo aquello iba a ser imposible seguir igual que hasta entonces.

Aire dentro, aire fuera; aire dentro, aire fuera.

Aceptar, perdonar, concederme, empatizar, romper esquemas e ideales.

«Respira, Zoe».

Seguí llenándome de aire: inspiré con todas mis ganas, espiré hasta quedarme vacía, y con la siguiente respiración me llené de sal, de energía, de calma, de reflexiones, de vida. Quedaría genial decir que tuve una revelación, que me di cuenta de cosas que antes había pasado por encima, que me perdoné otras que tenía en la recámara desde hacía mucho tiempo, pero en realidad no fue así. Fue más sencillo que eso. Solo respiré como hacía meses que no lo hacía, sin pensar en nada ni en nadie.

Y quizá no sacase nada en claro de todo aquello, pero me sentí otra. Más liviana, más consciente, más plena.

Seguía enfadada con Jackson, sí. Eso era un hecho. Muy enfadada, además. Sin embargo, ahora podría escucharle de verdad, con más equilibrio y quizá pudiendo llegar a entenderle.

Y con lo de mi madre había llegado a un consenso conmigo misma: nunca sabría por qué actuó así, ni en nuestra infancia ni en este último año. Decidí que no iba a malgastar más tiempo ni energía en comprenderlo. Me quedaría con que algo se le debió remover al empezar a cumplir años, y quizá esa fuera su forma egoísta de redimirse. A saber. Lo positivo que podía sacar de todo aquello era que su inesperado santuario me había traído de vuelta a mi hermana. Ahora podía vivir en mi recuerdo porque yo ya era capaz de decirme en voz alta que no iba a volver.

Me despojé lentamente del pantalón, del suéter, de la camiseta, de la ropa interior. El día estaba despejado, pero el aire era fresco: la calima se estaba yendo. Esa tormenta de arena que me había

sacudido y que ahora, tras su turbulento paso por mi vida, empezaba a soltarme y dejarme volar.

Sonreí y me adentré en el agua. Estaba fría, como siempre lo estaba el mar de las islas y más en invierno, aunque era ese frescor el que podía quitarme la arena de los ojos y dejarme ver de una forma limpia y nueva lo que tenía ante mí.

El mar tiene una gran virtud, y es que cuando estás en sus brazos, solo perteneces a él. Rodeada del frescor y la energía de las olas no era capaz de pensar en nada más sino en disfrutar aquellos minutos de plena libertad, buceando bajo la espuma y dejándome llevar con cada batiente. Me quedé en la orilla, permitiendo que la marea me meciese, disolviendo cualquier resquicio de debilidad. Cerré los ojos y supe que estaba preparada para hablar con Jackson.

Me tomé mi tiempo para volver a casa. El baño matutino me habría abierto el apetito y decidí parar para desayunar. El café con leche y la pulguita de pata asada con queso blanco hicieron subir mis niveles de azúcar y la curvatura de mi sonrisa. Conduje de vuelta con tranquilidad, esa misma que se volatilizó en cuanto llegué a mi casa y me encontré a Jackson sentado en las escaleras de la entrada, esperándome.

Su expresión fue de un alivio extremo cuando me vio.

—Pensé que te habías ido —soltó sin filtro alguno. Me bajé de la moto intentando invocar esa calma que me había abandonado.

—No es mi estilo. Te prometí que hablaríamos, y aquí estoy.

—No te escuché irte.

—Será que te olvidaste de enchufar las cámaras y perdiste la señal. —No pude evitar la ironía y noté que le había dado—. Me gustaría ver tu centro de mando, debe de ser todo un alarde de tecnología. ¿Me invitarás a verlo?

—Joder, Zoe, que aquí no hay nada de eso. Puedes creerme si te digo que no sabía quién eras cuando tu madre hablaba de ti. Ni cuando te vi de lejos bailando en el balcón.

«Eso me lo apunto para más tarde. ¿Qué diría mi madre de mí?».

Abrí la puerta y entré, esperando que me siguiese. Su presencia me ponía nerviosa y mi cuerpo era un traidor barato: al notar su

calor, mis células comenzaban a revolucionarse y a pedirme que me acercara a él. Era una sensación eléctrica, como un chispazo que se prendía en toda la habitación cuando estábamos juntos. Y lo habíamos alimentado, oh sí, de las chispas del inicio ahora nos habíamos convertido en tormenta eléctrica de esas que funden ciudades enteras. Su brazo rozó el mío y los dos nos sobresaltamos: casi pude escuchar el sonido del trallazo y cómo viajó directamente hasta mi entrepierna.

Me alejé de él con toda consciencia y salí al jardín, donde me apoyé en la mesa. Él se sentó después de mirarme, como pidiendo permiso, y luego depositó las dos manos sobre la mesa.

«Muy bien, Mr. Nigma. Por lo menos empiezas enseñando todas tus cartas».

—Para poder explicarte todo lo sucedido en Singapur, necesito contarte mi historia desde el principio.

En su voz hubo un leve deje interrogante que solventé con una inclinación de cabeza. Llegados a este punto, era mejor saber la película completa. Jackson tomó aire y fijó sus ojos claros en mí, esta vez serio y concentrado.

—Creo que ya mencioné con anterioridad que cuando mi madre murió, me descontrolé bastante. No dejé de estudiar, pero me metí en mundillos poco recomendables. Mi padre no se estaba enterando demasiado de lo que yo hacía y aproveché eso para intentar matar la tristeza a base de otras cosas. Con eso me refiero a trapicheos con sustancias varias, palizas, carreras ilegales, todo lo que me hiciera sentir adrenalina y que estaba vivo. Tuve suerte, nunca me pillaron, pero ahí ya llamé la atención de gente de ese mundo que se quedó con mi nombre y mis habilidades.

A pesar de estar metido en toda esa mierda, entré en la universidad y encontré mi vocación. Aquello fue lo que me salvó, porque me alejé de todas aquellas actividades peligrosas y me centré en lo que se debe enfocar un estudiante. Además, me aficioné a cosas menos complicadas como el boxeo y las competiciones matemáticas. Sí —dijo sonriendo al ver mi expresión—, en Oxford había en aquella época unos clubes no oficiales en los que se lanzaban retos matemáticos y físicos de la leche y los más intrépidos nos lanzábamos a resolverlos. Y digo intrépidos porque si

fallabas, la penalización era enorme, peor que una novatada. Me hice una reputación con rapidez y justo al terminar mi doble licenciatura me contactó un hombre al que había conocido en el pasado, cuando estaba casi siempre metido en líos. Me ofreció trabajo, primero en un negocio legal y muy interesante para alguien como yo, y poco a poco me fue metiendo en los entresijos de algo que no se me mostró como era en realidad hasta unos años después.

Suspiró y sus dedos tamborilearon sobre la mesa.

—Estuve mucho tiempo sin saber que estaba trabajando para una organización de gente con mucho poder y dinero, y que quería seguir manteniendo ese poder y ese dinero a toda costa. Eran empresarios ingleses, en su mayoría del norte del país, y con el tiempo fui siendo consciente del dinero que movían. Era absolutamente inmoral, con aquellos flujos de libras se podría haber sacado de la hambruna a un país del tercer mundo. Yo empecé a convertirme en alguien respetado en la organización: aparte de mis dotes informáticas, se me daba bien el trabajo de campo. Pero al cabo de un tiempo empecé a ver cosas que me hicieron sonar todas las alarmas, y entonces hablé con mi padre.

Había sido prudente y mi relación con él pasaba desapercibida. Para la organización, para ese G-8 de mafiosos con pátina de respetabilidad, yo no era Jackson Grant, sino otra persona discreta y sin pasado en la que depositaban cada vez más y más responsabilidad. Lo que ellos no sabían era que mi padre trabajaba para la Casa Real Británica en un puesto de alto rango, y por lo tanto tenía un exacerbado sentimiento de servicio a la patria y a la reina por encima de todas las cosas. Cuando hablé con él, escondidos en una choza de la costa de Cornualles como si estuviésemos en una película de espías, vi que apretaba la mandíbula y me dijo que lo que le estaba contando necesitaba escalarlo. Que aquello no podía resolverlo él solo, sino que tendríamos que ser muy prudentes para que lo supieran quienes podían ayudarme.

Así fue como me convertí en un agente infiltrado en aquella organización de gente que aparecía en las revistas del corazón ofreciendo grandes cenas de gala para recaudar fondos benéficos, y

luego partían las piernas sin conmiseración alguna a un chiquillo de dieciséis años por no entregarles una bolsa de hachís. Por una deuda de cien libras he visto cómo rajan la cara a una persona, Zoe.

La tensión estaba agarrotando mi garganta. La voz de Jackson, desprovista de emociones, me estaba asustando más que cualquier película de terror. Porque ese terror era de verdad, del que pone bombas en coches o entra en tu casa para matarte.

—El objetivo de mi infiltración era hacer caer a aquella organización, pero eso era algo que no se conseguía en meses. Al contrario, se trataba un trabajo de hormiguita, de esos que a veces te desespera porque parece que no avanza. Estuve más de diez años llevando una vida al filo de la navaja, donde cualquier descuido me podía hacer caer, intentando ganarme la confianza de los grandes jefes a la vez que informaba de lo que ocurría al Servicio de Seguridad. Por eso nunca me acerqué a nadie, nunca pude darme el lujo de pensar en formar una familia, ni siquiera podía ver a mi padre si no era fuera de Inglaterra. Era todo demasiado peligroso para exponer a alguien a quien quisiese.

Se quedó callado unos segundos, y luego reanudó su relato. Yo no podía moverme, mi cuerpo se había quedado rígido a medida que iba desentrañando su historia.

«Esto parece sacado de una película, no puede ser verdad. Quizá se lo esté inventando todo. Pero por increíble que me parezca, le creo. Su mirada no me está engañando, a pesar de que haya sido un profesional de la mentira durante muchos años».

—Supe que algo gordo iba a pasar cuando me dijeron que tenía que irme a Singapur. Nunca habían requerido mis servicios fuera de territorio británico, y eso alertó a mis jefes y a las jerarquías superiores del MI5 y, a partir de ese momento, del MI6. Me pidieron que fuera muy cauteloso y que no utilizase los canales de comunicación habituales, porque se olían que si lo que la organización estaba preparando fallaba, podrían echarles finalmente el guante. Desde hacía años tenían información que yo les había ido pasando muy a cuentagotas para que pudiesen ir armando un macro caso contra todos ellos. Si esta aventura oriental era la meada fuera del tiesto que estaban esperando, yo necesitaba hacer un trabajo impecable.

En la organización me reunieron para contarme de qué iba la película de una forma bastante poco habitual. Sí, eran criminales, pero aquello iba a ser lo más importante que habían preparado nunca. Y todo porque veían peligrar el contrato más suculento que tenían con el gobierno británico a favor de unos coreanos que venían con mejores precios y contrapartidas. Y que, además, habían contratado a la mejor negociadora de acuerdos económicos del mundo occidental: tú.

Tragué saliva. Ni el piropo me salvó del escalofrío.

—Mi misión era observarte y saber todo sobre ti hasta el punto de poder acceder a información que fuese relevante para la negociación. Mis jefes querían estar al tanto de todo y tener la potestad de sabotear el acuerdo con datos falsos, pérdida de documentos importantes, lo que fuese necesario para que ese trato no se firmase nunca. Yo pensé que esa sería la línea de actuación, no lo que finalmente hicieron.

Me miró de soslayo y noté que ahora empezaba la parte que menos quería escuchar. La que me concernía a mí.

No podía evitarlo, pero tenía miedo de lo que pudiese encontrarme.

16. UNA HISTORIA DE MUY ADENTRO

♪ *No puedo vivir sin ti*, Coque Malla ♪

Fui a buscar una botella de agua y dos vasos, estaba segura de que Jackson lo necesitaba con urgencia. Le vi secarse las palmas de las manos en sus pantalones cortos y mi corazón dejó de latir por un instante. ¿Qué me iba a contar que lo tenía tan nervioso?

—Yo no sabía quién eras tú hasta que te vi la primera vez. Antes de eso, eras solo un objetivo, alguien que se hospedaría en una habitación de hotel que yo tendría perfectamente preparada para poder tenerte observada las veinticuatro horas del día. Necesitaba saber dónde guardabas tus notas, tu ordenador, la contraseña, aunque a un *hacker* como yo pocos sistemas se me resistían.

No pudo evitar sonreír con admiración.

—Joder, jamás hubiese pensado que no tenías nada en tu ordenador. Solo los archivos de tus finanzas personales. No pude encontrar ningún dato referente a una negociación, ni actual ni pasada, en la memoria del mismo, ni tampoco en ninguna nube externa. Eso ya lo chequeé incluso antes de que volases a Singapur, y me molestó porque eso significaba que iba a tener que implicarme en el trabajo de campo. Y lo menos que me apetecía era hacerlo en un caso tan turbio y encima por una negociadora cuya trayectoria era tan de *golden girl* que daba asco.

Bufé, enarcando las cejas, y volvió a sonreír.

—Sí, es así, tu currículum es para enmarcar y por lo que había visto, parecías la típica repipi con un palo en el culo que luego saca el látigo para conseguir lo que quiere. No eras el tipo de mujer que llamase mi atención, por lo menos a priori. Pero luego llegaste a pasar tus primeros días de vacaciones en Singapur y me enganché a ti como el que se engancha a un *reality show*.

Esta vez la sonrisa le llegó a los ojos y yo sentí que me encendía.

—Me encantaba verte entrar por la puerta con miles de bolsas en las manos, un ramo de flores gigante atado a una cuerda y balanceándose en tu hombro, y con unos zapatos diferentes a los que tenías puestos cuando te fuiste, porque seguramente los destrozaste de tanto caminar. Lo ibas dejando todo sobre las diferentes superficies, te quitabas los zapatos de una patada y te ibas despojando de la ropa hasta quedarte en ropa interior. Nunca había conocido a una mujer que se sintiese tan bien en su propia piel, Zoe. El verte era erótico, sí, pero por encima de todo me hacía sentir feliz porque sabía que tú también lo eras. Que llevabas todo el día absorbiendo las diferentes culturas, los idiomas, los sabores, los olores, y eso te daba vida. Luego ponías música y empezaba el espectáculo: de nuevo tus ganas de vivir, tu sonrisa, la energía de tus movimientos al bailar por toda la estancia mientras ibas ordenando las bolsas y haciendo mil cosas a la vez. Desaparecías en la ducha y yo me lamentaba mil veces el no haber instalado una cámara en el baño, aunque sabía que nunca lo hubiese hecho; tu momento de tomarte una copa de vino en el balcón, contemplando la ciudad, y luego las noches. Malditas noches en las que te veía en la cama dando vueltas, tus momentos de intimidad...

Me puse roja y apenas me salió la voz.

—No me digas que viste...

—Sé lo que hiciste aquel día con ese aparato. —Su voz estaba empezando a engrosarse del deseo, de nuevo las llamas se prendieron entre nosotros. Jadeamos, palpitando, y alguno de los dos, ya ni recuerdo cuál, reculó.

—Perdona, sé que no estuvo bien, pero....

—Nada de eso estuvo bien, Jackson, así que ahórrate las disculpas por ese momento en concreto.

Asintió, admitiendo su culpa. Tardó unos segundos para encontrar las palabras para proseguir.

—Luego empezaron las negociaciones y vi cómo te preparabas según el personaje que ibas a interpretar ese día. Y por mucho que miraba, no encontraba dónde tenías tus notas. No entrabas con ellas en la mano, no las sacabas del bolso, y sé que eran folios, por lo que no podían caber en cualquier lado. Incluso pensé que te las metías en las bragas, y chequeé las cámaras del hotel para ver si

después de las reuniones lo siguiente que hacías era ir al baño, pero nada. Nunca fui capaz de averiguar qué hacías con ellas.

Tuve que sonreír, orgullosa y con cierta sorna.

—La explicación es más fácil de lo que parece, señor agente especial al servicio de su majestad. ¿De verdad que nunca lo intuiste?

Meneó la cabeza y me miró, expectante. Puse cara de enterada y se lo dejé caer.

—Las dejaba siempre en una mesa auxiliar que había a la salida de la sala de reuniones. Si las hubieras cogido, habrías visto que estaban llenas de frases en latín.

Me toqué la cabeza.

—Nunca me han hecho falta apuntes. Lo tengo todo en la mente. Todo lo importante, al menos. Tengo una memoria más allá de lo fotográfica y no me olvido de nada, si no quiero.

—Entonces los papeles que había en tu habitación eran superfluos e innecesarios —confirmó él con admiración en la voz—. Y mira que los intenté dejar de tal forma que sabrías que alguien los había tocado.

—Menos mal que los revisé. Estaba buscando otra cosa y se me ocurrió mirar allí. Enseguida me di cuenta de que los había tocado alguien.

Entonces lo entendí.

—Espera... ¿Me estás diciendo que dejaste los papeles así para avisarme? ¿Para decirme que me estaban espiando?

Me miró con gravedad y su confirmación sonó con fuerza entre nosotros.

—Quería que supieras que estabas en peligro. Que quizá con ese dato te retirarías y dejarías a los coreanos a su suerte. Yo no sabía lo que la organización estaba tramando, pero sí les notaba acojonados y muy nerviosos. Estaban viendo peligrar el contrato que aseguraba la supervivencia de la organización. En los últimos tiempos las cosas no estaban yendo tan bien, y las ganancias de aquel acuerdo eran las que hacían que los jefes pudieran mantener su nivel de vida. Conoces bien el alcance de ese acuerdo: el que se lo llevase, tenía la existencia solucionada.

Asentí. Era el *deal* más tocho que había tenido el placer de negociar.

—Lo que no pude prever era que saldrías corriendo de la habitación. Actuaste con decisión, con claridad: si allí había amenazas, necesitabas buscar un lugar seguro. Siempre pensé que pedirías un cambio de habitación, o que llamarías a alguien, pero no que actuarías sobre la marcha haciendo caso a tu instinto.

Luego su voz bajó, apenada.

—Nunca hubiera imaginado lo del atentado. Joder, volaron a aquellas personas y los que estuvieran a veinte metros a la redonda sin ningún tipo de miramiento. Sin embargo, al hacerlo fueron descuidados, y pude interceptar varias valiosas llamadas y correos electrónicos que luego sirvieron para meterlos entre rejas. Allí están todos, desde los más capos hasta los mindundis, y yo también.

Le miré sin entender. Ladeó la cabeza y se encaramó a la mesa, como para enfatizar lo que me iba a decir.

—Yo estoy encarcelado en una prisión de alta seguridad en un condado al sur de Inglaterra, o al menos allí hay alguien que aceptó el trato en mi nombre para librarse de algo aún peor. Para mí no es seguro estar en territorio británico, todavía no. Por eso estoy aquí. Y por ahora nadie ha hecho preguntas. Pero la organización era muy grande y nunca se sabe si por algún resquicio alguien puede ponerse tras mi pista.

—¿Y aun así...? —No pude terminar la pregunta. Hacía unos días me había dicho que había dejado pasar a una mujer estupenda por el peligro que conllevaba su trabajo. Si ahora todavía no estaba seguro del todo, ¿por qué había dejado que pasase todo aquello entre nosotros?

—Sí, aun así, me lancé contigo. Pensé que si la vida me ponía delante una oportunidad como esta, no podía desaprovecharla. Porque tú no me conocías, pero yo ya estaba enamorado de ti desde Singapur.

Me faltó el aire durante unos segundos y apenas pude hablar.

—Pero si jamás hablaste conmigo, solo me viste a través de unas cámaras... No puedes enamorarte de alguien así, a no ser que seas un enfermo como los de las películas.

Se rio, pasándose la mano por la cara.

—Yo pensé lo mismo, que parecía el típico psicópata, como en aquella peli de los noventa de Sharon Stone. Que así nadie se podía enamorar, que como mucho aquello era una consecuencia directa de mi falta de sexo, de la inexistencia de situaciones así, tan cotidianas y sencillas, con una mujer, de que en el fondo aquello era un soplo de aire fresco en el mundo oscuro y rígido en el que vivía... Pero cada vez que te veía sonreír, bailar, hablar por teléfono o simplemente fruncir el ceño concentrada con tu trabajo, las ganas de tocarte o de robarte ese gesto gracioso que sueles hacer cuando quieres gastar una broma se me salían por la boca. Me moría por poder sentarme a tu lado en el comedor, hacerme el encontradizo y saber a qué olías, si tu piel era tan suave y radiante como la que veía a través de las cámaras.

Sus ojos chisporroteaban motas doradas, pero mi interior supo que aquello iba en serio.

—Me llené de ti y de tu calidez, tanto que me arriesgué a dejarte una señal. Un ladrón profesional habría rebuscado y luego lo habría dejado todo como estaba, pero yo necesitaba decirte que estabas en peligro. Sabía que algo iba a pasar, porque la negociación estaba saliendo bien para los coreanos y tenía muy claro que o los eliminaban a ellos o te eliminaban a ti. Intenté enterarme, pero solo encontré hermetismo. Eso me asustó, porque yo ya tenía poder ahí dentro. Si no me lo decían a mí, es que era algo muy grande y no querían que lo supiese mucha gente.

Cada día que pasaba, sabía que no podía dejar que te ocurriese nada. Entonces llegó la noche... la noche del aparatejo de los cojones.

Cerré los ojos, abochornada; sin embargo, él siguió como una locomotora, queriendo sacar de sí mismo todo aquello que llevaba rumiando demasiado tiempo.

—Venías un poco tensa después de la reunión de ese día y decidiste no bajar a cenar. En cambio, te duchaste, te pusiste un kimono negro y verde y pediste una botella de vino. Recuerdo observarte cómo te la tomabas en silencio y cómo luego te levantaste como una diosa y dejaste caer el kimono. Esa imagen me ha perseguido todos estos meses. —Vi que se mordía el labio y en mis oídos resonaron sus roncós gemidos, esos que salían de su

pecho cuando me empalaba—. Me volví hacia otro lado, no quise ser culpable también de ver en directo cómo le hacías el amor a esa cosa, pero cuando empecé a escucharte... Tuve que irme al baño a cascármela a dos manos, con la frente apoyada en la pared y con la mandíbula que parecía que se me iba a romper. No la había tenido tan dura en mi vida.

«Latiendo. Estoy latiendo por todos lados, y aunque debería seguir enfadada, si me cogiese de la mano me sentaría a horcajadas sobre él y me frotaría hasta sacarle brillo. Solo el pensar en él masturbándose con mis gemidos resonándole en los oídos podía hacer que me corriese sin que me pusiese un dedo encima».

—Esa noche me dije que al día siguiente iría a cenar al hotel y me acercaría a ti. No podía resistirlo más. Les diría a mis jefes que me relevasen de la observación y que prefería buscar otra forma de acceder a los datos. Pero al día siguiente me dijeron que había un cambio de planes, que necesitaban que me deslizase en tu habitación para robarte las anotaciones, y el resto ya lo sabes.

—No encontraste nada, y por eso mataron a los coreanos.

Decirlo en voz alta resultaba peor que pensarlo. Me senté, de repente sin fuerzas. Su voz sonó preocupada.

—Ni se te ocurra pensar que esa gente murió por tu culpa. Aunque yo hubiese encontrado algo, la negociación la iba a ganar tu bando, y ellos no lo iban a permitir. Estaban demasiado acojonados de perder la base de su imperio.

Mi cabeza daba mil vueltas y la ansiedad me comía, pero me obligué a escuchar el final de la historia. Si no, no sería capaz de avanzar ni de decidir qué iba a hacer con todo aquello.

—¿Después de la bomba qué pasó?

Se echó hacia atrás en la silla y se cogió el tabique nasal entre dos dedos, frotándolo para destensarse.

—Aquello fue un caos. La organización ordenó la retirada, y yo me desentendí, ganando así unas horas para ver si podía recopilar material para incriminar a aquella gente. Gracias a eso y al resto de agentes en el terreno, no pudieron salir del país. Yo entraba dentro de la charada, claro está, porque si no iban a sospechar. Nos apresaron a todos y tras conversaciones con las autoridades, nos enviaron para Londres. Pensé que nos quedaríamos en una cárcel

del país, pero al final todos acabamos en Inglaterra. Fue un gran escándalo y una vergüenza para la sociedad inglesa. Piensa que en aquel conglomerado de empresarios había gente con buena reputación de puertas para fuera. La prensa se cebó y los tabloides no hicieron otra cosa sino sacar los trapos sucios de todos los implicados. El proceso judicial se abrió con mucha celeridad, y todavía está en marcha. De hecho, la próxima semana empiezan a declarar los jefes. Lo bueno es que varios pajaritos de medio pelo han ido cantando, y uno de los lugartenientes, el que menos pensé que los delataría, ha llegado a un buen acuerdo y va a dar todos los nombres y detalles.

Yo hice el paripé todo el tiempo que me lo pidieron y después me vine aquí. Como ya te dije, sigo colaborando con la Met, aunque en realidad lo que estoy esperando es que juzguen a todo el mundo y me digan que no hay peligro. No sé si volveré a Londres, pero ahora mismo mi objetivo principal es estar tranquilo y no pensar a todas horas que en cualquier momento pueden secuestrar a alguien importante para mí y matarle de alguna forma enrevesada. Y he visto unas cuantas formas de morir bastante desagradables, Zoe.

Levantó la vista hacia mí y conectamos de esa forma proverbial que me hacía sentirme como si fuera presa y cazadora a la vez.

—En estos días he sido un egoísta, *milady*. No sé si te he puesto en peligro o no, pero lo cierto es que no he podido pensar en otra cosa que no fuese que si la vida te ponía de nuevo en mi camino, era por algo. Y que conste que no creo en el destino... Pero esto me parece demasiado obvio, como si alguien me estuviese dando una colleja para que espabile y no te deje escapar.

Su mirada se dulcificó y sé que estaba luchando por no acercarse a mí.

—Aquel día me sorprendió escuchar música en tu casa, ya que desde la muerte de tu madre había estado cerrada. Encima fue esa canción, *Shake it off*, que tan buenos recuerdos me traía de Singapur, porque la ponías mucho y la bailabas con un *feeling* brutal, tanto que me daban ganas de bailar cada vez que la escuchaba. Me asomé y vi a alguien bailando en el balcón, con una media melena rubia y encima vestida igual que Taylor Swift en ese

videoclip. Sí —reconoció con una sonrisa resignada—, lo he visto varias veces en YouTube.

Tuve que contener una sonrisa. Me ganaba, me llevaba a su terreno con una facilidad pasmosa.

—Cuando nos vimos la primera vez, tuve que pellizcarme porque no podía creer que fueras tú. Intenté disimular por todos los medios mi sorpresa, o más bien mi infarto de miocardio, pero creo que te diste cuenta de que ahí había algo extraño. Por eso actué como el vecino encantador, el chico sonriente y perfecto que no causa ninguna sospecha. Las siguientes horas las pasé buscando un pretexto para volver a hablar contigo, pero nunca hubiera pensado en que la calima y ese siroco tan repentino me iban a dar la excusa perfecta para acercarme a ti.

Ahora sí se levantó y apoyó las manos en el respaldo de la silla. Yo notaba que el corazón se me salía por la boca y que, como no podía, estaba buscando la forma de escapar de mi cuerpo y de las sensaciones que ese hombre me provocaba. Pobre, sabía que estaba en peligro de ser herido de muerte.

—Sé que no estoy totalmente fuera de peligro y que no debería haber sido tan egoísta como para ir a por ti. Pero joder, Zoe, no puedo evitar lo que siento. Es más grande que cualquier miedo. He intentado contenerlo, pero...

Las palabras murieron en su boca porque estaba estrellando sus labios contra los míos. Mi cuerpo se destensó, como si se hubiese aliviado, como si hubiese recibido la dosis de droga que necesitaba. Esos labios podían hacer de mí lo que quisieran, desde matarme hasta darme más vida, porque madre de Dios, qué forma de besar tenía aquel hombre: caliente, jugoso, lento, tatuando con su saliva la forma de mis labios para marcarme como suya. Mis brazos subieron a su pelo para incrustar su boca aún más en la mía, y un gemido excitado recorrió mi garganta.

Entonces paró, separando nuestros labios, y me mantuvo pegada a él por la cintura.

—Quiero pedirte perdón, Zoe, es a lo que he venido, y no quiero que acabemos en la cama disfrutando como animales sin haber podido terminar con lo que tengo que decirte. Soy un capullo, un idiota redomado, un cobarde de los pies a la cabeza. No tengo

suficientes palabras de arrepentimiento que puedan describir lo gilipollas que me siento.

Me separé suavemente de él mientras seguía fustigándose. Aunque me moría de ganas por seguir besándole, me dije que tenía que dejar que corriese el aire. Con esa cachondez extrema no podía pensar con claridad, y así se lo dije.

—Te agradezco mucho que me lo hayas contado todo. Supongo que hay cosas que ni siquiera debería saber y me has hecho partícipe de ellas. Pero eso no quita que esté decepcionada. Si hay una cosa que odio en el mundo son las mentiras.

Me alejé de él y toqué los pétalos de una magnífica rosa roja que había florecido esa misma mañana. Fresca, turgente, bellísima, perlada de gotas de rocío y con afilados picos acechando a los incautos. Me volví hacia él con toda la pena del mundo.

—Necesito procesar todo esto, Jackson. Desde que he llegado aquí, solo me han estado ocurriendo cosas a cada cual más demoledora. Yo... necesito un respiro. No sé para qué ni de cuánto tiempo, pero...

No le escuché acercarse hasta que le tuve detrás de mí. Era como si con él tuviese sensores instalados bajo la piel: su cuerpo me llamaba, como *la tua cantante* de los vampiros de *Crepúsculo*. Hubiera reconocido su calor y su olor en cualquier lado.

«Por Dios, Zoe, que lo conoces desde hace una semana, no seas peliculera».

Aunque me riese de mí misma, la reacción química era evidente e inequívoca. Me volví hacia él, como si tuviese incorporado un imán fabricado solo para mí. Sus ojos brillaban más leoninos que nunca, llenos de una tormenta de colores y emociones que hicieron que me erizase con violencia. Cogió mi cara con sus grandes y bonitas manos, y atrapó mi mirada.

—Me quitas el aire, Zoe, me dejas como un guiñapo cada vez que me cabalgas como una jodida amazona y me haces tuyo. Y no he sido capaz de que lo sepas, quizá porque pensaba que era muy pronto para decirte algo que es tan trascendental para mí... Al contrario, ya se me está haciendo tarde para hacerte comprender que esto de aquí —puso mi mano en su pecho, donde solo se sentía un bum-bum-bum-bum desahogado—, es irremediabilmente tuyo.

Que quiero sentir tu calor a mi lado en la cama todas las mañanas, que quiero verte volar y acompañarte en tu libertad. No sé si sabré amar como te mereces, pero lo que siento es lo más grande que tengo y no sé hacer otra cosa sino ponerlo a tus pies. Me he enamorado de ti aún más de lo que pensé que podría suceder, y mira que iba con las expectativas altas. Me das vida, me complementas, me retas, me haces verlo todo diferente. Solo porque estás a mi lado.

Me di cuenta de que había empezado a llorar cuando noté que me limpiaba las lágrimas con sus pulgares. El amor se me escapaba del cuerpo, burbujeando con colores brillantes desde la raja que tenía en el pecho y que dolía con una insoportable quemazón, esa que sentía en el alma desde que nuestros ojos se encontraron por primera vez.

—Yo...

—Shh, no digas nada —me pidió, recorriendo mis labios con sus dedos—. Solo quería que lo supieses.

Sonrió, travieso, como si escuchase una broma interna, y fue a decirme algo más. Pero entonces sonó el móvil, y por la cara que puso, entendí que se avecinaban más curvas y piedras en nuestro camino.

17. PLANES, DISTRACCIONES, AÑORAR

♪ *Visa para un sueño*, Juan Luis Guerra 4.40 ♪

Estaba sola en casa, era viernes de piñata y atardecía con lentitud. Sentía la hamaca mullida bajo mis pies, y me abracé las piernas para darme calor. Fui contemplando cómo el cielo pasaba por todas las variedades cromáticas del azul hasta encender las estrellas, y cómo en la lejanía, en la plaza de España, los focos comenzaban su baile de llamada a disfrutar de la penúltima noche del carnaval.

Jackson se había ido a Londres por la tarde. Sus jefes le ordenaron estar allí para una reunión importante de la cual no le dieron demasiados detalles, pero que yo, tras investigar los tabloides del día, entendí que tenía que ver con una ola de suicidios en las cárceles donde estaban recluidos los *capos* de la organización.

Sé que él no tenía ningunas ganas de irse y dejar lo nuestro así, con una conversación tan crucial a medias y tras confesarme sus sentimientos. Esos que hacían que mi estómago se contrajese y las mariposas invadiesen cada uno de mis órganos vitales; esos que, de una forma que ni yo misma entendía, hacían que su engaño pareciese menos importante, solo hasta que volvía en mí, en la Zoe equilibrada, y entonces la sensación de decepción volvía a batallar con las mariposas, sin saber si iba a ganar o a perder.

Estaba inmersa en una constante carrera de subidas y bajadas: de emoción incontenible ante el regalo que me había puesto delante la vida, y de suspicacia, de ese pensamiento oscuro que me decía que si me había engañado con algo tan importante, podía hacerlo con cualquier otra cosa.

No sabía cuánto tiempo iba a estar fuera, no me lo había podido asegurar, y por un lado aquello me suponía un alivio. Necesitaba

estar conmigo misma y empezar a resolver mis asuntos más allá de lo que suponía lo que parecía una incipiente relación con Jackson.

«Primero tú, Zoe. Eres la responsable de tus emociones, no puedes delegarlo en nadie más, así que, antes de nada, resuelve lo tuyo. Solo así podrás aceptar lo que venga».

Eso sí, no me lo dejó fácil. En todos los años que llevaba trabajando, había visto cientos de hombres trajeados. De Armani, de Dolce, de Hugo Boss. Pero debía haberme imaginado que Jackson vestiría como un moderno *gentleman* inglés, con un traje gris oscuro de tres piezas que hubiese apostado mi alma inmortal que había sido confeccionado en alguna sastrería de Savile Row. Masculino, sexi, como un James Bond de carne y hueso. Tuve que tragar saliva al verle, y cuando se bajó del coche en el aeropuerto, dejé un rastro de saliva en el que patiné hasta que llegué a casa.

Después de su partida no quise sentirme extraña, así que decidí ocupar mi mente y empezar por lo más material y cotidiano. Me planifiqué para salir al día siguiente de compras y adquirir el colchón y todo su *attrezzo*, y también hablé con mi primo Jonathan para pasar por los invernaderos el lunes por la mañana.

Empleé esa noche en revisar los papeles de mi madre. Por fortuna tras su muerte ya había solucionado todo lo relacionado a sus bienes: había aceptado la herencia y luego, con la ayuda de mis tíos, había pagado los impuestos y registrado los bienes a mi nombre. Así que toda esa parte estaba resuelta, lo cual era un alivio. Podía comenzar mi vida en la isla sin tener asuntos pendientes.

Más tarde, el *chat* con mis amigas cobró vida y ambas se turnaron para ponerme los dientes largos.

Gara: Zoe, mañana es el carnaval de día, ¿no te animas a bajar?

Viola: Ay, sí, me encanta el carnaval de día. Ya tengo a los niños apalabrados, mi madre los viene a buscar sobre las cinco, así que podemos dar una vueltita.

Gara: Sí, a los míos también los recogerán a esa hora. Venga, boba, solo para que lo veas, que no lo has vivido nunca.

Me reí. Eso no se lo creía ni ella. Les dije que tenía cosas que hacer, pero me tumbaron todas las excusas. Al final claudiqué y quedé con ellas en vernos sobre la una en una de las terrazas de la calle La Luna, donde habían reservado mesa.

Pasé la mañana del sábado en el Corte Inglés y allí mismo me compré unos complementos que me pondría con un vestido de mi madre de los setenta que tenía localizado en una de las cajas. Con la tarea hecha me fui a casa, me vestí con mi atuendo *flower power* y llamé a un taxi para que me bajase a la zona del Bulevar.

Pasé la sobremesa con mis amigas y sus familias, siendo el centro de atención de los pequeños, y luego paseamos con los niños para encontrar un lugar en el que ellos pudiesen disfrutar del carnaval. No fue fácil: a las tres de la tarde ya todo estaba lleno, y mucha gente, sobre todo los más jóvenes, ya se había pasado a las copas. Nos desplazamos hacia las callejuelas cercanas a la zona de la Noria, y allí, al lado de la sede de una de las murgas emblemáticas del carnaval, encontramos un buen lugar con música, con más niños y gente con ganas de pasárselo bien.

—Este invento del carnaval de día está genial —les dije a las chicas, y asintieron con entusiasmo.

—Es mi salida preferida. Puedes ir con los niños, tomar unas cervezas, y luego te quedas hasta la noche, pero no hace falta que lo prolongues hasta el amanecer. Y así, el domingo, estás fresca como una rosa —me explicó Viole.

—Bueno, amiga, que también nos ha ocurrido lo de llegar a las tantas de la madrugada —exclamó Gara entre risas, y se pisaron la una a la otra contándome cómo un año habían salido a las seis de la tarde y habían vuelto a casa a las seis de la mañana.

—Fue de esas salidas improvisadas, donde íbamos encadenando ratos con gente conocida hasta que acabamos desayunando en un bar con Jaime, ¿te acuerdas de él?

Me pusieron al día de la vida de unos cuantos conocidos comunes, de cómo los guaperas del instituto ahora estaban irreconocibles, del destino de uno de los más cafres que ahora era político en el parlamento regional, qué había sido del resto del grupo con el que alternábamos... La tarde transcurrió entre música y risas, y en cuanto las abuelas se llevaron a los niños nos trasladamos a la

calle San José, donde a esa hora de la tarde todavía se podía bailar con tranquilidad.

La música nos envolvía por todos lados, como si fuera uno más de los carnavaleros, y yo no podía sino acordarme de Jackson al escuchar a Elvis Crespo, a Celia Cruz, a Marc Anthony o a Tony Tun Tun. No quería entristecerme, pero mi cuerpo me pedía su cercanía, ese calor suyo tan especial y la conexión con sus ojos, esos focos que me iluminaban y hacían que brillase aún más.

Con todo aquello por dentro, no pude ocultarles el secreto a mis amigas.

—Estoy enamorada de Jackson.

Gara y Viole me miraron, la una orinando y la otra tapándola con su escueto disfraz de japonesa.

—Coño, Zoe, que se me corta la meada —barbotó Gara y se levantó enseñando medio culo. Viole se me había quedado mirando con una sonrisa sabihonda, de esas que confirman todo lo que hubiera pensado con anterioridad sobre nosotros dos.

—Estaba claro que eso iba a pasar. Porque él está loco por ti, y era cuestión de tiempo que tú cayeses. Tía, es que solo había que ver cómo te miraba.

—Y no solo eso —aportó Gara—. Entre ustedes dos hay una conexión brutal. No es solo él, también lo transmites tú. Es como si fuesen dos planetas orbitando uno alrededor del otro.

Violeta me abrazó con una gran sonrisa.

—Zoe, eso es maravilloso. ¿Sabes lo difícil que es encontrar a alguien con quien tener lo que tú tienes con Jackson?

—No todo es tan fácil, Viole.

No podía contarles lo de Singapur ni lo del trabajo de Jackson. Yo era muy discreta, y por muy amigas que fueran, entendía lo confidencial que era todo aquello. Así que no pude darles más detalles, y ellas, que probablemente intuyeron algo, no me hicieron más preguntas.

—Amiga, será tan fácil como quieras que sea. La vida son dos días, no te lées a pensar más de lo necesario. Mañana te atropella un coche y ni Jackson ni santas pascuas. Tú mejor que nadie debería saberlo.

Iria y su vida truncada. Qué mejor recordatorio que ese. Cogí aire.

—Tienes razón. Gastamos demasiado tiempo en pensar en los «y si». Yo, sobre todo. Supongo que es deformación profesional.

Nos reímos y entre las dos me abrazaron haciéndome un sándwich. Volvimos al mundo mágico del carnaval, a la tarde que se nos echaba encima, a la purpurina y la música, a las conversaciones absurdamente divertidas, al no pensar, solo sentir, y a destrozarnos los pies de tanto bailar.

El domingo estuve tan exhausta que me pasé el día en el sofá. No solía tener tiempo para un lujo como ese, así que decidí concedérmelo sin pena alguna. No quise pensar en Jackson, del que no sabía nada desde el viernes, ni en mi familia, ni en cómo iba a enfocar mi vida laboral a partir de este punto de inflexión que estaban siendo los días en mi isla. Solo quería vegetar y pasar la resaca lo mejor posible, porque al final nos habían dado las cuatro de la mañana sin darnos cuenta.

Mi tío Óscar me hizo una visita ya por la noche, después de saber que el día anterior había estado de parranda, y me trajo unas arepas que me supieron a gloria. Sonreí al verle entrar despeinado y oliendo a comida: Armi y él eran como mi patrulla personal de rescatadores, que siempre estaban pendientes de mí sin que se notase.

Nos comimos las arepas pringándonos los dedos de carne mechada y de pollo con aguacate, y al verle poner los pies encima de la mesita de la sala me arrebujié a su lado, feliz. Elegimos una peli de acción de esas perfectas para dormir, y me sentí más tranquila de lo que había estado en mucho tiempo. Al cabo de un rato mi móvil vibró, y sin mirar supe que era él.

Jackson: Perdona por no haberte escrito, todo esto está siendo complicado. No puedo contarte por WhatsApp, pero me llevará un tiempo aquí 📶📶.

El corazón se me instaló en la boca del estómago y me hundí bajo la ola de añoranza. Dios, ¿cómo podía echarle tanto de menos?

Mis dedos titubearon, pero decidí ser sincera.

Espero que no sea mucho,
porque no me gusta estar sin vecino.

Como respuesta tuve una llamada, y me escabullí al jardín a hablar con él. Su voz sonó cálida, como siempre que se dirigía a mí.

—No me digas esas cosas o cojo el próximo avión.

—A que no te atreves —le reté, riendo, a lo que respondió con una carcajada.

—Me atrevo, pero luego puede ser que vengan a buscarme los hombres de Harrelson.

—No te preocupes, yo los echo. Conmigo no tienen ningún poder, no soy súbdita de su graciosa majestad.

No podíamos dejar de reír como tontos, tan solo felices de escucharnos.

—No te puedo contar lo que está ocurriendo por aquí, Zoe, pero esto me va a llevar un poco de tiempo. Tiene que ver con los juicios, y no me puedo ir. Es crucial para cerrar esto de una vez por todas.

—Bueno, yo te pedí tiempo, así que solo estás cumpliendo mis peticiones.

Nos quedamos en silencio. Me moría de ganas de decirle que seguía enfadada por lo que había hecho, pero que cada día que pasaba sin él me hacía entender que le quería, que le echaba de menos, que deseaba levantarme a su lado por las mañanas y cerrar el día con sus gemidos en mis oídos. Escuché cómo cogía aire y cómo aquel silencio se cargaba de palabras no dichas, de sentimientos excesivamente grandes para unas líneas telefónicas, de ganas contenidas a duras penas y de cosquilleo electrificante en la piel.

—Me asustas, *milady* —susurró como si fuese una caricia—. Me haces tener vértigo, al mismo tiempo que me dan ganas de tirarme sin paracaídas. Contigo, siempre.

Aquel hombre me dejaba sin palabras, a mí, que tenía salidas para todo en cualquier situación.

—Te tengo que dejar —dijo con suavidad, y de fondo escuché una voz masculina—. Por desgracia no puedo ir ahora para allá y contarte todo, pero quizá en unos días recibas una avanzadilla. Déjame ver si lo puedo arreglar.

Nos despedimos sin decirnos lo que en verdad queríamos, ese «te quiero» que resonó en el silencio como si fuera uno más en la conversación.

Las antenas de Óscar captaron enseguida mi estado de ánimo y no se fue de casa hasta que le conté todo lo que podía sobre Jackson. Se despidió de mí con un abrazo de esos suyos, poderosos y cálidos, y me dijo que quería darle la aprobación al muchacho en cuanto regresase.

—Ya sabes que, sin eso, nada de fornicar ni tocamientos —me lanzó y nos reímos un rato antes de que se fuese.

—Dale recuerdos a Jorge y Jonathan cuando les vayas a ver —me dijo, y asentí. Le había contado lo que pensaba hacer con el negocio de las flores, y le había parecido bien—. O quizá hasta yo mismo me dé un salto para darles un abrazo. Hace tiempo que no quedo con ellos, y siempre es estupendo ir a la finca.

Eso mismo pensé yo al día siguiente cuando me bajé del coche. La mañana estaba despejada, pero en esa zona de la isla, en Valle de Guerra, o Valle Guerra como decíamos los locales, había más nubes que claros. A pesar de eso, el contemplar las extensiones de cultivos de flores y los bien cuidados invernaderos que poblaban la zona alta del barrio me dio una paz increíble, esa a la que mi padre era adicto y que seguía recorriendo las venas de mis primos. Era una calma llena de vida, con gente trabajando en las diferentes parcelas, con las abejas zumbando y algunas mariposas perdidas alzando el vuelo sin saber elegir entre flores a cada cual más deslumbrante. En los invernaderos también se veía gente y me dije que mis primos lo estaban gestionando bien: habían hecho crecer aún más la empresa que fue la niña bonita de mi padre, esa que llevaba en la familia varias generaciones.

Jonathan salió a recibirme con una amplia sonrisa en su rostro tan parecido al de todos los Wagener que no pude sino reírme.

—Dios, Jony, no se pueden negar los genes que tienes.

—Pues deja que veas a Jorge, es un calco de tu padre y Óscar.

Me miró, observándome con esa sonrisa amable que siempre lucía.

—Tú, en cambio, cada vez te pareces más a tu madre. Suavizada por los genes de tu padre, pero vaya... Estás guapísima,

prima.

Nos dimos un abrazo y me preguntó si quería ir a dar una vuelta por la finca, pero le dije que no.

—Prefiero que hablemos primero de lo que nos atañe, y luego si quieres vamos a pasear. Tengo muchas ganas de ir al estanque y sentarme en el banco, como hacíamos de niños.

Asintió y fuimos hasta las oficinas, aquellas donde Iria y yo habíamos pasado muchísimo tiempo de pequeñas. Recuerdo a mi padre que, tras recogernos del colegio, nos llevaba allí a hacer la tarea mientras Hilda, una señora que vivía cerca de allí, nos traía leche fresca y trozos de un bizcochón de limón que estaba para chuparse los dedos. Ahora esas oficinas eran un *open space* mucho más funcional, limpio y con las paredes llenas de hermosas fotos de flores.

Mi otro primo, Jorge, se levantó tras una mesa y vino a darme dos besos. Él era el más serio de los dos, el que quizá se pusiese un poco más difícil, pero conocía a mis primos y sabía que todo era parte de su estrategia de poli bueno/poli malo. Miré a Jony y me reí:

—Tenías razón, es un digno sucesor de la anterior generación. Podrías ser hijo de Óscar, Jorge.

El aludido sonrió y me saltó el corazón al ver lo mucho que se parecía a mi padre.

—¿Quieres un café, prima?

Me prepararon un cortado natural y nos sentamos en una de las salas. No tardamos demasiado, yo tenía muy claro lo que quería hacer y más bien estuvimos revisando la propuesta económica que habían elaborado. Lo contrasté con los datos que yo tenía de la empresa y que había estudiado con detenimiento, y me pareció justo. Quizá podría haberles sacado más, pero eran mis primos, llevaban toda la vida arrimando el hombro en la empresa y a mí no me hacía falta ese extra. Así que enterré mi espíritu de negociadora implacable bajo el sentimiento de unidad familiar, y les dije que sí, que podíamos hacer efectiva la compraventa en cuanto quisiesen.

Vi que los hombros de Jorge bajaron unos centímetros con alivio, como si hubiese soltado todo el aire que llevaba aguantando dentro de los pulmones, y Jony me dio un abrazo.

—Gracias, Zoe. Queremos preparar esto para la siguiente generación, nosotros ya tenemos niños que vienen por aquí al igual que hacíamos todos cuando éramos pequeños, y siempre es más fácil si...

—No hace falta que te expliques —le dije apretándole el brazo con cariño—. Yo solo puedo estar feliz de ver que lo que mi padre tanto amó está en las mejores manos.

Jorge levantó las manos, con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

—¡Y no tenemos nada con qué celebrarlo! Jony, deberíamos haber comprado una botella de champán.

Nos reímos y en cambio les propuse ir a almorzar.

—Creo que todavía no es hora de beber champán, pero podemos ir a comer a algún restaurante de la zona.

Disfruté de unas deliciosas horas con mis primos, sumergidos en los recuerdos de nuestra infancia donde Iria y yo éramos unas rivales formidables para Jorge y Jony, buscando siempre hacer la trastada más original y reírnos en su cara cuando nuestros padres les echaban la culpa. Aquello contribuyó a regenerar toda esa parte de mi vida con Iria que no había querido remover durante muchos años, y le dio luz y brillo, como debería haber sido siempre.

Me fui del Valle con la satisfacción de haber cerrado uno de mis múltiples asuntos pendientes. Ahora solo me quedaban... ¿cuántos? Ya en casa, me senté e hice una lista. Y aquello me hizo pensar.

Lo primero era el trabajo. Necesitaba decidir si iba a seguir aceptando negociaciones como antes, o si quería diversificar mi actividad. ¿Y si enseñaba a otros a negociar? Seguro que habría gente que pagaría por transmitirle mis conocimientos. Otro nicho podían ser las mentorías, que tan de moda estaban en ese momento. Suspiré y puse a esta tarea la prioridad número uno.

Después tendría que hacer todo el papeleo para establecerme en Tenerife. Poner a alquilar la casa de Berlín, cambiar la residencia, empadronarme, darme de alta en la seguridad social, poner *wifi* en casa, todas esas cosas tediosas de las que sabía que no me iba a librar. Apunté pedirle a Óscar que me recomendase un asesor. Así sería todo más fácil.

No podía obviar el nudo mental que tenía con lo del atentado de Singapur. Necesitaba contarle aquello a alguien que me ayudase a procesarlo. Un pesar extraño se deslizó por mis entrañas, pero me ordené hacerlo. No podía dejar que aquello se apoderase de mi cuerpo así, de repente, haciendo que me enajenase, o seguir teniendo pesadillas que me hacían sudar a mares y me fabricaban ojeras como socavones. En general tenía que limpiar las telarañas de mi mente y remendar los agujeros. También con lo de mi madre.

Suspiré. Otra forma de «barrer mi casa» era vender las joyas de mamá y buscar algo solidario en lo que invertirlo. Me apunté hablar con Armi sobre eso, seguro que me ayudaría. Con eso, otro recuerdo material desaparecería y además de una forma bonita.

Y más allá de buscar una buena academia de baile, una peluquería y un ginecólogo, estaba lo que realmente importaba. Jackson y si, en algún momento, podríamos llegar a tener una vida en común.

Todos aquellos planes eran mis planes, pero si lo que había entre nosotros se convertía en algo sólido, habría que tenerle en cuenta a él también. Sacudí la cabeza como queriendo ahuyentar las preocupaciones y decidí que, por lo pronto, me centraría en mí. En intentar disfrutar el proceso, en hacer, por una vez en mi vida, lo que quisiera. Porque ya no tenía que demostrar nada a nadie, ni siquiera a mí misma.

18. LAS REVELACIONES DE DEREK GRANT

♪ *It's all right*, Marlango ♪

Durante esa semana me puse manos a la obra y ocupé todo el tiempo que habría podido estar elucubrando sobre cómo le estaría yendo a Jackson, en poner en marcha mis temas pendientes.

El tener todos los días cosas que hacer y poder ir tachando palabras de mi lista, hizo que por las noches acabase agotada y satisfecha. No había tenido más pesadillas, pero aun así conseguí cita para un especialista al que comenzaría a ir en dos semanas. Estaba durmiendo bien, aunque mis sueños eran... frustrantes.

Me levantaba absolutamente excitada y anhelante solo para darme cuenta de que Jackson no estaba, y que no sabía cuánto tiempo tardaría en volver. Eso me hacía levantarme y chequear en el móvil los periódicos ingleses, buscando más datos sobre el juicio del siglo, como lo llamaban. Nunca vi su nombre aparecer en ningún medio, pero yo sabía que estaba allí. No en vano era uno de los testigos más valiosos de la acusación. Más de diez años trabajando desde dentro le daban ese dudoso honor. Tras el suicidio colectivo de la cúpula del entramado, hecho que todavía se estaba averiguando cómo había sido orquestado, se estaba llevando al estrado a la segunda y tercera línea de mando. Unos eran más colaboradores, otros no. Y, por supuesto, se había arrastrado a las familias de los capos: mujeres, hijos, amantes, a todos se les estaba investigando para ver si estaban al tanto de lo ocurrido o solo disfrutaban del dinero sin preguntar de dónde venía.

A finales de semana tenía tal mono de Jackson que me empezaba a sentir molesta porque no se pusiese en contacto conmigo. Tuve que reírme de mí misma: yo, la que debía estar suspicaz y enfadada, lo único que deseaba era una mísera línea de texto en el WhatsApp. Sabía que estaba siendo precavido, que no

quería meterme en la línea de fuego por si hubiese alguien que quisiera hacernos daño, pero siendo James Bond tendría otras formas más imaginativas de comunicarse, ¿no? No estaba esperando una paloma con un mensaje atado a la pata, aunque algo se le habría podido ocurrir.

El mensajero llegó el viernes por la tarde, después de haber estado almorzando con Gara y Violeta. Cuando llegué a casa, casi de noche, vi que alguien había dejado un *post it* amarillo pegado en mi puerta. No conocí la letra y lo cogí en la mano. No pude evitar ponerme nerviosa cuando vi que estaba en inglés.

Querida Zoe:

Me han hablado mucho de ti y me encantaría conocerte. Si te apetece, tendré lista la cena a las nueve. Ya sabes dónde es mi casa.

*Atentamente,
Derek Grant.*

Me entró la risa. En vez de una paloma, me había enviado un palomo. El suegro *himself*, ni más ni menos. Los nervios pellizcaron mi estómago y solté aire. Por fin iba a saber de él, y a tener una oportunidad perfecta de sonsacar información a aquel desconocido que era el padre de Jackson.

Me duché y me vestí con un vaquero tobillero, una camisa blanca de botones de corte masculino y unos zapatos de salón color fresa, igual que mi lápiz de labios. «Informal, pero con estilo», me dije tras coger una botella de vino y salir de casa.

Toqué el timbre con decisión cuando daban las nueve en punto, y Derek Grant no tardó demasiado en abrir. Mi primera impresión fue de sorpresa. Aunque le había visto en fotos, Derek imponía más en persona. Alto, atlético, con un porte militar y con los ojos más azules que había visto en mi vida, tenía un atractivo enorme que acentuaba con una sonrisa luminosa que era el calco de la de Jackson. Le

calculé unos sesenta y pocos años, como mi madre; además, algo en su expresión me hizo sentirme en casa.

—Tenía muchas ganas de conocerte, Zoe —dijo con una sonrisa mientras me apretaba la mano con vigor.

—Para mí también es un placer, señor Grant —respondí, a lo que él sonrió con sorna y me pidió que por favor lo llamara Derek.

Le seguí a la cocina, donde ya tenía todo preparado, y le agradecí el Martini que me había servido. Estaba exquisito y no pude pensar sino en James Bond y su «Martini agitado, pero no mezclado».

—He preparado un salmón al horno que espero que te guste.

—Seguro que sí. Ya el hecho de llegar a casa y no tener que hacer de comer es un lujo —le dije, sonriendo. Me ofreció unos picos de pan con paté y empezó a contarme que había aprendido a cocinar por la madre de Jackson, Adriana.

—Ella nos metía a todos en la cocina y teníamos que ayudarla a preparar lo que tuviese en mente. A veces ella se sentaba con una copa de vino y nos veía a nosotros hacerlo todo, siempre dando instrucciones si nos salíamos de lo que ella consideraba que debíamos hacer.

—Jackson me habló sobre ella con muchísimo amor —le dije con una sonrisa. Su mirada desveló una soterrada sorpresa y se apoyó en la encimera, sorbiendo su aperitivo.

—No suele hablar mucho de ella. Los dos nos vinimos abajo cuando murió.

Se quedó callado y luego pareció reparar en que estaba conmigo.

—Es raro hablarte de esto cuando sabes que tu madre y yo...

Hice un gesto tranquilo con la mano.

—Somos adultos.

En unos minutos nos sentamos a la mesa con el salmón humeando en una bandeja, servido con papas bonitas y una salsa de eneldo. Estaba todo muy rico y así se lo dije a Derek. Cenamos con calma, contándonos pequeños detalles sobre nuestras vidas, cosas ligeras y sin importancia porque sabíamos que, en algún momento, abordaríamos lo complicado.

Cuando tomamos el postre, una tarta de manzana con salsa de vainilla que estaba para chuparse los dedos, vi que había llegado el momento. Derek se limpió la boca con la servilleta y apoyó sus codos sobre la mesa, carraspeando. Yo bajé las manos y las puse en mi regazo.

—Soy toda oídos —le dije, animándole a hablar. Sonrió, divertido.

—Ya me había dicho mi hijo que eras muy directa.

—También puedo sonsacar las cosas de formas poco ortodoxas —le dije, guiñándole el ojo para destensar el ambiente. Se rio y luego me miró con un gesto que me recordó muchísimo al hijo ausente.

—Jackson me pidió que te dijese que estuvieses tranquila, que está bien, aunque por si acaso lo tienen en un lugar seguro. Al ser parte de... bueno, de lo que tú ya sabes, está a buen recaudo mientras se investiga que no haya ningún peligro para su vida. Por ahora, no se ha detectado actividad sospechosa en el sentido de que haya alguien buscándole. Los grandes jefes han muerto y no hay miedo porque haya represalias hacia él por parte de los de segunda fila. Normalmente si hay ansias de venganza, ocurre por parte de familiares de los dirigentes. Y nos consta que por ahora ninguno de los investigados metió a alguien allegado en los negocios turbios. Pero eso no nos asegura que pueda haber alguien con otros motivos que pueda ir a por él. Para ello se le pondrá vigilancia, eso si sigue en territorio británico.

—¿Y si no lo hace?

Me miró, compasivo.

—Entonces esa vigilancia no podrá ser tan... intensiva.

Asentí con una sensación heladora en mi interior.

—¿Él era el único infiltrado?

—Sí. Aunque no fue el único que traicionó a la organización: como creo que él mismo te dijo, hay varios lugartenientes que están colaborando con nosotros para reducir su pena. Así que, si alguien quiere venganza, tiene varios objetivos entre los que puede elegir.

Sus ojos intensamente azules me escrutaron, sondeando hasta dónde podía llegar conmigo.

—Te voy a contar algo que ni siquiera él mismo sabe.

Cambió de posición y me puso más vino. Me dieron ganas de meterle prisa, de quitarle la botella y dar yo misma un trago. Pero me contuve con la mejor de mis máscaras bien sujeta en la cara.

—Le van a ofrecer mi puesto en Buckingham Palace. Yo me voy a jubilar, ya estoy cansado de ese mundo y tras la muerte de tu madre me di cuenta de que en cualquier momento nos vamos, sin haber disfrutado un ápice por dedicar tanto tiempo al trabajo. Jackson está muy bien valorado en los estamentos de seguridad, no en vano ha sacrificado casi toda su vida para poder atrapar a la organización criminal más importante de Gran Bretaña.

A cada palabra que decía, más se congelaba mi interior. Jackson y el *God save the queen* que había mamado desde siempre en su hogar. El compromiso con su país para entregarle sus mejores años. ¿Dónde encajaba yo? No me veía sirviendo el té de las cinco con una falda de *tweed* y un collar de perlas al cuello.

—Seguro que pensarás que la idea me parece extraordinaria y que le apoyaré al cien por cien. —Observó al ver mi rostro neutral. Sonrió meneando la cabeza.

—Si él me preguntase mi opinión, que no sé si lo hará, le diría que lo desestimase. Yo sé lo sacrificado que es el estar siempre a disponibilidad de la familia real y todo lo que eso conlleva. Creo que mi hijo se merece una vida más feliz, ya bastante ha contribuido a la seguridad nacional como para cubrir con creces lo que se espera del hijo de Derek Grant.

Hizo una pausa y luego continuó, pensativo.

—Me preocupa el que nunca haya podido enamorarse, vivir con una pareja, pensar en formar una familia, hacer cosas sin estar pensando en quién es en ese momento, si es Jackson o su alter ego. Renunció a eso en el momento en el que decidió infiltrarse. Y quisiera, como padre, que eso termine para él. Creo que podría seguir trabajando para seguridad nacional desde fuera del país, es muy bueno en su trabajo. Y ahora, además, estás tú.

No pude evitar ponerme roja.

—Estoy enfadada con él. No fue capaz de contarme lo de Singapur hasta que las circunstancias le obligaron.

—Está enamorado de ti. Y tú también de él, por lo que veo. Si no, no te molestaría tanto.

Hice una mueca y el hombre sonrió.

—Nunca le había visto la cara que tiene cuando habla de ti.

No me pude resistir a sus palabras y sonreí como una tonta. Él comenzó a reírse y me apretó la mano con la suya.

—Por eso tenía tantas ganas de conocerte. Por lo que él me ha contado de ti, y por lo que me contó tu madre.

Me envaré y no le pasó desapercibido. Mi voz fue precavida cuando le pregunté:

—¿Y qué te dijo mi madre de mí?

En vez de empezar a hablar, me preguntó si quería una copa. Impaciente, le respondí que una ginebra. Se tomó su tiempo para prepararme un perfecto *gin tonic* no demasiado cargado y con unos frescos toques de lima. Luego se sentó frente a mí, en un silencio que no sabía cómo romper.

Decidí ayudarle un poco.

—Si no sabes por dónde empezar, cuéntame cómo la conociste. Eso debería ser fácil.

Sonrió torcidamente y pude ver al Derek Grant que atrajo a una mujer como Margot Acosta.

«Vaya con los Grant. Eran un peligro andante, tanto padre como hijo».

—La casa llevaba unos años cerrada hasta que una de las veces en la que me di un salto para pasar aquí el fin de semana, me di cuenta de que volvía a estar habitada. Husmeé con disimulo y me di cuenta de que la habían reformado por dentro, ahora era todo mucho más claro y moderno. Pasé el fin de semana tomando el sol y leyendo en el jardín, por lo que pude ver en varias ocasiones a una mujer morena y alta trabajando sin descanso. Sé que era consciente de que yo estaba allí, pero nunca miró hacia mi lado para tener el pretexto de saludarla.

La siguiente vez fue al poco tiempo, y ahí no tuvo otra sino que decirme hola y presentarse, ya que llegábamos los dos a casa a la vez. Me pareció magnética, poderosa, sensual, pero también percibí que estaba exhausta. Luego me enteré de que estaba cansada de la vida en su totalidad.

Aquello me sorprendió, pero no quise decir nada para no interrumpir el relato de Derek.

—Empezamos a vernos siempre que yo venía, y debo decir que aquello empezó a ser cada vez más a menudo. Notaba que conmigo se relajaba, se reía, era como si se quitase la capa de la Margot Acosta que veía el mundo, y se quedaba con la Margot que era en realidad. Lo que más me gustaba de ella era que no disimulaba sus miserias ni sus oscuridades, porque según ella, había tenido mucho tiempo para descubrirlas y aceptarlas.

Me miró, meditabundo.

—Tu madre era una mujer curiosa. Por un lado, sabía perfectamente lo que quería y luchaba con uñas y dientes por ello, y por otro siempre estaba pendiente y ansiosa del reconocimiento derivado de sus logros. Tenía muchas contradicciones dentro, y sus hijas fueron una muy grande para ella. De tu hermana apenas me habló, creo que ese tema lo tenía bloqueado muy dentro y no quería sacarlo de donde estuviese, aunque de ti sí. No de una manera como una madre hablaría de su hija, porque de hecho nunca me dijo tu nombre, siempre se refería a ti como «la pequeña». Me decía que eras la persona más inteligente que había conocido, y que te habías dedicado al mundo empresarial en vez de ayudar a la humanidad a avanzar, lo cual en su mente significaba seguir su legado.

Pero poco a poco ese discurso fue cambiando, y llegó a decirme que lo que estabas haciendo podía cambiar vidas, al igual que lo hacía la medicina. Lo que no entendí nunca fue por qué no te lo dijo. Es más, nunca vi que te llamase, o que me dijese que había hablado contigo. Entonces supuse que no la dejaba su propio cuadro diagnóstico. La falta de empatía, el mantener siempre alta su autoestima mediante elogios hacia ella misma, y el no reconocer lo bueno de los demás para sentirse siempre superior.

Derek siguió hablando de que ella se sentía muy especial y única, y en cierta forma lo era. Que eso a él, en vez de espantarle, le había gustado. Dijo más cosas, pero yo había dejado de escucharle. Un terremoto se había originado en mi interior, dejando a la luz algo que quizá había podido vislumbrar, pero que nunca creí del todo.

«Envidia de los logros ajenos.

Ínfulas de grandeza desorbitadas.

Necesidad de ser admirada incondicionalmente.

Celos de sus hijas por la relación con su padre.

Cero empatía, sustituyéndola por arrogancia y soberbia.

¿Cómo no lo había entendido antes?».

—Tu madre era una narcisista de libro. Ella se enteró tarde, poco antes de conocerme, y cuando lo hizo estaba intentando asimilarlo. No sé si fue una liberación para ella, porque su enfermedad quizá no le permitiese ese tipo de pensamientos, pero por lo menos supo qué era lo que la hacía diferente. Por qué, por ejemplo, nunca había podido ser una madre de verdad.

Derek me observaba con preocupación real, pendiente de mis reacciones. Yo tuve que levantarme, porque aquello era a la vez tan sorprendente y esperado que no sabía bien cómo digerirlo.

—¿Narcisista? —Mi voz pareció un graznido y me tomé un sorbo de la ginebra para aclararla—. ¿Cómo es que nunca...? Por Dios, que era médica, ¿eso no se estudia en la carrera? ¿O nunca habló con nadie, con ningún colega? ¡Si era la mujer más inteligente que conozco!

Derek escuchó mi perorata sin cambiar el gesto mientras yo me explayaba sin darme cuenta de que apenas le conocía.

—Ahora entiendo muchas cosas... Incluso lo del cuarto cerrado. ¿Lo viste, estuviste en él?

Asintió.

—Sí, la ayudé a montarlo. Haciéndolo se sintió mejor, como si hubiese estado cerca de vosotras. Nunca lo pudo hacer cuando erais pequeñas y tampoco sabía cómo hacerlo contigo de mayor, pero aquello le sirvió para imaginar cómo habría sido todo si se hubiese podido relacionar con su familia de una manera normal.

Clic. Por fin encajaban todas las piezas de la existencia turbulenta de Margot Acosta. El alivio que sentí en mi pecho fue increíble, como si hubiera vuelto a nacer de nuevo.

«No fuimos culpables de nada, y tampoco le fallé como hija. Puedo quitarme esta carga de encima por primera vez en la vida».

La sonrisa que se desparramó por mi boca dejó callado a Derek Grant, y supe que estaría pensando lo mucho que me parecía a mi madre. Yo también era enigmática y poderosa, aunque la calidez y la humanidad que yo sí podía sentir transformaban mi rostro. Si mi madre era una pantera, yo era una gata, pero de las de campo,

salvajes. De esas que aceptaban comida en las casas ajenas, pero a las que les encantaba cazar entre la maleza porque, en el fondo, tenían alma de tigre.

—Gracias, Derek —le dije de corazón y le abracé con toda espontaneidad. Escuché una risa queda en su pecho y decidí que me gustaba mucho ese hombre. Esperaba que no tuviese que volver enseguida a Londres para poder aprovechar y preguntarle bastantes cosas más, pero no tuve suerte.

A la mañana siguiente me sacó de la cama con una cara la mar de seria y con el mensaje de que Jackson había desaparecido, y que nadie sabía dónde estaba.

19.

LONDRES Y EL VISCERAL MIEDO DE PERDERLE

♪ *Breathe*, Prodigy ♪

Derek Grant era un tipo difícil de convencer, pero él no sabía a quién se estaba enfrentando. Cuando le dije que me iba con él a Londres, su cara se asemejó a una piedra de Stonehenge. Empleó unos valiosos minutos en explicarme que era imposible, que yo no podía siquiera parecer estar enterada de lo que estaba ocurriendo, que esto era una violación flagrante del secreto de la organización de no sé qué...

Yo le escuché en silencio, aprovechando el tiempo en hacer una pequeña maleta, y cuando terminó con su diatriba le pregunté si conocía a Lord Russell. Me taladró con la mirada, frunciendo el ceño, y sin que le diese tiempo de decir nada, cogí mi móvil y busqué el contacto. Pero antes de que me diese tiempo de marcar, puso una mano encima del teléfono.

—¿De qué conoces tú a Lord Russell?

—Me debe un favor.

Mi supuestamente futuro suegro levantó las cejas hasta que le llegaron a las inexistentes entradas, y vi que su cerebro trabajaba a toda máquina. Me dio pena y le expliqué que una vez le había echado un capote en una negociación de las grandes. El elegante y discreto Edward Russell no lo olvidó, y puso a mi disposición toda su influencia para cuando la necesitara.

—Yo me voy a subir en ese avión contigo, Derek, y si no quieres, tendré el salvoconducto de Lord Russell, que creo que de alguna forma debe ser jefe tuyo.

—Necesito que me demuestres eso. Compréndelo, Zoe, esto es un tema de seguridad nacional y tú eres una civil que ni siquiera es británica.

—Dame dos segundos.

Delante de él llamé a aquel número que Edward Russell me había dado hacía unos años. Su secretaria, al oír mi nombre, me pasó con el aristócrata sin preguntar nada más. La conversación fue breve, y acabó con Lord Russell asegurando a Derek que confiaba absolutamente en mi discreción.

Después de aquello, solo pudo asentir y me dijo que nos iríamos en una hora.

El vuelo se me hizo interminable, sobre todo porque estuve todo el trayecto dándole vueltas a la cabeza para intentar encontrar alguna pista o algún detalle que a los ingleses se les hubiese pasado por alto. Había empleado la primera hora en sacarle a Derek toda la información que pude, pero en cuanto a conclusiones estaba estancada.

Completely stucked.

En algún lugar de mi mente sabía que no podía analizar aquello como siempre, que tenía que hacerlo de una forma que no fuese la habitual. Y no se trataba solo de abstraerme de que estábamos hablando del hombre del que estaba enamorada.

Tenía que cambiar de perspectiva. Mirar desde otro ángulo, enfocar de forma diferente.

Entonces lo vi.

Si Jackson se había podido infiltrar en la organización, ¿no se habría podido infiltrar un malo en la policía (o espías, o lo que fuesen)?

—Derek —susurré, llenando el vacío entre nuestros asientos de primera—. ¿Habéis chequeado que no falte ninguno de los que custodiaban a Jackson? ¿Alguno que no se haya incorporado a su turno? En vez de ser alguien de fuera, podría ser de dentro.

Sus ojos centellearon al darse cuenta de la importancia de aquello. Se levantó y al cabo de cinco minutos volvió con acero en el rostro.

—Uno de los agentes no aparece. Los compañeros no lo habían tenido en cuenta porque se había estado quejando de que le dolía el estómago y pensaron que se había ido a casa. Pero pudo tener unos minutos a solas con Jackson y aprovecharlos para reducirlo y

llevárselo. En su casa no está, ahora están intentando triangular la señal de su móvil, que se apagó hace un par de horas.

Joder, los nervios me estaban mordiendo como animales hambrientos. Derek dio unas palmadas en el dorso de mi mano con una sonrisa que intentó tranquilizarme.

—Has hecho más de lo que hubiese podido imaginar. No sé cómo a nadie se le ocurrió revisar este tema, es imperdonable. Y te digo una cosa, Zoe: yo conozco a mi hijo, y saldrá de esta. Ahora tiene por lo que luchar.

El corazón se me encendió durante unos breves momentos, pero enseguida volvió a helarse. No veía la hora de que aquel trasto aterrizase para poder sentir que por lo menos estaba en la misma tierra que Jackson, que estaba respirando el mismo aire que él.

En el aeropuerto nos recogió a pie de pista un todoterreno de lunas tintadas, y salimos de allí como alma que llevaba el diablo. Miré por la ventana y el día estaba tan gris como yo. Llovía de esa forma tan londinense, esa con la que era imposible animarse, y para más inri en mi cabeza sonaba aquella canción que decía *I like London in the rain...* Me aferré a la musiquita para no dejarme llevar por el horror y el miedo, tenía que buscar cualquier cosa con la que mantenerme entera para poder ayudar a Derek y a su gente.

Ni siquiera divisar el conocido *skyline* de la ciudad pudo reconfortarme. Había estado allí muchas veces y me ubicaba bastante bien, por eso me extrañó el camino que siguió el coche: pensé que iríamos a la zona de Westminster o a Vauxhall, pero nos dirigimos hacia el este de la ciudad. No conocía esa zona, aunque al divisar diversas infraestructuras mastodónticas me dije que estábamos en Stratford, la zona donde se habían celebrado los juegos olímpicos del dos mil doce (sí, esos en los que en la ceremonia de clausura se me pusieron los pelos como escarpas al ver de nuevo juntas a las Spice Girls).

Aparcamos frente a una casa pareada típica de la zona, y que a priori no parecía el escondite de un testigo valioso. Dentro nos encontramos con varios agentes con todo un dispositivo de rastreo montado. Noté cómo se erguían al ver a Derek, y su mirada de extrañeza ante mi presencia.

El que parecía estar al mando vino hasta nosotros y tras hacer un saludo muy respetuoso con la cabeza al padre de Derek y otro más relajado hacia mí, nos hizo un resumen rápido sobre la situación.

—Estamos acotando la zona donde creemos que pueden estar, tanto por los datos móviles recogidos esta mañana como por el GPS del coche. Pensamos que esto ha sido algo improvisado, ya que el sospechoso ha tenido varios fallos bastante absurdos, así que creemos que vio la oportunidad y se lanzó a la piscina. Si lo hubiese planificado con anterioridad, probablemente no habría dejado tanto rastro. Estamos esperando la autorización de utilizar las grabaciones de diferentes cámaras de seguridad de la zona para poder cotejar las imágenes con nuestros archivos y poder concretar dónde están.

Nos llevó frente a unas pantallas con decenas de luces de colores y mientras el hombre le explicaba a Derek los pormenores de lo que tenían hasta ahora, la sensación de irrealidad se hacía cada vez más fuerte en mí. Aquello no podía estar pasando... Solo hacía unos días estábamos en un barco haciendo el amor en alta mar, y ahora estaba metida de lleno en un capítulo de *Mentes Criminales*.

—Hemos estado haciendo un chequeo profundo de los antecedentes del falso agente. De alguna forma cambió toda su historia familiar, así como las calificaciones de los diferentes estudios que tiene. Estamos indagando aún, pero tiene toda la pinta de que es un familiar muy agradecido de Artie Goodwin, al que este sacó de las calles y lo formó para poder infiltrarse en la policía. Intentó entrar en el MI5 y no fue calificado como apto, pero para lo que le interesaba a la organización para la que trabajaba, el estar en la policía también le daba acceso a mucha información relevante. No creemos que supiese de antemano que Jackson era un agente infiltrado, si no, la organización se habría encargado de eliminarlo mucho antes. Entendemos que ahora, después de la muerte de los cabecillas, el sospechoso actúa en solitario, queriendo tomarse la justicia por su mano.

—Eso espero —suspiró Derek, con el ceño fruncido—. ¿Cuándo empezaremos a recibir datos de las cámaras de seguridad?

Desconecté ante la monótona voz del policía. Empecé a recorrer la estancia, intentando descifrar qué era todo lo que tenían colgado en las paredes e inundando las mesas. Vi que había un cartel donde ponía «datos del sospechoso» y pedí permiso para poder ponerme a analizarlo. No fui recibida con los brazos abiertos por los otros dos agentes que estaban con el papeleo, era alguien ajeno y encima extranjero, pero me dio absolutamente igual. Activé el modo trabajo y empecé a revisar los diferentes datos, para ver si ocurría como cuando preparaba una negociación. Siempre había un momento donde las diferentes cifras y descripciones formaban un mapa celeste delante de mis ojos, donde las constelaciones se definían con precisión, interconectadas unas con las otras. Era en esos momentos en los que sentía que la magia existía, esa que iluminaba la verdad con luces doradas. Esperaba que allí también ocurriera lo mismo, porque aquella era la negociación más importante de mi vida.

Después de dos horas con la nariz metida en los entresijos de la vida y milagros del sospechoso, fui a compartir lo que tenía con Derek y el policía al mando. No sabía si era nuevo para ellos, pero para mí lo que había encontrado podía arrojar una luz diferente.

—He visto que el sospechoso, tanto con su identidad actual como con la verdadera, tiene predilección por esta zona en concreto. —Se la señalé en el mapa—. No vive allí ahora, aunque sí que lo hizo en el pasado, además varios amigos suyos regentan negocios en esa área. He estado mirando sus fotos de redes sociales y he buscado información sobre los amigos con los que más aparece. Tres de ellos viven y trabajan en la zona. Y la señal del móvil se apagó poco antes de llegar a ese barrio. ¿No merecería la pena centrar nuestras pesquisas allí?

—Muchas gracias, *miss Wagener* —me dijo el policía, tomando los papeles que le estaba ofreciendo—. Es una buena hipótesis, pero por desgracia no es la única. Y somos pocos. Intentaremos chequear esta información con todo lo que tenemos, la avisaremos si vamos por buen camino.

Derek me rodeó con su brazo y me llevó hacia la ventana. Yo estaba exhausta: los nervios gastaban mi energía como si se tratasen de perros famélicos, y el ahuyentar constantemente la

imagen de un Jackson ensangrentado, en el suelo, sin respiración, tampoco ayudaba.

—Ve a dar una vuelta, Zoe. Necesitas coger aire. Estás ayudando mucho, pero por desgracia la policía no es como lo que sale en las películas. Somos pocos y por eso a veces se tarda más de la cuenta. Aunque se trate de Jackson.

Tal y como lo dijo, me dio a entender a la perfección de que Jackson Grant no era cualquiera dentro de aquel mundo. Solo recé para que esa importancia se tradujese en que, en ese momento, una marea de agentes estuviese recorriendo todos los rincones de Londres. Aunque viendo los que éramos en aquella casa, esa esperanza se diluyó con rapidez.

Como vi que todo el mundo tenía algo que hacer menos yo, decidí hacer caso al consejo de Derek. Afuera había parado de llover desde hacía una hora y, aunque la temperatura era baja, me apetecía respirar otro aire, aunque fuera el viciado de Londres. Me arrebujé en el chaquetón de paño que había tenido que coger del armario de mi madre (era uno de aquellos que usaba en sus viajes, porque jamás le había visto aquella preciosidad en rosa violáceo en los inviernos isleños) y salí por la puerta, advirtiendo que uno de los policías lo hacía detrás de mí.

«¿En serio? ¿Iba a tener niñera durante todo el rato que estuviese fuera?».

Me di la vuelta para decirle que no hacía falta, pero al ver su gesto contrito vi que solo cumplía órdenes. Supongo que Derek no quería poner en peligro a nadie más, y aunque me parecía muy remota la posibilidad de que otro ex miembro de la organización estuviese pensando en perjudicar a los Grant, por otro lado, me sentí un poco más segura. Aquella parte del barrio no era de las más ideales para dar un paseo, así que no me alejé mucho y me senté en un banco situado en una pequeña zona con césped. Estaba anclado bajo un árbol que apenas tenía hojas y lo notaba un poco húmedo, pero agradecí aquel frescor para despejarme la mente.

Los coches pasaban con rapidez a mi lado, con una cadencia que solo rompía el paso más tranquilo de los autobuses rojos. De vez en cuando escuchaba a gente hablando en un inglés con

diferentes acentos, muchos de ellos conocidos por mí, otros no: unos discutían, otros reían, algunos solo murmuraban. Todo aquello conformó una suerte de melodía en mi cabeza, esa a la que me aferraba para no pensar en lo único que tenía en la cabeza.

Me había entrenado para ser una persona que controlaba sus emociones, las metía en una caja y las trataba después, ya con calma y tiempo, si es que lo hacía. Me había funcionado para no tener que enfrentarme a la muerte de mi hermana, a la desafección de mi madre, al trauma de Singapur. Era una redomada maestra en patear el problema hacia delante. En el trabajo no podía hacerlo, porque lo que se esperaba de mí era soluciones inmediatas y efectivas, así que dejaba aquello para aplicarlo en mi desangelada vida personal.

Pero con lo de Jackson no podía.

No había sido capaz de hacerlo desde el principio. Él había entrado en mi vida de una forma tan natural y confiada que mis defensas habían caído sin llegar a alzarse nunca. No había problema que meter en una cajita porque nunca se definió como tal. Al revés: Jackson Grant me conquistó con la sensualidad de un ganador nato, al mismo tiempo que con la sinceridad de quien está apostando por la partida de su vida.

Bueno, la palabra «sinceridad» quizá no fuese la más adecuada.

Sin embargo, ahora me importaba tres pitos el hecho de que no me hubiese contado lo de Singapur. El miedo de no volver a verlo era superior a cualquier enfado o decepción, porque era un miedo visceral, primitivo, de esos que no dejan respirar ni vivir, por eso tenía que intentar mitigarlo como fuese, o escuchando el sonido de la calle o trabajando a destajo para encontrar pistas que nos llevasen a él. Necesitaba encontrarle y poder darle ese beso que se me caía de los labios cuando pensaba en su sonrisa.

A pesar de tener la cabeza funcionando a toda pastilla, mi cuerpo se estaba helando tras un buen rato sentada en aquel banco. Mi respiración se había convertido en un vaho denso que no servía para calentarme las manos, así que con pocas ganas me levanté y volví a la modesta casa. Mi niñera creo que también me lo agradeció y me siguió, sumiso y frotándose una mano contra la otra.

Cuando entré, el aroma a comida invadía la estancia y mi cuerpo reaccionó salivando. Me daba igual lo que hubiesen comprado, lo iba a devorar. Me senté a la mesa y dimos cuenta de una comida india muy especiada que mi estómago agradeció con ganas. Todos estábamos cansados: se notó que después de comer los ánimos bajaron, y tuvimos que tirar de mucho café para poder remontar. Entre eso, la sensación de no avanzar y la falta de noticias, el ambiente general empezó a decaer y hasta Derek tenía un rictus desesperanzado en su rostro.

Fue a las nueve de la noche, cuando ya estábamos pensando en dónde íbamos a dormir, si allí o en algún hotel cercano, cuando sonó el teléfono del policía al cargo. Cuando nos miró, supimos que algo había pasado.

—Hay dos hombres heridos graves en un edificio en Tottenham. Creemos que son ellos.

Nos faltó tiempo para salir corriendo.

20. TOTTENHAM Y UNA SILLA

♪ *Earned it*, The Weeknd ♪

El recorrido en coche de Stratford a Tottenham se hacía normalmente en media hora, pero nosotros lo recorrimos en quince minutos. Aquello fue como sacado de una película de acción: todo el equipo salió corriendo de la casa con un orden militar, me metieron a presión en el coche y pusieron una enorme sirena en el techo. Después, aceleraron a toda mecha dejando en evidencia cualquier película de *Fast and Furious*. Entre eso y la circulación por la izquierda, me mareé tanto que tuve que abrir la ventana.

«Y yo jactándome de ser una loba de mar».

También tenía que ver lo fuerte y rápido que latía mi corazón, parecía querer romperme el pecho y salir volando para ir con Jackson.

«Si es que es él uno de los heridos. Por Dios, no sé si quiero que sea él o no...».

Derek estaba a mi lado como la viva imagen de la tranquilidad, pero luego, en un gesto que no me pareció propio de él, se pasó la mano por la cara.

«Es su único hijo, al que acaba de recuperar después de tantos años sin poder disfrutarle. Tiene miedo, igual que yo».

Le cogí la mano y se la apreté. Nuestros rápidos pulsos se acompasaron y, de alguna forma, nos ayudaron a resistir esos minutos en los que todo tipo de pensamientos bombardeaban nuestras cabezas. En la mía solo había imágenes de los días pasados con Jackson: nuestro primer encuentro en mi balcón, las canciones de DLG que se habían convertido en nuestra banda sonora, su mirada al verme disfrazada de Xena, las horas bailando bajo las estrellas en carnavales, el bastón de Nigma y cómo me folló

como un animal en el sofá, la sensación de compartir algo mágico en Teno, sus palabras de amor antes de irse...

Solo llevaba en mi vida unos días y ya no podía imaginarla sin él.

Porque con él, era yo misma. Me hacía volar, me hacía sentir que podría con todo, y que, si caía, él siempre estaría para sostenerme.

No había llorado desde que había sabido de la desaparición de Jackson. Notaba cómo la tormenta de emociones estaba contenida tras unos diques que estaban amenazando con romperse, y suspiré, intentando bloquearla. No ayudaría en nada si ahora me venía abajo. Tragué saliva y aguanté con toda la fuerza de mi cuerpo cansado.

Al llegar al humilde barrio, las luces parpadeantes de la policía se veían desde lejos, y me envaré al intentar divisar algo. Derek también se puso rígido, y le faltó tiempo para abrir la puerta en cuanto el coche se paró.

La calle estaba cortada frente a un edificio gris de unos diez pisos, de esos viejos con olor a comida rancia y pintura desconchada en las paredes. Las luces destelleaban ominosamente y todo el frontal estaba aislado por las cintas de la policía. Los transeúntes se agolpaban tras las cintas, deseosos de ver qué ocurría allí, y el morbo lo alimentaba la presencia de dos ambulancias y muchos agentes pululando por la escena. Había más de los uniformados, que eran los que entraban en el edificio, pero también había gente sin uniformar y que portaba maletines y mochilas. La visión de aquel enjambre de personas que tenían el rostro adusto y la celeridad impresa en sus movimientos me dejó sin aire. De pronto, sentí que no me podía levantar, que no quería saber, porque había vislumbrado un plástico en el suelo, cubriendo a alguien, y no quería imaginar...

Abrí la puerta sin aliento, como si mi cuerpo hubiese actuado por su cuenta y no hubiese escuchado a la razón ni al corazón, y tras bajar de un salto, me deslicé por debajo de la cinta. Nadie me paró, nadie me preguntó quién era, y supuse que, de alguna forma, todos sabían que venía con Derek Grant. Atravesé un mar de miradas curiosas y apreciativas, paso a paso, con cautela, con el miedo impregnando todos los poros de mi piel. Miles de pensamientos bombardeaban mi mente y yo intentaba ahuyentarlos como a

moscas pesadas, porque no podía dejar que interfiriesen en lo que tenía que hacer. A medida que iba avanzando el corazón me bombeaba más fuerte, hasta el punto de tener miedo a que se me saliese por la boca. Entonces lo vi: allí estaba, ese cuerpo cubierto por un plástico, igual que en las películas, y era el de una persona alta, fornida... Mi mano voló hacia mi boca, intentando sofocar el gemido que se estaba formando en el interior de mi pecho, y jadeé. Levanté la vista, buscando a Derek, y no vi por ningún lado su cabeza plateada.

Necesitaba saber quién era el que estaba debajo del plástico, o me daría un infarto ahí mismo.

Entonces divisé al policía que nos había estado acompañando todo el día, y corrí hacia él, con tan mala suerte que me tropecé y me torcí un tobillo.

—¡Joder! —mascullé y seguí caminando sin poder poner bien el pie en el suelo. Me dolía, pero es curioso cómo el cerebro discrimina los dolores por su importancia, y en ese momento el más relevante era el de mi corazón. El policía me vio ir hacia él, pero antes de poder decirle nada me hizo pararme al escuchar algo por su pinganillo. Durante unos interminables segundos, su rostro no reflejó ninguna emoción, solo le vi asentir. Ni me miró, salió corriendo hacia la puerta principal del edificio desde donde se oía un barullo, como si mucha gente fuese a salir a la vez.

Lo primero que vi fue a Derek, que con su altura destacaba de entre el resto como el gigante entre los enanitos. Bajé la vista, y entonces...

«Oh, Dios».

Corrí con largas zancadas, sin acordarme del dolor en el tobillo y sin percibir las protestas de todas las personas que se cruzaban en mi camino y a quienes empujaba sin vergüenza alguna.

Tuvieron que parar la camilla porque me abalancé sobre ella sin pensar en que podía dañar al hombre que acababa de verme y cuyos ojos color avellana claro se llenaron de una mezcla de alegría y lágrimas contenidas.

—Jackson... —susurré. Esta vez sí se me quebró la voz, y no pude evitar un sollozo. Cogí su cara entre mis manos, tan aliviada como incrédula de que le tuviese de una pieza ante mí, y le besé

con todo el amor que mi cuerpo fue capaz de proyectar hacia él. Noté que se estremecía y que respondía a mi beso con ese calor y esa forma de marcarme que era tan absolutamente suya. Intentó subir la mano para tocarme, pero gruñó de dolor, y noté una mano sobre mi espalda.

—Zoe, es mejor que no se mueva mucho, le han dado una paliza de cojones —me dijo Derek, pero en sus ojos había una mezcla efervescente de felicidad, alivio y orgullo paternal.

—Pero ¿estás bien? —le pregunté y Jackson hizo una mueca que pretendía ser divertida, y que se quedó en algo a medias.

—Me duele todo, aunque creo que no haya nada grave. Vas a tener que seguir aguantándome, *milady*.

Aquello me hizo llorar todavía más y vi que Derek y su hijo compartían una mirada que habría podido calificar de inmensa felicidad. Cogí la mano de Jackson sin soltarla, su padre me arropó con su brazo y nos fuimos juntos a la ambulancia.

En el hospital no vimos a Jackson en unas cuantas horas, porque le hicieron miles de pruebas para descartar contusiones de secuelas más graves. Según nos había contado, cuando despertó del efecto de la droga que Chadwick le había pinchado, apenas tuvo palabras con su secuestrador. Este estaba lleno de tanta ira que lo único que había hecho era torturarlo y atizarlo con todo lo que tenía a mano. Eso había hecho que sus reflejos no estuviesen lo despiertos que deberían, y le costó buscar la forma de zafarse de las bridas que le tenían sujeto a una silla.

—Menos mal que siempre me gustaron los adiestramientos sobre cómo salir de esta clase de situaciones —nos dijo, una vez en la habitación. Luego su semblante se oscureció y estuvo unos minutos sumido en las imágenes que su cerebro le recordaba.

—Cuando logré liberarme, lo hice de tal forma que él no se dio cuenta. Así que le pude coger de sorpresa cuando fue a hacerme otra de las suyas. No luchaba mal, el cabrón, pero yo no estaba en plenas facultades y él tenía las habilidades suficientes para noquearme de nuevo. Tuve la suerte de darle un par de golpes certeros, y con el último se tambaleó, dio unos pasos hacia detrás, pero con el siguiente puñetazo que le di, perdió el equilibrio... Intenté que no cayese, porque en cuanto me di cuenta de que el

balcón estaba abierto y que la barandilla era un decir, supe que tenía más posibilidades de caer al vacío que quedarse en pie. Pero se precipitó muy rápido, no pude hacer nada.

Derek y yo compartimos una mirada preocupada. Aquello tuvo que haber sido una experiencia terrible, de esas que marcan y pueden traer consecuencias.

—Por un lado fue un alivio, porque aquello significaba que el peligro había desaparecido, por el otro... creo que nunca podré olvidar su cara al caer. La veo a todas horas.

Me senté a su lado y entrelacé sus dedos con los míos.

—Te entiendo. Créeme, puedo hacerlo mejor que nadie.

Sonrió torcidamente.

—Ya somos dos los que tendremos que ir a terapia.

«Sí, en casa. Haremos todo eso en casa».

Las promesas flotaron entre nosotros como luces de colores, porque ahora ya podíamos dejar atrás los miedos y las dudas, y abrir las puertas a un futuro juntos. Apretó mi mano y, por fin, las mariposas echaron a volar, libres y llenas de vida.

Fuimos descartando una a una cualquier secuela de las palizas continuadas que había recibido, y no tardó demasiado en reponerse de las heridas y contusiones que se llevaba de aquel terrible episodio. Estuve con él en el hospital hasta que salió, caminando con cierta dificultad y con una mano vendada, pero la fisura en la costilla, que solía tardar en curarse unas seis semanas, había sido mucho menos importante de lo pensado y se había sanado en tiempo récord.

Cuando atravesamos la puerta del hospital y nos dio la luz del día, parecimos plantas moribundas que se enderezan ante las caricias del sol. Sonreímos, y Jackson murmuró:

—¿Y ahora, *milady*?

Me pegué a él, abrazándole como llevaba ansiando hacerlo en todos aquellos días, y le dije que confiase en mí.

—Quiero ir a casa contigo —me dijo, dejando sus labios a unos milímetros de los míos—. Ya no tengo nada que hacer aquí. Solo quiero volver a casa y hacerte el amor todos los días que nos queden de vida.

El amor me barrió por dentro como si de una ola gigante se tratase, y sentí que jamás me habían dicho algo tan bonito.

—Mañana nos iremos a casa —le prometí—. Pero antes quiero darte una sorpresa.

—Mientras ese plan solo tenga como protagonistas a nosotros dos, no tengo objeción alguna —silabeó, dándome bocados calientes que estaban llamando la atención a más de un transeúnte. Y eso era algo que no solía ocurrir en Londres. Seguro que la excitación que nos invadía formaba una burbuja roja a nuestro alrededor.

—Entonces le tendré que decir a tu padre que no cuente contigo hoy.

Me miró con cara de congoja.

—Esto es como preguntarme si quiero más a mamá o a papá...

Me reí con esa risa que sale de lo más profundo del alma, porque su fuente es la felicidad más pura.

—Es una broma, Mr. Nigma. Tu padre es un hombre discreto y prudente.

Me apretó contra sí, hecho que agradecí porque hacía mucho frío. Un coche oscuro se deslizó ante nosotros y un chófer se bajó y nos abrió la puerta. Jackson me miró, ojiplático.

—Cortesía de... bueno, ni sé de cuál cuerpo de seguridad, o si de la policía, o si de la misma reina. Eres un héroe, así que mientras estemos en Londres, tendrás ese tratamiento.

Hizo una mueca y le escuché murmurar, antes de entrar al coche, que él no era ningún héroe.

—Tus compatriotas piensan que sí, Jackson. Yo no sé si esa es la palabra, pero sí que eres una persona que ha dedicado su vida a un propósito mayor que tú mismo. Ahora lo has conseguido, has finalizado la misión que se te encomendó, así que no está nada mal disfrutar un poco las mieles del éxito.

Me miró con una sonrisa mal disimulada.

—¿Entonces todo lo que ocurrirá hoy es gracias a...?

—No. —Le callé la boca con un beso—. Solo les he pedido colaboración en algún que otro detalle tonto.

Nos íbamos de Londres y quería que esa despedida fuera por todo lo alto. Dejábamos atrás muchas cosas: yo mis dudas, mis

miedos y mis inseguridades, y Jackson una etapa enorme de su vida. Aquello se merecía un final de fiesta memorable, siempre teniendo en cuenta que el hombre que tenía a mi lado no estaba al cien por cien de sus fuerzas. Le miré de reojo. Ya me ocuparía yo de que, si se cansaba, tuviese todo lo necesario para reponerse.

El coche de lunas tintadas nos dejó delante de un hotel céntrico, de esos modernos de gran lujo que competían con la elegancia y el espíritu inglés del Claridge's, y que me había parecido perfecto para nuestra pequeña escapada. Había reservado una *suite* en la última planta, algo que jamás me había permitido pero que, después de todo lo vivido en las últimas semanas, entendí que me lo podía conceder. La vida me había dado un revolcón tan fuerte que, si algo había aprendido, era que debíamos disfrutar del presente con todas nuestras fuerzas.

La vista desde las cristaleras panorámicas era asombrosa, divisando los principales monumentos de la ciudad y la ribera del río. En la pequeña terraza había incluso un *jacuzzi* integrado perfectamente en la estética predominante, y para combatir el frío un calefactor en forma de seta fulguraba al lado del sofá y la mesa. El interior actuaba de atractor de la luz que menguaba pronto en invierno, porque estaba decorado en colores blancos y cremas, con muchas superficies de cristal y jarrones de flores naturales, aunque el suelo era madera cálida.

Todo estaba dispuesto al máximo nivel de detalle, para asegurar nuestro disfrute en las horas que pasásemos en aquel nido de marfil. Nos miramos y nos entró la risa nerviosa. Habían sido demasiados días reclusos en aquel hospital que olía a desinfectante y a enfermedad, demasiadas horas sin poder tocarnos como estábamos acostumbrados, demasiados minutos sin tener intimidad porque siempre estábamos rodeados de personas.

Hasta que el juicio no terminó no nos quitaron a los agentes de seguridad, y después de eso siempre había alguien: Derek, la abuela de Jackson, o alguna otra persona —policía, espía o lo que fuese— que venía a saludarle y a interesarse por su estado. Con todo esto, y con la exigencia de Jackson de que no durmiese allí, sino que lo hiciese en una cama de verdad en el hotel que me habían proporcionado, apenas habíamos tenido tiempo para

nosotros. Solo hablaban nuestros ojos y nuestros roces, esa sensación de necesitar tocarnos todo el rato porque el miedo de perdernos seguía latente.

«Ahora estamos solos, por fin. Y yo me muero de los nervios».

Jackson tuvo que notar algo, porque me cogió de la mano para rodearme con sus brazos.

—¿Tienes hambre, *milady*? Te conozco lo suficiente para saber que con hambre tu mente no carbura.

Con sus palabras destensó el ambiente y nos lanzamos a descubrir todas las maravillosas viandas que nos habían dejado preparadas en el comedor. Abrimos una botella de vino y poco a poco me fui relajando. Me quité los zapatos, me abrí los botones de la camisa, y a cada movimiento que hacía, notaba los ojos de Jackson posados sobre mí, velados, ocultando algo que yo sabía muy bien lo que era.

Yo no podía dejar de disfrutar al verle ahí, sentado a mi lado, acariciándome el brazo y con una expresión de felicidad tan genuina en sus ojos claros que me daban ganas de llorar. Era todo él tan mío, tan metido en mi piel, tan de verdad... Sí, tan de verdad. Porque había aprendido en estos días con Jackson que la misión había dirigido su vida totalmente, y que tenía una lealtad brutal hacia los estamentos que se la habían encomendado. Así que de alguna forma podía entender que no me hubiera dicho nada. No sé cómo, porque si lo miraba con objetividad seguía siendo una decepción, un engaño, pero en el fondo le comprendía. El ambiente marcial que impregnaba todo aquel mundo de agentes encubiertos y policías significaba una forma de vida muy diferente a la que yo pudiese imaginar.

De pronto su sonrisa cambió y vi que se mordía el labio inferior.

—Por Dios, *milady*, ven aquí ya —murmuró casi con agonía quitándome la copa de la mano—. No estoy para admirarte a lo lejos. Te quiero conmigo, en mí.

Aquellas palabras me hicieron mojarme con violencia e inmediatamente me levanté con un contoneo de caderas.

—No tan rápido, soldado. ¿No sabes eso de que lo que se desea, se espera? No hemos estado tantos días a palo seco para que ahora...

Se levantó con una sonrisa peligrosa invadiendo su boca.

—No me hagas esperar, Zoe. Necesito hundirme en ti y enterrar tu cara en ese sofá mientras te follo duro...

Oh, Dios, aquello iba a ser más difícil de lo que pensaba. Acercó su cara a la mía y me lamió los labios. Cerré los ojos buscando la fuerza de voluntad que me faltaba y no sé cómo, fui capaz de hacerle sentarse en el sofá.

—Eso puedes hacerlo más tarde. Ahora quiero que disfrutes de la sorpresa que te he preparado.

Aquello le convenció y se dejó caer en el sofá, no sin un ligero gesto de dolor. Eso me hizo sonreír: a ver hasta dónde podía llegar con el cuerpo todavía magullado.

Cogí mi móvil y lo vinculé a los altavoces. Elegí la canción y fui a buscar mi complemento, ese que me iba a ayudar en mi actuación. Jackson estaba con los ojos entrecerrados, intentando elucubrar qué iba a pasar en los próximos minutos. Cuando comencé a desnudarme despacio, noté que su respiración se aceleró, al igual que la mía.

—Sabes que sigo enfadada por lo de Singapur. Los buenos chicos, como ese que es tu personaje habitual, no son unos mirones. Y a ti te gusta demasiado mirar lo que no debes.

Mi camisa de seda cayó al suelo y el corpiño negro, lleno de tiras como telas de araña, atrapó su atención. Mi pecho se levantaba con insolencia en aquel sujetador *balconette*, e intencionadamente me lo acaricié para luego bajar hasta mi severa falda lápiz. Me bajé la cremallera con facilidad, había perdido peso en aquellos días, y cuando se deslizó por mis muslos hasta la mullida alfombra, le miré con una sonrisa de lo más traviesa. Él estaba clavado en su sitio, devorando con la mirada mi recortadísimo *culotte* que dejaba ver mis nalgas al completo, y las medias especiales que prendían de un ligero que me dejaría toda la libertad de movimientos. Me dejé puestos los salones negros, y me paseé por delante de él como si fuera una dominatrix.

—Pero como en estos últimos días te has redimido, voy a regalarte algo que solo se va a dar esta noche.

Me puse a horcajadas encima de él, incrustando sus manos en el sofá para que no me tocara, y me acerqué a su oreja para

susurrarle seductoramente:

—Voy a bailar para ti. Como te gustaba verme hacer en Singapur.

Y le recorrí el cuello con la lengua. Su cuerpo se tensó y noté cómo se contenía para no apretarme entre sus brazos y comerme entera: había entrado en el juego con rapidez. Sabía que a Jackson le encantaba experimentar con cualquier cosa que acrecentase nuestra excitación, y pensaba expresar sus ganas hasta el final.

Me levanté, presioné el móvil y cuando las primeras notas de *Earned it*, de The Weeknd, comenzaron a sonar en la sala, me apoyé en el respaldo de la silla y empecé mi coreografía. Jackson tragó saliva, el bulto en su entrepierna empezó a crecer de una forma descomunal, y yo, que me había aficionado a practicar el *chair dance* en los últimos meses, sonreí al pensar que nunca hubiera imaginado de lo que me serviría aquella disciplina.

No había preparado nada, solo estaba improvisando, pero la sensual música daba pie a hacer todo tipo de figuras, y la excitación tan grande que latía entre ambos me inspiraba a provocarle, a tocarme de una forma tan sucia que le estaba matando poco a poco. Me deslicé por la silla, me abrí de piernas y me pasé el dedo por el centro de mis bragas, me puse al revés e hice movimientos ondulantes con mi culo hasta exponerlo del todo. Sexi, sensual, interpretando el papel de mi vida, sin ninguna vergüenza ni tapujo. Los cuatro minutos y diez segundos que duró la canción fue quizá el momento de mi existencia donde más poderosa me sentí, como una reina antigua que tenía a su súbdito encadenado y ardiendo de deseo por ella, sin poder tocarla ni tocarse a él mismo.

Jackson se levantó en cuanto se empezaron a escuchar los últimos compases de la canción, quitándose la camiseta como si de una bestia se tratase. Aquello me encendió aún más y mi cuerpo se estremeció de la excitación al quedarse en silencio la habitación. No tardó ni un segundo en levantarme en sus brazos y asolar mi boca con todas las ganas que llevábamos conteniendo días enteros.

«He muerto y estoy en el cielo. O en el infierno, más bien».

No podíamos dejar de besarnos y sus manos me amasaron con fuerza, como queriendo volver a reconocirme tras tanto tiempo. Noté que me subía a la silla, y dejó de besarme para empezar a devorar mi cuerpo, sin quitarme la ropa interior, solo apartándola de

forma brusca. Yo no deseaba otra cosa sino sentirle contra mí, así que me arqueé gimiendo cuando me mordió los pezones y con la otra mano se metió dentro de mí. Empecé a frotarme contra su mano y le oí gruñir como un animal en celo. Eso me excitó más violentamente de lo que nada lo había hecho antes. Con decisión bajé de la silla y metí la mano en sus pantalones, donde su erección me esperaba enorme y caliente, goteando humedad. Salivé, y con un movimiento le bajé los pantalones y los calzoncillos y le tomé en la boca. Su gemido resonó en toda la habitación y puso su mano en mi cabeza, sin presionar porque yo ya le estaba devorando, succionando, lamiendo, tragando. Le miré desde abajo, retándole y disfrutando de la vista de su poderoso pecho y sus facciones tan perfectas, ahora distorsionadas por el placer. Cerró los ojos un momento y con voz estrangulada me dijo que parase, que le estaba costando un mundo no correrse, y que quería hacerlo dentro de mí.

Entonces cogí la silla, apoyé su respaldo en la pared, y me puse de rodillas sobre ella, dándole la espalda, en la postura que sabía que le excitaba muchísimo y que a mí me fascinaba. Le vi cernirse sobre mí, grande, poderoso, caliente, y comencé a jadear. Empezó a untar su polla en mis labios y me mordió el hombro. Yo estiré la mano hacia detrás y le cogí entero, dándole un toque en los testículos que le hizo sisear de placer.

—No puedo más —le dije, implorando—. Te necesito dentro, fuerte, grande.

Gimió del placer anticipado y nos miramos, bloqueando las miradas durante unos segundos. Iba a ser nuestra primera vez sin condón, y la primera vez de verdad, para ambos. Nos habíamos hecho todas las pruebas en el hospital para estar seguros y poder hacerlo sin cortapisas.

La primera estocada nos dejó sin aire, y él se apretó contra mí como si quisiera fundirse en mi cuerpo. «Oh, qué diferente era, qué maravilla», pude pensar en medio de toda aquella nube de excitación, de temblores, de saliva y piel. La segunda me llenó más todavía, y tuve que desviar mi vista de sus ojos para agarrarme bien al respaldo de la silla. Sentí sus manos maltratando mis pezones, con ese tacto tan perfecto que tenía para mantenerme en el límite

del placer y del dolor, y entonces vino la tercera, arrancándome un gemido que ni yo misma reconocí como mío.

Empezó a besarme y a mordirme el cuello, aprisionándome la cara con una mano y acariciándome el clítoris con la otra, a la vez que me empujaba contra la pared y me cubría con su cuerpo caliente. Yo no podía más, estaba flotando en un limbo de manos, labios, turgencia, rudeza placentera y una conexión que iba más allá de nuestros cuerpos. Porque en medio de todo volvimos a mirarnos, y no pudimos dejar de hacerlo aun cuando el ritmo se volvió más salvaje, más sensual, más nuestro, más insoportable del placer que conllevaba. El orgasmo fue asolador, compartido en nuestros labios y en nuestras manos, que se entrelazaron contra la pared mientras dejábamos que las oleadas de placer se llevaran toda la tensión que llevábamos fabricando desde hacía horas.

Jackson envolvió mi cuerpo en una caricia infinita y me dio la vuelta para cogerme en brazos. Me dio igual todo: los fluidos que bajaban por mis muslos, el dolor de mis rodillas de la fricción contra la silla, mi pelo que se había disparado del calor y la humedad. Nada importaba porque estábamos creando un mundo con nuestras miradas y las sonrisas tan increíblemente felices que se nos deshacían en la boca.

—Te quiero, *milady*, y después de esto que has montado te quiero todavía más.

Me reí contra sus labios y fruncí la nariz, traviesa.

—Yo también creo que te quiero un poquito, Mr. Nigma. Pero te lo tendrás que currar un poco más para que llegue al tope de mi termómetro del amor.

Volvió a besarme y luego enterró la cabeza en mi cuello.

—Me vas a querer tanto que no entenderás cómo has podido estar tanto tiempo sin mí.

—Has llegado cuando tenías que llegar, ni antes ni después. En el momento perfecto.

Y antes de que me volviese a coger en volandas y que esta vez me llevase a la cama, entendí que era cierto. Que Jackson había llegado en el momento justo, cuando estaba afrontando muchas más cosas en mi vida: decidir cómo quería avanzar, si odiando o aceptando, entender que había llegado mi cambio de etapa, y, sobre

todo, que ya no tenía que demostrar nada a nadie, solo a mí misma. Y eso, si me apetecía.

Jackson había sido la recompensa por ser valiente, y pensaba disfrutar ese regalo de principio a fin.

21. NO SERÍAMOS NOSOTROS SI NO...

♪ *Can't take my eyes off of you*, Lauryn Hill ♪

Volví a aterrizar en Los Rodeos aferrándome a los reposabrazos, pero esta vez iba acompañada, no llovía y la sensación de extrañeza se había diluido del todo. En cambio, sentí que retornaba adonde pertenecía. Solo habían pasado unas semanas desde mi llegada a la isla y mi vida había dado un giro completo. De esos que no ves llegar y que son difíciles de digerir al principio, aunque maravillosos y reveladores al final.

Después de todo lo acontecido, Jackson y yo decidimos tomarnos con calma los siguientes días. Recorrimos la isla, paseamos, comimos, hicimos el amor, nos reímos y estuvimos en silencio. Sí, hubo muchos momentos silenciosos entre nosotros. Pero cómodos, eso sí. Ambos teníamos muchas cosas que pensar y que procesar, y sabíamos que primero lo teníamos que hacer por separado para luego poder integrarlo en nuestro futuro.

Por mi lado, estaba dándole muchas vueltas a la idea de comenzar a formar a gente para que fueran los mejores negociadores que pudiesen salir de mis manos. Estaba en un momento en el que me motivaba más eso que el seguir con mi vida anterior. No significaba renunciar a negociaciones grandes, pero, como me había pasado ya en los últimos meses, me había vuelto más consciente. Sabía que podía poner mi talento al servicio de hacer algo bueno, no solo hacer ganar dinero a grandes empresas.

Me llamaba todo lo relativo a la sostenibilidad, al cambio climático, mejoras en tecnología que ayudasen al cuidado del entorno y de la sociedad... Y no creía que fuese difícil entrar en ese sector. Eran temas que estaban a la orden del día, y cada vez más los gobiernos inyectaban dinero en todo lo verde. Pensé en tocar a varios contactos que tenía en diferentes partes del mundo y que

podían echarme una mano. Probablemente tendría que bajar mis honorarios, pero ya me había dado cuenta de que podría compensarlo con las formaciones. No iba a decir que el dinero no era un problema para mí, porque a pesar de mi herencia no me había convertido en millonaria, pero que se podía vivir con menos era un hecho. Y ahora, además, éramos dos.

La felicidad me barría por dentro cada vez que pensaba en él y en nosotros. Nunca había sentido algo así con anterioridad, algo que me había impactado con la fuerza de un siroco, de una tempestad de emociones que me había hecho sucumbir al amor más brillante, de esos de película. Sí, había estado enamorada antes, pero las historias con Ryan y Lauren palidecían como fotos quemadas por el sol ante ese encaje perfecto entre Jackson y yo. Con él mis preocupaciones eran menores y, por fin, podía ser yo.

Juntos pintamos de nuevo la casa de mi madre, despojándola de ese aire ibicenco y dándole mayor calidez, como me gustaba a mí. El dormitorio se vistió de diferentes tonos de verdes y tierra, la sala ganó espíritu de hogar con grandes almohadones de colores y una de las paredes engalanada con un papel a rayas, y las dos habitaciones más pequeñas revivieron con colores amarillos, una designada para ser mi despacho y otra como cuarto de invitados. Jackson no había desmantelado su habitación de trabajo en su casa, pero poco a poco nos fuimos dando cuenta que donde pasábamos más tiempo era en la mía, y tácitamente fue allí donde nos establecimos. La casa de Jackson en realidad pertenecía a su padre, por lo que era justo que Derek, cuando viniese, tuviese su casa para él solo.

Sé que Jackson estaba dándole muchas vueltas a cómo seguir adelante, qué hacer con su vida, y sin decir demasiado entendí que por ahora quería desintoxicarse de toda esa larga etapa en la que muchas veces dudó hasta de quién era. Su verdadera identidad, sus verdaderos gustos, su realidad como persona habían estado saliendo a la luz en los últimos meses, pero con los sucesos de Londres había dado un paso atrás.

—He estado hablando largo y tendido con el psicólogo —dijo, haciendo alusión al especialista que le estaba tratando por su estrés postraumático—. No solo de lo que pasó en Londres, sino en

general de todo. De cada acontecimiento ocurrido en estos años, sin dar demasiados detalles, claro.

Estábamos almorzando en la cocina, aquel día hacía demasiado frío para hacerlo en la terraza. Marzo estaba siendo helador para el termómetro canario.

—Me alegra escuchar eso —le dije con una sonrisa. Era un cambio de vida demasiado grande para dejarlo pasar así como así.

—Le conté que la mayor parte del tiempo estoy muy feliz, hasta incrédulo de lo feliz que se puede ser, de cómo ahora tengo algo que jamás pensé que llegaría. Pero que luego hay momentos en los que un pequeño detalle hace que viaje al pasado, a ese «no digas esto porque...», «cuidado con aquello...», hasta a veces el llamar a mi padre me congela durante unos segundos, porque estuve muchos años sin poder hacerlo con libertad. El psicólogo me ha dicho que es cuestión de tiempo que me vaya adaptando a la nueva realidad, que mis reacciones son normales, y que lo más importante es que me diga siempre que yo soy el de ahora, el que se merece poder seguir adelante sin miedo.

Ahí levantó la vista y me cogió la mano con ese gesto que había aprendido a adorar.

—No sabes lo diferente que es vivir la vida sin un miedo latente en el fondo de tu alma. Incluso aquí contigo, cuando nos estábamos conociendo, siempre había algo alerta en mi mente. Un sonido, algo fuera de su sitio, cualquier cosa disparaba esa reacción en mí. Ahora, después de lo de Londres, y aunque en el fondo podría haber alguien más que quisiera hacerme daño, es diferente. Siento que mi mayor miedo vino a mí y pude vencerlo, aun con las consecuencias que tuvo. No quería que ese hombre muriese, de hecho, hubiera preferido verle entre rejas, pero no pude evitarlo, la situación se dio así. Estoy trabajando para interiorizar eso mismo, porque es muy jodido vivir con la imagen del topo cayendo por el balcón.

Se estremeció.

—Pero como te dije, ahora ya no tengo miedo, y es muy raro sentirse así cuando llevas más de diez años viviendo de puntillas para que no saltase la liebre por ningún lado.

—No sé si estas secuelas psicológicas las tienen en cuenta tus jefes cuando mandan a alguien a una misión así. A alguien que no pueda superarlo, le han fastidiado la vida para siempre.

Asintió.

—Por eso seleccionan muy bien a quienes infiltran. No puede ser cualquiera.

Cambió de posición y atrapó mi mirada con esos ojos brillantes que siempre me quitaban el aliento.

—Te cuento esto para que sepas todo lo que me está pasando. Que es muy raro vivir sin miedo, al mismo tiempo que es lo más liberador del mundo. Gracias a eso, puedo centrarme en lo que realmente importa, en ganarme esa vida que siempre quise.

—¿Y qué es lo que siempre quisiste? —le pregunté, traviesa, porque sabía lo que me iba a decir, pero quería escuchárselo decir otra vez.

—Vivir la vida como una aventura protagonizada por dos, en vez de por mí solo, y que esa coprotagonista fuese mágica, libre, retadora, y que nunca la quisiera dejar escapar.

Tiró de mí para sentarme en sus rodillas y nos besamos, con esos besos de amor que fabricábamos en cada segundo de nuestra nueva vida, porque a besarnos no nos ganaba nadie, era como siuviésemos que recuperar el tiempo perdido.

En las siguientes semanas contemplé la evolución de Jackson en silencio, viendo cómo poco a poco iba conquistando esa seguridad de que ahora aquella era su vida, y construyendo también mi propio rol. No habíamos hablado de trabajo, de cómo seguir adelante, era una especie de acuerdo tácito para poder seguir prorrogando nuestra luna de miel.

A finales de marzo era el cumpleaños de Jackson y decidí prepararle una fiesta. Con toda seguridad sería la primera para él en muchos años, y quise hacerla muy especial. Le pedí a Derek que viniese, porque sabía que si no estaba no sería lo mismo para su hijo, pero no le dije nada a Jackson. Quería que fuese una gran sorpresa, de esas que le emocionasen de verdad. También invité a mis tíos, a los cuales no había visto mucho en los últimos tiempos, a mis amigas y sus familias, y también a los dos amigos más cercanos de Jackson, que eran su pareja de pádel y uno de los chicos con los

que entrenaba triatlón. No era exactamente una fiesta sorpresa, porque con anterioridad habíamos decidido festejar el cumpleaños como comienzo de una etapa, pero no creo que Jackson hubiese imaginado el despliegue que tenía en mi mente.

Ese día, el de su cumpleaños, le desperté con un intenso regalo mañanero y tras desayunar, le pedí que fuese a comprar los menudeos de última hora: barras de pan, hielo, refrescos y una botella de butano extra. También le sugerí que no tuviese demasiada prisa en volver, que se tomase un cortado en alguna terraza o fuese a visitar a su amigo Carlos, que tenía un bar en el centro. Sonrió, jovial, y no preguntó nada, aunque sabía que estaría intrigado.

El día estaba soleado y cálido, volvía a haber algo de calima en el aire y los alisios no soplaban: perfecto para poder estar todos fuera, en el jardín. Los de los globos llegaron a la hora convenida y llenaron el jardín de imaginativas composiciones de globos dorados, además de un arco que actuaría de photocall con el muro de buganvillas haciéndole de fondo. Me entretuve engarzando hileras de pequeñas luces en las plantas y en la palapa para tener una tenue iluminación por la noche, y estuve rodando hamacas y sillas para hacer acogedores grupos donde sentarse a comer, ya que la mesa principal la había usado para disponer las hieleras, los vasos y copas con sus cañitas de purpurina, además de todos los entrantes que había encargado y que llegarían en unos minutos.

A las doce me dispuse a cocinar la base de los dos arroces que iba a elaborar en enormes paelleras que habían sido de mis abuelos y que había vuelto a incorporar al uso. Para los niños encenderíamos la barbacoa, y Jackson se había aficionado a los chorizos parrilleros, así que también asaríamos unos cuantos. Me dio tiempo de todo, relajada, feliz, bailando con la música que sonaba en los altavoces, y justo cuando estaba tapando las dos paelleras, a las que solo hacía falta añadir el arroz, escuché las llaves en la puerta. Dejé las tapas con rapidez y me precipité a la puerta de la terraza, deseosa de observar su cara al ver lo que había montado.

Primero no se dio cuenta de nada, porque venía cargado con lo que le había pedido comprar, y sin mirar afuera empezó a contarme

no sé qué historia de la que se había enterado por un amigo, pero al verme esperándole en la puerta se dio cuenta de que allí pasaba algo. Le tendí la mano, sonriendo, y salió conmigo al jardín.

Su clara mirada recorrió todo con lentitud y observé que tragaba saliva. Cuando se volvió hacia mí, supe que estaba tremendamente emocionado.

—Nadie se había tomado tantas molestias por celebrar mi cumpleaños desde que murió mi madre.

Me abrazó como solo él sabía hacerlo, con todo el cuerpo, y me dio ese beso que toda mujer desea algún día recibir. Con amor, lento, mío y suyo, profundo y excitante. Juntó nuestras frentes y apenas escuché su murmullo.

—Te quiero, *milady*. No hay nada en mí que no sea tuyo.

Volvió a besarme, cogiéndome la cara como si temiese que desapareciese, y sonrió contra mis labios.

—Gracias. Esto es lo más bonito que nadie ha hecho por mí en mi vida.

Sonreí intentando que no se me derramasen las lágrimas, y sorbí por la nariz. Eso le hizo reír, y bromeé intentando suavizar la intensidad que habíamos creado, como siempre.

—No te acostumbres, esto es porque te estás portando muy bien.

—Y mejor que me voy a portar. —Sus ojos brillaron con peligro y me tuve que apartar, riendo.

—Deja de tentarme que ya sabes que contigo soy muy fácil. Los de los aperitivos están a punto de llegar, no podemos...

Y gracias a que sonó el timbre, porque ya le estaba viendo las intenciones de empotrarme contra su hamaca favorita, una que tenía una posición muy interesante y que era lo suficientemente robusta para aguantar nuestros embates. Escapé de sus manos y fui a abrir, todavía riéndome.

Poco a poco fueron llegando todos los invitados y fui viendo cómo Jackson se emocionaba cada vez más, aunque lo disimulaba tras su gesto risueño y travieso. El colofón fue cuando vio llegar a su padre, que sonriendo y con los ojos húmedos fue hacia él a abrazarle. Se apretaron un largo tiempo, dándose fuertes palmadas en la espalda, y entendí que aquello era algo más que un abrazo: era un «papá, por fin podemos hacer cosas tan cotidianas como

estas juntos», y también un «no sabes lo aliviado que estoy de que por fin ya no estés en peligro». Yo también me emocioné, aunque el codazo de mi tía Armi cortó por lo sano cualquier sentimiento parecido, porque me miró con los ojos como chernes al ver la planta de Derek Grant.

—Pero bueno, ¿dónde fabrican hombres como estos?

—En la Gran Bretaña, por lo que se ve —le dije, riendo, y luego me acerqué a ella, bajando la voz:

—Mira a ver, que este es el que era el maromo de mi madre.

Se encogió de hombros y vi cómo la Arminda Acosta artista y seductora se revelaba en todo su esplendor.

—¿Tú no sabes eso de que compartir es vivir? Además, las buenas hermanas se prestan las cosas...

No pude sino reírme. No podía ser más políticamente incorrecta ni más maravillosa.

—Tengo muy claro que de mayor quiero ser como tú, Armi.

Si no la hubiera conocido bien, habría dicho que una rapidísima sombra de tristeza cruzó sus ojos negros, y la voz le sonó algo rara cuando me respondió.

—No desees lo que en realidad no quieres.

Luego volvió a ser ella misma, riéndose sobre lo bien que se lo iba a pasar aquella tarde dando caza al suegrito, como lo bautizó, pero ahí supe que la Armi que nunca se mostraba, la que yo había visto en contadas veces, también tenía sus sombras oscuras.

Encendimos la barbacoa, pusimos música, abrimos cervezas y dejamos que la vida brillase entre risas, murmullos alegres, los gritos de los niños y el entrechocar de las copas. Ya por la tarde prendimos las lucecitas, el amigo de Jackson, Darío, se puso a hacer de DJ improvisado, y soplamos las velas con bengalas en las manos. Todo fue mágico: la complicidad con mis amigas, los grupos heterogéneos que se iban formando entre risas y bromas, la dicha de Derek al poder estar con su hijo y sentirse parte de una nueva familia, los ojos amorosos de mis tíos que me seguían con orgullo, las monerías de los niños que, como siempre, se me pegaban como si fuese el flautista de Hamelín, y la plena y exultante felicidad que sentíamos Jackson y yo cada vez que nos mirábamos, nos

rozábamos o nos abrazábamos, como si tuviésemos un imán que no nos dejaba separarnos.

Ya al final de la noche, me apoyé en el cristal del fondo del jardín y me permití pensar en quienes no estaban. Quizá en una fiesta como aquella, mamá habría podido ser ella, se habría reído y se habría sentido especial, como ocurría cuando la veíamos con papá. Pero si ella no hubiese muerto, yo no habría recorrido el camino hasta aquella fiesta de cumpleaños. Si ella no me hubiese dejado toda aquella información, la del santuario y la que luego supe por Derek, yo no estaría pensando en poder comenzar una vida diferente a la que tenía. No habría podido romper mis barreras mentales, esas lealtades que me hacían querer seguir demostrando a un espectro cosas que ya no tenían sentido.

«Por fin me siento en paz contigo, mamá».

Y también con Iria. Había vuelto a mi vida porque ya no tenía que contener su recuerdo. Quería tenerla conmigo siempre y darle luz con mis pensamientos. Sonreí. Iria también habría disfrutado de aquella fiesta, aunque me habría preguntado por los hombres solteros que me había olvidado de invitar. Tan pícara, tan noble, tan adorable, siempre deseando ayudar.

«Te tomo el testigo, hermana. No como médico, pero intentaré ser de utilidad para la sociedad».

Noté el calor de Jackson a mi lado, a veces se movía silencioso como un gato. Me pasó el brazo por encima del hombro y reposé la cabeza en su pecho, feliz. Nuestras respiraciones se acompasaron y pensé que no podía estar en un lugar mejor. Besó mi coronilla y luego me levantó la barbilla con un dedo.

—Mi padre me ha contado lo de la propuesta de sucederle.

Asentí, no sin algo de expectación. Sonrió de esa forma que solo tenía para mí.

—Le dije que no. Creo que se sintió aliviado.

Sonreímos los dos, y no pude evitar la pregunta:

—¿No le dijiste nada más? Conociéndote, habrás querido enviarle un mensaje a tus jefes, quienes quiera que sean.

Jackson se rio. Sabía que yo me hacía un lío con tanto servicio secreto, seguridad nacional y policía.

—Le dije que por ahora seguiría colaborando con la Met; además, a ellos les interesa porque les soluciono bastantes papeletas, y que luego, si tuviesen algo interesante, que nos lo propusiesen.

Enarqué las cejas, sorprendida.

—¿Nos?

Ladeó la cabeza y me besó.

—Si tengo que volver a meterme en berenjenales como los de los últimos años, quiero que sea contigo. Tú tienes muchísimas habilidades que les interesan, *milady*. Les dejaste gratamente impresionados con tus intervenciones en Londres.

Me reí por lo bajo. Sus ojos me buscaron de esa forma tan suya, como si me viera por dentro de verdad, y noté solemnidad en tu voz.

—Ya te dije que en esta aventura quiero que seamos dos. Me da igual lo que acabemos haciendo o dónde, mi objetivo último es que cuando nos miremos, sigamos siendo felices.

Me abrazó por detrás y contemplamos las luces nocturnas de la ciudad, tranquilas y amables, tan diferentes de las grandes urbes donde habíamos pasado los últimos años de nuestras vidas. Entonces supe que Jackson tenía razón: hoy éramos felices allí, pero no tenía por qué ser nuestro último destino. El mundo era nuestro, solo teníamos que volar juntos.

Y yo por fin había desplegado mis alas. El viento caliente de la calima las había alborotado de tal forma que nunca más volverían a caer en la misma posición dócil, sino que ahora tenían brillo, fuerza, amplitud de movimientos. Todo lo necesario para lanzarme a esa gran aventura: la del amor y la de ser yo, de verdad.

EPÍLOGO

♪ *Vivir lo nuestro*, Marc Anthony y la India ♪

El vestido rojo era un sueño, pero casi no podía respirar. Me pasé las manos por su escote palabra de honor en forma de corazón y me dije que aquello se mantenía en su sitio solo con la fuerza de voluntad de mis pechos, que sentía más turgentes y llenos que de costumbre.

«Pero si le di de comer no hace nada. Por Dios, que ya ha cumplido el año y sigo pareciendo una central lechera ambulante».

Suspirando fui en busca de Jackson para que me bajase de nuevo la cremallera. Tendría que ponerme los parches y recé a todos los elementos para que no se notasen bajo el fino vestido.

Le encontré poniéndose los gemelos, en un gesto tan de anuncio que hizo que mis rodillas temblasen. Todavía ahora conseguía sorprenderme con esa belleza masculina que mezclaba peligro animal con seguridad abrumadora. Me miró, sonriendo. Era todo un espectáculo vestido de esmoquin.

—¿Otra vez? —Su voz se tiñó de risas al ver mi cara de fingida desesperación. Resoplé mientras me bajaba la cremallera.

—Soy una vaca lechera, ya lo sabes.

Murmuró algo así como «ni que lo digas», y sonreí pensando en las veces en las que durante el sexo se había llevado un chingazo de leche en toda la cara.

—Voy a sacarme un poco más para poder ir descargada al evento. Como no sabemos cuánto vamos a tardar, es mejor ser precavida.

Asintió y no pudo evitar echar un vistazo a mi pecho desnudo. El deseo nunca se apagaba entre nosotros, incluso durante el postparto, pero ese no era para nada el momento de un asalto rápido. Le di un toque en la cara para desviar su atención, y me mordió la mano.

—Deja de mirarme así, *milady*, y ve a sacarte la leche. Llamaré para retrasar el taxi.

Me enchufé la máquina y suspiré de alivio al ver cómo el líquido tibio salía a toda presión. En cuanto terminé de llenar los botes se los di a Jackson y atravesó la puerta que comunicaba las dos habitaciones de hotel. En la otra estancia esa noche dormiría Derek con nuestra hija, Adriana, mientras nosotros íbamos al evento, y no estaba mal dejarle más refuerzos de leche en la nevera.

—¿Lista? —me preguntó tras subirme la cremallera con cierta dificultad. Me retoqué los labios, de un rojo encendido al igual que el vestido de cóctel, y le sonreí.

—Contigo, a cualquier lado.

Así había sido desde que nos conocimos, en aquellas circunstancias tan removedoras para ambos. Al principio, tras los sucesos de Londres, disfrutamos de un *impasse* de tranquilidad que nos duró unos pocos años, viviendo sin prisas en nuestro paraíso particular. Pero, como habíamos previsto, aquella situación tenía una fecha de caducidad. Por un lado, nos contactaron desde Gran Bretaña con una oferta imposible de rechazar, y por otro, nosotros mismos empezamos a echar de menos un poco de movimiento. Sí, habríamos podido seguir así indefinidamente, yo con mi faceta de docente y Jackson echando una mano a la Met, aunque los dos sabíamos que, de vez en cuando, nos hacía falta algo de chispa.

Y los del gobierno británico supieron entenderlo a la perfección. Todo, hasta ponernos el cebo perfecto para engancharnos a través de nuestras motivaciones más profundas.

Recuerdo la noche que Jackson se sentó ante mí con una bandeja de sushi de nuestro restaurante nikkei favorito: era un favor especial que nos hacían por ser clientes asiduos. Le miré, enarcando las cejas, y sonrió con cierto misterio. Esperé a que abriese una botella de vino blanco del sur de la isla y fruncí los labios.

—¿Cuánto tiempo me vas a tener en ascuas? Porque estoy segura de que me quieres contar algo gordo, te conozco.

Río con ese timbre suave que me hacía pensar en sábanas impregnadas con su olor, y me introdujo en la boca un trozo de corte fino de vieira.

—Dime cuál sería la negociación por la que ahora mismo morirías, o más fácil: de todas las habidas y por haber, elige la que para ti sería algo imposible de rechazar.

Le observé, pero el condenado era un maestro en eso de despistar a la audiencia. Tomé un sorbo de vino, solo para hacerle esperar, y luego le dije lo que tenía clarísimo desde que me lo preguntó:

—La cumbre del clima. Sabes que es mi gran objetivo.

Asintió, sonriendo.

—Me lo imaginaba.

Era normal que lo tuviese tan claro. Habían sido muchas las conversaciones en las que hablábamos sobre cómo ayudar a la sociedad, a la presente y a la futura, debatiendo sobre cómo pequeñas cosas que ya estábamos haciendo ahora podían revertir en cambios que se irían produciendo poco a poco hasta asentarse del todo en el mundo. Y también soñábamos con cosas más grandes, con poder influir en gobiernos y grupos de poder para que tomaran compromisos serios acerca de la sostenibilidad del planeta.

Por eso, las pocas negociaciones que había aceptado en aquellos años habían sido todas de esa índole, centradas en materia de desarrollo sostenible y energías verdes. Y Jackson, aunque de puertas para fuera trabajaba para la Met, echaba una mano para investigar delitos de muchos tipos, entre ellos ecológicos, y conseguía mucha información que con toda probabilidad ni debería saber. Pero era discreto, y todo eso era bien conocido por los jefes de los diferentes estamentos y de los diferentes cuerpos de seguridad. Gozaba de una confianza extrema que se había ganado primero con su famosa labor de topo, y luego con el trabajo posterior desde su segunda vida en la isla.

Puso las manos sobre la mesa y tamborileó con los dedos, sin soltar mi mirada.

—Hoy me han llamado para ofrecernos una misión. No significa infiltrarnos en ningún lado, no te preocupes, pero es un trabajo para los dos.

Hizo un parón y su semblante se tornó serio.

—No sé si has leído en la prensa que el MI6 va a desarrollar lo que se llama «espionaje verde» para controlar que los acuerdos que

se han alcanzado en las diferentes cumbres del clima y demás reuniones parecidas, realmente se llevan a cabo. Es un espionaje tanto de campo como cibernético, y hay bastantes recursos dedicados a esta iniciativa, por lo que tiene mucha importancia para el gobierno.

—Parece que por fin alguien se ha dado cuenta de que hay que darle la relevancia que merece —apunté, intrigada a más no poder.

—Sí, ya sabes que no soy muy fan de este gobierno, aunque en esto sí que tiene toda la razón. Y por eso nos han llamado, porque quieren hacer una estrategia de sándwich combinando nuestras habilidades: que yo haga el espionaje verde junto con un grupo dedicado a lo mismo, y que tú luego lo remates en la próxima cumbre del clima, de la cual saldrán acuerdos que mi equipo y yo seguiremos muy de cerca, y así hasta la siguiente. Ni decir tiene que nos recompensarán muy bien, pero...

—El dinero no es problema —exclamé, aplaudiendo con una sonrisa de oreja a oreja. ¡Por fin un poco de acción! Me gustaba el mundo docente en el que estaba metida, las mentorías que otorgaba a unos cuantos elegidos, pero nada se podía igualar a una investigación que culminase en una mesa llena de gente a la que batir.

Además, esos contrincantes serían los dirigentes del mundo, los que podían mover cosas de verdad. Las víctimas perfectas de nuestra estrategia.

No podía gustarme más la propuesta.

Estaba claro que yo no sería la negociadora principal, sabía cómo se jugaban las cartas en todo aquello, pero como asesora en la sombra podía estar en muchos lugares casi sin ser vista. Me cosquilleó el estómago, mis venas se llenaron de adrenalina burbujeante, y vi la emoción en los ojos de Jackson cuando le pregunté que cuándo empezábamos. Sabía que él ya había aceptado desde que le escuché pronunciar la primera palabra sobre el tema.

Por eso estábamos en Nueva York, en nuestra segunda cumbre del clima, y enfangados hasta los codos de datos y cifras que en mi mente se convertían en estrategias ganadoras, y que Jackson

conseguía con mil subterfugios que ya no solo se limitaban a los milagros informáticos de los que era capaz.

De puertas para fuera yo era Zoe Wagener, la negociadora estrella que actuaba de consultora estratégica para los británicos, y Jackson Grant era mi marido y asesor, que desprendía un aura de misterio al no tenerse conocimiento de todo lo que hacía realmente. Teníamos claro que los servicios de seguridad de otros países probablemente intuían que trabajábamos juntos, y eso nos encantaba, nos hacía sentirnos una especie de señor y señora Smith bien avenidos. Pero realmente pocos sabían el peligro real que teníamos para aquellos que querían seguir saltándose los protocolos de emisiones y camuflar sus datos con toda la impunidad del mundo. Nadie podía imaginar cómo funcionaba nuestro engranaje perfecto, y creo que ni siquiera quien nos empleaba lo tenía muy claro.

Estar en Nueva York unas semanas era maravilloso. Significaba una bocanada de aire fresco y recargarnos de energía, tanto por el trabajo de campo como por disfrutar de la ciudad, una de nuestras favoritas. Era el contrapunto perfecto para nuestro día a día, en el que seguíamos viviendo en Santa Cruz, en la tranquilidad y calidez de nuestra isla, viajando de vez en cuando para darnos esos atracones de gran mundo en alguna misión camuflada para luego volver a nuestro edén particular. En ese tiempo de sosiego y acción a partes iguales deseamos ser padres, y allí se mudó Derek Grant en cuanto nació nuestra pequeña, tan deseada y querida por todos sus abuelos que había verdaderas peleas entre Derek, Óscar y Armi para quedarse con la diminuta embaucadora.

Esa noche no eran las luces del jardín las que nos iluminaban mientras nos hundíamos en uno en el otro, sino los neones de Manhattan los que teñían de colores nuestras manos entrelazadas y sacaban destellos a mis anillos. Llegamos a nuestro destino y nos bajamos del taxi, conscientes de que éramos de los pocos afortunados de poder asistir a aquel acto de clausura, tan poco propio del espíritu de la cumbre del clima por su boato, y por eso más bien secreto, ya que no figuraba en ninguna agenda. Era una oportunidad fantástica de enterarnos de algunos detalles más, y desde el gobierno nos habían felicitado por conseguir que nos

invitasen. Los estadounidenses solían ser más suspicaces que otros países, y el que figurásemos en la lista era un gran triunfo para nuestro tándem.

Entramos a una sala que me transportó enseguida a las típicas películas americanas, donde las fiestas no se parecen nada a las españolas por el tono bajo de las conversaciones, la elegancia de la orquesta compuesta por músicos de esmoquin blanco que solo tocan jazz o *evergreens*, la pose estirada de los camareros que se pasean repartiendo copas de champán o canapés minúsculos, y si se baila, es al estilo clásico, ese que en España no nos enseñan y que tan elegante resulta.

Menos mal que Jackson y yo otra cosa no, pero bailar se nos daba la mar de bien.

No obstante, antes del ocio teníamos algunas cosas que hacer, así que nos separamos estratégicamente para abordar cada uno nuestros objetivos. A mí me conocía bastante gente, era una cara conocida en el mundillo después de tantos años, sin embargo a Jackson no, y no pude evitar las miradas disimuladas que le echaban tanto hombres como mujeres.

Fui saludando con una estudiada sonrisa a varios asesores de otros países, y luego, poco a poco, atraje a mi alrededor a un grupo heterogéneo de invitados en el que entraba y salía gente, entre ellos varios políticos con los que me interesaba tener unas palabras. En una fiesta como esa, no era difícil separarse del grupo unos segundos solo poniendo tu mano con elegancia sobre el brazo del caballero, y ¡zas!, tenías su atención sobre ti, y muchas veces también sobre tus encantos femeninos, como había comprobado en varias ocasiones. El salir airosa de esas situaciones era un arte que había necesitado dominar, y no se me daba del todo mal.

«Espero no empezar a chorrear, porque entonces la tenemos».

Al cabo de una hora y media fui al baño a retocarme y a comprobar que los parches seguían secos y en su sitio. También podría haberla calificado de una bien planificada maniobra de despiste, porque ya había conseguido lo que quería y me moría de ganas de encontrar a mi marido.

Cuando salí, atrapé una copa de champán para mojarme la garganta, reseca después de tantas conversaciones aparentemente

intrascendentes para el público en general, pero de gran relevancia para nuestros intereses. Dejé que mis ojos recorrieran la dorada sala, llena de grandes lámparas de araña y paredes revestidas de figuras clásicas, y como si hubiese tenido un radar, al instante supe dónde estaba él.

También estaba bebiendo champán y al notar que le miraba, levantó la copa con una sonrisa que desintegraba mi ropa interior como llevaba haciendo desde el primer día. Nos mantuvimos la mirada, sonriendo, y contemplé cómo empezaba a avanzar hacia donde estaba yo.

El lazo invisible que nos conectaba se iba reduciendo a medida que se acercaba, y mi cuerpo se dejaba avasallar por todas las sensaciones que Jackson Grant producía en mí. Como en un *flash* recordé nuestra primera conversación, en cómo nos quedamos mirándonos como tontos y cómo él me tiró por encima del hombro que le había encantado verme bailar; también me llegaron retazos de la noche del siroco y de nuestras citas-no-citas en las que nos habíamos empezado a enganchar el uno del otro; la noche de carnaval, donde rompimos las barreras y nos dejamos llevar por aquello tan poderoso que estaba surgiendo entre nosotros; su apoyo y compañía en todos los descubrimientos sobre mi familia, siempre sabiendo lo que necesitaba de él en cada momento; la gran debacle que supuso saber lo de Singapur y mi gran resistencia hacia él, que consiguió debilitar con su declaración de amor; el miedo tan visceral que pasé en Londres y cómo me prometí a mí misma que si salía con vida, jamás me separaría de su lado; nuestros primeros meses como pareja, con Jackson lidiando con aprender a vivir de una forma diferente a la que estaba acostumbrado; cómo a partir de ahí todo fue tan solo maravilloso, especial, fácil, como jamás había esperado vivir con nadie...

Su aroma tan característico me envolvió y una de sus manos acarició mi brazo.

—Señora Grant, ¿bailaría conmigo?

Le sonreí, coqueta, y sus ojos del color de las avellanas se oscurecieron.

—Creo que sí, señor Wagener, porque es mejor que le tape cierta zona que por lo que veo...

Me rodeó con sus brazos y me llevó a la pista de baile, riendo en mi oído con tono grave.

—Siempre me haces lo mismo, no hay quien esté cerca de ti cuando te pones esos vestidos que solo sirven para quitártelos.

Reí, echando la cabeza hacia atrás, mientras la orquesta tocaba una maravillosa versión del *She*, de Elvis Costello.

—Así no hay quien espíe —le susurré en el oído—. Menos mal que ya hice todo lo que tenía que hacer, porque si es por ti...

—Sabes que no me gusta pasar mucho tiempo separado de ti, *milady*. Te habría raptado si no hubieses sido tan rápida.

Sonreí a escasos milímetros de su boca, tan sexi y apetecible.

—¿Entonces nos podemos ir?

Miró al techo, fingiendo escandalizarse.

—Señora Grant, no puedo creer que quiera abandonar ya tan magna fiesta... Y todo para hacer cochinas con su marido.

Tuve que reírme en voz alta y me dio una vuelta perfectamente coordinada.

—¿Entonces qué quieres hacer tú? —le pregunté, traviesa, y rocé con disimulo su entrepierna. Me reí por dentro: conocía esa cara impasible, significaba que estaba en ebullición, pero no podía hacer ni decir nada. Entonces volvió a darme una vuelta y luego me pegó a él con elegancia.

—Quiero bailar con mi mujer como si estuviésemos en una película de esas románticas que tanto le gustan, y luego irnos por esa puerta apostando antes si llegaremos al hotel antes de meternos mano o si tendremos que hacer una parada técnica en los baños de la planta baja.

No pude sino besarle entre risas y le dije, con la felicidad reverberando en mi voz:

—Bailemos, *milord*, que esta noche es mágica y quiero exprimirla hasta el final.

Me besó con suavidad en el cuello y giramos en armonía, nos deslizamos por el suelo brillante, nos rozamos sutilmente, sentimos con todo nuestro cuerpo la música y la vida como lo habíamos hecho desde el primer momento, desde la primera mirada que compartimos, sin importarnos dónde estábamos ni quién nos podía ver.

Y cuando más tarde nos escabullimos como adolescentes de la sala dorada, solo pude pensar en que sí, que todo era mucho más sencillo de lo que parecía. Solo había que afrontar las cosas, perdonar y salir adelante. Porque a los valientes la vida les recompensaba, como había hecho conmigo con creces, llenándome de amor por todos los costados y dejándome ser, por fin, la mujer que era de verdad.

Notas de la autora

Como habrás visto, la mayoría de los diálogos, sin contar los de Zoe y Jackson, ocurren entre personas que viven en Canarias. Para ser lo más fiel posible a la realidad isleña, he querido preservar el habla de las islas, utilizando el pronombre «ustedes» para referirse a la segunda persona del plural, y que sustituye al «vosotros» utilizado en la Península.

En cuanto al espionaje verde, tomé este objetivo para Zoe y Jackson después de leer en prensa, en abril de 2021, que el MI6 británico iba a espiar a quienes no cumplieren los acuerdos sobre el cambio climático. Me pareció una iniciativa fantástica, y desde mi modesta contribución, quise darle visibilidad a este hecho en la novela porque creo fervientemente en la necesidad de un compromiso global para poder preservar este planeta para las generaciones futuras. Además, creo que Zoe y Jackson serían los mejores para esa «caza de contaminadores», y por eso les encomendé esa importante misión.

El carnaval es uno de los momentos con más brillo de esta historia, festividad importantísima para los canarios, y que refulge en Santa Cruz de Tenerife con una fiesta en la calle que congrega a cientos de miles de personas bajo un espíritu único. Ahora, que llevamos un año sin carnaval y otro en el que probablemente tampoco volverá ese evento multitudinario pre-Covid, he querido hacer el mejor homenaje posible a esta increíble fiesta, juntando en una sola noche todos esos momentos que hacen mágicos a las carnestolendas, incluso si ya no pudiesen suceder en el futuro. Para mí, la noche que viven Zoe y Jackson es la noche ideal de carnaval, y se compone de una sucesión de hechos muy típicos para el carnalero: el disfrazarse con los amigos, el spray de purpurina, el trayecto hasta el centro, las zonas donde todo el mundo se encuentra, el pactar un lugar por si te pierdes, la música tan característica que baña toda la ciudad, la sensación de no querer que no se acabe la noche cuando empieza a salir el sol, el perrito caliente de las cinco de la mañana... He disfrutado muchísimo

escribiendo toda esta parte: he tenido la sensación de haber estado de carnaval aun cuando físicamente no es posible, escuchando salsa y merengue todo este verano cuando jamás la había escuchado por *motu proprio*, y he sentido una nostalgia punzante al escuchar la emoción de mis lectoras cero canarias al comentar las escenas, porque muchas de ellas han sido parte de esas noches conmigo. Así que, con esto, solo me queda invitarte al carnaval de Tenerife, cuando podamos disfrutarlo como se hacía antes.

¡No te pierdas la playlist de Spotify «Tras la calima» y sumérgete en la historia de música y baile de Zoe y Jackson!



Agradecimientos

Primero que nada, quisiera agradecer de corazón a todas esas lectoras que en algún momento me pidieron que escribiera la historia de Nigma, que han sido muchas y ¡muy entusiastas! Sin ellas, nunca hubiese pensado en un *spin off* para ese personaje que se quedó un poco en fuera de juego en «Desde el rompeolas», y que se merecía muchísimo más. Y no fue difícil: esta historia salió en menos de dos meses con una estructura muy clara desde el inicio, con el tópico de «relaciones madres-hijas» para Zoe, y el misterio del trabajo de Nigma como primer elemento intrigante (aunque luego, como has visto, hay mucho más tras él). Lo que nunca imaginé fue lo mucho que me iban a atrapar Zoe y Jackson, la historia tan bonita que iban a protagonizar convirtiéndose en mi pareja favorita, y lo difícil que está siendo dejarles volar al mundo de las lectoras.

Un agradecimiento muy especial va para la persona con la llevo compartiendo mi vida quince años (y espero que muchísimos más). En este libro en concreto mi marido ha sido mi gran apoyo. Pude escribirlo gracias a un gran cambio en mi vida laboral que ahora me permite tener más tiempo para la escritura, pero que también es una apuesta arriesgada. Y ahí ha estado él siempre con su humor, sus palabras sensatas y ese toque que tiene para calmarme y hacerme sentir que debo hacer lo que es bueno para mí, lo que me haga ser feliz. J., eres el mejor. Te quiero.

También quiero mandar un agradecimiento muy muy especial a mis queridas lectoras cero: Sofi, Yure, Alba, Bea, Ary y Cris. Una de las cosas más maravillosas de este viaje es tener conmigo a personas que aportan y que me acompañan en cada trecho del camino (sin mencionar los wasaps y mensajes en Instagram comentando la novela y sus escenas, ¡bien de símbolos de hogueras han ardido por esas redes!)

Y no quiero olvidarme de toda la genial comunidad de Instagram quien me ha brindado mucho cariño en estos dos años, con personas encantadoras que han dado una oportunidad a mis

novelas y las han tratado con todo el amor del mundo. Gracias por estar ahí, por las risas, las palabras de cariño y el respeto. Y esas fotos de maromos como inspiración de Jackson, no tuvieron precio (¡esto va por Yole!).

También quiero dedicar unas palabras a mis amigas escritoras, las que nos hemos ido encontrando por el camino en diferentes momentos, siempre para sumar y compartir. Me siento acompañada y querida por todas vosotras, y todavía hay momentos en los que siento incredulidad por la suerte de contar con este grupo fantástico de mujeres unidas por querer contar historias.

Y finalmente, el agradecimiento más grande y sentido a mis lectoras, ese grupo de #románticasempoderadas que cada vez es mayor. Son vuestros mensajes de apoyo, de emociones compartidas, de críticas constructivas y de un inmenso cariño, el que hace que todo esto tenga sentido, y que yo pueda seguir construyendo historias cuyo objetivo es inspirar, y dejar una sonrisa en los labios y el corazón lleno de emociones. ¡Gracias!

Sobre mí

Me gusta definirme, entre otras cosas, como una canaria con raíces finlandesas a la que le encanta devorar libros y bollos de canela de IKEA. Además de esto, soy una madre de cuarenta y pocos con niños pequeños, profesional del marketing, romántica empedernida pero alérgica a las ñoñerías, adicta a las series policiacas, amante del buen chocolate, exploradora de las diferentes gastronomías del mundo y embajadora de los vinos blancos secos de mi isla, Tenerife.

También soy escritora, porque lo de las letras me viene de siempre. Aprendí a leer muy pequeña, y a escribir historias llenas de imaginación poco después. Siempre fue mi gran vida paralela. Por eso, en un momento de mucho estrés en el que como mujer no encontraba un hueco para mí —niños, trabajo, autoexigencias— se convirtió mi tabla de salvación. Revisé un antiguo manuscrito, me volví a enamorar de la historia, y me reté a mí misma a autopublicarla. Así lo hice: «Desde el rompeolas» vio la luz en agosto de 2019, la novela corta «Lo que nos dijo la tormenta», en marzo de 2020, la segunda novela corta «La niebla en mí» en mayo de 2021, y ahora «Tras la calima», en noviembre de 2021.

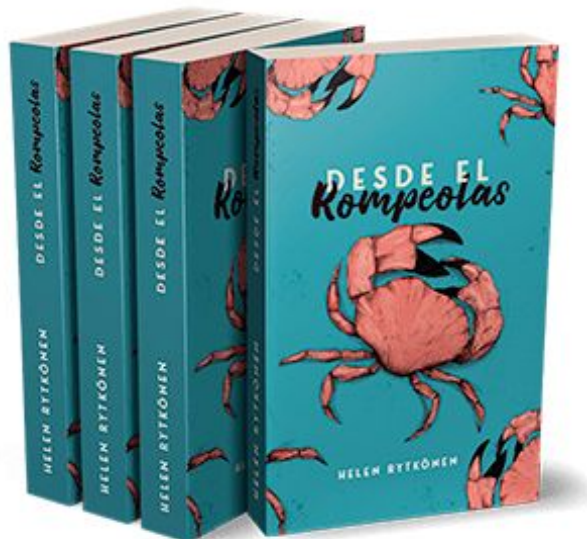
Disfruto escribiendo novelas románticas sobre mujeres adultas que tienen que tomar decisiones en su vida para alcanzar la felicidad. En este tipo de género las mujeres a partir de treinta y cinco no aparecen demasiado como protagonistas, y realmente es un momento de la vida muy interesante: ya no están inmersas ni el primer amor ni el primer trabajo, son mujeres que ya tienen bagaje y experiencia en la vida. Me inspiro en las mujeres de las que me rodeo, justo las que me dijeron que no encontraban libros escritos sobre ni para ellas. Por eso mis historias buscan acompañar a estas mujeres cerca de los cuarenta en sus viajes internos de autodescubrimiento, aderezando siempre la historia con una buena dosis de amor y de picante.

Si quieres seguir de cerca estas historias y sus protagonistas, te invito a que le eches un vistazo a mi perfil de Instagram, @helenrytkonen, y a mi web, www.helenrytkonen.com. Allí comparto

novedades, reseñas de novela romántica, reflexiones y, sobre todo, mucha energía de la buena entre toda mi tribu de #románticasempoderadas.

Si esta historia te ha llenado y te ha hecho vibrar, me ayudaría mucho si dejas una reseña en Amazon. Para las autoras autopublicadas, esto es esencial para poder seguir dedicándonos a lo que más nos gusta. ¡Gracias de corazón!

Otros títulos de la autora:



«DESDE EL ROMPEOLAS»

Vera adora la comida, su trabajo y nunca dice no a un plan divertido. Vera es arrolladora, fuerte y valiente, pero oculta secretos dolorosos bajo su sonrisa. Vera se muda a Londres a liderar un nuevo proyecto, sin saber que allí todo cambiará, y que tendrá que tomar las decisiones más importantes de su vida.

Marcus es exitoso, divertido, un poco pirata, y siempre cae bien. Marcus vive la vida sin pensar demasiado en ella, porque si lo hiciese no podría perdonarse su gran error. Nunca piensa en la chica a la que traicionó allí, cerca del mar de su infancia.

Vera y Marcus se encuentran y se miran a los ojos por primera vez después de veinte años. Y todo se desborda. ¿Se permitirán creer en la magia de las segundas oportunidades?

Disponible en Amazon en papel y en digital, en la web www.helenrytkonen.com y en librerías seleccionadas.



[«LO QUE NOS DIJO LA TORMENTA»](#)

Una ciudad mágica. Una poderosa tormenta. Un hotel como escenario. Y dos personas atrapadas bajo el mismo techo. Ahora, después de diez años, podrán decirse todo aquello que callaron. O no. Podrán ser valientes, o no. Podrán dejarse llevar, o seguir su vida. Pero no podrán dejar de escuchar lo que les dice la tormenta. Una historia que te llegará al corazón.

Disponible en Amazon en formato digital.



«LA NIEBLA EN MÍ»

Después de la muerte de su mejor amigo, Erika se encuentra más perdida que nunca. Con un exmarido al que tiene vetado en su orgulloso corazón, y con la soledad que ni sus hijas ni el trabajo consiguen ahuyentar, siente que su vida está estancada y de color gris.

Pero entonces un inesperado y mágico regalo hace que tenga que sacudirse la tristeza, en un fin de semana en el que deberá construir recuerdos nuevos para poder mirar al futuro con una sonrisa.

Disponible en Amazon en formato digital.